

ALFREDO
DE BRAGANZA

g a n g a

b r u t a

e l i m p e r i o

d e l

c r i m e n

g a n g a

b r u t a

e l i m p e r i o

d e l

c r i m e n

A L F R E D O
D E B R A G A N Z A

Título: *GANGA BRUTA*
© 2017, [Alfredo De Braganza](#)

De la edición y maquetación: 2017, [Romeo Ebooks](#)

Del diseño de la cubierta: 2017, [Alfredo De Braganza](#)

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Puedes seguirme en:



A Hadas Malka
A mis hijos

El que cava un hoyo cae en él, y al que
abre brecha en un muro, lo muerde la
serpiente.
Eclesiastés 10:8

[...] y apartarán sus oídos de la verdad,
y se volverán a mitos.
Timoteo 4:4

Índice

CRÉDITOS

PREFACIO

PRIMERA PARTE

1 LISBOA

2 EL DIARIO

3 BAYONA, FRANCIA

4 CALLE CESARE LOMBROSO,

MADRID

5 LA CITA

6 URBANIZACIÓN VIVANTA,

MADRID

7 «LA CASA»

8 LA MISIÓN

SEGUNDA PARTE

9 SARAI MIR, UTTAR
PRADESH

10 NUEVA DELHI

11 BOMBAY

12 CURSETJI SHUKLAJI
STREET, BOMBAY

13 SHAKTI COTTON MILLS,
BOMBAY

14 EL PRIMER ASESINATO

15 CRIMEN EN LA ROYAL
HERITAGE

15 PRIMER MATRIMONIO

16 SEGUNDO MATRIMONIO

TERCERA PARTE

17 LISBOA

18 BOMBAY

19 REPRESIÓN POLICIAL

20 EL ASESINATO DEL
INSPECTOR RAM SIVAKUMAR

21 PLAYA DE MAJORDA, GOA

22 EL ASESINATO DE ERIC, EL
EXTRANJERO

23 EL ASESINATO DE UN
GÁNSTER

24 BOLLYWOOD CONNECTION

25 LA HUÍDA

26 DUBÁI

27 EL ASESINATO DE
PRADEEP JAIN

CUARTA PARTE

28 LISBOA

29 BOMBAY

30 JUHU TARA ROAD,

BOMBAY

31 RESIDENCIA DE LOS BEDI,

BOMBAY

32 TRAICIÓN.

JOHANNESBURGO

33 RESIDENCIA DE LOS BEDI,

OSLO

34 INCIDENTE EN AKER

BRYGGE, OSLO

35 RESIDENCIA DE LOS BEDI,

OSLO

36 RESIDENCIA DE LOS BEDI,

OSLO

QUINTA PARTE

37 LISBOA

38 LISBOA

39 COMIENZA EL VIAJE

40 MADRID

41 EN RUTA A BARCELONA

42 MADRID

43 EL SEÑOR X

44 MUSEO DEL PRADO,

MADRID

45 HOTEL CASA CARBONELL,

BARCELONA

46 RESTAURANTE

MARIMORENA, BARCELONA

47 DISCOTECA PARADISE,

BARCELONA

48 EL ASESINATO DE
ISKANDER, EL TURCO

49 ESTACIÓN DE SANTS,
BARCELONA

50 HOTEL PALACE, MADRID

51 ESTACIÓN DE ATOCHA,
MADRID

EPÍLOGO

ACLARACIONES DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Esta novela que tiene usted en sus manos está inspirada en hechos reales. Sin embargo, algunos lugares, situaciones y personajes descritos son ficticios, producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con algún personaje vivo o muerto es mera coincidencia.

PREFACIO

Las hojas húmedas de los árboles se adherían a los adoquines de la calle. Los últimos noctámbulos encontraban el momento adecuado para irse a la cama; las horas después del amanecer de un fin de semana son las más tranquilas en Lisboa, especialmente si es domingo. No hay nadie de importancia por las calles. Uno que otro viejo levantado porque ya no puede conciliar el sueño; las últimas profesionales del oficio se van a dormir maldiciendo a sus impetuosos e impulsivos últimos

clientes, que dejan saciados en los oscuros portales de edificios, callejones inhabitados, en asientos traseros de vehículos o sobre la húmeda hierba de un parque público; algún que otro ser humano caminando sin rumbo; un inmigrante empujando un carrito de bebé donde mete todo lo útil que encuentra en los contenedores de basura y sus alrededores; alguna pareja que se apresura al interior de las sábanas después de una noche de fiesta de discoteca en discoteca, o algún que otro romántico o artista que espera en las esquinas a que la ciudad comience a moverse de nuevo. Además, la primera misa del día en las iglesias de barrio son poco concurridas, los camiones de

la limpieza terminan de realizar sus recorridos limpiando las calles con sus estertores de agua a presión, los basureros comienzan a salir del garaje municipal empujando sus grandes cubos de ruedas donde llevan una escoba de grueso cepillo y un recogedor metálico, y las cafeterías comienzan a abrir para servir el desayuno en sus terrazas a los más madrugadores.

Un grupo de entusiastas deportistas pasaron corriendo calle arriba. Y en un banco próximo a la entrada del Café Nicolás, un transistor anónimo reproducía fado tras fado; el viejo, con su pequeño aparato de pilas, se levantó y tirando de la correa se fue con su perro pequeñito con la música a

otra parte. Allí, en el Nicola, la clientela a lo largo del año suele ser recién llegada a la ciudad, joven y extranjera, con trabajos que necesitan de muchas palabras, y en inglés para definirse: *community manager*, *brand advisor* y cosas así. En época de verano, cuando el buen tiempo acompaña, la terraza está llena de turistas extranjeros bajo sus anchas sombrillas, en busca de un buen café, reposo, o en su interior disfrutando del *free wifi* o del fresco relajamiento acondicionado.

José Antonio Coelho Pereira había comenzado a trabajar con su somnolencia habitual después de un sábado lleno de trabajo. Los domingos cogía siempre el turno de la mañana

porque así, después del mediodía, tenía el día libre para retomar sus libros de la universidad y, más tarde, poder disfrutar la tarde con su novia dando un paseo o yendo al cine de la *avenida da Liberdade*.

Nunca imaginaría José Antonio que el suceso que iba a presenciar aquel día le daría motivo de explayarse con su novia, y de que a esta se le encendiesen ciertos ánimos inusitados hacia él, al caer la noche.

Como siempre suelen hacer los empleados por las mañanas, mientras limpian y organizan las mesas, encienden la gran pantalla de televisión plana que cuelga en la pared; puesta por el gerente del local para seguir las

retransmisiones de los partidos de fútbol. Su compañero Everaldo se encontraba de pie con el mando a distancia zapeando, buscando el canal de los vídeos musicales. En un cambio brusco, le llamó la atención la imagen de Tom Cruise y dejó ese canal encendido; era una película de acción, y a todo volumen se escuchaban disparos y persecuciones en coche.

Después de ponerse el delantal blanco, José Antonio se disponía a barrer la zona de las mesas cerca de la entrada, pero, molesto por el ruido del televisor, pidió a gritos a Everaldo que bajase el volumen. En sus pensamientos no dejaba de aparecer el buen ambiente que habría aquella mañana en la playa

de Carcavelos; podría estar jugando con los amigos un partido de fútbol en la arena, bañándose en el mar junto con su novia, tomando el sol. «Las chicas en bikini... Los ombligos con crema solar... Pechos desnudos... Culos densos, poderosos, donde al andar se insinúa el misterio nunca revelado del pliegue final... Piernas largas... Potentes muslos... Ay, qué mal me estoy poniendo. El mes que viene me cojo una semana de relax, y si no que me echen del trabajo; expulsado, así acabaré desterrado en la playa repleta de mujeres. Ay, qué malo que me estoy poniendo». Se metió muy adentro las añoradas miasmas de aquel ambiente veraniego.

Ajeno a lo que estaba sucediendo fuera del ancho ventanal del Café Nicolás, situado en *praça* Dom Pedro IV, José Antonio no se percató de que agentes de paisano levantaban sus fusiles y disparaban contra un coche en marcha; y de cómo los impactos de las balas producían que los cristales saltaran del parabrisas y las fisuras se esparcieran como una telaraña.

—¡Que lo pongas más bajo! — gritó de nuevo a Everaldo.

A regañadientes, su compañero dejó de limpiar la barra y, con gesto irritado, se apresuró a coger el mando y apagar el televisor. Tras haberse extinguido el sonido, el procedente de la calle llamó de súbito su atención, como

si fuese la prolongación del largometraje de ficción que emitían en la tele. Everaldo corrió al lado de su amigo. De inmediato, ambos observaron los acontecimientos que se estaban produciendo ahí fuera: la realidad superó a la ficción.

José Antonio, como testigo principal de los hechos acaecidos, describiría más tarde a la policía lo que podría ser el guion de una buena película; con un par de cambios, claro. Eran las 8:45 a. m., aproximadamente. Desde donde estaba situado, detrás de la mesa más próxima a la ventana, vio un grupo de personas disparando desde la acera a un vehículo en marcha; en el interior distinguió al conductor, un

hombre de rostro asiático, y a una joven delgada y de piel lechosa junto a él, que se agacharon para evitar la lluvia de balas. El hombre, con la habilidad de un profesional, evitó el choque frontal con un pequeño vehículo que venía en sentido contrario. Perdido el control del vehículo, cuyos neumáticos habían recibido varios proyectiles, fue directo hacia el paseo peatonal, hacia el gran ventanal de la cafetería donde José Antonio, inmóvil y con la boca abierta, sujetaba la escoba presenciando aquel espectáculo digno de la mejor superproducción hollywoodense. De inmediato Everaldo se tiró al suelo, pero justo en aquel momento el coche giró y chocó contra un pequeño

automóvil azul aparcado un poco más abajo en la calle. El capó se arrugó como un higo, y el coche se detuvo. A José Antonio el palo de la escoba se le cayó de las manos mientras observaba la escena siguiente: una furgoneta, que solo Dios sabe de dónde habría salido, rotulada a ambos lados con TAPETE TEX & GUIMARÃES, frenó en seco a pocos metros, y de su puerta lateral y trasera, botando como pelotas de ping-pong dejadas caer de una bolsa sin impedimento alguno y al unísono, salió un grupo de polizontes, en total cinco —no, siete—, con pasamontañas, pantalones vaqueros, algunos con chándales y zapatillas de deporte New Balance; José Antonio siempre había

deseado tener unas deportivas de esa marca cara. Instantes después, la furgoneta que había surgido de la nada se perdía de vista con rumbo desconocido, llevando en su interior a los dos pasajeros del coche accidentado.

Horas más tarde, en el hospital, el conductor del vehículo recordaría el suceso. Aturdido como estaba por el impacto del coche, vio a un grupo de personas vestidas de paisano —uno de ellos, cubierto con pasamontañas, tenía figura de mujer— acercándose hacia ellos con sus armas por delante. Salem pensó en reanimar a Monica, su acompañante, en el asiento del copiloto, pero sabía que era demasiado tarde, y

que cualquier movimiento rápido o brusco que hiciese lo convertiría en un blanco, de manera que se quedó dónde estaba. Por el rabillo del ojo vio como unos hombres que nunca había visto antes se inclinaban hacia el coche y le gritaban en portugués. Sus oídos dejaron de percibir los sonidos al mismo tiempo que su visión se nublaba. Su rostro quedó caído hacia delante sobre el volante.

Aquel hombre se llamaba Abu Salem, de nacionalidad india, considerado el gánster más temido de Bombay, prófugo de la justicia, perseguido por la Interpol, así como por los servicios de inteligencia de la India. Su acompañante era Monica Bedi, hasta

hacía poco una de las actrices más rentables en taquilla de la industria cinematográfica de la India.

PRIMERA PARTE

La guerra interna con la mente es
más terrible que las guerras externas con
armas.

SWAMI SIVANANDA

1 LISBOA

Un hombre se apeaba de un taxi procedente del aeropuerto de Lisboa Portela. De mediana estatura y ancho de espaldas, tendría unos cincuenta años; llevaba la corbata mal puesta, y vestía camisa blanca, pantalón vaquero y americana azul entallada muy arrugada. Detrás de él tenía los portales silenciosos del verano que ya declinaba, que se iba muriendo. Una leve lluvia fina comenzó a santificar la calle, y una sutil neblina flotaba sobre aquel valle urbano, que junto a la noche confería a

la zona un aspecto sombrío. Tras marcharse el vehículo, el hombre, desde la acera de enfrente, observó el imponente muro de las lamentaciones de la cárcel portuguesa de máxima seguridad, con altos muros grises y contraventanas con marcos metálicos cerradas. A escasos metros, un ruidoso camión de la basura se alejaba tras haber iniciado su ronda.

Tras preliminares controles de seguridad, finalmente se le permitió el acceso al feo edificio de ladrillo y piedra.

Una vez en el interior los pasos que daban sus immaculados zapatos de cuero sobre el suelo de losas de mármol blanco producían un sonoro eco en el

pasillo que amortiguaba el ruido de las pesadas botas del funcionario que caminaba por delante. «Ya lo decía Euclides —pensaba el visitante tras entrar de nuevo en otro largo pasillo por enésima vez—: La línea que pasa por dos puntos llega, indefectiblemente, a un tercero». Por el contrario, el guarda de seguridad que le precedía se preguntaba qué diablos venía a hacer allí el español a horas intempestivas. El visitante que recorría los pasillos de la cárcel portuguesa se llamaba Manuel Arístegui, alto cargo del CNI —Centro Nacional de Inteligencia—, el servicio de inteligencia de España.

A medida que caminaban, una luz iluminaba su paso, y otra más adelante, y

luego otra y así sucesivamente, formando una larga línea de luces a ambos lados del pasillo, indicando el paso al despacho siguiente. El oficial se detuvo ante el umbral de una puerta y, señalando el interior, anunció:

—Aquí es, señor.

Nada más entrar en la habitación iluminada por fluorescentes modernos, de los que ahorran energía, el secretario del director de prisión se levantó de su asiento, cruzó la amplia mesa llena de papeles y, con andares de pato, fue a tenderle la mano de un modo exagerado. Incluso los funcionarios de segunda deben contribuir al protocolo; de no ser así, tanto en Portugal como en España sobrarían funcionarios del Estado. Al

español, le dio la impresión de que el portugués lanzaba una mirada hacia atrás, como para asegurarse de que en ese momento no le siguiera alguien de mayor dignidad o importancia en el cargo.

—¿Café? —preguntó el secretario observando a su visitante.

El guarda de seguridad que le estuvo acompañando cerró la puerta tras el secretario haciendo un ademán con la cabeza que indicaba que todo estaba bien y no debía preocuparse.

—Sí, por favor —contestó Manuel tomando asiento.

El portugués se apresuró a pedir café por un intercomunicador. Mientras tanto, Manuel se dejaba escrudiñar

puntillosamente por aquel burócrata de bajo rango, del cual dedujo que su experiencia del mundo exterior se reducía a un fin de semana en la playa de Dona Ana, considerada, según había leído en un panfleto turístico cuando esperaba al taxi en el aeropuerto, como la mejor playa de Portugal. Según pudo observar sobre el visitante, se trataba de un hombre soltero y descuidado, a juzgar por lo arrugada que llevaba su ropa y por el alborotado cabello rizado. Además, no perdió el detalle de sus ojos, brillantes, negros y de una expresión muy viva e inteligente. Según su dilatada experiencia, a su parecer a aquel español se le veía bien curtido en los aspectos más ásperos de la vida,

situado en la delgada línea entre policía y criminal. Sobre la mesa, aparte de un montón de papeles, había dos grandes centrales telefónicas con muchos botones y, al lado, un ancho teléfono móvil. También había dos ordenadores, un portátil Apple último modelo, y uno de sobremesa marca DELL.

Un ordenanza entró por una puerta lateral con una bandeja portando una taza y una pequeña cafetera, y le sirvió con diligencia. Otra puerta entreabierta en el lado contrario de la habitación traía corriente y al visitante le producía ganas de estornudar. Aquel otoño en Lisboa iba a traer humedad y viento. Desde fuera llegaba el rechinar de los tranvías y el claxon de vehículos.

Cuando el español daba el primer sorbo al café, el secretario se puso en pie, con las manos a la espalda, y se quedó con la mirada perdida en algún punto de la habitación. Era un hombre pesado y lacio, con una mata de pelo castaño estropajoso; el español se quedó pensando en cómo pudo conseguir domesticarlo y peinarlo con raya. De carácter irritable y aspecto sedentario y desaliñado, plantado parecía tener una edad indefinida, entre los cuarenta y los cincuenta años. Sus labios acostumbraban a sonreír, y no parecía estar tomándose en serio ni la presencia de Manuel, ni la situación. Esto disgustó al español. Se quedó de pie en silencio aguardando a que su ayudante entrase en

el despacho y le entregase el fichero que le había pedido hacía cinco minutos. A su superior, el director de prisión, lo envidiaba; este había alcanzado de pronto la plenitud de los que llegan después de muchos años al servicio del estado, de conseguir las tres cosas que hacen más feliz al funcionario portugués: vagancia, sol y mujeres en abundancia. A esas horas su jefe se encontraría disfrutando del buen tiempo en el sur, y él, no. «Con esta humedad, y días grises, aguantando aquí a este español, que apesta a tabaco, y con el follón con los prisioneros indios... Le besaría la mano a quien me hiciese una oferta como la del jefe: playa, sol, aire libre, ver las retransmisiones de los partidos de fútbol

en televisión, cerveza bien fría, calamares, pescado frito, fruta, oleaje... El mes que viene pido una semana de cese laboral. Apelaré a mi antigüedad remotísima, a mi expediente limpiecísimo... Vigilaría a posibles terroristas extranjeros intentando pasar desapercibidos, me cercioraría de que buena parte de los turistas exhibieran sobresalientes e inocentes identidades pectorales, acreditadas excelencias glúteas... En cambio, el jefe, tan solo estará observando a mujeres en bañador, porque no llegará a más el viejo. A menos que se invente la erección eléctrica nunca serán tuyas, je, je, je...». Su ayudante llegó interrumpiendo sus pensamientos y le entregó una

voluminosa carpeta. Fingiendo un semblante serio volvió a ocupar su asiento frente al visitante, que apuraba el café, y se encorvó sobre la mesa.

—Es muy tarde —comentó mientras exploraba meticulosamente con las yemas de unos dedos blancos y largos las hojas de la carpeta.

Manuel, asombrado, sujetando la taza en el aire, hizo un amplio gesto de asombro.

—¿Para qué es tarde?

—Ahora mismo está jugando el Oporto contra el Bayern de Múnich —contestó el portugués levantando la cabeza y mirándole tras sus gafas caídas a mitad de la gruesa nariz, como si con tal escrutinio quisiese mostrar su enfado

por perderse el partido de fútbol.

—Ya informé al director con antelación sobre mi llegada —dijo dando un último sorbo al café negro antes de depositar la taza sobre la bandeja—. Tengo órdenes de salir de aquí con el prisionero mañana por la mañana. Así pues, esta noche quisiera conocer a los dos.

—Habla usted muy bien el portugués.

—Digamos que me defiendo.

—Doy por entendido que también conoce el inglés, ¿verdad?... Porque no me ha llegado una solicitud para un traductor.

—Así es —contestó con el rostro impassible.

—¿A quién quiere ver primero? — preguntó con sequedad, con ganas de zanjar el tema.

—A la mujer.

—Ah, claro —dijo esbozando una sonrisa y echándose hacia atrás en el asiento—. Vosotros, los españoles, tan caballerosos...

—Hago lo que en una gran familia donde abundan la concordia, la educación y el respeto entre sus miembros, un hermano como usted haría —dijo alzando las dos manos al aire al estilo sacerdotal.

—Sí, claro, desde luego, yo también lo haría, *hermano* —añadió sonriendo ante la graciosa ocurrencia del español, mientras le mostraba una

gran fotografía de la prisionera en vaqueros y camiseta de deporte con la palabra *Love* estampada, que había sacado de su fichero.

El español tomó la fotografía y la observó detenidamente. Ya se había documentado lo suficiente sobre la detenida. Su nombre era Monica Bedi, actriz de la industria del cine de la India, popularmente denominado Bollywood. La fotografía hacía justicia al cuerpo tan bien cuidado de la joven amante y supuestamente esposa del fugitivo Abu Salem, también detenido junto a ella en Lisboa.

—Cuanto antes nos quite usted a estos dos indios de encima, mucho mejor para nosotros —dijo recogiendo

la fotografía, guardándola dentro de la carpeta y cerrándola de golpe. Con tono inexpresivo añadió—: Tengo una sobrina que viajó el pasado verano con sus compañeras de universidad a Bombay, y me dijo que esa ciudad no solo es fea y sucia, sino que por todas partes huele a meados de perro, y de hombres que sin ningún reparo hacen sus necesidades en cualquier lugar y momento.

—¿Y? —inquirió Manuel—.

¿Adónde quiere ir a parar?

—En los últimos meses no dejamos de recibir presiones de la embajada de la India para la extradición de ambos. Y, por otro lado, hay organizaciones pro derechos humanos

que argumentan que allí serán maltratados, lo que nos recuerda que en la India aún prevalece la pena de muerte y otras brutalidades que cometen en sus sucias e inhumanas cárceles... Conforme a la ley de Portugal no es posible devolverlos a un país que aún practica la tortura o donde se aplica la pena de muerte. Por cierto, la señorita india tiene una colección inextinguible de anécdotas, y ninguna vergüenza en sus revelaciones privadas. Durante las primeras semanas tras su arresto, entrevistarla en la sala de visitas era como estar con una gran actriz en escena durante su representación más emotiva. Inculpó a su acompañante indio tildándolo de todo. Indudablemente,

quiso salvar su pellejo. Pero desde hace meses ya está algo más reservada. — Inclinandose sobre la mesa, añadió golpeando con el índice la carpeta—: A la joven le ha dado por convertirse al catolicismo. No sé si lo sabía. Anda por todas partes con una Biblia en la mano.

—Interesante —dijo Manuel haciendo una mueca—. Lo desconocía.

—Pues sí —añadió juntando las manos y volviendo a reclinarsse en su asiento—. Y parece que a su marido, musulmán, no le ha sentado nada bien. Durante los primeros días el hermano Paolo le visitaba cada mañana, y le despedía con una sonrisa, sin mostrarse ofendido cuando el prisionero no le respondía. El sacerdote estaba

estableciendo una relación con él, tal y como lo hace un niño con un perro, ofreciéndose para una posible conversación, pero sin insistir en ello. Al final, tuvo que desistir, ya que el indio le pidió que utilizase su valioso tiempo para visitar a otros presos más necesitados de ayuda espiritual, ya que él, como tajantemente le dijo, no la requería. Algunos hombres se estropean en la cárcel, pero no ha sido el caso de este. Frecuenta la sala de musculación y cuida bastante lo que come. Y, además, sin ver una mujer. Desde luego, hay que admitir que es muy disciplinado. Eso, eso es lo que conviene. Ya he conocido aquí a gente que entra y sale, ¡criminales de permiso! ¡De fin de semana! Salen a

la calle y no pierden el tiempo en dar la puñalada a un enemigo al que se la debían o una paliza de muerte a la mujer que dejaron al cuidado de los hijos, o en el polvo rabioso con la amante o amiga, ya sabe... lo que llaman la «paz social», ¿no es así?

—¿Puedo fumar?

—Adelante, pero no me eche el humo —contestó algo molesto. Se levantó, y con sus andares de pato fue a abrir la ventana; el sonido de un chirriante tranvía que pasó de largo cuesta abajo se coló en la habitación—. Además, está el padre de ella.

—¿Qué hay de él? —inquirió expulsando una bocanada de humo hacia un lado.

—El viejo se ha instalado en un hostel vecino y se está encargando del caso de su hija. Está haciendo todo lo posible por que salga cuanto antes de aquí y desvincularla de su marido, ese terrorista Abu Salem.

—Perdone —dijo Manuel entre dientes—, el indio no es ningún terrorista hijo de puta.

El secretario se detuvo bruscamente.

Al igual que un actor, el español sabía lisonjear, intimidar y sorprender; tan capaz de hablar con educación exquisita como de soltar palabrotas o comentarios obscenos en una misma frase.

—A mí esto me lo han comunicado

oficialmente, caballero —dijo el portugués algo sorprendido por aquella reacción del español, con un tono que denotaba una disculpa—, y así consta en su ficha, que es un criminal musulmán, y nuestro servicio secreto lo detuvo por pertenencia a Al Qaeda y por entrar en el país con pasaporte falso. Además, según consta en el expediente, se confesó culpable de todos los cargos.

—Le obligaron —afirmó—. Bueno, de hecho, no tuvo otra opción. Así pues, la situación en la que se vio envuelto le llevó a tomar esa decisión. Existe un proverbio que dice «¿Para qué quieres ver la luz si eres ciego?».

El secretario no solo estaba confundido por no comprender el

paralelismo de ese proverbio, sino que también estaba visiblemente molesto. De pie, a espaldas de la ventana, se llevó el pulgar y el índice de la mano derecha al caballete de la nariz, como si pretendiese ajustárselo y miró ceñudamente al visitante sentado frente a su mesa, deleitándose con su cigarrillo después del café.

—¿Insinúa usted que todo esto que está aquí escrito es una invención? —En vista de que no recibía respuesta, prosiguió—: Lo que confesara fue por su propia voluntad. Ojo, que aquí no vamos pegando, ni poniendo electrodos a los prisioneros. ¿Usted se cree que nosotros no tenemos departamentos que trabajan de manera eficaz en el ámbito

del terrorismo y la delincuencia? ¿Qué se cree que hacemos! ¿Pasar el día sentados frente a una pantalla de ordenador y procesar listados de matrículas? —Tomó de nuevo asiento y rápidamente buscó sobre su mesa una hoja para leer el nombre completo del español—. ¿Refuta usted este informe, *señor...*? Aquí lo tengo, ¿*señor...* Manuel Arístegui? —Alzando la mirada, añadió al tiempo que con el índice golpeaba de nuevo la carpeta donde tenía los ficheros de los prisioneros—: Según los informes de la oficina del juez, para él no hay procedimiento jurídico alguno que muestre una remota esperanza para que no se pudra en la cárcel, aquí o en España. No nos hace

falta la injerencia extranjera. Que no le quepa duda de que Portugal tiene bastante presupuesto como para crear sus propios mecanismos de seguridad.

Manuel no quiso extremar la sorna.

—Lo que quería decir es que para no ser extraditado a su país de origen y hacer lo posible para retrasar todo proceso burocrático entre Nueva Delhi y Lisboa, el indio confesó lo que creyó ser más prudente para su favor. Es correcto decir que es un criminal —explicó Manuel con una voz cada vez más áspera—: su pasaporte era falso y podrá ser musulmán, pero no pertenece a Al Qaeda, como tampoco es un terrorista. Es un gánster indio respetable, un

asesino, un criminal de altos vuelos como los de las películas americanas clásicas, en blanco y negro, pasadas de moda, de esas de James Cagney. Este hombre no tiene tiempo para musulmanes de ninguna especie. Además, aunque sea musulmán, estoy seguro de que no distinguiría entre una mezquita suní y una chií. Como tampoco pertenece a los que empiezan el Ramadán antes de la fecha prevista para demostrar a sus vecinos musulmanes lo devotos que son. Él ni si quiera sabe cuándo empieza el Ramadán, ni en qué dirección está la Meca. ¿O me va a decir usted lo contrario? —preguntó con indulgencia—. ¿Lo han visto rezar alguna vez aquí durante su tiempo en

prisión? ¿Ha requerido alguna vez la visita de un imán o lo han visto entablar conversación con algún otro musulmán? Dígame si estoy equivocado. Dígame que lo han visto arrodillado sobre una alfombra. Dígame al menos que tiene un Corán en su celda. Entonces habré errado en mi juicio.

El portugués se reclinó en el asiento y, bajando la mirada, esperó un momento a que el español se calmase. Era consciente de que el español exhibía la juiciosa superioridad de un psiquiatra y un conocimiento mayor que él sobre la lucha contra el terrorismo y sobre los prisioneros.

—Bueno, pues para el juez de instrucción que dictaminó su sentencia

es un terrorista fugitivo y un inmigrante ilegal, y sanseacabó. —Con ganas de acabar con la conversación, añadió—: Por cierto, no creo que sepa usted que casi lo lograron hacer del gremio del culo.

—¿Y eso? —preguntó Manuel sin poder evitar sonreír ante ese comentario fuera de lugar, al mismo tiempo que apagaba el cigarrillo dentro de la taza de café, algo que le pareció de lo más repugnante al portugués, que hizo un gesto de desagrado.

—Pues eso, que le intentaron dar.

—¡No me diga!

—Fueron a por él tres. Uno de ellos era un excampeón de boxeo.

—¡Joder!

—Sí, sí... Qué problema tan grave tuvimos... Menos mal que no puso una denuncia el indio a través de un abogado de oficio, su embajada o alguna ONG, de lo contrario, hubiese podido trascender el incidente a los medios de comunicación. Ocurrió durante el primer mes tras su detención. Lo debieron de ver guapo, algo refinado, y pensaron que tenían una presa fresca. ¿Sabe lo que hizo el indio?

—No, ¿qué hizo?

—Fueron a por él durante el tiempo de patio. Intentaron violarlo dentro de la lavandería.

—¡No me diga!

—Sí. Después de aquel incidente lo hemos tenido que poner en

aislamiento, para evitar que otros presos le agredan a modo de venganza. Bueno, pues a uno de ellos le rompió la clavícula, al boxeador lo mandó al hospital con fracturas en las costillas y al tercero le dislocó un brazo, una pierna, y le dejó un ojo cerrado y tan hinchado que no pudo abrirlo en dos meses.

Desde la acera de enfrente se oyó «¡Gool! ¡Gool!». El secretario portugués no pudo disimular su enfado e hizo un gesto de desagrado mientras se levantaba y cerraba con impaciencia la ventana. Al girarse, la pantalla del móvil se iluminó silenciosamente, leyó el mensaje y pegó un ligero puñetazo sobre la mesa al mismo tiempo que

profería una palabrota. En ese instante su ayudante abrió la puerta y, con la mano sujetando el picaporte, dijo antes de volver a cerrarla con cara constreñida, como si anunciase una defunción:

—El Bayern...

El secretario le echó una mirada fulminante.

El español se dijo para sus adentros: «Que se joda».

—Bueno, terminemos este asunto cuanto antes —dijo algo molesto y volviendo a sentarse—. Tiene usted toda la colaboración por parte de mi departamento. Mi ayudante estará en su despacho toda la noche pendiente de cuanto necesite, así como el ordenanza,

a quien le puede pedir en todo momento comida y bebida. El oficial de guardia que está fuera le indicará la sala donde se entrevistará con la prisionera en cuanto a usted le convenga. Aquí tiene a su disposición esta carpeta, donde encontrará los archivos de cada uno de ellos y, además, fotocopia del diario que Monica Bedi está escribiendo en su celda, que mi superior me indicó esta mañana que le diese a conocer debido a la información que se menciona con respecto a su marido, novio, amigo o lo que sea ese Abu Salem. Son copias que realizamos a diario mientras ella está fuera en el patio. Desde hace meses Monica Bedi no quiere ver al prisionero, tan solo a una monja llamada

Margarita, habitual en nuestra prisión para dar consuelo espiritual y clases de catequesis a las prisioneras que así lo desean. —Se levantó, sin ánimo de prolongar la reunión y, con las manos en los bolsillos, añadió—: Lo peor es que tiene el hecho de elegir. La soledad se centra en que no cuentas con más compañía que recuerdos y pensamientos que a la larga suelen ser más repetitivos y obsesionantes que la más charlatana de las suegras.

El español tomó la abultada carpeta, se levantó sin más demora y, tendiéndole la mano, le espetó:

—Buenas noches.

—Eso mismo le deseo a usted — dijo haciendo caso omiso de su mano y

yendo hacia una puerta lateral—. Por último. Mi jefe me ha indicado que puede usted relajarse y leer los documentos dentro de su despacho. Venga.

2 EL DIARIO

El secretario le hizo pasar al despacho contiguo. El ordenanza entró por otra puerta y colocó una bandeja con cubiertos, una cafetera aún más grande que la anterior, una botella de agua, bocadillos y pequeños paquetes de mantequilla con sal marca Primor.

—Ahí puede sentarse —dijo indicándole el sofá, y señalando otra puerta, añadió—: y allí tiene un cuarto de baño con ducha y toallas limpias. Para cualquier cosa que necesite, el ordenanza queda a su disposición y el

oficial a la espera en el pasillo para llevarle a ver a la prisionera. Mi ayudante le entregará por la mañana temprano los documentos debidamente firmados para autorizar la salida de Abu Salem. Como nos informaron con antelación, tendrá su coche esperando en el aparcamiento; es un Audi A4 de la empresa de alquiler Europcar. De nuevo, buenas noches, y le deseo un buen viaje de vuelta a España con el prisionero.

Antes de que pudiese agradecerle la atención mostrada, el secretario desapareció detrás del ordenanza cerrando la puerta tras de sí. Desde el exterior se le pudo oír decir con enfado: «¿Quién marcó el puto gol?».

Manuel se quitó la chaqueta, se remangó y se acomodó en el sofá.

Comenzó a leer en idioma portugués las hojas fotocopiadas de la traducción del diario de la prisionera, escrito originalmente en inglés.

Durante los primeros días de estar encerrada en esta prisión de máxima seguridad, la memoria ha sido capaz de actuar siempre a su criterio conmigo. La memoria de mi pasado ha aparecido y desaparecido cuando le ha venido en gana; se ha marchado de puntillas llevándose con ella mis más dulces recuerdos, o ha regresado a la hora menos oportuna cargada de reproches que considero muy injustos. Desde luego, como me ha venido diciendo la hermana Margarita durante las largas visitas que hemos mantenido, la memoria,

cuando quiere, recurriendo al pasado, nos juega malas pasadas. «Comprendo que tu pasado te esclaviza y te martiriza y de él depende el que en un momento dado puedas o no puedas ser completamente feliz. Así pues, escribe en las hojas de esta libreta lo que te pasa por la cabeza; sincérate contigo misma, con tu memoria, con tu pasado, y ya verás cómo te sentirás mejor».

El primer día que vinieron a verme las monjas, no las tomé en serio. De hecho, quise burlarme de ellas, ofendiéndolas. Estaba sorprendida, nunca pude imaginarme a estas señoras en una prisión. Ese primer día escuchaba con gesto embobado a la hermana Margarita, mientras pensaba: «¿A qué diablos vienen estas monjas? ¿A convertirme como si fueran aquellos invasores europeos que llegaron a la India en siglos pasados y nos impusieron la mentalidad victoriana?». No podía creerme

lo que me estaban contando con tanta devoción. Por un momento pensé que no estarían diciéndolo en serio todo eso del perdón, de Jesús, de rezar, y toda esa diatriba del catolicismo. Me incliné con la aparente intención de recoger del suelo una servilleta de papel y les permití descubrir el nacimiento de mis senos. Me levanté y, sin más reparos, me quité la camiseta y me la cambié por otra. Quería provocarlas. Aun así, no lo conseguí. La hermana Margarita se quedó mirándome fijamente, como pensando que yo iba a resultar muy terca. Quizá por ese motivo dio un giro a su estrategia, y se quedó contándome tantísimas otras cosas tan interesantes que, después de agotar el tiempo extra permitido para las visitas, le pedí por favor que volviese al día siguiente.

Me parece deleznable que me etiqueten al igual que a Abu Salem, como una criminal

que ha estado evadida de la justicia. Yo no soy una persona de su misma ralea; fanáticos que no dudan a la hora de justificar lo injustificable de la violencia extrema y estéril. Por lo tanto, es mi obligación poner por escrito en este cuaderno que me ha dado la hermana Margarita, de mi puño y letra, desde dentro de esta celda, el error que cometí al enamorarme de él, y en consecuencia el motivo que me ha llevado hasta aquí.

Estos últimos días he aprendido que seguir una vida cristiana es mi fe, y mi fe me guía. Soy una nueva persona.

No me mueve un impulso de revancha, venganza o querer causar un daño personal o judicial al que fue mi amante, amigo y, por así decir, marido. Ya no quiero volver a ver la cara que tantas veces surgió del lugar de entre mis pechos que lamió y relamió. De hecho, hace ya varias semanas que comencé

a evitar coincidir con él cuando nos permitían vernos en el patio. Incluso ya ni le escribo cartas como hacía durante los primeros días.

«El cuerpo se lava con agua y jabón», me ha dicho la hermana Margarita cuando le he contado esta mañana mi turbulento pasado. Yo le contesté: «Sí, y los restos de saliva y semen se desprenden tras una larga ducha, pero aún no se ha inventado el champú que limpie la mente, ni el chorro de agua que sea capaz de introducirse en las mil circunvalaciones del cerebro».

Al parecer yo respondía a plena satisfacción a los deseos de Abu Salem. Era el perfecto retrato robot de la joven chica entusiasta, fácilmente manejable y moldeable para alguien más astuto y con gran carácter, que sabía muy bien lo que tenía que hacer sin pensárselo dos veces siquiera.

La hermana Margarita ha sido durante este

tiempo algo así como la voz de mi conciencia, que tenía apagada, escondida... Me ha dicho hoy: «Sé por qué te sientes agobiada, decaída y frustrada en la vida. Solo te pido que abras tu corazón a Jesús misericordioso, y encontrarás la luz al final del túnel en el que has estado vagando hasta ahora. Dejarás de comportarte como una estúpida araña que teje muy lentamente una espesa tela a su alrededor sin tener en cuenta que ella es la única atrapada».

La memoria de mi reciente pasado; el recuerdo de todo lo vivido con Abu Salem me martiriza, me esclaviza. Yo le amaba y le deseaba más que a nada en esta tierra. Recuerdo la primera vez que hice el amor con él, la primera vez que permití que un hombre me besara íntimamente. Aquella primera vez fue el momento más hermoso que experimenté nunca. Pero con el paso del tiempo me he dado cuenta de que soy

prescindible en la vida de Salem. Él habría podido haber enamorado igual a otra joven atractiva, pero fue culpa del destino que yo me cruzara en su vida. Él tan solo buscaba mujeres libres de toda sospecha, dispuestas a seguirlo ciegamente sin tomar iniciativa en la relación, sin ni siquiera cuestionarla, y para ello ¿qué mejor que reclutar a una ilusa como yo, no excesivamente inteligente, para no cuestionar el peligro que conllevaba atravesar la peligrosa barrera de la ley?

Huyendo como dos criminales de país en país, llegó un día en que pensé que como una Bonnie Parker contemporánea, siguiendo a todas partes a su amante y cómplice Clyde Barrow, había demostrado sobradamente mi capacidad de controlarme bajo cualquier circunstancia. ¡Ingenua y estúpida de mí! Por mucho que nos esforzáramos en huir de la justicia de un lugar a otro, aquella era una absurda

empresa condenada de antemano al fracaso; tarde o temprano llegaríamos a un callejón sin salida. Yo misma me iba empantanando irremediabilmente día tras día.

La conciencia —¡injusta!, ¡cruel!— siempre está ahí, escondida en un rincón, dispuesta a devolvernos el pasado que hubiéramos querido borrar definitivamente.

Hubiese sido una actriz consagrada en Bollywood. Me hubiese convertido en una diosa de la pantalla. ¡Deseada! ¡Querida! Y hoy ¿cuántas películas hubiese protagonizado con los actores más importantes de la India? ¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Cuántos premios hubiese recibido? ¿Y con cuántos hombres hubiera hecho el amor? A veces me imagino qué hubiese sido de mí de haber seguido mi carrera como actriz en Bombay. A veces intento imaginarme a mí misma casada con un obeso productor y con hijos; preocupada

tan solo por ir de compras por Dubái, Londres o París, no engordar demasiado, o procurando que mi marido no me engañase más de la cuenta con otras mujeres más jóvenes a mis espaldas.

El recuerdo que me trae mi vida fugitiva con Abu Salem y mi asociación con él como «la chica del gánster» —que por cierto, pudiera ser un acertado título para una película sobre mi vida—, es hoy por hoy mi peor enemigo, y es por ello por lo que ahora me esfuerzo en trasladar a las páginas de este cuaderno cuanto anida en mi memoria, confiando en que tal vez así se quede para siempre pegado en un trozo de papel y no regrese a machacarme una y otra vez la cabeza durante todo el tiempo que tenga que pasar aquí dentro.

El español se dio cuenta de cómo debido al tiempo encerrada en prisión la

joven había conseguido desarrollar un sinfín de seudoteorías freudianas bajo las que enterrar toda su desdicha. Se hizo un café y comió un poco. Tras encender un nuevo cigarrillo continuó leyendo.

Tras el estreno en la India de mi película más importante hasta el momento, cuando todo apuntaba a que me iba a consolidar como una actriz cotizada y en demanda, Salem, con quien estaba teniendo una relación desde hacía meses, me dijo si me veía en condiciones de emprender un viaje.

—¿Qué clase de viaje? —Quise saber algo confusa, ya que no era ni el momento ni la temporada de marcharse de vacaciones al extranjero.

—Bueno..., ahora mismo no te lo puedo decir —contestó—. Pero debe de ser uno

que nos lleve muy lejos.

¡Claro que le dije que me iba con él! Fue gracias a él como conseguí mis últimos y más importantes papeles en Bollywood. En palabras de mi querida amiga la hermana Margarita: «Te comportaste como una alcohólica que busca una y otra vez la botella de licor, o como un drogadicto fascinado por la aguja hipodérmica. Algo no regía en tu cerebro. El mal, el demonio, dominaba tus acciones, te arrastraba por impulsos incontrolados sin oponer tu conciencia resistencia alguna. El mal te cegaba para que no percibieses dónde se encontraba exactamente la frontera que separa el bien del mal».

El día que conocí a las monjas y me hablaron por primera vez de Jesús, aquel día consiguieron que me sobrepusiera a mi estado de ánimo. De verdad. Me dieron fuerzas para querer seguir adelante en la

vida, porque una segunda oportunidad todo el mundo se la merece, ¿no es cierto?

Se puede dedicar mucho tiempo en la vida para alcanzar tus metas o intentar construir algo. Se consigue o no dependiendo del esfuerzo y ¡cómo no! de la suerte. Pero no se debe dedicar toda una vida a destrozar algo. Y yo con Salem, viajando por el mundo con la policía en nuestros talones, estaba destruyendo no solo mis años de juventud, sino mi futuro como actriz.

Tras nuestra breve estancia en Sudáfrica, parada en casa de mis padres en Oslo y posterior huida a Portugal, el miedo se había apoderado de mí hasta llegar a pensar que por cualquier circunstancia, debido a nuestros pasaportes falsos, por una mala transacción bancaria, o por un mal de ojo de algún inmigrante indio por la calle, nos delatarían y la policía extranjera me detendría y acabaría entre rejas para

siempre.

Qué razón tenía la hermana Margarita cuando me dijo un día: «Monica, es largo el camino cuando el miedo es tu copiloto».

¿Estaba yo loca o miope para querer continuar así con mi vida?

Cuando Salem mencionó emprender aquel viaje, le contesté que lo seguiría hasta el fin del mundo. Pero de lo que no me di cuenta fue de que sacrificaba mi existencia a la vida fugitiva. El resultado, hoy en día, escribiendo desde una cárcel de máxima seguridad en Lisboa, no puede ser más indigno y miserable.

¡Cuánto esfuerzo me costó llegar a firmar aquel contrato de mi última película! ¿Y después? La ignominia de todo el círculo relacionado con Bollywood. Todo por culpa de haber huido de la India con Salem. Todo el tiempo en el que he convivido con él no he sido capaz de encontrar peor enemigo

que aquel que llevo dentro, y al que ahora pretendo dominar y vencer por mucho que me cueste. Me he sentido como el pez que salta sobre la arena ansiando regresar al mar en que nació. Sin embargo, aquí, encerrada y sin más compañía que una página en blanco, empiezo al fin a recuperar la paz interior. Además, la lectura de la Biblia y mi fe en Jesucristo me han reconfortado muchísimo. Ha sido el aliento de las monjas lo que me ha revivido. Han sido ellas las que me han tirado la cuerda al final del camino, donde tan solo podría ser un infierno hacia el que me precipitaba sin remedio.

Veía Lisboa como un lugar ajeno y extraño antes de poner por primera vez un pie en Portugal. Si me esforzara por obtener una definición, cabría asegurar que esta ciudad ha sido como una estación intermedia de mi vida.

Tras arrestarnos la policía portuguesa,

coincidíamos casi todos los días en el patio exterior, pero poco a poco pensaba que debía distanciarme de él. Los primeros días le necesitaba. Me sentía desvalida sin su consuelo y sus sabios consejos. Le escribí numerosas cartas, muy íntimas. Pasados aquellos días, de tanto en tanto, me veía pensando que vería a aquel hombre que tiempo atrás me fascinaba hablándome de películas clásicas de cine y países exóticos en el extranjero. Sin embargo, lo que veía era a un criminal, por culpa de quien, por los crímenes que había cometido, me encontraba yo encerrada en una cárcel como inmunda cómplice de un delincuente.

Si alguna vez alguien llega a leer todo esto que he puesto por escrito, sin estar habituado a la tensión de saber de una forma inconsciente que estás siempre en peligro, tal vez no consiga entender del todo las razones de mi comportamiento, pero el

tiempo me ha enseñado que quienes elegimos vivir en el filo de la navaja acabamos por perder la noción de las proporciones para pasar a convertirnos en una especie de paranoicos que contemplan el mundo que les rodea a través de un prisma que todo lo distorsiona.

Manuel desistió de seguir leyendo. Le estaba resultando todo muy pesado. Pasó con rapidez todas las hojas. En algunas había dibujos de árboles, soles que, según su estado de ánimo, mostraban una sonrisa o por el contrario una contorsión de tristeza, flores... Pero en general no eran más que comentarios desordenados en el tiempo, escritos de forma fugaz y espontánea. Ya se había hecho una clara idea de la forma más

idónea en la que debía enfrentarse a ella. Miró su reloj de pulsera. Eran las 21:13. Decidió echar una cabezada antes de conocer personalmente a Monica.

3 BAYONA, FRANCIA

El fin de semana anterior Manuel Arístegui entraba en la cafetería Aurrekoetxea de Bayona, localidad del suroeste de Francia, a unos treinta kilómetros de España.

Fuera, en la calle, daba la impresión de que el otoño había comenzado; con sus días radiantes y sus días desapacibles. A Manuel nunca se le ocurría mirar al cielo. Era muy poco previsor. No le gustaba llevar paraguas, ni chubasquero. Solo se daba cuenta de que llovía cuando se le ensuciaban los

zapatos al chapotear los charcos de la acera.

Se dirigió directamente a la barra. De pie, con el codo apoyado, se dio la vuelta haciendo ademán como de estar buscando un sitio donde sentarse. El local estaba completamente lleno. Decidió quedarse ahí de pie, apoyado. Se encendió un cigarrillo, se giró levemente e hizo una señal al gerente, que estaba tras el mostrador.

—Un café, por favor —dijo tabaleando los dedos sobre la barra. Dio un par de caladas al cigarrillo, lo tiró al suelo y lo aplastó con la punta de la suela del zapato.

Manuel y el gerente, Aitor Goikoetxea, se conocían. Hacía años

que Aitor obedecía órdenes extrañas. Era un hombre gordo, calvo, y llevaba un prominente bigote pasado de moda; parecía salido de un retrato en blanco y negro de principios de siglo XX. Aunque era un hombre corpulento, se movía con cierta agilidad entre las mesas, y sirviendo en la barra, parecía flotar. En público jamás daba signo alguno de conocer personalmente a Manuel, un hombre de más o menos, su misma edad. A simple vista daba la impresión de ser un hombre de la zona, de gran tamaño, con manos y facciones típicas de un trabajador manual curtido durante años en la vecina industria metalúrgica.

—¿No tendrá usted por casualidad

el *Deia*?

—Vaya, pues precisamente ese periódico, no —contestó Aitor fingiendo disculparse al mismo tiempo que le servía la taza de café—. Quizá se lo habrá llevado esta mañana algún cliente. Pero tengo otros.

—No, gracias —dijo sin mirarle.

Tras aquella pregunta Aitor había entendido que tenía que estar pendiente a la entrada en su local de un desconocido portando el periódico *Deia*. Mandó al camarero a servir una mesa, y quedó expectante.

Al cabo de unos minutos un joven de pelo castaño rizado y alborotado, con un pendiente en la oreja izquierda, entró en la cafetería y comenzó a buscar sitio

entre las mesas. Viendo que todas estaban ocupadas, se fue al fondo del local, y en un rincón recargó la batería de su móvil en uno de los varios enchufes puestos en la pared a disposición de los clientes para tal uso. Acto seguido se apoyó en la pared y de su bolsa, del vecino supermercado Carrefour, sacó una edición atrasada del periódico vasco *Deia*. Distraídamente se puso a ojearlo.

Con arte y experiencia, a Aitor le correspondía hacerse notar para indicar la presencia del desconocido a Manuel. Pero estaba cansado del cuento, de la actuación, y tomó la directa.

—Durante la época franquista la policía visitaba esta casa —espetó

frente a Manuel, mientras pasaba la bayeta con evidente mala gana.

Un cliente habitual, sentado en un vecino taburete, sonrió ante aquel inesperado comentario, que consideró irónico y motivo para entablar conversación.

—¡Pues vaya la hostia, Aitor! — soltó en voz alta antes de engullir un trozo de pan con jamón serrano del que chorreaba aceite de oliva—. No será santa, entonces.

—¡Como la tuya, mentecato! — retrucó Aitor pegando un puñetazo en la barra, haciendo temblar todas las tazas, platos y cucharillas.

Manuel enseguida captó la evasiva, se dio la vuelta lentamente e

identificó al joven del fondo.

—Aitor, coño —replicó el otro con las manos al aire y terminando de engullir la rebanada de pan—, ¡que yo no tengo casa!

«Qué bruto que es el Aitor como confidente —pensaba Manuel mientras se levantaba y comenzaba a cruzar las mesas dejando a su espalda a los dos, entretenidos en la animada conversación—. La próxima vez para llamarme la atención saca la pistola que tiene detrás del mostrador y pega un tiro al aire. Un día de estos tengo que decirle qué pienso de su ortodoxa actitud».

Sujetando con una mano la taza de café con leche se aproximó al muchacho.

El vocerío de los clientes era

suficiente como para poder entablar conversación en voz alta entre ellos dos sin que nadie pudiera entender de qué hablaban.

—Disculpa —dijo apoyando la taza sobre la repisa de la ancha ventana—. También tengo que recargar mi teléfono.

Los ojos del joven decían bien a las claras que Manuel era su contacto. Dobló el periódico y lo guardó en la bolsa de plástico.

—Debes tener más cuidado en escoger el lugar para vernos —murmuró el joven—, esto está lleno de gente.

—Pues, precisamente por eso, porque así pasamos más desapercibidos que sentados en el banco de un solitario

parque público. Vayamos al grano.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Louis de Funès — contestó Manuel muy seriamente y mirándole a los ojos—. Déjate de preguntas estúpidas. Poco te importa mi nombre.

El joven soltó un sonoro resoplido dando a entender que estaba ofendido.

—Me voy —anunció sin más, dándose la vuelta, quitando el cargador del enchufe y dando los primeros pasos para marcharse.

—Mira —espetó Manuel interponiéndose en su camino; arrinconándole entre él y el grueso cristal de la ventana a su espalda—, ni te he hecho venir a este lugar para nada,

ni he venido desde Madrid hasta aquí en balde. Me dices el nombre que estoy buscando, y como de costumbre, una vez verificado, cobras por la información. De lo contrario...

—¿De lo contrario? —se encaró con gesto desafiante.

Manuel, se giró mirando por encima del hombro derecho a Aitor, que permanecía expectante desde la distancia sobre aquella reunión. Entendió lo que Manuel haría y con diligencia, sin llamar la atención, cogió una toalla, y salió a su encuentro con absoluta naturalidad, como si fuese encaminado a limpiar alguna mesa o recoger algún cubierto.

Manuel se quedó mirando

fijamente al desconocido. Contó mentalmente hasta cinco; el tiempo justo que calculaba que Aitor tardaría en llegar hasta ellos.

—Cinco —musitó.

—¿Cómo? —preguntó estupefacto el joven.

Manuel le arreó un puñetazo en pleno estómago que le hizo inclinarse como si estuviera realizando una reverencia. Paralizado, quedó así, como si de una estatua se tratase.

—¿Dolor de estómago? —le espetó Aitor llegando con agilidad.

Sin que los clientes cercanos se percataran de lo sucedido, lo agarró de los hombros, y como si dirigiera a un borracho, lo introdujo por una puerta

lateral que daba al cuarto de la despensa.

Manuel cogió del suelo la bolsa de plástico de Carrefour y tranquilamente los siguió.

Una vez en el interior, Aitor lo dejó caer sobre un viejo y raído sofá. El joven intentó levantarse, pero Aitor le arreó un manotazo.

—Mejor que te quedes quieto aquí sentado —dijo señalándole con el índice.

—No me hagas perder más el tiempo y tampoco te pases de listo conmigo —dijo Manuel tras cerrar la puerta y tirarle encima la bolsa de plástico.

Se acercó y se sentó sobre una

caja de cervezas San Miguel, aún más mugrienta que el sofá.

—Le apodan el Turco, igual nació en Turquía, yo que sé, pero lo último que he oído acerca de él, es que se ha mudado a Barcelona —pronunció jadeando el joven, con cara constreñida y agarrándose el vientre.

—Bien. ¿Y su nombre? —preguntó con aspereza.

—Se llama Iskander Burakgazi y hasta ahora ha estado residiendo en Palma de Mallorca. Mediante su empresa textil, que es una mera tapadera para legitimar su presencia en Europa, suministra armamento a Hezbolá y a un nuevo grupo terrorista denominado Movimiento Al Sabirín de Apoyo a

Palestina. En español, Al Sabirín significa «Los Pacientes». —Se le tensaron las venas del cuello y abrió la boca, dio la vuelta por detrás del sofá y, tras unas sonoras arcadas, vomitó. Tras limpiarse con la manga, con los ojos acuosos, continuó—: Según nuestras fuentes, Irán ha estado suministrándoles nuevos tipos de armamento, que se están empleando para atacar a Israel. Hace poco tiempo un miembro importante de este grupo fue abatido por las fuerzas de defensa israelíes cuando trataba de disparar con un nuevo rifle de largo alcance, Steyr HS 50, que había recibido de los iraníes hacía poco. También se cree que los iraníes, a través de Iskander, que actúa de comisionista,

han estado suministrando misiles Grad y Fajr, capaces de alcanzar Tel Aviv. Este nuevo grupo, apoyado por Irán, fue creado debido a las tensiones entre Irán y sus dos antiguos aliados en la Franja de Gaza: Hamás y la Yihad Islámica. Desde el inicio de la crisis siria...

—Bueno, bueno... —le interrumpió Manuel alzando la mano mientras sacudía la cabeza con un gesto de impaciencia—. Para, hombre, ¿qué me estás contando? Desde hace más de dos décadas los suníes ponen bombas a los chiíes en todos sus mercados y en todas sus mezquitas. En este momento hay tres guerras entre suníes y chiitas: La de Yemen, la de Siria y la de Irak. Y todo esto es así porque los suníes

consideran que los chiíes no son verdaderos musulmanes sino herejes a los que hay que exterminar. En estas circunstancias una colaboración entre iraníes y palestinos es imposible, ni siquiera para hacer terrorismo o luchar contra Israel. No he venido para que me den una lección o un análisis de política internacional. Para eso nosotros tenemos nuestras propias fuentes. Dime, sé directo y no me des discursos de política exterior, además, me importa una mierda todo lo que sucede en Oriente Medio. Dime lo que he venido a conocer: ¿qué tiene que ver ese Iskander, apodado el Turco, con el atentado terrorista del 11 de marzo de 2004 en Madrid?

—Fue él quien suministró los explosivos. En definitiva, yendo al grano: ese hombre fue el contacto entre la gente contratada por los altos cargos españoles y las personas que pusieron las mochilas con las bombas en los trenes. Si no hubiese sido por él nadie hubiese podido hacer volar los vagones.

Manuel guardó silencio. Cogió su teléfono móvil del bolsillo, marcó un número, y dijo:

—El nombre es Iskander Burakgazi.

Inmediatamente colgó. Había llamado a un empleado de los servicios de inteligencia cuya vocación era llegar a la vejez prematura resolviendo ciertas clases de códigos y contraseñas secretas

en internet. Por ejemplo, averiguar cómo era posible que una transferencia de cien mil euros, que se suponía que eran donativos a una ONG para ayuda a los refugiados procedentes de países en conflicto bélico, se había convertido en miles de uniformes militares en un recóndito almacén del puerto de Barcelona con destino a vestir a los terroristas islámicos del ISIS.

—Amigo Koldo, espero que estés diciendo la verdad —dijo Manuel con una voz espesa, más severa, y con una mirada firme mientras movía en el aire el teléfono móvil.

—Yo...

El joven se quedó estupefacto al oír su propio nombre. Sintió frío por

todo el cuerpo. Pronto el miedo le dominó. Manuel no pudo por menos que sonreír para sus adentros. Sabía que la inquietud que germina en el cuerpo de una persona es la mejor arma con la que combatirle llegado el momento; aquella situación se le antojaba sinceramente divertida. Consciente era de que lo que le había encumbrado a la posición que ostentaba en el servicio de inteligencia era aparentar ser un hombre capaz de dominar sus reacciones y de contenerse en los momentos claves.

—Bueno, vamos a ver —dijo Manuel poniéndose en pie y caminando por la pequeña estancia con las manos en los bolsillos—. Te llamas Koldo Amunátegui. Tu padre está huido en

Venezuela. Allí trabaja en un cómodo y bonito hotel junto con otros compañeros buscados por la Policía Nacional por pertenencia a banda armada, es decir, a ETA. El dinero que se te paga por confidente de la policía lo transfieres a tu padre y simpatizantes de la banda terrorista. Aun así, no siempre nos has facilitado una información correcta, ¿verdad? También has pasado información sobre nosotros al grupo terrorista vasco. De hecho, no hace mucho tiempo, tú les dijiste que dos guardias civiles de paisano irían a cierta cafetería en suelo francés, en un cierto día, a una cierta hora y en un cierto lugar cerca de la frontera española, ¿no es así, Koldo?

El teléfono móvil sonó. Manuel atendió la llamada inmediatamente y escuchó con atención unos segundos antes de colgar y de meterse el teléfono de vuelta en el bolsillo.

—¿Y bien? —dijo el joven haciendo un gesto con la mano hacia el bolsillo de Manuel—, te habrán confirmado por teléfono que mi información es fidedigna, que no miento. Además, ¿por qué iba a mentirte?

—Hay muchas razones, teóricamente... —Fue la respuesta, que rezumaba una cierta acritud—. Tú no sabes lo raras que llegamos a ser las personas. —Dirigiéndose a Aitor, dijo con un tono de pretendido lamento—: Lo siento..., pero tendrás que traer el cubo y

el mocho.

—¡Ahí va, la hostia! Joder, otra vez... —dijo Aitor llevándose las manos a la cabeza. Antes de salir y cerrar la puerta con pestillo alzó la mano derecha, realizando un gesto rotatorio en una festiva parodia de bendición papal, y añadió en dirección a Koldo con burlona resignación—: Vaya usted con Dios.

El joven lo miró estupefacto mientras salía intentando comprender de qué estaban hablando. Comenzó a temblar.

—Tú y yo tenemos cosas en común, aun siendo tan diferentes —le espetó Manuel mirando a Koldo directamente a la cara.

—¿Cómo es eso? —preguntó el joven, cada vez más asustado.

—La conciencia, Koldo, la conciencia —contestó cogiendo de una estantería un tubo de hierro y examinándolo con pretendida curiosidad—. Yo, al igual que tú, no me siento culpable por nada. A cualquier otra persona el peso de la conciencia le impediría levantarse de la cama cada mañana.

Koldo se irguió en el sofá, en previsión de que le fuese a hacer algún daño, dispuesto a levantarse y salir corriendo.

—Quiero que sepa que hay gente que sabe dónde estoy, y si me ocurriese algo...

—Hay un tipo de esgrima en Venezuela llamado el garrote Tocuyano —le interrumpió sin mostrar interés alguno a lo que pretendía decir; al mismo tiempo que agarraba el tubo de hierro con las dos manos—. También lo llaman juego de palos o del garrote. Yo prefiero la técnica del kárate con el Bokken.

Antes de que pudiese prevenir la acción, Manuel descargó el hierro con toda su fuerza sobre la cabeza de Koldo. Sonó un sonido fuerte al romperle el cráneo. Cayó al suelo fulminado por el tremendo golpe seco. Manuel dio un paso hacia atrás escenificando la postura del karateca envainando su catana. Koldo, sangrando profusamente

como un grifo, comenzó a gemir. Manuel, entonces, se acercó y levantando otra vez el hierro, lo descargó de nuevo.

—¡Ahí va, la hostia! —dijo Aitor nada más entrar sujetando en una mano la fregona—. ¡La hostia! ¡La hostia! —repetía mientras con rapidez se agachaba y cubría la cabeza de Koldo con un mantel sucio que traía dentro del cubo, evitando el flujo de sangre sobre el suelo; comenzó a limpiar con nerviosismo el pavimento.

Manuel tiró el hierro hacia un lado de la estancia, y levantando la pierna izquierda comenzó a limpiarse el zapato en la tapicería del sofá. El permitir que la sangre fluyese muy despacio por sus

venas, como si fuese zumo de tomate, en momentos de matar a alguien que se lo mereciese, según él, era una de las cosas más importantes que había conseguido aprender durante sus años de dilatada experiencia en el servicio secreto español. La calma. La paciencia.

—Aitor, mis reglas siempre son mis reglas, diferentes al resto de las reglas incluso a la hora de matar, y entre mis reglas no existe la traición, y menos aún dejar con vida a alguien culpable de la muerte de dos guardias civiles. — Notando que no se iba la mancha de sangre, cogió un trapo sucio que había por algún lado de aquel destartado lugar, frotó con él el calzado y lo tiró. Antes de salir, añadió—: Cuando vuelva

a Madrid hablaré con mis compañeros para que esta semana sin falta te hagan la transferencia a tu cuenta. ¡Agur!

Manuel caminó pacientemente entre las mesas y la concurrida gente, con la emoción que experimenta una araña en el momento que las vibraciones de la tela le indican que una presa ha caído al fin en su bien tejida trampa. Ya tenía el nombre de la persona que andaba buscando, Iskander Burakgazi.

Fuera, en la calle, sin aminorar la marcha, sacó su teléfono móvil; con el pulgar quitó la tapa de la parte trasera y retiró la batería, dobló la tarjeta SIM y la depositó en una papelera. Cambió de acera. La carcasa del móvil la tiró dentro de un contenedor de reciclaje de

color verde y la batería en el siguiente contenedor de basura, situado a escasos metros. Volvió a cruzar la calle y siguió caminando de frente, hasta llegar a la esquina de otra calle, a la que se incorporó para continuar su trayecto, decidido, completamente en silencio.

4 CALLE CESARE LOMBROSO, MADRID

En la calle Cesare Lombroso, en un reservado del restaurante La Casa de Aizgorri de Madrid, se encontraban reunidas tres personas. Eran viejos amigos, más o menos de la misma edad. Si no fuera por el amplio dispositivo de seguridad de paisano, en la calle y en el interior, fuera de la habitación donde comían, cualquiera diría que eran

importantes ejecutivos de una gran corporación, comensales habituales. Habían comido un excelente marisco y la tercera botella de vino blanco Cheval Blanc estaba ya, descorchada en un cubilete. La conversación hasta el momento había sido insustancial, tan solo comentarios sobre política internacional, cotilleos sobre políticos europeos, algún secreto de Estado, algún chiste y la recomendación de uno de ellos a sus colegas de visitar un balneario exclusivo de rejuvenecimiento en algún lugar de Europa.

—El único terrorista bueno es el terrorista muerto —dijo Domenico Giacometti.

Giacometti era un hombre bien

vestido. A simple vista, con su pelo engominado y reluciente corbata, parecía un hombre de negocios. Solía llevar trajes oscuros de corte tradicional, pero aquel día, en lugar de una camisa blanca y una corbata azul oscuro, que le habrían hecho parecer un gánster vestido para aparentar respetabilidad, llevaba una camisa color salmón y una corbata a juego con los tonos de su traje y camisa. El italiano poseía una sonrisa que lo desarmaba a uno de tal modo que hacía sonreír. Se mantenía en espléndidas condiciones físicas, montando a caballo, jugando al tenis y yendo a diario al gimnasio, donde asistía a clases de *spinning*. Ese resplandor que le era tan propio surgía,

como todas las personas cercanas a él sabían, de su interior; porque Domenico disfrutaba de su vida y de quien era, disfrutaba de los demás y de quienes eran, tenía un hogar feliz en Zúrich y una esposa ideal de origen alemán. Era muy inteligente, tenía un aspecto de persona culta; tenía todas las razones para sentirse tal como aparentaba: confiado y orgulloso de sí mismo. Su simétrico rostro combinaba las virtudes de la élite: firmeza, claridad y fuerza. Pero todo esto no eran regalos de una naturaleza generosa; incluso su bronceado era uniforme tanto en verano como en invierno, ya que cuando el tiempo era frío, asistía a sesiones bajo lámparas solares en exclusivos salones

estéticos.

Domenico no solo representada los intereses de personas muy poderosas en Europa, sino que era alguien muy influyente en el Club Bilderberg. Creado por el príncipe Bernardo de Holanda en 1954, debía su denominación a haber llevado a cabo su primera reunión en un hotel con ese nombre, en la ciudad holandesa de Osterbeck. Los miembros del club, en una atmósfera de absoluto secreto, cada año, en un país occidental diferente, llevan a cabo una reunión a la que asisten banqueros de Europa y de Norteamérica, economistas, políticos, y los líderes gubernamentales más poderos e influyentes.

—Lo mires por donde lo mires, el

terrorismo de Estado es un virus peor que el de la rabia, aunque solo afecte a determinados seres humanos —añadió Cristóbal Sáenz, el único español de los tres.

Sáenz, de apariencia cordial, lucía un corte a raya en el pelo canoso impecable, mientras que vestía un traje y una corbata de lo más corrientes. Cualquiera diría que era la viva imagen de esos modelos maduros en la cincuentena que salen en los catálogos de El Corte Inglés anunciando trajes masculinos de Emidio Tucci. Sus facciones, excepto cuando las cerraba a cal y canto por necesidades de inescrutabilidad profesional, eran agradables. Él era quien los había

reunido para almorzar aquel día. Físicamente estaba algo más grueso y algo más fofo, cosa que atribuía al castigo del éxito. Continuamente le había hecho saber a su esposa que dejase de cocinar comidas tan cargadas de calorías durante la noche. Su mujer cocinaba de tal excelente manera para satisfacer a su esposo, y esto le gustaba. Él siempre sucumbía y se comía todo cuanto le ponía en el plato. La edad le estaba volviendo blando consigo mismo. Sabía por instinto cómo tratar a los influyentes, cómo acomodarlos y utilizarlos, cómo llegar a compromisos y realizar combinaciones, todos los manejos de detrás del escenario donde se halla el verdadero beneficio.

A veces uno conoce a un alma afín con la que se identifica, y Cristóbal era casi de la misma estatura y edad que Domenico. El español admiraba el estilo aristocrático con el que solía vestir el italiano.

—Pues sí, yo estoy de acuerdo contigo —añadió Domenico señalándole con el dedo.

—Dios mío, ¿qué decís? Yo estoy en contra —intervino Stein Müller con una voz grave, reflexivamente confiada, escrutándoles a ambos con expresión muy severa a través de sus gafas. Hablaba sin levantar la voz y poseía una cortesía cautivadora, pero al igual que Domenico irradiaba un aplomo que indicaba que no se sometía a nadie. Era

un alemán muy alto, delgado, pelo algo alborotado, con gafas de montura de color rojo, y con traje y corbata que denotaban un gusto exquisito a la hora de vestir. Cristóbal había aprendido a considerar su acento neutro al hablar el inglés, sin marca de clase social alguna. Sin embargo, poseía la seguridad en sí mismo de la gente adinerada, también su misma arrogancia. Sin apartar la mirada de ambos, dijo—: Estoy de acuerdo en que el terrorismo de Estado es como un pulpo de infinitos tentáculos, pero de cara al público debemos estar en disposición de cortarlos todos para erradicar tan perniciosa lacra definitivamente. La razón es que va contra los principios morales y éticos de

todo país democrático constitucional. Y los medios de comunicación, queridos amigos, no nos perdonarían jamás que fuésemos nosotros quienes manejásemos ese pulpo como el que pasea un perro por la calle. Por tanto, debemos emplear otras palabras o realizar nuestras actividades de otro modo para que no acaben encasillados en esa nomenclatura. Sin embargo, aún más importante, es el hecho de que nuestros representados no se sientan culpables morales de un crimen al conocer las causas de nuestras acciones a través de las noticias en los medios de comunicación.

—Es imposible que nadie en este mundo esté en disposición de cortar

para siempre el pulpo que mencionas, de hecho, por mucho que se corten los tentáculos, vuelven a nacer —dijo Domenico.

—Efectivamente, porque se trata por lo tanto de un pulpo inmortal —añadió Cristóbal sonriendo a ambos—, o de un ave fénix, que renace una y otra vez de sus cenizas. —Con el semblante cambiado, se puso de pie y comenzó a recorrer la estancia, sin cesar de hablar ni para tomar aliento sobre la ineludible necesidad de obligar a abrir los ojos a una sociedad que se estaba encaminando directamente al abismo—: Y, por lo tanto, el conocimiento de nuestras propias limitaciones sirve a menudo para proyectarnos por encima de ellas

—comentó observando a sus dos interlocutores—. Estarán de acuerdo conmigo en que el mejor soldado es aquel que está íntimamente convencido de que jamás conseguiría ser un buen general.

—Es el que no piensa, no discute, no cuestiona —añadió Domenico asintiendo ligeramente con la cabeza.

—Sí, es el que obedece y punto —comentó Stein.

Alguien llamó a la puerta. Cristóbal la abrió y un hombre de seguridad entró portando una bandeja con café y pastas. Después de colocarla sobre la mesa diligentemente salió de la estancia y cerró la puerta con delicadeza.

Stein se dispuso a hablar. El mercado estaba en recesión, anunció, y culpaba de ello al flujo de inmigrantes y a los extranjeros residentes. Hablaba como si fuera un auxiliar de vuelo de una aerolínea, oscilando entre las clases sociales como si fuesen distintas longitudes de onda.

—Y *ese* es el problema amigos, que se niegan a bajar los tipos de interés. Estoy seguro de que los valores del Tesoro Público irán a tocar fondo. La situación, en mi opinión es que está peor que nunca; políticos ineptos a ambos lados del Atlántico se han unido y han convenido en que los derechos de las minorías, y especialmente el de los refugiados que no dejan de entrar en

Canadá y en Europa, pueden representar un gran avance para la humanidad, y no son más que una amenaza para la salud mundial y futuras generaciones...

Con expresión de desconcierto, después de morder ligeramente una selecta galleta, echó un vistazo a sus colegas, como si hubiese olvidado dónde estaba y el motivo por el cual se habían reunido, alzó las cejas, suspiró dando a entender que había hablado demasiado sobre un tema sin interés y guardó silencio.

—Nos has llamado porque hay un problema con el Turco ¿no es así? —preguntó Domenico al español con la intención de ir al grano.

Cristóbal vaciló.

—Por cierto, ¿cuál es su nombre verdadero? —preguntó Stein maquinalmente.

—Se llama Iskander Burakgazi —contestó Cristóbal—. Es un desgraciado, hijo de puta, fundamentalista islámico. Como tapadera, ha contraído matrimonio con una especie de vaca holandesa con la que tiene tres hijos que más bien parecen los tres cerditos del cuento, y se ha instalado en Barcelona. En el fondo no es más que un pobre de espíritu que en su día se dejó arrastrar por la misma vaca palabrería con la que ahora pretende deslumbrar a nuevos adeptos. Pero desde hace cerca de un año está desaparecido en la ciudad. No sabemos dónde vive. No sabemos qué nueva

identidad ha suplantado. En definitiva, se oía que lo estábamos vigilando y se ha escondido en una madriguera.

Domenico clavó la mirada en Cristóbal. Ambos tenían el mismo modo de mirar, una mirada inexpresiva que no indica nada excepto la existencia de un vínculo personal.

—Es curioso... —observó Stein con sequedad. Antes de continuar, observó que Domenico iba a decir algo a Manuel—. Perdón, di, di; no quería adelantarme a lo que supongo vas a decirle.

—En definitiva, Cristóbal —replicó Domenico con estridencia, sirviendo café a los dos y aclarando las cosas en atención a ambos colegas—,

que nos has llamado a Stein y a mí porque a ese hijo de la gran puta de Iskander no-sé-qué-diablos-más, se le está abriendo demasiado la boca y hay que cerrársela. Oye, puede que no seas masón o del Opus Dei, pero desde luego te comportas como si lo fueras.

El alemán, siempre vigilante, advirtiendo aquella interacción, habiendo percibido la mirada de ambos, se esforzó por formar parte de ella.

—Joder, hombre —bramó Stein con su camuflado acento inglés, dando un golpe con la palma de la mano sobre la mesa—. Ese hombre suelto por las calles es lo que nos faltaba, que lo detuviesen por cualquier crimen tonto, abra la boca y que caigan sobre los

medios de comunicación más versiones *conspiranoicas* sobre lo que sucedió en Madrid el 11 de marzo de 2004.

Cristóbal se veía venir este momento, para el que estaba preparado.

—Hay hombres como el turco Iskander a los que el miedo al fracaso destruye más fácilmente que las balas. Que una bala te alcance depende de tu enemigo y de la suerte. Pero que te alcance el miedo tan solo depende de ti mismo. Por eso mismo creo que está escondido en Barcelona. Algún soplón le habrá informado de que mis hombres lo mantenían bajo vigilancia. Ese hombre no se dedica a realizar crímenes menores. Por lo visto durante todos estos años ha estado regentando una

empresa en Mallorca dedicada a la venta de alfombras orientales. El dinero que le pagamos por facilitar los explosivos lo ha gastado en este tiempo. Lo ha transferido en su totalidad a grupos terroristas iraníes, y como está buscando nuevas formas de amasar dinero, ahora pretende dedicarse a reclutar yihadistas en Barcelona entre grupos de inmigrantes; radicalizar y reclutar a jóvenes como lobos solitarios con la intención futura o próxima de atentar en Europa. —Mirando a Domenico, añadió—: Y, sí, tenemos que cerrarle la boca antes de que se nos vaya de las manos. Iskander ha viajado con frecuencia al extranjero, se ha reunido con líderes de grupos

terroristas, ha vendido armas, y se está haciendo notar durante los últimos meses en los radares de los servicios secretos internacionales. No sería muy conveniente para nosotros que lo detuvieran e interrogaran y hablara sobre el atentado en Madrid dando detalles que, aunque resultasen increíbles y poco solventes sin pruebas, quedarían archivados y tarde o temprano cualquier periodista de investigación más listo que el hambre se entrometería. Hay que encontrarlo, donde esté escondido y liquidarlo.

El atentado del 11 de marzo de 2004, conocido popularmente como 11-M, no fue un día cualquiera en la ciudad de Madrid, un día en el que, es de

suponer, nacerían y morirían seres humanos, se haría el amor, se consumirían drogas y alcohol e incluso a altas horas de la madrugada se bailarían un remedo de sevillanas para turistas japoneses en un tablao; habría visitas guiadas en el Museo del Prado y jugadores de fútbol saltarían al campo a entrenar pegando pataditas al balón para justificar sus millonarios contratos. Aquella mañana de marzo, para cualquiera a quien se le hubiesen pegado las sábanas y tuviera la ocurrencia de asomarse en ese momento por la ventana, las escenas en las calles no ofrecían la más mínima apariencia de normalidad. Los atronadores ruidos, el ir y volver de la gente corriendo,

hablando, comentando; el irritante alarido de las ambulancias, de las sirenas de la policía...; los horrorizados ciudadanos de aquel día eran el espejo de las explosiones que, en cuestión de segundos, convirtieron la ciudad de Madrid en una auténtica sucursal del infierno: el mayor atentado cometido en Europa, después del atentado de Lockerbie, ocurrido en 1988, con diez explosiones casi simultáneas en cuatro trenes, en hora punta de la mañana, entre las 07:36 y las 07:40.

—Bueno, querido amigo —caviló Stein, antes de añadir—, en este asunto es a ti a quien corresponde limpiar el alcantarillado.

—De cara a los extremistas

islámicos se creerá que se ha ganado fama de profesional altamente cualificado al haber sido una pieza clave en el mayor atentado terrorista sucedido en Europa de todos los tiempos —añadió Domenico. Mirándolo con expresión ceñuda preguntó—: Bueno, vamos a ver, ¿qué soluciones tienes previstas? Al círculo de personas, de los que cada uno de nosotros tres representamos, no les hará gracia que el Turco vaya abriendo la boca sobre lo sucedido el 11-M.

—Admito que la violencia a menudo resulta demasiado cruel —comentó Cristóbal—. Pero también debemos admitir que, en ocasiones, es justa y necesaria. A nadie nos convenía

que el Partido Popular ganase las elecciones en el 2004. Gracias a nuestros planes logramos cambiar la opinión del electorado, votando los españoles al partido que anteriormente tenía todas las encuestas en contra. Iskander desconoce absolutamente todo sobre nosotros y nuestra organización, pero sí que puede hablar sobre nuestro intermediario, que le hizo la propuesta, y cómo y dónde fue pagado por su trabajo. A cualquier servicio de inteligencia le será muy fácil unir A, B y C, y conocería de donde salió tantísimo dinero y cómo y por qué acabó en cuentas bancarias de Iskander. Con esa información podría darles pie al chantaje.

—Dime una cosa, Cristóbal —le interrumpió Domenico—, las actividades de ese desgraciado nos tienen sin cuidado, como si quiere reclutar a cien yihadistas, como si tiene pensado plantar Europa entera de lobos solitarios. La lucha contra el terrorismo islámico no es nuestra prioridad. Pero ¿cómo después de tanto tiempo de haberse producido los atentados de Madrid, ahora nos encontramos en esta situación?

—Sí, ¿por qué ahora? —preguntó con vivacidad Stein.

—Porque, como os he comentado, por sus recientes actividades está llamando la atención y nos está poniendo en el punto de mira de los

servicios secretos de Israel y de Estados Unidos. Según nos consta, al menos una decena de empresas españolas ha exportado ilegalmente material de defensa y doble uso a Irán. En la venta hay varias empresas procedentes del País Vasco; con una de ellas, que es una intermediaria, hemos tenido alguna relación.

—Uf —resopló Domenico—. Esto se está poniendo muy feo, Cristóbal. Con tanto dinero que cobró el Turco resulta que ahora se ha especializado, el muy cabrón.

—Sigue, sigue —comentó Stein sin poder evitar su cara de preocupación.

—Hay un departamento en los

servicios secretos españoles que actualmente está investigando la venta del llamado «material de defensa y doble uso» a Irán, es decir, de la exportación fraudulenta de material militar, pero también de productos y tecnologías de habitual utilización civil que puedan ser aplicados a uso militar, bien convencional o bien relacionado con el funcionamiento, el mantenimiento o la propagación de armas químicas, biológicas o nucleares. Por lo visto, los iraníes, saltándose el embargo al que han estado sometidos sobre su programa nuclear, acudían a Alemania o a Holanda, pero para otro tipo de cosas la industria pesada española ha estado siendo su objetivo.

—Y esa cadena de televisión, HispanTV, ¿no?

—Sí, pero esa empresa audiovisual está ubicada en España entre otras cosas para el lavado de dinero. Según nuestras investigaciones, los iraníes están importando de aquí maquinaria como válvulas o productos de electroerosión; dos productos en los que España está en la vanguardia. Desde 2011 hasta ahora, la Guardia Civil ha contabilizado cinco operaciones con este tipo de material exportado de forma fraudulenta, entre ellas las han bautizado con nombres como Altxatu, Piraña o Terracota. La Agencia Tributaria ha realizado otras, entre las que destaca la Operación Kakum, y además la policía

ha desarrollado investigaciones, como las llamadas Puente, con productos con destino a Siria. Algunas de ellas, las más evidentes, en particular la conocida como Operación Nam, destaparon la venta de nueve helicópteros a Irán. Otras causaron a más de uno, como el aquí presente —dijo señalándose con el pulgar—, perplejidad: el envío por parte de empresas españolas de cañones nada menos que a la India, acompañados de los enormes tornos para construirlos.

—¡Joder! Ni que fuesen piezas Lego.

—Pero, vamos a ver, Cristóbal —dijo apesadumbrado Domenico pidiendo silencio con el índice como si presentara un espectáculo teatral—.

¿Cuál es el papel en todo esto de nuestro Iskander? ¿Qué ha hecho él para resultarte tan incómodo para nuestra organización?

—Pues que no solo se dedica como intermediario principal a la venta de máquinas específicamente destinadas al desarrollo del programa nuclear iraní —dijo sin la menor soltura—, aunque según la gestoría que le lleva las declaraciones de la renta para presentar a Hacienda, está en bancarrota, utiliza la empresa de textil que tiene en Mallorca como tapadera. Hace unas semanas, para no estar ligado legalmente a este negocio, supuestamente vendió su empresa textil a unos españoles, aunque la verdad es que los tiene allí como

empleados, mientras él se dedica libremente a realizar negocios y trabajos en Barcelona para los islamistas. Para que os hagáis una idea, una máquina ordinaria puede valer unos 200 000 euros, pero tuneada para desarrollo militar puede llegar a superar el millón. Imaginad la cantidad de dinero que el jodido Iskander está acumulando. Desde luego nuestro Iskander como intermediario con los españoles no vende directamente a Irán sino a empresas fantasmas ubicadas en otros países. Emiratos Árabes es uno de los países que más se prestan a borrar el rastro de las compras iraníes. Pero, sin duda, es el país de origen de Iskander, Turquía, el más utilizado. Irán crea las

empresas pantalla en Turquía, país con el que tiene un acuerdo de libre comercio. Después, se aprovecha de que, aunque los turcos no son miembros de la Unión Europea, no son sospechosos de radicalismo.

—Y sin embargo, *de facto*, Turquía acaba siendo el mayor proveedor —precisó Stein.

—Bueno ¿y qué? —insistió Domenico, irritado de pronto—. Vale, clama el cielo, pero ¿qué tiene que ver que ahora sea un objetivo nuestro Iskander tantos años después de los atentados de Madrid? Él ya tenía relaciones con los islamistas cuando contactamos con él en su día. No es nada nuevo. No estás exponiendo nada de

manera concluyente. Ya te he dicho que la lucha contra el terrorismo o el lavado de dinero no es nuestra preocupación. En este aspecto yo- no-voy- a- manchar-me- las- ma-nos- de ¡mierda! ¿Lo he dejado bien claro? Pues ya está.

Cristóbal bebió un poco de café y se limpió los labios con delicadeza con el índice y el pulgar, con cierto estilo, pasando por alto magnánimamente la impertinencia; como si fuese a ser retratado por un fotógrafo profesional. Echó la silla hacia atrás y dobló elegantemente las piernas. En sus juegos, una de sus principales reglas era no mostrarse nunca sorprendido por nada, evitar que el interlocutor pudiese leer su verdadero estado de ánimo.

Stein, por el contrario, notando que la reunión estaba dando un viraje interesante, se sirvió un generoso whisky sin que nadie se lo ofreciera.

—Pues que esa empresa que tiene en Mallorca —contestó Cristóbal agitando el tenedor en dirección a ellos, igual que un anciano colérico agita el paraguas cuando pierde el autobús—, se la pagamos con nuestros fondos reservados..., y como siga llamando la atención como lo está haciendo... y lo investiguen o acabe secuestrado por los servicios secretos extranjeros... y den con la forma con que se financió esa enorme nave industrial que tiene en Mallorca... podría acabar sacando tontamente a la luz nuestra conspiración

en los atentados de Madrid.

—¡Joder! —espetó Stein, levantando indignada su voz aguda—. Tenemos que hacer algo, ¡ya!

—¿Te parece poco el terror que conseguimos sembrar con los atentados del 11-M? —le interrumpió Domenico—. Cambió por completo el resultado electoral de este país. Es decir, que el imbécil de Iskander no lavó esa cantidad de dinero ni la mandó a paraísos fiscales, sino que...

—Cristóbal —prorrumpió de nuevo Stein con el mismo tono—, tienes una propuesta operacional. ¿No es así? Pues oigámosla.

—Vamos a ver, dejadme que os explique —dijo asintiendo a Stein, para

después señalar a Domenico con el tenedor debido a su último comentario —. El silencio es la clave. Para que el pueblo tenga miedo, le tienen que inculcar ese miedo. Pero si no se habla de ello, si se ignora o se desprecia, deja de importar... ¿Qué hemos estado haciendo? Durante estos años hemos minimizado socialmente la importancia sobre el 11-M, hemos amordazado a los medios de comunicación como se solía hacer en los tiempos del dictador Franco. La radio, la televisión y la prensa son como gigantescos altavoces que nos han servido, y nos sirven, para amedrentar a la sociedad española. Cuanto más disparatada sea la mentira que se cuenta, más posibilidades existen

de que la gente la acepte sin pestañear. La versión de lo ocurrido en el atentado terrorista en Madrid un 11 de marzo de 2004 ha sido una de esas muchas ocasiones en las que mi teoría se cumplió al pie de la letra. Nuestra clave en acabar con este problema, es liquidar lo antes y más rápidamente posible a Iskander, alias *el Turco*. Y para esto, se necesita a un asesino para matar a otro asesino.

—Muy bien. Tienes mi aprobación —dijo Domenico.

—La mía también, Cristóbal —añadió Stein, dando ahora la impresión de suscribir el razonamiento de sus colegas en lugar de oponerse—. Una decisión consensuada, pues. Si se

necesita hacer algo terrible para finalmente cerrar la boca cuanto antes a ese hombre, adelante. Mientras siga vivo, estamos sentados sobre un volcán. Tienes mi aprobación y la de las personas a las que represento.

Cristóbal se complació en recibir ambas aprobaciones.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Domenico, de repente—. Porque este es un factor importante. No hay tiempo. Esto tiene que estar resuelto para ayer.

—Acceder a Iskander sin levantar sospechas nos llevaría un tiempo de un año, como mínimo. Meter a un topo en su círculo sin ser descubierto es muy difícil.

—¿Y qué demonios insinúas, Cristóbal? —volvió a preguntar el italiano.

—Mi idea es contratar a un asiático para que haga el trabajo por nosotros.

Ambos guardaron silencio.

Domenico miró de reojo a Stein antes de preguntar:

—¿Cómo se llama?

—Abu Salem —contestó—. Lo detuvieron hace un año en Lisboa junto con una actriz india.

—No he oído hablar de él —dijo Stein con una voz inexpresiva.

Desde su móvil Domenico mandó un mensaje a un destinatario con el nombre de la persona mencionada.

—Es un gánster que ha estado en búsqueda y captura por la India... —comenzó a decir Cristóbal.

Apareció una luz intermitente y la pantalla del teléfono móvil de Domenico cobró vida emitiendo un sonido.

—Vale, ya lo tengo —dijo interrumpiéndole mientras leía el texto que acababa de recibir—. Desde luego su historial le hace justicia como el gánster más peligroso de la India... Desde Dubái, mediante mensajes encriptados, ordenaba las operaciones o les daba el visto bueno... Tiene pinta de *playboy*, sí señor —dio un silbido, y añadió enseñándoles la pantalla de su teléfono—. Mirad, la actriz india que está también encerrada en prisión, ¡qué

cuerpazo!

—Abu Salem, no hace falta decirlo que es musulmán, a lo que hay que sumarle que ha estado relacionado con mucha gente influyente de Oriente Medio. Todo esto le da unas cualidades muy valiosas para que Iskander, nada más oír su nombre baje la guardia y salga de su escondite.

—¿Cómo vas a llegar hasta Abu Salem? —inquirió Stein.

—Una vez más tendré que reunirme con mi hombre, Manuel Arístegui. De hecho, ha sido él quien me ha alertado sobre Iskander.

—No tendrá conocimiento de...

—No, no. Manuel desconoce nuestra organización, desde luego, pero

ha dado con Iskander de pura casualidad, realizando una operación encubierta sobre la venta de armamento a Irán procedente de empresas españolas. Esto es lo que me ha llamado la atención y he tomado la decisión de reuniros.

—Has hecho muy bien, Cristóbal —sentenció Domenico.

—Sí, esto puede ir a más. Mejor quitar de en medio a Iskander cuanto antes —dijo Stein.

Después de una breve pausa, Domenico, añadió:

—Cristóbal, eres consciente de que después de realizar este trabajo tendrás que eliminar también a Manuel, ¿no es verdad?

—Sí, pero es un asunto estrictamente español —contestó Cristóbal con cautela, recurriendo una vez más a su voz de director de estudios —. Espero que sepas comprenderlo.

—Quiero garantías. Necesito garantías sólidas de que este asunto quedará enterrado para siempre.

—¿Garantías de qué exactamente, Domenico? No estamos en el oficio de la varita mágica. ¿Tú me entiendes o lo quieres con subtítulos en italiano?

—Joder, Cristóbal. Me refiero a que no habrá posibles hostilidades. Ya me comprendes.

—Yo nunca me ando con tonterías. —Captando la expresión de incomodidad en Domenico, el español

declaró—: Hablo muy en serio. Ese indio, Abu Salem, es idóneo para este trabajo, y con respecto a Manuel, me dolerá desprenderme de un buen hombre, como lo ha sido siempre. — Recordando las interminables partidas de ajedrez que solían jugar Domenico y él cuando ambos eran mucho más jóvenes, añadió—: Si tengo que ceder un peón a cambio de la reina, estoy dispuesto, sin titubeos.

—En nuestro trabajo, querido amigo, a medida que pasan el tiempo y los años, son los fragmentos de nuestra vida, de nuestras experiencias, de nuestros errores, de nuestros fracasos y triunfos, de los que queríamos hablar —dijo Domenico, ahora ya con una

expresión más suave—. Daríamos la vida por hacerlo, pero no podemos, en cambio, aquí estamos... Supongo que os pasa algo parecido, ¿no? Y a ver si quedamos alguna vez para reanudar nuestras partidas de ajedrez.

—Por cierto, a mí me quedan cuatro meses de servicio y ya me jubilo —dijo Stein en un tono de confidencialidad—. En la vida si no tienes estabilidad, no tienes nada. Y ya estoy algo mayor para tanto viaje: hoy en Madrid, esta noche en Salzburgo, mañana al mediodía otra reunión en Dublín, en Frankfurt pasado mañana...

—Es broma, supongo... —masculló Domenico mientras miraba de reojo a Cristóbal y volvía la mirada a

Stein.

—Pues no —contestó con una sonrisa de superioridad mientras examinaba con aire distraído las marcas en el dorso de su cucharilla de postre—. Hay varias empresas privadas que ya me han ofrecido unas ofertas muy tentadoras económicamente, pero durante una temporada creo que me dedicaré a reflexionar sobre los tiempos pasados. Disfrutaré de mi casa de campo con mis perros, mi chimenea, mis paseos, la pesca en el lago y mis libros.

Hubo un largo silencio.

—¿No creéis que hasta cierto punto nos iría mejor con las alcantarillas sucias? —preguntó Domenico.

—Desde el punto de vista

democrático, sí —afirmó Stein dejando escapar una carcajada de regodeo y colocando a un lado de su plato la cucharilla—. Pero pronto no seré yo quien continúe limpiando el alcantarillado político. Hasta ahora, antes de que me jubile, mis únicas obligaciones son para nuestra organización, y como Cristóbal con *su* Manuel, el terrorista bueno, yo tendré que buscarme a un nuevo hombre inferior, a una mierda mayor.

—Salud —propuso Cristóbal, fingiendo estar de buen ánimo, activando su cautivadora personalidad—. Brindemos entonces por tu pronta jubilación.

—Gracias —dijo Stein, con

gratitud casi excesiva—. Muchas gracias.

Poco tiempo después, para evitar que fuera contratado por el sector privado, el alemán obtuvo de su Gobierno un cargo que teóricamente constituía un ascenso, pero que en verdad pretendía reducir considerablemente las oscuras actividades que hasta entonces había estado llevando amparado en el anonimato y en la clandestinidad. El primer día que se incorporaba a su nuevo despacho de burócrata se encontró con una preciosa caja de madera con una selección de tres botellas de vino selecto de La Rioja, a la que acompañaba una cariñosa nota

manuscrita deseándole buenos deseos, con la firma «C.». Por un instante el temor invadió el rostro de Stein. Con una sonrisa se acercó a la ventana. No había más que tráfico ahí abajo. «Nunca le mencioné dónde iría a trabajar». Alzó la mirada por encima de los edificios de oficinas, pero él solo veía una figura. Cristóbal sabía exactamente todo lo que los hombres de la organización secreta internacional hacían o dejaban de hacer. «¿Cuánto sabe este hombre de mí?». «¿Será capaz de chantajearme en un futuro con toda esa información comprometedor que tiene?». Enviarle aquella nota no era para desearle buena suerte y buenos deseos, sino más bien una llamada de atención para recordarle

que tenía ojos y oídos. Hiciera lo que hiciera; dijera lo que dijera, Cristóbal siempre acabaría enterándose. A fin de cuentas, el español tenía la obligación primordial de proteger sus intereses. Stein tenía un cumplido conocimiento de las normas de la organización. Ahora, en su nuevo puesto como civil, cómodo, sin estrés, sin exigencias, quedarse callado era la fuente principal de su supervivencia.

5 LA CITA

En Madrid, acosado por la pertinaz lluvia, Manuel se refugió en el portal. Acababa de volver del País Vasco francés, y había dejado en una calle paralela el taxi que había cogido en la estación de tren de Atocha. Subió por la escalera hasta su apartamento. Se detuvo en el rellano del quinto piso y entró en el pequeño corredor de cuatro apartamentos. Una serie de panfletos de publicidad, todos del mismo color rojo y de la misma empresa, estaban colgados en la bisagra de su puerta.

Sobre una prominente foto de una pizza había un dibujo del Correcaminos. Se podía leer: «La pizza es el mejor amigo del hambre. Pídela ahora» y debajo había un dibujo del pájaro velocísimo de la Warner Bros. En letras multicolores prorrumpía su famoso «Bip. Bip. Bip», mientras pasaba a toda velocidad por el salón de una casa entregando una pizza humeante a una familia idílica sentada en un sofá frente a un televisor de al menos cincuenta pulgadas. Manuel los retiró, los dobló y los lanzó a un rincón del pasillo. Sacó el llavero del bolsillo, pero vaciló antes de introducir la llave en la cerradura. Durante escasos segundos se quedó mirando a la puerta. Alguien había

entrado durante su ausencia. Dio un ligero paso atrás. Guardó silencio intentando escuchar desde el interior de su apartamento cualquier ruido que le pudiese alertar de un inminente peligro. Después de un instante supo que no había nadie. Había sido alguien cauteloso como él, un profesional. Nada más abrir, accionó el interruptor de la luz. Se quitó la chaqueta empapada de agua y la dejó sobre una silla, se adentró en el pequeño salón que a la vez servía de comedor en aquel apartamento diseñado como estudio y presintió lo que estaba próximo a suceder. Alzó la cabeza y vio que, pegado con celo en la pantalla del televisor, había un folio con el siguiente mensaje escrito con

bolígrafo azul: «Mañana a las 11:00 en mi despacho». Firmado «C.». Conocía muy bien la forma de escribir de su jefe Cristóbal, pero no había sido él quien había entrado, sino un agente operativo.

Arrugó el papel, hizo una bola y lo tiró a un rincón de la destartalada estancia.

En el suelo había periódicos atrasados, cartas sin abrir, publicidad de un spa cercano, ofertas de una conocida pizzería, además de platos sucios sobre la mesita de centro llenos de colillas, y debajo distintas botellas de vino; además de un montón de ropa sucia mezclada con la limpia sobre la mesa de comedor y en los respaldos de las sillas. Manuel desde hacía tiempo no leía nada,

salvo alguna vez los periódicos, que había sustituido por las noticias de la televisión para estar informado sobre los recientes acontecimientos, aun sabiendo que distorsionaban la verdad y estaban vendidas al sensacionalismo. Años atrás devoraba libros, sobre todo ensayos, y leía todos los periódicos que estuvieran a su alcance. Pero ya no, lo evitaba, por la sencilla razón de que los más insignificantes detalles, como fotografías y direcciones de anunciantes, se le quedaban grabados en la mente. Podía memorizar números de teléfono o de matrícula con tan solo echar una mirada. Era algo que le absorbía por entero. Le sucedía casi inconscientemente, como un ejercicio de

nemotecnia personal.

Era un apartamento alquilado cuyo contrato iba renovando desde hacía casi diez años. En el edificio le conocían solo de oídas, por parte del casero. No asistía a ninguna de las reuniones mensuales convocadas por el presidente de la comunidad. En un principio pagaba mensualmente en metálico al casero, pero luego, para evitarlo, comenzó a transferirle el alquiler a una cuenta bancaria, sin que nunca se produjera un retraso, durante los primeros días del mes. Muy rara vez lo habían visto. Pero las pocas veces que un vecino había coincidido con él fue en horas intempestivas y la imagen que ofreció fue negativa, al mostrarse muy sucio,

con aspecto tremendamente cansado, sin afeitar y con la camisa desaliñada. Así la gente, en un principio, comenzó a murmurar acerca de él, y el misterio sobre aquel hombre fue dando paso a la imaginación. Su buzón se llenaba de publicidad que solo vaciaba cuando ya no había espacio posible para un papel más. No recibía correspondencia alguna; ni del banco, ni de la compañía telefónica,, ni de la luz. Un vecino argumentó que quizá tuviese otra vivienda oficial y esta tan solo fuera temporal. Otro comentó que quizá estaría recibiendo tratamiento de quimioterapia en un conocido hospital cercano y a esto se debía el tener alquilado el apartamento, ya que sería

foráneo. Ni un solo amigo, hombre o mujer, iba a visitarle. Las mujeres hablaban de que quizá su esposa le habría abandonado. Otros en cambio comentaban que sería comerciante y que por ese motivo no lo habrían visto entrando y saliendo, ya que estaría viajando. A pesar de las murmuraciones y cotilleos y la poca simpatía que despertaba, tras el paso de los años acabaron acostumbrándose a compadecerle y finalmente a ignorar su presencia.

Tardó en conciliar el sueño. De la cama se había ido al sofá del salón. Agarró una botella de whisky y le dio un largo trago. El alcohol le abrasó la garganta, pero sintió que le

reconfortaba. Encendió un cigarrillo, pero después de la primera calada lo aplastó contra un plato sucio con espaguetis. Cada vez detestaba más fumar. Pegó otro trago al whisky. Se tumbó sobre el sofá de terciopelo con una sensación cálida en el estómago. Abrió un cajón de la mesa de centro y sacó un retrato. Era una fotografía de una mujer joven. La contempló con nostalgia antes de ponerla junto a su pecho e intentar dormirse. Con los ojos cerrados se imaginó que acariciaba aquel rostro suave y delicado. Aquellos fueron unos tiempos que jamás volverían.

Como iba siendo habitual en él desde hacía años, Manuel se levantó

antes del amanecer, y preparó café. Aquella mañana se había despertado con una calma similar a la de una persona que se ha salvado de una convaleciente enfermedad. Había sido la primera noche, desde hacía ya mucho tiempo, que no se había agitado en terribles pesadillas; la primera mañana en que su pijama y su cuerpo no estaban empapados en el sudor de la ansiedad. Se desentumeció, fue al cuarto de baño y frente al espejo contempló el semblante demacrado en el que se había convertido su rostro. Inspiró con fuerza antes de echarse agua fría, se secó con una toalla y se miró de nuevo intentando dibujar una sonrisa que el espejo no le devolvió. Decidió darse una ducha.

En la cocina, con camiseta interior y la toalla alrededor de la cintura, se afanaba en cortar las partes enmohecidas del final de una barra de pan, que acabó por tirar entera al cubo de la basura situado debajo del fregadero. Abrió un armario y sacó un paquete de pan crujiente tostado. Descuidaba por completo la despensa de su casa, y debido a sus largas estancias fuera, no recordaba cuándo había ido por última vez al supermercado vecino para comprar comida. Últimamente compraba tan solo fruta fresca de camino a casa y la consumía en el mismo día.

Se quedó sentado en la cocina, preparándose una tostada con

mantequilla de cacahuete y miel. Peló un plátano, lo cortó por la mitad, lo puso sobre la tostada, y se lo fue comiendo con deleite. Apagó el fuego donde había puesto la cafetera. Se dio cuenta de que la leche del frigorífico se había agriado. Abrió un armario y cogió leche en polvo y una taza, lo puso todo sobre una bandeja y se fue al salón. Después de apartar algún plato sucio, colocó la bandeja sobre la mesita llena de periódicos y revistas atrasados, se sentó en el sofá y con el mando a distancia encendió el televisor.

En el telediario informaban de un atentado cometido en Israel. Le golpearon como un mazazo en el rostro aquellas imágenes de seres inocentes

destrozados por culpa de una bomba que un terrorista había colocado en un autobús público. Sintió cómo la frustración se propagaba por los puños y los brazos, y cómo se contraían en los músculos los nervios de asesino. Entre sollozos, el tembloroso conductor, que había resultado herido leve, decía ante las cámaras que, al mirar hacia atrás, en aquella macabra atmósfera imposible de describir, por la postura de algunos cuerpos de los pasajeros que colgaban de las ventanas rotas, se diría que estaban durmiendo. Y terminó diciendo, antes de romper a llorar: «Ojalá fuese yo quien estuviera durmiendo y todo esto fuese un sueño».

Lentamente se bebió la cafetera de

seis tazas mientras veía y escuchaba la misma noticia en la CNN y luego en la BBC. Aquellos cuerpos desmembrados, aquellos rostros de incredulidad y dolor, y aquellos sonidos de sirenas le devolvieron a un pasado del que siempre había intentado librarse, como quien se deshace de unas viejas zapatillas. Sintió que, mientras continuaran existiendo alimañas capaces de causar tanto daño, tenían que seguir existiendo cazadores de alimañas como él.

Sacó del armario un traje protegido por una funda de plástico. Después de vestirse pulcramente, como debía de presentarse ante su superior en el edificio central de los servicios

secretos españoles, permaneció inmóvil frente a la puerta de una habitación a la que no entraba desde hacía meses. Dudaba si debía o no abrir la puerta. Hizo girar el picaporte y entró. Respiró lentamente por la boca y la nariz. Se dirigió al armario y abrió despacio la puerta corrediza. Un suave aroma a talco perfumado con bolsitas de naftalina se mezclaba con el olor dulzón del desuso. Prendas femeninas colgaban pulcramente de sus perchas: ajustados vestidos, conjuntos de trajes, pantalones vaqueros y abrigos. También había en el armario bolsos, cinturones, zapatos y zapatillas de deporte. Cogió con delicadeza la manga de una chaqueta y se la llevó al rostro para acariciarla con

las mejillas. Recordó a la mujer que vestía aquella prenda; la recordó paseando juntos, yendo a un restaurante. El timbre de la puerta de entrada le rescató de los recuerdos de una mujer perdida. Con diligencia cerró cuidadosamente la puerta del armario y tras de sí la puerta de la habitación, mientras se prometía no volver a entrar hasta dentro de mucho tiempo.

—¿Sí? —preguntó al abrir la puerta, tras observar por la mirilla que se trataba de dos niñas.

—Queremos venderle un boleto de Navidad.

Manuel respondió impasible:

—Aún falta mucho. Oficialmente acaba de empezar el otoño.

—Es para nuestro viaje de fin de curso —replicó con rapidez la amiga.

—No estoy interesado —dijo cerrando la puerta.

Desde el interior pudo escuchar a la más alta decir a su amiga «Venga vámonos. Te lo dije. Te dije que este señor es muy raro y perdíamos el tiempo». Su amiga, dijo: «Bueno, pues vamos a llamar a los demás vecinos, y luego vamos a las plantas de arriba». Llamaron a la puerta de al lado y una señora les dijo que lo sentía, pero que no tenía cambio. Llamaron a otra y un señor malhumorado cuestionó su presencia en el interior del edificio, al que seguramente habrían accedido mintiendo, diciendo por el

intercomunicador que era el cartero, y que por tanto iría a llamar a la policía, porque anteriormente se habían cometido robos entrando así en los edificios, pero que por lo pronto iba a informar al presidente de la comunidad, que vivía en ese mismo rellano, para que no las dejase salir hasta que llegara la policía. Apoyado en el interior en la puerta de entrada, Manuel se maldijo a sí mismo «Maldito sea el hombre en el que te estás convirtiendo». Volvió a abrir y salió al pasillo.

—Tú, viejo cascarrabias, vuelve a dirigirte a ellas y seré yo quien te eche del edificio a patadas escaleras abajo.

—El irascible vecino entró apresuradamente en su apartamento tras

cerrar con rapidez la puerta. Sacándose un puñado de billetes del monedero Manuel los dobló para que no se notase la exorbitada cantidad y se lo tendió a la más alta—: Hale, marchaos de este maldito edificio y de este barrio. Y no volváis nunca más y menos aún volváis a tocar tan temprano los timbres.

—Muchas gracias, señor —dijo la niña sin salir de su asombro, cortando varias tiras de boletos de un grueso taco de papel—. Es que ahora es cuando tenemos tiempo, antes de ir al colegio y a esta hora suelen estar todos en sus casas.

—No quiero los boletos, ya tengo demasiada lotería, venga, marchaos cuanto antes de aquí y no volváis.

Otra vez en el interior, en el mismo momento que el sol empezaba a entrar por la ventana, Manuel abrió la puerta corrediza de la pequeña terraza de aquel apartamento situado en un alto edificio de catorce plantas. Se sentó, muy tenso, en el borde de la silla, como si estuviera a punto de levantarse, y se quedó mirando el cielo ajeno al ruido del tráfico. Apuró su última taza de café y posó la mirada en el tablero de la pequeña mesa de jardín, como si sobre la superficie pudiese contemplar el pasado. Una serie de pensamientos le vinieron a la cabeza «Cristóbal está jugando contigo. No quieres admitirlo, pero te has convertido en un instrumento del departamento. Todos han visto tu

terrible transformación durante los últimos años. No puedes evitarlo. No has camuflado los cambios en tu carácter. A través de terceros todos han leído los informes de tus últimas misiones y conocen la brutalidad de tus actuaciones. ¿Por qué no ves más allá de tus narices? Te ha hecho subir y subir y en este trabajo sabes que cuanto más sepas, en mayor peligro te encontrarás. Cuando en el departamento se cansen de ti, habrá alguien que dé luz verde a tu eliminación. Lo sabes. Lo sabes. Lo sabes. No seas imbécil. Mantente cauto. Hasta Cristóbal te abandonará. Cristóbal, quien ha sido como un padre para ti, se convertirá en tu verdugo. Cristóbal, quien durante tantos años ha

representado todo aquello que anhelabas. Cristóbal, tu mentor, tu profesor, tu mecenas: te abandonará...».

Los Grupos Antiterroristas de Liberación, los tristemente famosos GAL, fueron creados en España durante la década de los años ochenta por el Ministerio del Interior con el fin de combatir ilegalmente el terrorismo interno. Eliminaron a los hombres equivocados. El padre de Manuel no le había hecho daño a nadie. Los policías encubiertos se confundieron de hombre matando a un pobre camarero de un bar de Bilbao, mientras que a los auténticos asesinos ni siquiera los buscaron.

El sacerdote de su pueblo que ofició la misa en honor a su padre, un

jesuita de ideas muy claras al que muy pocos vecinos querían, dijo aquel día desde su púlpito a los parroquianos: «Si lo tienen que hacer, que lo hagan bien. Es que desde luego..., nos ha tocado nacer en un país en el que incluso aquellos que tienen la obligación de perseguir y aniquilar a los terroristas demuestran ser inconcebiblemente chapuceros, y no es de extrañar, por tanto, que si preclaros cerebros que se sientan en despachos del Gobierno y que cuentan además con todos los medios que les otorga el poder, actúan de una forma tan mediocre, la impresentable pandilla de iluminados haga cometer errores tan garrafales asesinando a hombres equivocados. ¡Inútiles!».

Manuel terminó de limpiar sus zapatos con betún, se alisó la chaqueta frente al espejo, volvió a peinarse. «Cuando uno trata con individuos de mentalidad burocrática —recordaba que en su día le dijo Cristóbal— si no es posible parecer humilde, por lo menos hay que ser limpio».

6 URBANIZACIÓN VIVANTA, MADRID

Aquella mañana la exclusiva urbanización Vivanta, situada en las inmediaciones de Madrid, compuesta de quince bungalós de lujo, parecía particularmente limpia y brillante; resonaba en el aire el rumor de los pequeños aspersores mojado con su fina lluvia los céspedes del inmenso jardín. Olía a hierba cortada; desde lejos se podía oír al jardinero conduciendo la máquina de cortacésped,

el último modelo que había salido al mercado, un tractor cortacésped eléctrico, *la crème de la crème* en jardinería. El hombre se llamaba Serafín. Mantenía la zona común de la urbanización con un cuidado a la manera romántica: estanque con nenúfares, ranas y gnomos ornamentales. También había visto por algún sitio hasta búhos y perros de piedra. Rondaban a sus anchas varios gatos, debidamente esterilizados y vacunados por un experto veterinario; como resultado de los cuidados y de la sana alimentación que Serafín les facilitaba. Los felinos se encargaban de que no hubiese ratones en la urbanización.

Cuando Cristóbal Sáenz, recién

aseado y vestido, bajó a desayunar, mientras cruzaba el salón, por el amplio ventanal vio un gato sentado sobre el sofá de ratán.

—¡Me cago en la leche! —profirió saliendo a la terraza.

Con violentos aspavientos lo ahuyentó. Salió al jardín y gritó:

—¡Serafín! ¡Serafín!

El jardinero se quitó lo cascos de los oídos y se aproximó de inmediato, como un soldado al ser llamado por su sargento.

—Buenos días, señor Cristóbal. Dígame.

—Serafín —dijo señalando con el índice a dos gatos corriendo por la hierba—, en la reunión del año pasado

se te dio permiso para cuidar como máximo de cinco gatos que estuviesen esterilizados.

—Sí, señor.

—Pero por lo visto hay más. No es la primera vez que por la mañana veo un gato en mi terraza.

—Así es, pero por lo visto, según el veterinario, una de las gatas ya estaba preñada y la dejamos que pariese. Pero no se preocupe, que pronto los cogeré y me los llevo al campo. Tengo una pequeña granja y allí estarán de maravilla.

—Pues espero que sea antes de que me destrocen la tapicería.

En cuanto Cristóbal se dio la vuelta y entró en su casa, Serafín, de pie

e imperturbable, le observaba con una mirada de odio y desprecio a la vez. En su fuero interno, Cristóbal ya estaba pensando en proponer en la próxima reunión de los residentes el cambio de jardinero, ya que Serafín le parecía una persona descuidada y chapucera que no estaba a la altura para los cuidados que requería aquella exclusiva zona residencial.

Cristóbal, a los cincuenta y tantos años, gracias a un mantenimiento intensivo y los tratamientos de una clínica de estética, se conservaba como si tuviese diez años menos. Sin embargo, a pesar de su aparente juventud, había engordado unos kilos de más. Por este motivo su rostro mostró

una actitud de desagrado al entrar en la cocina a desayunar y encontrarse a su esposa Isabel haciendo tortitas de avena con claras de huevo en la sartén, y a su hijo vestido con ropa deportiva. Por la forma en que miró al reloj de pared y luego a su hijo Carlos, la esposa se creyó en la necesidad de presentar una defensa:

—Cristóbal, hoy he hecho tortitas de avena con huevo —le dijo a su esposo al mismo tiempo que este se sentaba a la mesa—, que le gustan mucho a Carlos...

—¿Has leído el periódico de hoy, papá? No dejan de mencionar noticias sobre la crisis económica.

—Ah, el mercado se recuperará

—le contestó sorbiendo su café caliente—. Este es un país fuerte. —Se inclinó para observar cómo iba vestido su hijo y preguntó—: ¿Vas al gimnasio esta mañana, Carlos?

El joven untaba margarina en la tortita, abría un bote de mermelada de albaricoque y metía el cuchillo dentro. Su padre lo contempló, aguardando con paciencia una respuesta.

—Sí —contestó al fin, al tiempo que extendía la mermelada y enrollaba la tortita como si fuese una fajita mexicana—, me he propuesto ir todos los días de este mes.

—¿Sabes algo de nutrición?

—Trato de no leer nada sobre alimentación. Perjudica mi motivación

para ir al gimnasio.

—Carlos, ¿qué tonterías estás diciendo?

—Me lo ha dicho mi entrenador personal —dijo arqueando la espalda.

Carlos había nacido en una época de su vida en la que no comprendía la esencia del matrimonio. Tuvieron que pasar los años para que se diera cuenta de que él no era apto ni para la paternidad ni para el matrimonio. Ahora su hijo media más de 1,85 y pesaba 90 kilos, todo grasa. Había estudiado en los mejores colegios privados de España. Lo habían mandado a Boston a cursar estudios, pero allí no pudieron con su pasividad, y la junta de profesores le mandó a Cristóbal una carta

comunicándole que expulsaban a su hijo, para que su plaza y el valioso tiempo que le dedicaban lo pudieran utilizar jóvenes más cualificados y con verdadero entusiasmo. Actualmente se debatía entre mandarlo a cursar estudios universitarios a Inglaterra o a Australia.

Cristóbal miró su reloj de pulsera y apuró el café. Carlos se sirvió otra tortita.

—No sé si hoy aguantaré cuarenta y cinco minutos en la bicicleta estática, igual me llevo la tableta y me veo una peli para que el tiempo pase más rápido. He leído en una revista que es muy bueno para la salud utilizar las aplicaciones de las tabletas y móviles, que no hay que dejar que la memoria se

oxide. Los juegos, por ejemplo, dicen que son buenos para ejercitar las neuronas. Tanto como comer chocolate. Memorizar las matrículas de los coches es otro buen ejercicio, por ejemplo. La cuestión es, según dice el experto que ha escrito el artículo de la revista científica, que «hay que galvanizar la memoria y sacarle brillo».

—¿Las matrículas de los coches, dices? —preguntó Cristóbal con sorna.

—Sí, papá, es muy útil saberse el número de las matrículas de los coches aparcados en el vecindario.

Cristóbal lo miró de reojo y se dio por vencido. Le dijo a su esposa:

—Isabel, te dije el otro día que este tipo de desayuno lo hagas los fines

de semana, que empacha mucho...

—Bueno, bueno —dijo ella—, ahora ya está hecho...

Isabel era una esposa desdichada que, a todos los efectos excepto el económico, era como si estuviese separada de su marido. Tres señoras se encargaban de limpiar la casa y excepto el desayuno todo lo cocinaban ellas por orden de Isabel. A Cristóbal no le gustaba que estuviesen en la cocina mientras él desayunaba.

Carlos se metió media tortita en la boca de golpe y la mermelada chorreó en su plato.

—¿Cómo demonios puedes ir al gimnasio después de comer tanto?

—Ay, deja a Carlos que coma —

dijo su esposa.

—Un estómago lleno nunca molesta —comentó terminando de masticar—. Como dice mi entrenador personal, ese es uno de los mitos sin fundamento. —Ahora cubría otra nueva tortita con miel, y añadió—: Según él, la miel común que venden en el supermercado está llena de ingredientes químicos, colorantes, edulcorantes y aromas. Pero no esta jalea real, ¡qué rica, mamá! —Miró en dirección a su madre, que se afanaba en limpiar la encimera de la cocina. Se dio la vuelta hacia su padre, y dijo—: Papá, deberías mirar las etiquetas de los productos que consumimos cuando tengas tiempo; es muy instructivo.

Cristóbal no aguantó más y tuvo que echarse a reír. Lo cierto es que, por muy tonto que fuese su hijo, ya a punto de cumplir los treinta y cuatro años, tenía que reconocer que le caía muy bien. Aunque hubiese momentos tan ridículos como el que acababa de presenciar, viendo a su obeso vestido con un pantalón corto de deporte y con unos espesos pelos negros en las piernas, nada estéticos, con una camisa de deporte que no disimulaba su barriga y comiendo de aquella forma. Carlos nunca dejaba de hablar, y eso le distraía de sus preocupaciones y tensiones, que llevaba a casa del trabajo, y que con nadie podía ni quería compartir. A veces Cristóbal incluso buscaba su compañía;

sus comentarios tan ingenuos, bromas y opiniones le hacían sonreír y hasta reír, le entretenían. Carlos era consciente de que a su padre le divertía estar junto a él y eso le hacía estar satisfecho consigo mismo y feliz en la casa familiar. El aprecio era mutuo.

Sin razón alguna miró a su esposa mientras ella anotaba en un bloc productos para reponer la despensa y el frigorífico, antes de hacer el pedido por teléfono al servicio a domicilio del supermercado. Pensó en la amante con la que mantuvo una relación durante su destino en Panamá, recordó su sedoso pelo negro, los baños que compartían y cuando después de haber hecho el amor le preguntaba: «¿Te ha gustado,

querido?».

Cristóbal se puso de pie.

—Me voy.

—Yo también creo que voy a irme

—dijo Carlos empujando la silla hacia atrás y levantando todo su cuerpo.

—¡Oye! Pero... —dijo su padre fijándose en el pantalón corto que llevaba puesto y señalándolo con el dedo— ¿ese no es mi pantalón de tenis?

—Estaba en mi cajón —contestó Carlos a modo de excusa.

—Bueno..., en fin —dijo con un deje de resignación.

7 «LA CASA»

Había dejado la chaqueta colgada pulcramente en un galán de madera junto a la puerta. Una descomunal estantería abarcaba toda una pared, una mesa de reuniones, un sofá para visitas, mesa de centro con ceniceros especiales para habanos, y un amplio escritorio frente al ancho ventanal.

Cristóbal había dirigido todos los tinglados habidos y por haber en la más reciente historia de España. Actualmente trabajaba para el servicio de inteligencia español, pero desde finales

de la dictadura franquista, que rigió España desde 1939 hasta 1975, y la transición a la democracia, pertenecía además a una organización secreta que controlaba lo que popularmente denominaban los medios de comunicación como «las cloacas del Estado». Conocía tanto a todos sus corruptos colegas en inteligencia, como a los políticos del Gobierno y los de la oposición, e incluso a los posibles jóvenes aspirantes que podrían saltar a la esfera pública en un futuro. Sabía todos los chanchullos en los que estaban metidos, desde visitas a burdeles, amantes, recibos de sobornos, desavenencias con sus cónyuges, depósitos en paraísos fiscales, hijos

descarriados... todo. Hasta los más mínimos detalles que pudiesen ser utilizados para corromperlos y amenazarlos, y cómo comprarlos. Aquella bien diseñada organización clandestina había ido pasando de mano en mano, tal y como suele ocurrir con casi todas las ideologías y partidos políticos, para acabar en poder de los eternos segundones, esa miserable raza de arribistas y trepadores que tienen por costumbre recoger el fruto del árbol que en su día plantaron los auténticos líderes.

Para Cristóbal, el momento más importante de la organización secreta fue cuando dirigentes que le habían precedido, a finales de 1973 dieron luz

verde para hacer volar limpiamente y mediante una acción en verdad espectacular, el coche del presidente del Gobierno de España, Carrero Blanco, la única persona que habría sido capaz de perpetuar la dictadura en España.

Muerto Carrero Blanco, agonizante el dictador y a las puertas de una nueva etapa de democracia y libertades, la banda terrorista ETA había concluido, según él, de forma brillante y ejemplar, la función para la que había sido creada, por lo que había llegado el momento de dar un paso a una nueva manera de entender la política a través del mutuo respeto y el diálogo.

Pero los nuevos miembros del grupo terrorista no lo entendieron así.

Los que a última hora se habían subido al carro de un éxito, del que ni siquiera tuvieron sospechas hasta el día en que aquel coche reventó, no se conformaron con la idea de que ese carro se detuviera en el momento en que se encaramaban a él, soñando quizá con nuevas acciones de idéntica resonancia.

Así pues, durante la siguiente década de los años ochenta, los cerebros que habían planificado tan exquisito atentado tuvieron que organizar otro grupo terrorista interno, al que llamaron GAL, para matar a esos otros terroristas de ETA. En aquellos «crímenes de Estado» asesinaron por error al padre de Manuel.

Apretando un botón en el aparato

de teléfono interno adherido a la superficie del escritorio, llamó a su secretaria. Ambos compartían los archivadores, los ordenadores, las operaciones, así como los hábitos y, según rumores de pasillo, habían probado el sexo. Como buena hija de una empresaria de éxito en el sector de las telecomunicaciones y de un general del ejército del aire, ella apuntaba más alto, y mantener relaciones con su jefe podía considerarse como una garantía de seguridad.

Patricia Conde era una mujer alta, en buena forma y de andares resueltos. Tras entrar al despacho sin llamar, cruzó la estancia y sobre la amplia mesa de diseño actual dejó una serie de ficheros.

Tenía el pelo negro azabache, recogido en lo alto de la cabeza, esperando a que se lo soltasen. Esa era la debilidad de Cristóbal.

—Aquí tienes lo que me has pedido sobre tu hombre —dijo inclinándose hacia delante a la vez que apoyaba ambas manos en la mesa para acabar apostillando, bajando instintivamente la voz—, un informe muy detallado sobre vigilancia a Manuel Arístegui. Pero seguro que conoces de sobra sus costumbres de la vieja escuela: no realiza pagos con tarjetas de crédito ni de ningún tipo, siempre lleva encima dinero en metálico, no es cliente de ninguna compañía telefónica, solo utiliza móviles con tarjeta SIM de

prepago que luego hace desaparecer; cuando utiliza internet, lo hace en bibliotecas públicas o en cibercafés, borrando el historial del buscador; como sabrás, no tiene correo personal ni siquiera con perfil falso y ni mucho menos hace uso de las redes sociales. Posee una cuenta corriente en una caja de ahorros, cuyo saldo siempre está al mínimo y que utiliza para pagar las facturas de electricidad de su apartamento y de la comunidad de vecinos. Mi sentencia, que ya sé que no me la has pedido, pero te la daré: ese hombre no está para más misiones. Actúa violentamente, desmarcándose de nuestras normas y pasándose por el forro las regulaciones, haciendo pender

de un hilo que agentes de la Policía Nacional lo detengan y se acabe por cuestionar las actividades de uno de nuestros empleados, supuestamente amparado por este departamento. Se nos está yendo de las manos, y es hora de apartarlo antes de que cometa algo que perjudique a esta institución. —Irguió la espalda, tomó aire llenando los pulmones y mirándole fijamente a los ojos, sentenció—: Debes admitir que Manuel ya no está capacitado para llevar a cabo más trabajos.

—¡Majaderías! —masculló Cristóbal visiblemente enfadado, repantigándose en su asiento—. ¿Qué esperas de un hombre con su perfil? ¿Que pasee por un parque a dar de

comer a los patos como un viejo jubilado o un parado fracasado? ¿Que se vaya a la montaña a respirar aire fresco? A ver si comprendes que él no hace cosas sencillas como una persona normal hace para disfrutar de la vida, como ir de compras, al cine, a un restaurante con amigos o a la playa.

—Ya —rezongó.

La respetuosa y eficiente secretaria necesitó un tiempo para asimilar aquella salida de tono, y olvidando el estricto protocolo acabó por sentarse en el borde del escritorio. A los pocos segundos, cruzada de brazos, inquirió con un hilo de voz:

—Intentas llevarle a una misión que deduzco que es muy importante, ¿no

es así?

—Órdenes, Patricia —contestó.

—Pero ¿por qué él? Jubílalo.

—Recibo órdenes, Patricia, ya lo sabes. —Hizo una pausa y añadió, como quien se lanza al agua desde los altos mástiles de un navío—: Le voy a mandar a que liquide a Iskander.

—¡No puedo creerlo!

—Pues créetelo y ve preparándome el fichero del indio Abu Salem.

—¿El gánster detenido el año pasado en Lisboa junto a una puta actriz de Bollywood? —preguntó mirándole fijamente a los ojos con un aire de incredulidad.

Cristóbal se puso en pie, se

aproximó al ventanal, observó la calle y, al cabo de unos segundos, muy seguro de sí mismo, puntualizó:

—Ese mismo.

—Si esto lo descubrieran los medios de comunicación tendrían en sus manos un material con el que desprestigiar no solo a este departamento sino a toda la institución y además acabaría con nuestras carreras. Tendríamos suerte de no acabar sentados en el banquillo. No lo hagas, Cristóbal. Manuel no es el que fue. Ha cambiado. Todo esto lo veo muy enredado. Ese hombre, más que un empleado nuestro, es un lobo solitario. Puedes leer en su informe que actúa impunemente. Se comporta como si fuera un justiciero. Es

más, me atrevería a decir...

—¡Pues no te atrevas! —exclamó Cristóbal.

—... que está mal de la cabeza.

—¿Olvidas con quién coño estás hablando? —dijo apuntándole con el índice—. Sabes bien que de nada servirá lo que aparezca en los medios de comunicación y lo que hayan repetido los analistas políticos o los contertulios en las radios. No es la primera vez que aplicamos una mordaza a los medios o les soltamos bulos. De nada servirá que luego se descubra que los hechos eran diametralmente opuestos, que los perjuicios causados hayan podido convertirse en irreparables o que la realidad fuera muy distinta.

—No creo que esté capacitado — insistió yendo hacia la puerta. Antes de salir se volvió y añadió—. Bueno, lee el informe y te darás cuenta de que sus días en el servicio están contados y de que si sigues adelante con él vas a jugar a la ruleta rusa con la cabeza de otro. Más que una nueva misión quizá lo que más necesite ese hombre en estos momentos sea un psicólogo.

—Aquí no hay lugar para predicciones —fue su dogmática respuesta.

Cuántas veces pensó cuánto le hubiese gustado que su hijo, Carlos, se pareciese al menos mínimamente a Manuel. Su hijo creía que el mundo

debía mantenerle, y Manuel creía a las claras en el esfuerzo, y no en los apoyos. Si en el mundo hubiera hombres para quienes el espionaje fuera la única vocación posible, Manuel sería, sin duda, uno de ellos. Con el paso del tiempo, conforme se fueron acumulando los grandes éxitos de operaciones realizadas, lo que más acabó admirando en él fue su extraordinaria intuición para refundir fragmentos de información sin relación aparente. Estaba convencido de que si le daban cientos de horas grabadas en cámaras digitales de la fauna silvestre en el Amazonas, sería capaz de editar con maestría y rapidez las imágenes, desechando las inservibles, hasta completar un

documental digno de un premio en un aclamado festival internacional de cine.

Desde un comienzo la inocencia de Manuel era bien clara, no había sido mancillada por los asesinatos para los cuales había sido entrenado en un lugar secreto. Recibiendo una instrucción intensiva en artes marciales, seguimiento urbano y secuestro, y con todo tipo de armas, el dolor había sido eliminado del arte de la guerra; con los años, matar trabajando a las órdenes directas de Cristóbal se había convertido para él en algo abstracto. Su obediencia a Cristóbal desde el principio había sido indiscutible: él seguía las órdenes sin cuestionarlas. Realizaba su trabajo comedido con la mente liberada de todo

factor que pudiese complicarla.

Cristóbal no se lo había comunicado a su superior, pero antes del fatídico día del atentado terrorista en Madrid el 11 de marzo de 2004, él había pensado que, en un futuro, cuando hubiese pedido la baja y decidiese jubilarse, recomendaría a Manuel para ocupar su oficina. Entonces, maestro y discípulo, habían tenido esta conversación:

—Dudo que siga en este puesto dentro de unos años. Espero no seguir aquí. Espero que, con el tiempo, y no des el paso hasta que te sientas capacitado, tomes mi lugar como cabeza en el departamento. Este es mi deseo. En mi próxima reunión con los miembros de

la Casa, les mencionaré tu nombre, dándoles a entender mis acciones y mi voto. El momento lo decidirán ellos.

—Gracias.

—Realmente siempre he confiado en ti y te admiro. Una de las principales razones por las que siempre he mostrado un enorme interés por ti es porque siempre te he apreciado como a un hijo.

—Sí, señor.

Entonces, Cristóbal añadió:

—Quiero repetirte una vez más lo que hace años te dije. En este tipo de trabajo no hay vuelta atrás. Es algo así como una droga, una adicción fatal, sin ninguna vía de escape. Una vez que has asumido las responsabilidades de pertenecer a este grupo, ya no puedes

salir, ni siquiera cuando, de forma tentadora, la puerta por la que entraste se abre para ti.

Sin embargo, todo cambió desde el atentado terrorista en Madrid el 11-M. Durante un tiempo no se supo de él. No tenía familia. Su madre había fallecido poco después que su padre, y desde joven había perdido todo contacto con tíos y primos. La vuelta de Manuel a la Casa levantó algunas ampollas; sus viejos amigos comenzaron a rechazar su compañía. Su carácter irascible, agresivo y violento comenzó a granjearle mala reputación. Desde entonces Manuel se convirtió en una compañía desagradable para sus compañeros; todos los que le conocían,

e incluso los que le concedían en un principio su respeto y simpatía, acabaron por evitarle. Entonces, comenzó a trabajar solo, sin pareja.

Ahora, tras haber hecho acto de presencia en su despacho, observándole en aquella postura en la que estaba sentado, inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas, en aquella postura que combinaba la deferencia con la atención, lo veía de nuevo más cambiado que nunca, y preocupado por algo. Habían intercambiado unas primeras palabras a modo de saludo y comentado el tiempo. Mientras conversaban de cosas intrascendentes a Cristóbal le parecía que su hasta entonces mejor hombre había perdido

ímpetu; notaba que estaba menos concentrado que antes. Sentado frente a él, desde el asiento giratorio de su escritorio, se fijó por primera vez en que su pelo estaba cubriéndose de canas, incluso se veían brillar sus entradas, mucho más prominentes que la anterior vez que lo había observado tan de cerca. Sabía que se cuidaba el cuerpo con especial mimo: una buena alimentación, musculación, y sabía que era experto en alguna de esas artes marciales raras con nombres igual de raros, como los platos de un restaurante chino o coreano, como Jeet Kune Do y demás. Pero ahora, aun manteniendo una constitución atlética, algo seguramente debido más a la genética, le notaba por

primera vez subido de peso y con una incipiente barriga, como si ya hubiese dejado de tener interés por estar en excelente forma física. A pesar de eso, seguía estando muy fuerte; esa fuerza se le notaba en la conformación nudosa de las manos, en la espalda y en los hombros.

Observándole distraídamente, Cristóbal se decía a sí mismo: «Es un buen hombre, tan solo se encuentra algo agobiado por el peso de la conciencia. Quizá necesite unas semanas de vacaciones. ¿Tal vez después de este trabajo? No, después de este trabajo podrá descansar eternamente, porque estará muerto. Ya lo decía mi superior: “Cristóbal, los grandes hombres que en

esta casa chochean prematuramente, mueren, porque unos extraños individuos se presentan en el momento y lugar menos inoportuno y lo liquidan. Ya no nos son útiles, son prescindibles. Recuerda esto: la codicia embrutece a los hombres, y solo la hombría y el honor a España es lo único que cuenta”».

—Esta semana estuve comiendo con el vicepresidente del Gobierno en un restaurante sofisticado y discreto, el mismo que suele frecuentar el rey — comentó Cristóbal con los codos sobre los reposabrazos del asiento de cuero, los dedos entrelazados y ambos índices acariciando su mentón—. Este es uno de los aspectos más deleitables de este

tejemaneje nuestro, ¿verdad? Se pasó todo el rato dándome la tabarra sobre las diferentes marcas de vinos de la Ribera del Duero, sus mejores años y sus más famosas cosechas, como si el hecho de haberse aprendido de memoria un folleto, o haberse leído media docena de artículos en los suplementos dominicales de un periódico lo convirtiesen en un auténtico gourmet y un deslumbrante hombre de mundo. — Guardó silencio, se levantó, y comenzó a caminar de un lado a otro de la estancia muy lentamente, como midiendo las distancias a cada paso—: Desde luego, cuanto más respetable se cree un político en su vida pública, antes vienen corriendo al silbido de nosotros, los

espías.

—Muy filosófico —musitó en un tono muy bajo.

Manuel parecía atento, pero de una extraña manera, más contemplando a Cristóbal que escuchando la táctica que sabía que estaba delineando. Le observaba yendo y viniendo de un lado a otro de la habitación, abriendo y cerrando las manos, alzando el dedo índice o interrumpiéndose de tanto en tanto con el fin de imprimir mayor énfasis a una manida frase que se le antojaba brillante mientras hablaba sobre el Estado Islámico y el terrorismo internacional. No podía por menos que reconocer que, como hombre, Cristóbal, con el paso del tiempo se había

convertido en una caricatura de sí mismo, y como conferenciante resultaba patético. Antaño lo admiró como un maestro, como a alguien a quien admirar, por su porte, por sus conocimientos, por su don de gentes, por sus enseñanzas. Recordó una frase que dijo el día que lo conoció en la academia: «La gente que manipula las leyes las ha transformado en un instrumento para mantener sus privilegios». Manuel sabía que ahora era Cristóbal el que movía los hilos a la sombra para hacer a su placer lo que quisiese para conservar sus privilegios y velar por las demás personas. Quiénes eran, él no lo sabía a ciencia cierta, pero podía imaginárselo. Un remordimiento

le corroía las entrañas: el hecho de saber que su padre fue asesinado por error por policías encubiertos, pertenecientes al grupo GAL, creado por miembros del Gobierno. Además era consciente de que Cristóbal habría tenido alguna participación en los atentados del 11-M, a pesar de lo cual jamás se había atrevido a cuestionarle nada al respecto porque, de entre la maraña que formaba la cadena, no había podido encontrar aún el principal ensamblaje para implicarle con certeza. «Cristóbal el burócrata, el espía de la sala de juntas», pensaba para sus adentros.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—preguntó deteniéndose en medio de la

alfombra y mirándole fijamente, queriendo entender qué diablos le estaría sucediendo.

—Pensaba —dijo Manuel— que me recuerda usted a un correcaminos, ¿sabe?, ese pájaro de la Warner Bros. que siempre corre inclinado hacia delante.

—¿Un correcaminos? —preguntó soltando una carcajada de condescendencia, mientras para sus adentros pensaba: «¿Qué demonios se propone, aparte de acabar con mi paciencia?».

—Tómeselo como un cumplido. Me gustaría tener un poco de eso.

—¿De qué? —Cristóbal ocultó perfectamente su irritación.

—Ya sabe..., de su ambición, su empuje... —dijo casi como un murmullo, y saliendo de su trance antinatural, se enderezó, pasó un dedo por el interior del cuello y aflojó el nudo de la corbata.

—Oh, de acuerdo —dijo Cristóbal parándose en seco. A grandes pasos dio la vuelta al escritorio con las manos hundidas en los bolsillos y se acomodó en el sillón giratorio de cuero. Sin lugar a dudas pensaba que le sucedía algo muy extraño, jamás había tenido comentarios graciosos o fuera de lo estrictamente profesional—. Pero ¿has oído lo que estaba diciendo?

—Sí, sí, por favor, continúe. Disculpe que le haya interrumpido. ¿Podría repetir lo último que ha dicho?

Confieso que estaba algo distraído.

8 LA MISIÓN

«Joder, ¿qué le pasa ahora a este hombre? No me debe fallar en esta operación, si no estaré con la mierda al cuello. Se está haciendo mayor... se está haciendo mayor... Sin embargo, a pesar de su cambio, sé que se entrega a las nuevas misiones como un adicto; por lo tanto, debo seguir atizando el fuego de su interior», pensaba Cristóbal con preocupación.

Conoció a Manuel en la escuela de entrenamiento para agentes de inteligencia. Cristóbal estaba encargado

de dar un curso sobre vigilancia y seguimiento urbano, y durante los días que estuvo allí, lo que había visto en él le había gustado lo suficiente como para escogerlo para una vacante que ofrecía su oficina. Los jóvenes reclutas de la escuela tenían un aire de inocencia maravillosamente combinado con una inteligencia tecnológica altamente entrenada, caminaban por el edificio, los pasillos, los pabellones de deporte y las zonas de entrenamiento físico con un comportamiento confiado y una cabeza alta que solo se veían en las películas de acción de Hollywood. Manuel era el más duro, el más sorprendente, su análisis era espectacular y destacaba entre sus otros compañeros, más

brillantes en lo académico, por ser quien tenía más recursos cuando resultaba necesario. Cristóbal notó cómo Manuel no demostraba potencia sino miedo. Aquella era la fuerza que había tenido entonces: la confianza de que en un enfrentamiento los que se enfrentaran con él no se atreverían a ir tan lejos como él mismo. Hizo lo que siempre había hecho mejor que nadie en la organización: reclutarlo bajo el juramento de los secretos de Estado. Cristóbal era el mejor en seleccionar, por todos los medios y formas, a agentes sobre el terreno, que no era más que el patrón más importante y esencial en la auténtica labor de Inteligencia. Tras el atentado terrorista del 11 de marzo de

2004, pidió una baja y no volvió al servicio de inteligencia durante varias semanas. Aceptó abandonar su voluntario retiro para regresar con una condición, según le había dicho entonces a Cristóbal: quería acción, tomar iniciativa, pero nada de estar elaborando informes en un despacho, nada de vigilar a sospechosos y redactar informes en el ordenador, nada de escuchar durante horas conversaciones telefónicas ni realizar resúmenes sobre comentarios de sospechosos en redes sociales. Cristóbal aceptó. Aunque, poco a poco, de ser extrovertido se fue transformando en solitario y extraño. Hacía años que Manuel no se relacionaba absolutamente con ningún

colega y comenzaron a circular rumores sobre la violencia que empleaba y su carácter irascible. Esto acentuaba más que infundiese pavor saber de él en las almas de la atrincherada «espiocracia» española.

Se volvió a levantar de un salto de su asiento, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, y se dio la vuelta en dirección a la gran ventana para evitar que su estado pudiese ser advertido. Después de escudriñar unos segundos el exterior, se giró de nuevo y continuando su ir y venir dijo:

—Estaba diciendo que el turco Iskander... Pero bueno —dijo airadamente dirigiéndose hacia la puerta—, ¿dónde están los cafés que he

pedido?

Cristóbal atravesó la puerta, la abrió y habló con un invisible hombre en el cuarto de afuera. Al volver dijo:

—Iskander es el gerente de una insolvente tienda de preciosas alfombras persas en Palma de Mallorca, una mera tapadera, y que es un incuestionable devoto de fanáticos grupos islámicos como Hezbolá, ISIS, Hamas... En fin, un devoto sanguinario financiador de terroristas, como dirían en los dichosos juzgados, un criminal que perpetra sus acciones con premeditación y alevosía. —Con un mando a distancia encendió la pantalla de alta definición adherida a la pared, fue moviendo el ratón que había sobre su mesa mientras hablaba y al

mismo tiempo observaba fugazmente a Manuel. Aparecieron diagramas, muchas imágenes de países europeos de donde provenían las transacciones. Fue detallando el entramado de cómo Iskander recibía los pagos y las organizaciones musulmanas benéficas que estaban haciendo uso indebido del dinero. Apagó la pantalla, y continuó—: Ahora sabemos que está en Barcelona, pero no dónde, ya que ha sido alertado de nuestra vigilancia y se ha escondido. Los iraníes siempre le han pagado bien y a tiempo. Normalmente, lo hacen mediante transferencias y cartas de crédito que el banco va librando de forma progresiva hasta que se hace entrega de toda la mercancía. Y cuando

no han podido hacerlo de ese modo, han puesto en práctica una especie de sofisticada *hawala* o sistema de compensación. Es decir, que se ha dado el caso de un pago a Iskander con un cargamento de pistachos y alfombras, que inteligentemente ha vendido a muy buen precio a importadores y distribuidores españoles para grandes superficies de supermercados como El Corte Inglés, Carrefour, Leroy Merlin, o incluso pagos a través de un concesionario alemán de coches de lujo. Hay muy pocos bancos iraníes autorizados a transferir dinero fuera del país. Todos están muy bien controlados por el Gobierno de Teherán. Aun así, como ha ido funcionando nuestro

Iskander es como actúan en general los criminales rusos; un cómplice con residencia en Europa crea una empresa en suelo extranjero de importación-exportación, emite facturas falsas, los corruptos funcionarios en sus países de origen las autentifican, en fin, el cuento de siempre; se registran empresas, se abren cuentas, se presentan facturas, se esconde el botín, y todo ello actuando intermediarios, recaudadores y con ayuda de muchos cómplices. Hasta hace muy poco Iskander ostentaba en público su posición económica vistiendo con ropa de diseñador, adquirida en tiendas oficiales, nada de imitaciones baratas, conducía coches de gama alta y tenía un barco en el club náutico con el que

viajaba muy a menudo a Ibiza. Pero desde que se ha trasladado a Barcelona ha adoptado una indumentaria más humilde y un estilo de vida austero para no llamar la atención. Incluso ha estado cogiendo el autobús público. Sin embargo, como te decía, desde hace casi un año ha desaparecido completamente. No sabemos nada de él. Sigue allí sin moverse, en Barcelona, pero no sabemos dónde.

»Iskander ha ganado tanto dinero como intermediario y tiene una reputación tan conocida en el círculo de las personas que financian el terrorismo internacional, como en Qatar e Irán, que incluso se dedica a lavar dinero negro que procede de los secuestros y la

extorsión, en la compra, venta y alquiler de lujosas villas en la Costa del Sol y en la Costa Brava. Las autoridades en Marbella, Málaga y alrededores han procurado desde siempre que las grandes fortunas del mundo se acaben instalando en sus hermosas tierras costeras, y por ello jamás se han mostrado excesivamente meticulosas a la hora de investigar el origen del dinero de todos aquellos que manifiestan interés por invertir grandes sumas en uno de los lugares más bellos de este país.

Entró un hombre con los cafés. Puso la bandeja sobre la mesita de centro y sirvió a ambos. Cristóbal esperó a que se marchara del cuarto.

Para el veterano Manuel, con toda la experiencia a su espalda, todo aquello no era nada nuevo. Conocía muy bien el *modus operandi* de dictadores y narcotraficantes latinoamericanos, tiranos africanos, mafiosos de Rusia y Europa del Este y cómo no, de políticos corruptos de las más diversas nacionalidades. Todos con el mismo denominador común por el placer de abrir sus ventanas a las tranquilas y luminosas aguas mediterráneas, acudían a los más exclusivos restaurantes en sus fastuosos coches de lujo, atracaban sus pretenciosos yates en las docenas de puertos deportivos del litoral o despilfarraban su dinero en los casinos o pasaban las noches con prostitutas de

lujo, convencidos de que, mientras no se dedicasen a atracar turistas a punta de cuchillo o de pistola, ningún policía local o nacional español les buscaría problemas. Tenía conocimiento de sobra sobre cómo viejas fortunas de rancio abolengo europeas, o nuevos ricos que construyeron sus negocios honradamente, se codeaban con traficantes de armas y especuladores sin escrúpulos. Incluso personalmente, durante antiguas operaciones había conocido a asiáticos ricos y árabes con antecedentes que, a pesar de que olían a peste, en tierras españolas recibían un trato indulgente en vista de sus cuentas bancarias y propiedades inmobiliarias.

—Tanto la Costa del Sol como la

Costa Brava e incluso la Costa Azul serán siempre las mismas —continuó diciendo Cristóbal—, aunque sus preciosos chalés, con sus enormes piscinas rezumen en ocasiones corrupción y mucha, mucha mierda, hay que admitir que el turco Iskander ha demostrado ser muy astuto a la hora de llegar a la conclusión de que el mejor lugar para esconder dinero ensangrentado es allí donde esa clase de dinero abunda. Gracias a nuestros *hackers* hemos podido saber todo lo que él ha podido decir y a quién, dónde ha estado rezando, dónde ha dormido, follado, comido y cagado. Pero lamentablemente se nos ha escapado de nuestro radar. Tú eres el encargado de

esta misión, quizá la más importante de tu carrera hasta ahora. No quiero que nadie se inmiscuya, menos aún los gilipollas esos que están en la planta de abajo, que se creen James Bond y que están a sueldo mensual del Ministerio del Interior, que ya sabemos quiénes son. Joder, esta institución ya parece un órgano plagado de enconadas divisiones. Date cuenta de que, cuando se detectó la presencia de Iskander en Barcelona, pareció que a nadie en este edificio le suscitara interés alguno. Viajó tranquilamente a Francia. Nuestros colegas franceses, conforme a los tratados europeos, a través de la jefatura de policía de Lyon, nos mandaron su foto y nos dieron a conocer que tal

persona había pasado allí el fin de semana procedente de Barcelona, con su fotografía e información detallada. Pues bien, a nadie le despertó curiosidad; acusaron recibo y dejaron la nota en el montón de avisos que nos llegan a diario. La foto de perfil de Iskander permaneció pegada con una chincheta en el corcho junto a otros avisos parecidos. Allí quedó en el olvido hasta que algún imbécil que tenemos ahí abajo necesitó hacer uso de la chincheta para reemplazar la foto por un fotograma de la película de *Star Wars*. —Alargó un poco el silencio y de pronto pareció animarse—: Así nos va... ¡Menudo país, joder! Luego la sociedad se queja de atentados terroristas y los políticos

de turno dándonos el coñazo. Todo porque tenemos unos melifluos lameculos empleados puestos a dedo por políticos que se creen todo eso de no limitar la entrada a los pobres inmigrantes, y les gusta propagar el abrazo a culturas exóticas, ¡y que si la culpa no es de la religión musulmana sino de unos pocos locos...! ¿Sabes? Si los Gobiernos actuales están fallando en frenar la expansión del terrorismo islámico en Europa, para mí, la culpa la tiene esa mierda de tolerancia religiosa, diversidad étnica y demás chorradas. Esa tolerancia recién inventada por los de la izquierda más rancia, pelotillera y radical. Esos lameculos chupapollas no se dan cuenta de que nos enfrentamos

contra una nación llamada islam, que tiene mil quinientos millones de habitantes, nada menos, y una infraestructura pasiva en consonancia, que quieren meter a Turquía en la Unión Europea, pero ¡qué disparate!, joder. — Se permitió entonces una digresión, y su estado de ánimo amainó—: Nos están metiendo la mierda hasta el cuello, Manuel. ¿Te das cuenta? Están en un error garrafal, absoluto, un error que no se podrá enmendar. Luego vendrán las lamentaciones. El terrorismo representa una amenaza terrible, y los políticos quieren mirar hacia otro lado. El islam y el terrorismo son los mismos perros, pero con distintos collares. Antes, en la historia, había un período de guerra y

luego otro de paz, y así sucesivamente. Pero este mundo claro ha desaparecido, quizá para siempre. Si esto no se arregla, Manuel, según nuestras informaciones, en el futuro viviremos en un mundo muy peculiar, en el que la mayoría de nosotros llevará una vida feliz y próspera, pero constantemente todos sufriremos episodios terroristas. Nadie nos va a pedir que hagamos los sacrificios que hicieron nuestros abuelos, como ponerse uniformes y salir a combatir. Con el servicio militar obligatorio, en la Segunda Guerra Mundial los Gobiernos podían emplear a quien quisieran, pero hoy no existe. ¿Sabes lo que va a pasar? Que la sociedad tendrá que pagar un precio en

términos de pérdida de libertad. Nosotros tendremos que controlar a los ciudadanos para que no nos salgan de improviso lobos solitarios poniendo bombas y gritando *¡Allahu-akbar!* Esto es lo que vamos a tener que hacer con ellos: controlarlos. Tendrán que aceptar un cierto grado de vigilancia electrónica.

Manuel pensaba para sus adentros: «En un burócrata de despacho le ha convertido el tiempo. Simplemente, Cristóbal se ha convertido en una caricatura de esos columnistas de los periódicos que se arrojan la conciencia de las clases de los presuntuosos de boquilla que creen saberlo todo».

—Y aquí estamos nosotros para

defender al país del imperio del mal — continuó Cristóbal—. Aunque nuestros métodos sean ilegales... En qué medida lo somos, no tengo la más puñetera idea, francamente. Pero no podemos ir por ahí limpiándonos el culo solo y antes con el consentimiento agraciado y por escrito de las instituciones y los llamados valores democráticos, ¿no te parece? ¿Te imaginas a ti mismo yendo a pedir permiso a un juez para quitar de en medio, barrer, eliminar de nuestra sociedad a un hijo de puta como era ese Koldo, culpable de dejar viuda a una mujer joven y huérfanos a tres chiquillos? Ni los abogados, ni los jueces, ni el ministro del Interior, ni la Policía Nacional saben una puta mierda

de lo que es el espionaje y la lucha contra el terrorismo.

Cristóbal se sentó y se miró las manos un rato.

—Dime, ¿estás cansado del trabajo de espionaje?

—Si lo estuviera tendríamos que buscar otra forma de ocuparnos de Iskander, ¿no lo crees?

—Lo que pienso ahora está un poco fuera de lo normal.

Tras una pausa, Cristóbal llamó a Patricia por el teléfono fijo. Ella entró sin prestar atención alguna a Manuel, dejó un fichero sobre la mesa y volvió a salir del despacho en silencio.

Manuel era consciente desde hacía ya mucho tiempo de que, aunque

Cristóbal y ella eran dos polos opuestos, mantenían una relación. A ella se la respetaba mucho, no solo por su fuerte carácter, dinamismo y conocimiento, sino por su diligencia, devoción y honor. Manuel sabía que durante las operaciones de máxima importancia ambos se quedaban trabajando hasta altas horas, y no dudaban en irse juntos a una suite de un hotel de lujo en el centro de Madrid.

—Mira —dijo mostrándole en el aire varios folios y una fotografía de veinte por veinticinco—. Este es su fichero, el que tiene la Interpol. Tan solo una descripción física, una fotografía en máxima resolución, que no está mal de calidad, y un simple texto de quince

líneas describiéndolo como un extremista musulmán que tuvo varias condenas en el tribunal de menores de Ankara. Fue un adolescente problemático para las autoridades, viajó siendo joven a Irán, comulgó con los delirios de los musulmanes más radicales, ha cometido crímenes en su país de origen, Turquía, y según lo que menciona es un hombre violento y al que hay que abordar con cautela ya que puede ir armado, y poco más. En conclusión, un simple fichero que no nos dice más que el Turco no tiene relación alguna con la normalidad. Menos mal que tenemos mejores recursos en inteligencia que la Interpol.

La fisonomía de Iskander quedó

grabada en la retina del ojo interior de Manuel. En la fotografía se apreciaba, bajo una nariz respingona, una barba de varios días, un abrigo largo y oscuro, y una *kefiya*. Bajo la orden de Cristóbal, aquel musulmán inmigrante en España no había sido su primer objetivo con esas características. Ya había eliminado a numerosos islamistas radicales tanto en el norte como en el sur de España. Incluso anteriormente se había infiltrado en Portugal y había liquidado a sangre fría a su objetivo. Él no era policía, y más que en un mero espía, lo habían convertido durante el transcurso del tiempo en un asesino. No detenía a sus objetivos. Las detenciones eran un valor negativo en su trabajo. Cuando le

indicaba Cristóbal una red, él la escuchaba, la observaba, a veces se infiltraba, y cuando el momento le era propicio y le daban luz verde, los liquidaba sin más dilación.

—Ya sabes cómo son las operaciones de este nivel. No ha habido nunca ningún error por tu parte. Pero si uno no está plenamente centrado toda misión puede resultar con derivaciones, con giros imprevistos o direcciones inesperadas. Uno piensa que ya tiene su objetivo, se confía demasiado en que ha pescado al pez gordo que andaba buscando, y por un descuido inoportuno que no debió cometer al bajar la atención, resulta que se le ha escapado de las manos o ha atrapado

erróneamente a otro. Recurre a tus contactos en Barcelona, sé discreto, sé invisible, como tú sabes. Que sean tus contactos quienes te lleven hasta Iskander. No hace falta decir que sobre todo no armes mucho alboroto. ¿Entendido?

—Por supuesto.

Cristóbal, con los labios apretados y ojos muy abiertos notó que Manuel no se encontraba con el entusiasmo de antaño. Algo le decía que era ya viejo para este tipo de trabajo. Tantas misiones clandestinas que le había encomendado en el pasado, ahora con la edad, le estarían pasando factura; se estaría cuestionando qué provecho había tenido tanto derramamiento de sangre.

Manuel no era un hombre normal de los que al final de la jornada laboral corre a casa a abrazar a sus hijos, ver la televisión, cenar, tomarse una cerveza, leer un cuento a los niños, hacer el amor con su esposa e irse a dormir. No. De este modo, como buen entendedor de la mente humana, Cristóbal supo cómo despertar el pasado en la memoria del que entonces era su mejor hombre.

—Corrupción es al propio tiempo un término cada día más en boga y que se aplica de forma preferente al campo de la política. Pero en el ámbito del terrorismo esa inevitable corrupción acaba por hacer su aparición descomponiéndolo todo, hasta convertir en irreconocible la materia original de

las ideas sobre las que se asentaba. Por ejemplo, la corrupción que se apoderó del espíritu de ETA después de la dictadura de Franco es en cierto modo similar a la que se apoderó del espíritu socialista durante sus últimos años en el poder con Felipe González, y de la que se apoderó del Partido Popular con José María Aznar, porque sus dirigentes no aprendieron en cabeza ajena de unos errores que, al repetirse continuamente, vuelven siempre a la carga como la pescadilla que se muerde la cola. ¿Cómo lo llaman los indios? Creo que karma, ¿no? Todo eso del devenir, la sucesión de actos y sus consecuencias.

»Se aseguran que son más de ochocientas las víctimas mortales de

ETA. ¿Cuántos padres, cuántos hijos, cuántos esposos y cuantos hermanos y amigos y conocidos de las víctimas les odiarán tanto como los odiamos tú o yo, pese a que no hayan tenido el valor suficiente como para empuñar un arma y meterles un tiro entre ceja y ceja? ¿Cuántos desearían hacerlo o soñarían con ello?

Cristóbal se levantó. De la mesita de café, situada en un lado de su despacho, cogió un periódico.

—¿Has visto lo que dice este obispo sobre el perdón y la reconciliación? Ayer un grupo de una asociación de víctimas del terrorismo habló, rodeado de los medios de comunicación, sobre lo beneficioso de

un encuentro común..., ¡que si el Gobierno central debería sentarse con la rama política separatista porque hay que perdonar!

—Sí, lo leí en la cafetería del tren, volviendo de Francia. Me enfurecí pensando en ellos más aún de lo que aborrezco a los hijos de puta que van poniendo bombas. Porque mientras continúen existiendo víctimas del terrorismo dispuestas a olvidar y perdonar de todo corazón a sus verdugos continuarán existiendo tales verdugos.

—Muy bien dicho. Estoy completamente de acuerdo contigo, Manuel. Odiar a quien nos arrebató a los seres queridos, es humano. Perdonar es divino, pero casi nadie es

auténticamente divino. Aspirar a la venganza también es humano y quien sostenga lo contrario miente. Es un mentiroso. Yo estuve en Afganistán y en Irak, donde perdimos a grandes compañeros, y déjame decirte que la fuerza es necesaria para acabar con esa peste de islamistas hijos de puta. El Gobierno, el verdadero Gobierno que defiende a España, mediante sus programas, leyes y política intenta realizar progresos sociales, pero la extrema izquierda lo utiliza para organizar protestas y manifestaciones, que luego se convierten en disturbios y Dios sabe qué más, hasta el atentado del 11-M. Y los buenos en toda esta película, nosotros, tenemos que

ponernos a pensar qué estamos dispuestos a perder. Porque si dejamos que las cosas sigan al ritmo que los de la extrema izquierda quieren que sigan, se pierde algo muy básico, ¿no? Entonces, ¿qué debemos de hacer, Manuel? Con dos cojones, ¡a poner orden! Actuar como hemos sido entrenados y nuestro país y esta Casa espera de nosotros. ¿Cuál es la moraleja, Manuel? ¡Dime! Te lo digo yo, la moraleja de esta historia es que solo con nuestra fuerza el país finalmente se salva.

Manuel sabía, sin que le cupieran dudas, que por aquella armonía valía la pena sacrificarse, y si tenía que poner su vida en juego, estaba dispuesto. Había

dejado caer los codos sobre las rodillas y estaba inclinado hacia delante. En otro tiempo fue un hombre robusto, pero ahora algo envejecido y agotado. Alzó la cabeza. El oficio como agente de inteligencia aún le seguía pesando con fuerza, y para sus adentros intentaba analizar qué tramaba su jefe. Desde su anterior encuentro notaba que a Cristóbal le habían aparecido ojeras pronunciadas, estaba algo más gordo y tenía erupciones cutáneas debido a un afeitado con prisas y descuido. Era consciente de que algo estaba sucediendo. «La información nunca te mata —pensaba Manuel recordando las palabras que en su día el mismo Cristóbal le dijo como advertencia para

seguir vivo—. Debo de tener mis sentidos alerta. La ignorancia y la ingenuidad, en cambio, sí que pueden ser causantes de tu caída, de tu muerte».

—Cristóbal, que un grupo de personas, cuatro, diez o las que quiera que fueran, hayan sido capaces de reunirse con el fin de planear, ejecutar y llevar hasta sus últimas consecuencias un acto de barbarie como fue, aquí en Madrid, el poner los explosivos en los trenes el 11 de marzo de 2004 escapa por completo a mi capacidad de comprensión. Desde el 11-M he detenido a muchos yihadistas, pero el que nos faltaba era el hombre que consiguió los explosivos. Ahora lo tenemos. Estoy dispuesto a viajar

mañana a Barcelona y liquidarlo como una mísera rata.

Cristóbal se deleitó por aquel comentario, que le sirvió como baza para poner en bandeja sus planes.

—Manuel, esta va a ser una operación diferente. Esto lo tenemos que hacer con paciencia. Quiero que te aproximes a él con un cebo, que será un indio llamado Abu Salem, actualmente en prisión en Lisboa. Ahora te diré quién es.

—Siempre he trabajado solo.

—Pero es que así nuestra operación no levantará sospechas. Iskander es una persona muy distinta a las que has podido cargarte y solo falta que te presentes tú solo a liquidarlo y,

por un motivo u otro, se nos escape de las manos. Escucha: el indio que he seleccionado para nosotros es totalmente prescindible, utilicémoslo como cebo para acercarnos a Iskander sin levantar sospechas. Hay un imán en Barcelona, muy influyente entre el círculo de musulmanes radicales, que filtra dinero hacia dudosas organizaciones humanitarias islámicas. Este hijo de puta, haciéndose llamar «activista» hasta recibe subvenciones del Gobierno de España a través del ayuntamiento. ¡Increíble! Cada vez más, Barcelona se está llenando de inmigrantes musulmanes. Los más radicales no se arriesgan a manifestar su fanatismo en presencia de otros

musulmanes, ya que son precavidos, se imaginan que tenemos a nuestros informantes dentro de su comunidad y saben que siempre estamos escuchando. Es en secreto, en las habitaciones y lugares resguardados, donde los extremistas islámicos se juntan. Ya lo has visto tú muchas veces, ¿qué te voy a contar! Tú eres el experto. Y ahí, como muy bien sabes, es cuando pasan a la sombra y comienzan a reclutar a posibles terroristas. Ese joven musulmán que parecía integrado en la sociedad, que jugaba al fútbol en el polideportivo, que iba regularmente a clase, en fin, un chico normal, pues de repente se encuentra en Pakistán o Afganistán siendo adiestrado. Nos lo

han arrebatado en las mismas narices esos hijos de puta, y lo han mandado a las madrasas a radicalizarlo más aún. Luego lo mandan de vuelta, convertido en una célula durmiente, a la espera de órdenes por parte de algún grupo salafista decidido en atentar mediante artefactos explosivos, guardados en mochilas sucias que nadie pudiese pensar siquiera en robar, de fabricación casera, desde luego de mala calidad, pero suficientemente eficaces para sus propósitos: hacer cuanto más daño mejor.

»Según nos consta, este imán es muy amigo de Iskander. Con la precaución debida contacta primero con él y cuando Iskander sepa que el

mismísimo Abu Salem se ha escapado de prisión y está en Barcelona protegido por amigos de la mafia de Europa del Este, es decir, tú, y que quiere comprarle un pasaporte, sin duda le citará sin la menor sospecha en un lugar secreto. En muy poco tiempo hemos conocido la mayor parte de sus lugares predilectos, los bares de la rambla que suele frecuentar para tomar café, las discotecas donde va en busca de jovencitas de vida fácil y la frecuencia con la que acostumbra a acudir a espectáculos nocturnos. Sobre todo, según nuestros informes, le gustan los *stripteases* y espectáculos de flamenco para turistas. Pero desde hace un año se ha desvanecido completamente. Tu

misión es sacar al gánster Abu Salem de Lisboa, y llevártelo contigo a Barcelona. Mira —añadió tendiéndole una foto del tamaño de una cuartilla—. Este es el indio. Como te puedes imaginar tiene el perfil de típico delincuente juvenil. Siempre se las ha ingeniado para estar donde no debería estar y en el momento más inoportuno, como si una extraña maldición le persiguiese.

—El karma.

—¿Cómo dices? Ah, sí, sí, el karma hindú.

A Manuel le desconcertó comprobar, observando la fotografía de Abu Salem, que aquel hombre supuestamente peligroso y temido ofreciera el aspecto más inofensivo,

afable y casi podría asegurar que hasta candoroso que quepa imaginar.

Cristóbal le leyó el pensamiento.

—Cuerpo a cuerpo cualquier besugo sin dos dedos de frente le tiene en sus manos, ¿verdad? —dijo levantándose del asiento; dio la vuelta al ancho escritorio y, con las manos detrás de la espalda, dio unos pasos hacia la estantería y se dio la vuelta, adoptando una actitud severa, como la de un hombre ocupado que padece una intrusión en su propia oficina y tiene derecho a una explicación, pero, después de un silencio prolongado, al no obtener respuesta por parte de Manuel, continuó—: El solo hecho de saber que puede contar de una forma incondicional

con una bala de su arma y que es capaz de colocarla allí donde se lo proponga, le confiere una fuerza suplementaria que el más lerdo y estúpido percibe de inmediato. Y esa esencia de muerte que transpira por su cuerpo, sin él pretenderlo, es lo que le hace temible a ese bastardo, hijo de la gran puta. — Después de un momento de silencio, continuó—: Abu Salem fue detenido junto con su novia, una actriz del cine indio. Al parecer, antes habían contraído matrimonio, lo que le convierte a ella en cómplice del criminal, fugitivo de la justicia. Uno de los peores errores que suelen cometer las personas cuando han llegado a la conclusión de que van a romper definitivamente con otra, es ir

cambiando paulatinamente de actitud hacia ella, en una especie de inconsciente y personal intento de autojustificación hacia lo que en lo más íntimo de su ser consideran traición. Esto es lo que ha sucedido exactamente con la joven actriz. Quiere apartar de su vida a Salem. No quiere saber nada de él. Es como si se hubieran preparado para poder decir uno al otro en su momento: «Te lo venía advirtiendo, pero no has querido darte cuenta». Durante los interrogatorios en la cárcel ella le acusa de haberle destrozado su futuro como actriz en la India, y desde luego le culpa de la situación en la que se encuentra. Dice no saber nada de sus actividades criminales y se quiere

desentender de su futuro. Ayudaremos a los portugueses a solucionar todos los procesos burocráticos para extraditarla cuanto antes a la India. Les quitaremos esa patata caliente que tienen. A nosotros nos conviene que ambos no tengan una atadura sentimental, lo cual nos facilitará que Abu Salem coopere contigo. Te he preparado un fichero sobre ambos para que lo vayas leyendo durante tu vuelo a Lisboa de esta misma tarde, además de un documento para que ella firme. En cuanto lo tengas firmado, se lo das a los portugueses y otro departamento se encargará de ella.

—Dime una cosa, Cristóbal. En nuestra profesión saber es una necesidad. ¿Qué es lo que ha hecho Abu

Salem en la India para que haya acabado en Portugal?

—Uf, una historia muy larga y enrevesada. ¿Por qué no te acabas el café que estabas tomando? Aún está caliente.

—Gracias, pero estoy bien así. Además me ha entrado hambre.

—Ya.

Cristóbal quedó un tanto decepcionado por aquel otro cambio que acaba de notar, pero procedió de todos modos:

—El cónsul de la embajada de la India en Madrid me ha tenido ocupado toda la mañana de ayer contándome su pasado.

Se agachó y tecleó un número

secreto en una caja fuerte adherida a su escritorio en forma y tamaño de un cajón. Estaba provista de protección por consolas de luces y dígitos que requerían, además de una clave, una huella digital.

—El odio siempre es malo — prosiguió poniendo sobre la mesa un fichero—, pero cuando ese odio anida en el corazón de un adolescente en el momento en que está a punto de abrirse a la vida con todas sus maravillosas esperanzas, pasa de ser un simple sentimiento a convertirse en una abominable razón de la existencia. La verdad es que es impresionante. De simple mecánico en sucios y mugrientos talleres, a multimillonario. Pero su

historial realizado por Interpol lo tienes en este archivo. Tienes el entretenimiento garantizado hasta llegar a Lisboa.

Tras la marcha de Manuel, Cristóbal, de pie frente al espejo de su despacho, se retocó el pelo, se puso la chaqueta, fue hacia el escritorio y metió varios documentos dentro de su maletín de cuero.

—Tendrás que admitirlo, Manuel ha pasado ya a la historia —dijo Patricia—. Tu predilecto pupilo ya no está para tratarlo como un hombre que hay que guiar, orientar, ayudar, motivar, poseer, educar. Lo he visto acabado. Sus días en el servicio han concluido. Da la impresión de ser un hombre en conflicto

consigo mismo. Lo he visto vulnerable, y eso no es bueno. No es bueno para ti, Cristóbal, puede salpicarte de mierda, y a tu edad y en tu puesto no querrás echar a perder una jubilación de oro y tirar a la basura tus años de carrera.

Cristóbal había visto durante sus años de experiencia en el servicio de inteligencia a hombres que habían sufrido cambios ideológicos y psicológicos que les hicieron traicionar su vocación. Esta era una situación en la que presentía que Manuel se encontraba, a pesar de querer convencerse de que aún albergaba la posibilidad de cometer con éxito una última misión.

—Oye, estás hablando mucho, guapa. No soy domesticable. Ya sé qué

hacer con un hombre como Manuel. Yo he sido quien lo ha creado.

—Nadie pretende *domesticarte* —
arrastró las sílabas de cada palabra susurrándolas—. No me confundas.

—Ese hombre, aunque te parezca que está acabado, aún tiene los reflejos tan rápidos como un boxeador profesional. Y no quiero una jubilación segura, sellada, ni de oro... ¡Al diablo con la jubilación! Al diablo con la carrera, con los años de experiencia, el ministerio, mi familia, el país y la vida. Y también al diablo contigo.

Acto seguido se dispuso a salir del despacho

—¿Adónde vas?

—A ver al ministro del Interior —

dijo con el índice señalando al aire.

—¿Para qué?

—Para decirle personalmente que ordene quitar a la policía de encima de Manuel, hasta que llegue a Barcelona. Pasearse con ese individuo indio por toda la península ibérica a lo Thelma y Louise, desde luego no creo que pase desapercibido para nuestros agentes operativos, Guardia Civil y Policía Nacional. No quiero que nadie toque las narices a Manuel, no sea que se ponga como un Rambo y nos monte una pequeña guerra urbana.

—¿Solo hasta Barcelona?

—Solo hasta Barcelona. Necesito que nuestro hombre haga lo que se le ha ordenado y necesito asegurarme de que

así sea. —Cuando se disponía a salir por la puerta principal de su despacho, se dio la vuelta, y preguntó—: ¿Nos vemos esta noche?

Entró en el ascensor y, tras apretar el botón a los pocos segundos de ascender, la puerta se abrió de nuevo. Con sorpresa vio que estaba en una planta superior, en la cafetería. Había accionado por error un número incorrecto: una torpeza por nimia que fuera que no había cometido nunca, ni siquiera en momentos con más presión o situaciones más apuradas. Su mirada se encontró con la de un empleado de la sección de Latinoamérica; tenía una taza de café en las manos, y le observaba desde la distancia. Se dio la vuelta y

sintió que un grupo en una mesa, entre quienes pudo distinguir al jefe de sección para Marruecos, miraba en su dirección expectante de la razón de su parsimonia frente a ellos. Agarró el móvil y fingió que acababa de recibir una llamada. No había sonado, pero sin duda los demás podrían pensar que habría vibrado dentro de su bolsillo. Sin perder más tiempo, fingiendo que estaba manteniendo una conversación urgente, antes de que la puerta metálica se cerrase, se dio la vuelta, metió el brazo y las puertas laterales se abrieron tras detectarlo el sensor. Sin dilación accionó el botón de la planta correcta. «Se lo han tragado», pensó. A la memoria le vino un efusivo profesor

durante sus años de estudios en la academia de contraespionaje. Recordaba que les explicó una vez que cuando la gente tiene miedo y el pánico le ha dominado, sin pensar, tienden a ir hacia arriba; a los ascensores, a las escaleras, y los que no están paralizados por el terror se encuentran en los pisos inferiores. «¿Qué es lo que me ha sucedido? Estoy perdiendo mi instinto. Debo controlarme. Quizá me esté haciendo mayor». Antes de que la puerta se abriera, movió el cuello para sentir alivio, y subió y bajó los hombros con la intención de relajarlos.

SEGUNDA PARTE

Aunque fueras el peor de los
malvados, la nave de la verdad te
conducirá sano y salvo a través del mar
de las transgresiones.

MAHABHÁRATA

9 SARAI MIR, UTTAR PRADESH

Abdul Qayyum Ansari era un conocido abogado penalista en una pequeña localidad de la provincia de Azamgarh, situada en el norte de la India. A pesar de que su oficio le ofrecía un cierto prestigio social en su comunidad, no podía evitar que su familia viviese una existencia sin recursos básicos y casi en la pobreza. Él era un hombre cuyo carácter y personalidad le hacía evitar recibir sobornos, cobrar extras

indebidamente, presentar facturas a sus clientes con gastos ficticios y, en definitiva, seguir las mismas artimañas comunes de sus compañeros de oficio para sacar dinero a la gente de clase baja que acudía a los juzgados locales en busca de un abogado para solventar problemas de cualquier índole con la ley.

Abdul y su esposa, Jannatunissa, tuvieron cuatro hijos, todos con el mismo primer nombre en árabe: Abu Hakim, Abu Salem, Abu Lais y Abu Jaish.

Vivían en un pequeño pueblo, en la región de Uttar Pradesh, llamado Sarai Mir, conocido por ser un centro de educación islámica debido a las

numerosas mezquitas, pequeñas y grandes, construidas algunas de ellas a principios de siglo XX.

Durante los meses siguientes a la partición y durante los años cincuenta, la comunidad musulmana tuvo que enfrentarse a la discriminación y a las sospechas; entre otras cosas tuvieron verdaderamente muchas dificultades en encontrar trabajo en las administraciones públicas. El gobernante de la provincia intentó obligar a los padres de Abdul a irse a Pakistán, pero ellos decidieron quedarse.

Aun siendo musulmán, Abdul era a la vez laico y un activo defensor de los derechos de los humildes, motivo por el

que se convirtió en un paria dentro de su profesión. Desde que inició sus estudios de abogacía se había comprometido a amar por igual a todos sus congéneres. Pensaba fehacientemente que ninguna obra de caridad quedaría sin recompensa. Aunque fuera tarde para la oración de los viernes, Abdul se empeñaba en ir a rezar a última hora aduciendo a su esposa que sus invocaciones a Alá tenían más posibilidades de ser escuchadas si se ofrecían al atardecer.

Desde Sarai Mir, todos los días, muy temprano por la mañana, viajaba en bicicleta por una polvorienta calle hasta los juzgados; quince kilómetros, ida y vuelta, renqueando, resollando, sudando

y jadeando. La carretera sin asfaltar tenía una capa de polvo tan gruesa que, a veces, hasta quedaban cadáveres de animales parcialmente ocultos en la cuneta. Durante el recorrido, cuando oía el motor de algún vehículo aproximarse, vestido con su indumentaria de abogado, toga, chaqueta y pantalón negro, y camisa blanca, se apeaba de la bicicleta y en la cuneta, con rapidez, se cubría el cuerpo entero con una sábana que llevaba siempre a mano enrollada sobre el manillar para no mancharse de polvo y suciedad.

Un caluroso día del mes de junio, un perro de color marrón, escuálido, de aspecto triste y largas orejas, estaba comiendo algo que había encontrado en

un basurero cuando un vehículo, que circulaba a demasiada velocidad, golpeó por detrás la bicicleta de Abdul y, sin poder él evitarlo, cayó al suelo golpeándose la cabeza contra una piedra. A pocos metros el perro alzó el rostro y siguió comiendo con parsimonia. Al estar tumbado bocabajo, nadie pudo reconocerlo, y sin ser asistido quedó desangrándose y cubierto de polvo durante las siguientes horas en el borde de la carretera. Tanto la gente que viajaba en moto, coche y bicicleta, como los vecinos de la comarca que cruzaban por el lugar; agricultores y ganaderos, pensaron que era un borracho quien estaba tendido. Además, como era costumbre en el país, nadie quería

meterse en problemas ayudando a un desvalido, ya que temían que la policía o la propia víctima les inmiscuyeran en la causa del accidente para sobornarles pidiéndoles dinero. Cuando por fin fue trasladado a un hospital ya estaba muerto.

Jannatunissa, ya viuda, no tuvo otra alternativa que comenzar a trabajar en una pequeña fábrica de harina que tenía su familia paterna. Ocasionalmente vendía por la calle helados artesanales y bloques de hielo. Era muy estricta y puso mucho empeño en que sus hijos continuasen estudiando en el colegio. Desestimó contraer matrimonio con un hermano de su difunto marido, como era costumbre en la comunidad, y más tarde

rechazó la presión familiar de convivir con un primo lejano. Se propuso a sí misma sacar adelante a sus hijos por sus propios medios. Consideraba de mucha importancia los buenos modales; los insultos y las palabras malsonantes estaban completamente prohibidos dentro de la casa.

Como el trabajo en la fábrica de harina y la venta ambulante no daba demasiadas retribuciones económicas, Jannatunissa, por mediación de una vecina también viuda, llamada Katrina, comenzó en casa a hacer *bidis* — cigarrillos autóctonos— y venderlos a las tiendas del pueblo.

—Nosotras —le dijo Katrina— necesitamos trabajar para poder vivir

como seres humanos. Pero ¿dónde están esos trabajos? Debemos hacer lo que sea para llevar comida a nuestros hijos. Yo me he quedado viuda con una niña. Mi familia me repudió. Mi cuñado quiso violarme, y cuando intenté contarlo mis suegros ignoraron el incidente y me acusaron de intentar seducirlo, ¿puedes creerlo? El día que enviudé las personas que conocía mostraron su comprensión y lamentaron la noticia tan repentina y desastrosa: «Qué pena, con lo joven que es». Como tengo un título del colegio, acudí a algunas de esas personas. ¡Ah! Cuando les pregunté por un trabajo todos reularon y me dijeron que si son tiempos malos, que me volviera a casar con un viudo; que me fuera a Varanasi a

morirme junto con otras viudas, que deje a mi pequeña hija en un orfanato... Vi el hambre cara a cara.

Con el paso de los años, el asomo de sufrimiento en sus ojos enormes de mirada tierna se fue pronunciando. Jannatunissa y sus hijos comían un tazón de arroz al día y chapatis.

Las tiendas de racionamiento gubernamentales eran fuente de corrupción; el grano se adulteraba con arena y parte de las existencias se vendían ilegalmente. Mientras, en la calle, los pósteres de publicidad de productos, con intenciones moralizantes, mostraban unas viñetas estilizadas y evocadoras del «niño ideal» indio, un chico rollizo que se cepilla los dientes,

come galletas, tiene la piel más blanca que la mayoría de los compatriotas y un aire decididamente de religión hindú, de la casta *brahmán*. Debajo de las imágenes había frases como «Nadie debe orinar aquí», «Utilizar siempre la letrina» o «Respira siempre por la nariz». Con tales eslóganes se esperaba que el Estado interviniese en la vida de las gentes. Había que guiarles en el protocolo en lugares públicos, sobre cómo comportarse y en la prevención de enfermedades. Allí donde existía un alto índice de muertes los pósteres incluían recomendaciones como «Matad los mosquitos» o «Llevad las uñas cortas y limpias». Aun así, poco contribuyó a erradicar el profundo sufrimiento

humano; la gente comía ratas o semillas de mango, vivía bajo los puentes y junto a las líneas de ferrocarril y los padres vendían a sus hijos como criados.

De entre todos sus hijos era Abu Salem quien destacaba por su fuerte carácter y disciplina. Desde muy temprana edad mostró interés por la mecánica. Ya a la edad de quince años era un consumado experto reparando tanto coches como motocicletas; podía incluso conseguir arreglar cualquier electrodoméstico.

Como el deseo de Salem era abrir un taller en la gran ciudad, fue considerando que su pueblo natal se le estaba quedando pequeño. Tan pronto como cumplió los quince años, puso en

una sábana ropa y unas cuantas pertenencias, la ató por sus puntas, y se la echó a los hombros, dispuesto a marcharse a la estación de tren con destino a la capital, Nueva Delhi, con el fin de trabajar y tal vez conseguir su propósito en la vida: abrir un garaje de mecánica.

—Confía en Alá, hijo mío. Como dice nuestro imán, todo cuanto ocurre sobre la Tierra tiene una razón de ser y Alá sabe lo que hace —le dijo su madre en un tono que denotaba profundidad de convencimiento y sinceridad en su fe religiosa.

Reviviendo las sombras de un amargo y triste pasado no muy lejano, impotente al no poder evitar retener a su

hijo ni poder ofrecerle nada mejor que la desdichada vida que vivían, Jannatunissa, de pie en el concurrido andén, vio marchar a su hijo: «No tiene la menor idea sobre lo despiadada que es la vida fuera, sobre lo difícil que puede ser vivir en la capital, sobre lo cruel que puede ser la gente con él».

10 NUEVA DELHI

La emigración del interior de la India a la ciudad es el punto de partida en la vida de cualquier persona con ambición que proceda de una sociedad tradicional. Pero la vida en la capital no era muy distinta a la de Sarai Mir. Nueva Delhi no solo era una ciudad superpoblada, sino sucia y contaminada. El trabajo intenso, duro y abusivo hizo que en varias ocasiones perdiese el control de sí mismo. Estaba tan delgado que tenía el pecho hundido y se le marcaban las costillas. Vestía muy mal,

y por su aspecto físico y carácter introvertido era objeto de las burlas de los demás jóvenes trabajadores. En una ocasión casi mató a uno de sus compañeros del taller golpeándole la cabeza contra el suelo de cemento. La razón, ya no soportaba más las burlas a las que lo sometían, y llegó el día en que estalló. El gerente y los demás empleados tuvieron que arrancarlo de encima del compañero. Habida cuenta de que tendrían un mal ambiente de trabajo con aquel chico, al que consideraban un psicópata esmirriado con delirios de grandeza, por decisión unánime decidieron echarlo del trabajo.

—Piérdete —le dijo sin más contemplaciones el dueño del taller

tirando a la calle las pocas pertenencias de Salem—. Lárgate, y aquí no vuelvas más.

No había comido bien desde hacía días, y tan solo había conseguido llevarse a la boca unos pocos granos de arroz blanco. Su estómago se quejaba como si un cuervo picoteara las entrañas. A Ravinder, gerente de un taller vecino, le despertó un instinto paternal, y viéndole deambular por aquella zona de reparación de vehículos, talleres de pintura, de chapa y venta de artículos de segunda mano, lo acogió en su garaje como aprendiz. Allí al menos disponía de una alfombra con la que cubrir el húmedo suelo infectado de cucarachas y ratas que campaban

impunemente a sus anchas.

—Yo lo puedo entender todo — dijo—, pero un niño a una edad tan tierna y joven, con el estómago vacío, pasando hambre...

Era un hombre entrado en años, con el pelo encanecido, pero mantenía su buen aspecto. Sus manos eran gruesas y estaban hinchadas, los dedos, tremendamente gordos, y las uñas sucias. Sonrió con amabilidad y continuó:

—Yo soy oriundo de tu pueblo.

—¿Cómo sabe de dónde soy? — preguntó el chico dando un respingo.

—Por tu acento de recién llegado, todavía no se te ha borrado, y porque me lo ha dicho tu antiguo jefe. Yo llevo aquí

algo más de treinta años. Delhi ahora es como mi madre patria, pero aún sigo amando mi pueblo, Sarai Mir; aunque allí crezcan las mezquitas como patatas y haya disentería y malaria, yo siempre seguiré amándolo. Te voy a dar un consejo, hijo. Aquí veras muchas cosas, pero no dejes que las malas experiencias te afecten. Tienes que saber sobrevivir con dignidad. Aprende, mantén los ojos bien abiertos, obedece y calla.

Salem se sintió muy feliz de tropezar con un rostro amable en aquella multitud ingrata. Aquella noche, tras tumbarse en el suelo y cerrar los ojos, intentó conciliar el sueño. No lo logró. Vio el rostro de su madre, lloroso,

arrodillada y rezando por su bienestar y el de sus hermanos. Con el puño apretado masculló un juramento, prometiéndose que conseguiría amasar el dinero suficiente como para comprar una nueva casa en el pueblo a su madre.

En el páramo de penurias que había sido su destino hasta entonces, la bondad y la benevolencia de su nuevo jefe durante los primeros días fueron como un oasis, y creyó que eso duraría para siempre en aquel sombrío almacén que servía como taller, cocina y dormitorio, con tan solo unas sábanas colgadas en el aire a modo de separación. Los trabajadores más veteranos comenzaron a sentir envidia del recién llegado, y a hacer todo tipo

de comentarios despectivos a su espalda. No solo se debía a que su camisa estuviese sucia y sus pantalones estuvieran hechos pedazos, sino que además el joven Salem no usaba ropa interior, y la costura interna de la parte trasera de su pantalón estaba tan sucia que ya resultaba imposible limpiarla.

Pasaron las semanas y los meses. Pero un día, aprovechando que Ravinder había salido, Omar, el trabajador con más tiempo en el taller, no pudo evitar burlarse de la apariencia de Salem una vez más, todavía de forma más vejatoria. La tormenta destruyó aquel oasis de paz.

Fue durante el momento del almuerzo. Salem se encontraba sentado

en el suelo, mantenía la cabeza gacha comiendo como era habitual y llevándose a la boca arroz y verduras sobre un ancho papel de periódico, sirviéndose solo de la mano derecha.

—¡Tú! —le llamó la atención Omar con ambas manos en la cadera en actitud de estar buscando una confrontación, y alzando la voz para que todos los presentes le oyesen le recriminó—. ¿Qué has hecho con el billete de cien rupias que había en la estantería? No está donde lo dejé.

—No sé de qué me hablas —masculló Salem entre dientes, soliviantado, mientras sentía cómo su pulso se desbocaba.

—¡Oinc! ¡Oinc! —prorrumpió

sonoramente y gesticulando sin cesar de reír y estremecerse, haciendo a los demás reírse a carcajadas por las muecas que realizaba imitando a un cerdo—. ¡Oinc! ¡Oinc! ¡Ja, ja, ja!

Salem, lanzó miradas a un lado y otro. Tiró de un manotazo la comida, y se puso de pie.

—¡Vamos! —le urgió Omar, que desde hacía días estaba esperando ese momento.

Todo el mundo vio cómo aparecía el cuchillo, pequeño pero afilado, y nadie pudo culpar a Salem por quitarse el cinturón, que tenía una hebilla de gran tamaño y peso. Los trabajadores de talleres vecinos corrieron a ver la pelea, quizá enloquecidos por el calor,

cansados del intenso trabajo físico, y con ganas de entretenerse con aquel espectáculo. Vista desde arriba, la pelea hubiera sugerido un combate entre dos cobras, con las cabezas engarfiadas, con las colas dando latigazos a diestro y siniestro. Casi toda la gente que había en el lugar siguió la lucha en los veinte metros que cubrió, hasta que Ravinder, alertado por un fiel empleado llegó corriendo y los detuvo justo antes de que se produjese una muerte.

—Yo entiendo a mis empleados — le dijo minutos más tarde Ravinder buscando los argumentos más convincentes—. Dirijo un negocio que me da dinero. Sostengo a una familia. Mis dos hijas van a un colegio donde les

enseñan inglés. Tienes que entender que no puedo echarlo todo a perder por darte a ti cobijo. Lo siento, pero has de marcharte. Es mejor que comas algo, te vayas a dormir y mañana recojas todo lo que tengas y te marches. Calle abajo encontrarás trabajo en otro taller.

Con la primera luz del amanecer, llegó la hora de andar otra vez a otro lugar, pero antes, Ravinder hizo que se sentara cerca de él en la acera frente a su taller y le invitó a una taza de té *masala*.

—Yo puedo entenderlo todo —dijo una vez más como era costumbre en él—, pero no un estómago vacío. Toma el té, y no vuelvas.

A regañadientes, ató su espíritu

maltrecho y magullado al exhausto carro de su flacucho cuerpo y empezó a deambular de sitio en sitio, otra vez. Mientras caminaba por aquel barrio de trabajadores mecánicos a aquella hora de la mañana, los gerentes y empleados iban llegando y abriendo sus negocios con el chirriar de las rejas metálicas tras quitar los enormes candados. Muchos empleados salían de los locales en cuyo interior habían pasado la noche, y comenzaban a asearse con cubos de agua a los lados de la calle.

No derramó una sola lágrima mientras caminaba aquel mes de abril por las calles, donde el asfalto durante el día parecía estar derritiéndose bajo un sol furioso. Con la camisa empapada

de sudor, como si acabara de tomar un baño, tenía que seguir andando por aquella zona industrial, manteniendo la esperanza de encontrar un nuevo trabajo en alguna parte. Las experiencias pasadas le habían secado las lágrimas. Se sentía una porquería.

Aquella noche la pasó agazapado en un rincón de un pequeño parque público. A pocos metros, un grupo de perros callejeros dormían pegados uno contra otro. Pese al calor de la noche de verano, no podía evitar temblar ligeramente como un niño asustado. Pero su estremecimiento solo era producto del nerviosismo, no por miedo de encontrarse a la intemperie y sin trabajo. Cerró los ojos y pensó si aquel era el fin

de su viaje a Delhi. Para infundirse ánimo pensó en la imagen de su madre, cuyo rostro se fue materializando, así como en las escenas cotidianas de su pueblo y los quehaceres diarios. No, no volvería a Sarai Mir. Se frotó los ojos, bostezó, cambió de postura y se quedó dormido.

Durante dos años siguió trabajando de taller en taller por las periferias de Nueva Delhi hasta que se dio cuenta de que no llegaría a ser nadie siguiendo ese camino. Todo era siempre igual, como una rutina. No duraba más de tres meses en un mismo taller, tarde o temprano surgía una pelea con los empleados y él acababa siendo expulsado o incluso decidía marcharse

por sí mismo. Hubo momentos en los cuales sintió auténtica necesidad de pedirle a Alá que le mostrara el camino que le llevara de regreso a su pueblo de origen.

La capital de la India era un mundo hostil y pendenciero. Nueva Delhi era un universo caótico que le iba atrapando y envolviendo como la tela de araña atrapa y envuelve a una mosca. Algunos días llegó a ser tan profundo su desánimo que a punto estuvo de acabar arrojándose al paso de un estruendoso autobús. Cuando veía a extranjeros de piel blanca pasear por la calle con sus cámaras fotográficas y vestimenta típica, y a gente rica india haciendo alarde de su estatus social, sabía que jamás sería

un invitado de honor a esos alegres festejos de la vida, y que tendría que colarse por la puerta de atrás. Los golpes de la vida hasta entonces no le habían reportado una retribución económica, sin embargo, sí le habían dado cierta seguridad: se estaba volviendo cada vez más astuto y hábil. Sí, era eso, pensaba durante una calurosa noche mientras continuaba trabajando en la reparación de una caja de cambios de un viejo Maruti Suzuki 800; sabía que estaba solo en este mundo egoísta y cínico y que la única manera de salir adelante era a través de la astucia y el ingenio.

Durante una conversación telefónica, su madre y sus hermanos

intentaron convencerle para que volviera a Sarai Mir y abriera allí un negocio, pero él se negó. Consideraba que regresar a su pueblo era admitir su fracaso como joven emprendedor. Precisamente porque existían los sufrimientos, la pobreza, las barreras sociales, las preocupaciones, la vida en la India no se volvía nunca monótona, y en aquella época de finales de la década de los ochenta, principios de los noventa, menos aún. De no haber sido por esas penurias que se presentaban en la vida de los indios, la mitad de las alegrías de estar vivo se perderían en la India.

En aquel tiempo tenía muy claro lo que andaba buscando. Su madre prefirió

quedarse en el pueblo, donde sus hermanos habían echado raíces, y en sus planes no entraba tener cerca una familia que pudiera complicarle la vida. De ese modo decidió aspirar más alto y tomó la decisión de viajar a Bombay. Desde un locutorio llamó a su pueblo, donde el dueño de la tienda de comestibles le dijo que volviese a llamar pasados cinco minutos; mientras él, mandó a su joven empleado a la casa de Jannatunissa para comunicarle de inmediato que tenía una llamada de larga distancia.

—Allí tengo trabajo —mintió Salem. Le disgustaba mentir, pero no quería atribular más a su madre—. Me han contratado de aprendiz y tendré un

futuro próspero.

—Vete allí, entonces —le dijo su madre—. Tienes mi bendición, hijo mío. Al menos tendré la satisfacción de saber que, por lo menos, uno de mis hijos ha conseguido salir de la opresiva comunidad de nuestro pueblo y de este laberinto lleno de desdichas.

En la estación de tren Delhi Cantt, el largo tren se estremeció, entre chirridos y sacudidas, y comenzó a serpentear lentamente y a alcanzar velocidad, tirando de los numerosos vagones mientras los últimos viajeros corrían por el andén, ascendían de un salto apremiados tras el último y largo silbato de los ferroviarios.

11 BOMBAY

Bombay siempre había representado la meca del triunfo para los jóvenes indios procedentes del interior del país, en busca de una vida glamurosa y éxito personal y profesional. A lo largo de los años, cientos y miles de personas se han ido asentando en esta ciudad anatematizada por la historia. Muchos llegaron sin una rupia o escaso dinero, pero muy pocos llegaron a amasar riquezas y gloria. Sus orígenes eran diferentes, tenían culturas y costumbres diversas, hablaban lenguas indias

distintas, pero todos tenían un único objetivo. Con el tiempo lo que sucedió en la ciudad de Bombay fue que con asiduidad se fueron barriendo los límites entre ricos y pobres, entre nativos y forasteros.

A finales de los años ochenta, todo el mundo ansiaba poseer productos procedentes del extranjero, «importados», así los llamaban, y disfrutaban con la sensación de tener objetos en los que claramente se pudiera leer *Made in England* o *Made in USA*. Era una sociedad con un sistema de gradación en forma de castas entre todas sus comunidades: parsi, musulmana, cristiana o hindú. Esto era perfectamente visible en todos los aspectos de la vida,

donde el materialismo y la religión parecían estar unidos.

Tras salir de la estación Victoria, donde todos los días llegaban trenes de dispares lugares de la India, Bombay se erguía con increíble arrogancia, alimentando las alegrías y penas, los placeres y los sufrimientos, la codicia, el deseo y el sacrificio de mucha gente. Atrás dejó la horda de viajeros y mendigos que deambulaban por las inmediaciones de aquella enorme estación de tren vulgar, triste y gris, y tras preguntar y señalarle los viandantes la dirección que tenía apuntada en un papel echó a andar por las calles.

Se celebraba la fiesta de *Diwali*, donde se busca la bendición de *Laksmi*.

Para los hindúes, la adoración de la diosa de la riqueza y la prosperidad se daba por supuesta, y era emulada por otras religiones, como la musulmana. Aquel día, en cualquier templo hindú que cruzara, el joven Salem podía ver a las deidades mezcladas con los billetes, porque con respecto a las ansias del dinero, los habitantes de Bombay no solían tener ninguna vergüenza ni duda, aunque fueran sobrios y solo estuvieran interesados en el ahorro.

Salem se quedó en estado de *shock* al ver aquella nueva ciudad de la que siempre había oído hablar como «Una ciudad que desafía al cielo y aumenta a ritmo enloquecido. En todas las calles hay montones de tiendas. Las

aceras limpiísimas están llenas de mujeres bellas que se pueden mostrar abiertas contigo a cualquier proposición sobre sexo. Puedes tropezarte en cualquier momento con una superestrella de Bollywood». Intentó humedecer su garganta mientras tragaba y estuvo tentado de pellizcarse. Lo que desconocía hasta el momento era que la vida, la juventud y todas las demás cosas eran transitorias en aquella ciudad. Hasta la fama, tan ansiada por jóvenes promesas de Bollywood, como las más veteranas estrellas, solía ser tan volátil como un cometa volando a través del cielo: nada puede desafiar a la eternidad y mantenerse en Bombay.

Allí tenía un primo lejano llamado

Rahim Chacha, al que todos llamaban Babli, que trabajaba en una pequeña tienda dentro un conglomerado centro comercial llamado Arasa Shopping Centre, donde vendía productos de contrabando y falsificaciones de conocidas marcas internacionales, como cinturones, perfumes, colonias y relojes de pulsera, pero también una gran selección de productos electrónicos, calculadoras, alcohol, artículos de artesanía, prendas de algodón tejidas a mano, juegos de ordenador y una serie de artículos poco habituales y difíciles de conseguir fuera de sus muros.

De camino al centro comercial vio a numerosos inmigrantes del interior de la India vestidos con andrajos pidiendo

limosna con sus niños y mujeres, y deambulando de un lado a otro con la mirada perdida, y unos pies descalzos cubiertos de una suciedad tan antigua que, al igual que el cabello de los numerosos niños, hacía discernir su verdadero color. Le dio la impresión de ser una ciudad de una decadencia majestuosa. A Salem se le asemejó a una gigantesca explotación industrial atestada de almacenes transformados en viviendas. «¿Dónde vivirán las estrellas de Bollywood?» Por el momento solo veía a conductores de autorickshaws y silenciosas riadas de gente muy pobre cuyas facciones e indumentarias eran iguales de grises y sucias que las calles por donde deambulaba.

Finalmente, a media tarde, consiguió llegar andando a la dirección que buscaba. Cuando su primo Babli lo vio aparecer, se quedó sin habla. Salem vestía la ropa más horrorosa que nadie pudiera haber sido capaz de imaginar. Aquella camisa con las mangas demasiadas largas para él, entre verde y rojo, con grandes cuadros amarillos, y unos pantalones de campana de color naranja, que tapaban el talón rozando el suelo, saltaban a la vista como si pretendieran arrancarle a uno los ojos, y cualquier ser humano con el más mínimo sentido de la estética no pudiese evitar dar un paso atrás, como temiendo resultar contaminado.

—En mi barrio son habituales las

sirenas, los ruidos y gritos —le comentó mientras viajaban en un conglomerado tren de cercanías—. Hay más tiendas de alcohol que gente sin trabajo. Pero bueno, lo de menos es el aspecto que tiene.

Una vez que descendieron del tren el aroma a mar golpeó el rostro de Salem. Se encaminaron entre una multitud de puestos y tenderetes de vendedores de pescado que se desgañitaban pregonando las bondades de sus mercancías.

Los alrededores del puerto eran un hervidero de estibadores, transportistas y mozos de carga, afanados en vaciar las entrañas de los cargueros de varios tamaños.

A través del gentío Babli ayudaba a su primo a arrastrar su equipaje. Salem intentaba recomponerse de la impresión de aquel lugar; la zona parecía un gigantesco estercolero, llena de fruta y verdura podrida por los suelos, donde impunemente circulaban cerdos grises llenos de barro y perros callejeros mordisqueando aquí y allá, además de vacas famélicas que eran ahuyentadas con ridículos aspavientos por los vendedores.

—Es que hoy es día de mercado —dijo Babli sorteando a la gente—. Que no se te ocurra comprar nada. A ti te timarán. No conoces los tipos de pescado y con tu acento de pueblo te venderán pescado del río contaminado y

no fresco del mar. Si no me haces caso acabarás con diarrea.

Se oían bocinazos de sirenas de barcos que zarpaban y agudos graznidos de cuervos tan ávidos de comida como los cientos de desempleados y mendigos que pululaban por las calles en busca de un trabajo, limosna o algo que llevarse a la boca.

Mientras caminaban apretujados entre la gente cruzando pasillos interminables de puestos, Salem paladeaba el intenso aroma a sal que penetraba en sus pulmones. Una vez que salieron del mercado los vecinos gritos de capataces se confundían con el vocerío de los operarios y vendedores ambulantes.

—Este es un pequeño puerto. Aquí solo desembarcan la mercancía pequeños barcos. Esta es una zona conocida por el mercado bengalí de pescado. Hasta aquí vienen a comprar los empleados de gente rica y de los hoteles de cinco estrellas. Y ten cuidado de los rateros que aquí abundan como las ratas.

—Ahí arriba está mi apartamento —dijo sonriendo Babli señalando un edificio de entre una serie de bloques de viviendas—. Es el sexto piso.

Salem exhaló un suspiro.

Se internaron en el edificio de construcción reciente que aún no conocía una mano de pintura y subieron escaleras arriba. Estaba medio oscuro y

con las paredes y los techos desconchados.

—Una tubería explotó y el agua penetró por todo el rellano, por eso toda esta humedad —comentó al tiempo que subía de dos en dos los escalones—. Todavía el presidente de la comunidad no se ha decidido si pondrán ascensor. Yo creo que no. Al fin y al cabo ¿a quién no le conviene un poco de ejercicio?

Cuando llegaron al interior del apartamento, Salem, exhausto, miró las paredes desvencijadas, las ventanas desportilladas cuyos cristales parecía que no se hubieran limpiado nunca.

—Menuda pocilga —masculló finalmente enarcando las cejas con asombro.

—Pues no deberías extrañarte. Me imagino que en Delhi no vivirías mejor.

—Claro que no, pero pensé que Bombay era otra cosa —intentó recomponerse.

—¿Otra cosa? —Babli miró a su primo extrañado—. Baja de tu nube. La India es igual de fea en todos sus rincones, o ¿qué te crees? ¿Pensaste que vivirás como un marajá o un turista extranjero en un hotel de cinco estrellas?

—De acuerdo, ¿me enseñas mi habitación? —su voz denotó un ligero temblor.

—¿Tu habitación? —preguntó aún más extrañado Babli—. Esta. Esto es todo —contestó señalando las cuatro paredes de aquel destartado lugar

invitándole a dormir en un rincón del suelo sobre una esterilla medio rota por el uso—. En las otras puertas viven otras personas, y el baño común está en la azotea.

De pronto Salem se echó a reír histriónicamente.

—Bueno, no me importa. Los lugares donde he tenido que dormir en Delhi eran mucho peores. Este es un sitio confortable —mintió, abarcando el deprimente mobiliario con la mirada.

—Claro que sí, primo —carraspeó Babli sonriendo y poniéndole un brazo sobre los hombros—. Tú tienes que hacerme caso. Además, se lo prometí a tu madre, que te ayudaría en todo. Sigue mis instrucciones sobre cómo sobrevivir

en Bombay, ahorras todo lo que puedas y en unos años compras un terreno en Sarai Mir que será la envidia de tu comunidad, y vives de la ganadería con tu madre y tu mujer, y tus hijos, claro.

Babli tenía una competencia feroz en el centro comercial. Su puesto era tan pequeño como los otros cientos que había en aquel edificio que se caía a pedazos y que todos los días estaba lleno hasta los topes de gente. El interior de la pequeña tienda estaba dominado por un enorme televisor, que nunca estaba apagado y siempre mostraba el canal de música de películas de Bollywood, donde se emitían continuamente videoclips de las escenas de bailes, tanto de las más recientes

producciones como de las clásicas.

En los vecinos puestos vendían productos similares, de manera que la rivalidad era tal que cuando las tiendas cerraban se producían robos, pero también durante el día al menor descuido, e incluso a mano armada. Por eso los dueños comenzaron a contratar a la mafia local como protección. Sin embargo, debido a las deudas y retrasos en los pagos de varios comerciantes, el crimen organizado, cobrando por sus servicios pronto se fue adueñando de varias tiendas adeudadas y así, con el paso del tiempo comenzaron a utilizarlas como tapadera para el lavado de dinero procedente del contrabando. Cuando Babli estaba ausente para obtener

mercancía de la mafia, Salem se hacía cargo del negocio, más vigilándolo que atendiendo a clientes.

12 CURSETJI SHUKLAJI STREET, BOMBAY

Uno de esos días en los que su primo estaba ausente y que no había clientes, después de probarse varias camisas que habían recibido recientemente y de mirarse en el espejo, quedó hipnotizado al ver el vídeo musical de la nueva película de la superestrella masculina, prototipo del héroe a quien emular, llamado Sanjay Dutt. La película se

titulaba *Khalnayak* (El villano). Por aquellos días las calles de Bombay estaban inundadas del póster de la película. Lo más intrigante de aquella imagen que le atrajo era la mirada del actor principal encarnando el personaje de villano: una expresión de locura. Salem, comenzó a imitar la forma de caminar y de vestir del actor en la pantalla. Veía una y otra vez sus películas. Para él, el actor se convirtió en el modelo que aspiraba a emular.

Su primo le propuso durante varios días ir al barrio rojo con él y tener sexo con una mujer, pero azorado le argumentaba que deseaba más estar viendo una película en un cine de barrio, o sentarse en el malecón a comer un

kebab o una tortilla con pan tostado y mantequilla, que cualquier cosa excepto ser impulsado por sentimientos pasajeros y no por la cabeza.

Un día, sentado en el autobús, cerró los ojos y en su mente se proyectaron imágenes y se escucharon voces. «¡Cariño!», «¡Encanto!», «¿Qué es lo que piensas hoy?», «¿Nos vamos al cine?», «¿De veras?», «¿Sí?». Su subconsciente hacía memoria de las actrices que más le fascinaban. Tetas, culos, piernas, brazos; aparecían en su imaginación. Y entonces comenzó aquella terrible presión en su entrepierna, allí donde se reúne la sangre y bombea. Instintivamente, bajó la cabeza y vio que su miembro estaba

completamente erecto.

Después de un baño, se llenó el cuerpo desnudo de polvos de talco, se puso su mejor ropa y se aplicó aceite de almendra en el cabello. Tímidamente le dijo a Babli que quería conocer a una mujer. Tardaron dos horas en llegar a Cursetji Shuklaji Street, más conocido como «el distrito rojo» de Bombay.

Babli parecía conocer a todo el mundo. Musitó unas palabras al oído de una mujer, y esta le indicó dos puertas en la primera planta. Cogiendo del brazo a Salem, sintió que todo su cuerpo temblaba.

—Mira, primo —le dijo Babli como instruyendo a un soldado para acometer una marcha militar—, esto es

tan sencillo como que yo entro por esa puerta y tú por esta otra. Así pues, hasta luego.

Nada más entrar en la habitación que le había indicado, Salem miró a su alrededor con cautela, vio un cuerpo tumbado sobre una cama. Por un momento pensó en irse. No sabiendo qué hacer, con rapidez se dejó caer en un taburete junto a la pared.

—No te pongas nervioso —dijo la prostituta con tono maternal mientras se levantaba, cerraba la puerta y corría el pestillo. Dio unos pasos hacia delante y se tumbó otra vez sobre el colchón, pero esta vez de manera seductora—: Ven conmigo. Ya verás cómo te gustará tanto que querrás volver. Ven aquí, a la cama.

La mujer tenía el pelo fino y muy largo, que le llegaba hasta la cintura. Su rostro estaba cubierto de un maquillaje de colores chillones. Además, daba la impresión de haber utilizado un bote entero de polvos de talco, y encima de eso, lápiz de labios de un color rojo intenso. Ella era mucho más joven de lo que sugerían sus ojeras y el maquillaje.

Salem, azorado, se puso de pie. Tenía el miembro erecto. Ella, al darse cuenta, sonrió. Aquella sonrisa por un momento pareció quitarle años de encima. La mujer pensó que parecía ser lo más grande de aquel chico. Sacó de entre la blusa de su sari un paquete de cigarrillos americanos importados, una marca muy cara.

—Prueba uno —le invitó.

Avergonzado, negó con la cabeza. Rodando por la cama con regocijo, la mujer soltó una sonora carcajada tan histérica que él se asustó e hizo amago de salir corriendo, pero de inmediato lo agarró de la muñeca y lo tiró encima de ella en la cama. Con rapidez se dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre él, que quedó inmovilizado bocarriba. Salem temblaba, pero era un temblor que le agradaba.

—No te gusta esta marca, ¿verdad? —le preguntó jadeando—. Los jóvenes como tú no sois capaces de abandonar a alguien a quien habéis amado una vez.

Salen no entendía aquella forma de

hablar con metáforas, y tampoco estaba interesado en oír hablar sobre tabaco. Justo cuando estaba a punto de decirle que no solía fumar, la mujer se desprendió de la blusa.

13 SHAKTI COTTON MILLS, BOMBAY

Durante las numerosas festividades que se celebraban anualmente en Bombay, los mafiosos invitaban a cenar y beber alcohol a varios gerentes de tiendas del centro comercial. Salem poco a poco fue conociendo a los gánsteres que operaban en aquel complejo.

Apoyado junto al mostrador y mirando el techo, mientras su primo Babli escribía en un cuaderno el inventario, comentó:

—Quiero tener un coche, y una espaciosa oficina donde dar órdenes. No solo eso, sino un teléfono. —Tras una pausa añadió—: No tienes la menor idea de lo que un gánster en Bombay puede conseguir si se lo propone. En la mafia uno puede llegar a ganar más que un inspector jefe del Tribunal Superior de Justicia.

Su primo no pudo sino mover la cabeza y esbozar una ligera sonrisa a modo de respuesta al joven soñador. Dijo:

—Bien, vale. Serás un Don. Un temible gánster. Pero mientras tanto vete y saca todas esas camisas de las cajas y ponlas en las estanterías bien dobladas como te he enseñado. Cuidado con las

mangas, que no se arruguen.

La mafia, los gánsteres, el poder sobre los demás, la impunidad del crimen que tanto se afamaban los actores representando a criminales en la pantalla, hizo mella en Salem. Si se hubiera aplicado por entonces en un trabajo sincero y devoto como su primo, no se habría visto en un futuro en grandes problemas con la justicia. Ni por un momento imaginó en aquel instante, mientras a regañadientes sacaba las camisas de las cajas, que en un futuro no muy lejano podría estar dando vueltas por el mundo real, el de los mortales, huyendo de la Interpol.

—Salem, no me gusta que te relaciones con esa gente —rezongó

malhumorado Babli moviendo de un lado a otro la cabeza tras oírle hablar en voz baja disgustado por el trabajo que le había ordenado—. Límitate a ser un simple empleado. Recoges la mercancía, la pones a la venta y das un porcentaje a la mafia. Así de sencillo y simple. Ellos te dan el material, tú lo vendes y les pagas. Todo funciona como una gran familia. Hasta les puedes pedir crédito en un futuro, cuando vean que eres solvente y de palabra. ¡Qué más quieres! Además, podrás comprar a tu madre la casa que siempre has soñado. Pero jamás seas uno de ellos, no entres en su círculo, porque te resultará muy difícil salir. Ellos son como unos parientes lejanos a los que visitas ocasionalmente

y con ellos mantienes una relación estrictamente profesional, no personal, ahí está la diferencia.

—Mi padre llevaba en su corazón la semilla de la bondad y la iba dejando caer allí por donde pasaba, y ¿qué es lo que le sucedió? Un coche le golpeó un día cuando pedaleaba sobre su bicicleta de camino a los juzgados —comentó airado Salem dejando a un lado la camisa que tenía entre las manos.

Babli ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—Eso ya lo sé, Salem —añadió acercándose y poniéndole el brazo encima de los hombros, pero su primo dio unos pasos hacia atrás evitando el gesto. Él le miró ceñudo y con voz

paternal dijo con gran respeto y haciendo una breve inclinación de cabeza—: Mira, el imán de la mezquita a la que acudo me dijo el otro día una cosa que nunca se me olvidará: hay hombres en el mundo que solo desean la *dunya*, es decir, dinero y posesión material. Y hay otra clase de hombres a quienes lo que les interesa en esta tierra es la *ajira*, es decir, la vida eterna que tendremos según nuestros méritos y faltas, a ojos de Dios —dijo palmeándole el hombro, añadiéndole una bocanada de aliento pastoso a tabaco de masticar, y añadió—: Salem, ten presente que lo que siembres durante tu estancia en la Tierra es lo que cosecharás en la otra vida. No seas

estúpido y no cometas ninguna imprudencia.

—¿Me hablas de *ajira*? —inquirió alzando la voz y enarcando las cejas—. Nadie se molestó en ayudarle. Allí estuvo mi padre. Tirado en la carretera durante horas. Desangrándose. Tan grande tenía el corazón que no le cabía en el pecho. ¿Quién se arrogó el derecho de aplastar de una forma tan brutal la semilla del bien, eh? —Después de un prolongado silencio, dijo con dejadez —: Tengo que pensarlo.

Salem estuvo trabajando durante tres años en la tienda de Babli. Durante ese tiempo, siendo un joven de carácter inquieto, fue inevitable que fuese conociendo al detalle a la gente que iba

y venía, llevando y dando encargos procedentes del crimen organizado. Se hizo amigo de un vendedor de bolsos de piel llamado Nawazuddin, conocido por el nombre de Topi (sombbrero), ya que siempre llevaba puesto sobre su cabeza un pequeño sombrero blanco, distintivo y común en los interiores del estado de Maharashtra y popularizado por los políticos locales. Sin embargo, su otra actividad desde hacía mucho años era la de encargarse de mantener el negocio de la extorsión en Bombay para gánsteres indios instalados en Dubái.

Cuando Salem supo de sus actividades y conexiones con la mafia, le pidió que le presentase a su jefe para poder ser parte de la organización. Pero

Topi vio en el joven inmigrante a una persona muy ambiciosa que quizá en el futuro pudiera hacerle sombra, y por este motivo le dijo que no, argumentándole que no era un buen futuro para él y que se alejase de los negocios ilegales, limitándose como su primo Babli a vender mercancía como un mero comerciante más.

Un día, el esbirro de un mafioso fue al complejo de tiendas a reunirse con Topi. Se llamaba Tingu, un hombre alto, flaco, narigudo y desgarrado. Vio a Salem peleándose con un ladrón que había intentado robar dinero en una tienda vecina, y preguntó a Topi quién era.

Los jefes del crimen organizado

por aquella época buscaban personas libres de toda sospecha; inocentes que estuvieran dispuestos a seguirlos ciegamente sin tomar jamás iniciativa, personas prescindibles, y para ello lo mejor era reclutar ilusos no excesivamente inteligentes. Para Tingu, aquel joven que sabía cómo pelear respondía satisfactoriamente a los deseos de su jefe.

Con mala gana, Topi presentó Salem a Tingu.

—Como te puedes imaginar, el miedo, el apocamiento y la debilidad no son buenos consejeros en este tipo de trabajo —le dijo Tingu mientras ponía un brazo sobre los hombros de Salem. Miró a su alrededor con cautela y, tras

echar un rápido vistazo a su reloj de oro de pulsera, añadió en un susurro cómplice—: Si nos damos prisa podremos llegar a tiempo. Ven conmigo. Te voy a presentar a Babu Mossa.

—¿Babu Mossa? —repitió sintiéndose eufórico; aquel nombre le sonaba como el paraíso—: No, no me suena.

—Pues te va a resultar un tipo muy interesante. Creo que, mejor aún, sorprendente. Es el jefe del crimen organizado en todo este territorio.

A Salem se le abrieron los ojos como platos. Mientras bajaban las escaleras del centro comercial el ruido del tráfico aumentaba, como también el calor.

—¿Cómo es él? —preguntó con cierta aprensión.

—¿Tú qué crees?

—Bueno, no lo sé, tiene un nombre raro, Babu Mossa. No tenía ni idea de que alguien en Bombay pudiera llamarse así.

—Es un nombre de héroe —dijo Tingu—. Hay pocos hombres como él en toda la India. Por eso son especiales y tienen un nombre único, diferente. Él tiene estilo.

Tardaron dos horas en llegar a la zona de Lower Parel. Tingu paró la motocicleta en una zona industrial prácticamente abandonada. A escasa distancia se podía oír funcionar los telares mecánicos. Salem le siguió

dentro de un edificio en cuya entrada se podía leer «Shakti Cotton Mills».

Cruzaron el interior de aquel almacén antiguo, desvencijado, con parte del techo derruido. Muchas palomas volaban en el interior, y a algún gato se le oía maullar. Un hombre estaba haciendo guardia. Bebía té a sorbos, ruidosa y tranquilamente. Tan pronto como los visitantes se aproximaron, dio un paso adelante bloqueando la entrada. Tingu realizó un distintivo gesto con la cabeza hacia Salem, y dijo:

—Viene conmigo. Está limpio.

—Está bien —añadió asintiendo y dándoles paso mientras señalaba con el pulgar hacia arriba; señal de que podían proseguir.

Subieron unas escaleras de hierro y penetraron en el interior de la primera planta. Tras acceder a un pasillo y cruzarlo, entraron en un lateral por una amplia puerta metálica. Allí les paró otro guardia que echó una mirada furtiva hacia Salem. Tingu dijo lo mismo:

—Viene conmigo. Está limpio.

Observándole de arriba abajo, con el semblante de un perro de presa dispuesto a defender su hueso, con un ademán prepotente les indicó con la palma de la mano abierta que podían entrar.

—¿Por el ascensor o por las escaleras? —preguntó así mismo Tingu, para luego en un impulso añadir—: Mmm, vayamos en ascensor.

Era de los primeros ascensores que se instalaron en la década de los cincuenta, con la puerta de rejas, que se abría y cerraba lateralmente. El ruido que producía mover aquella puerta plegable era ensordecedor, no habría visto el aceite en años.

Salem notó cómo conforme bajaba el ascensor la atmosfera parecía cambiar. Tingu se dio la vuelta y le sonrió. El aire fresco del almacén ahora empezaba a calentarse.

—Parece que bajamos a una caldera —comentó Salem desabrochándose un botón de la camisa, empapada de sudor.

El ascensor paró en seco e hizo que los dos hombres diesen un ligero

salto hacia arriba.

—Aquí ya no hay aire fresco —
anunció Tingu—. Aquí empieza nuestra
zona.

Cuando salieron del ascensor estaba oscuro como boca de lobo. Salem seguía a Tingu por detrás, ya que este parecía moverse con total agilidad. A sus espaldas, el ascensor rugió y comenzó a ascender. Alguien desde arriba lo habría llamado. Salem se sintió como si alguien le hubiese empujado dentro de una mazmorra, hubiera cerrado las puertas y se hubiese marchado. Durante un instante sintió miedo por todo el cuerpo. Al final de la enorme sala oscura, Tingu abrió una puerta situada justo delante de ellos. La

luz fluyó en un torrente. Había un letrero con letras rojas que ponía «Tirar». Cuando cruzaron el umbral, la puerta se cerró de golpe. Del otro lado podía verse, escrita en el mismo estilo, la palabra «Empujar».

La luz del interior era de un brillo brumoso y el aire denso estaba cargado de polvo. Las paredes estaban pintadas de un color verde oscuro y recubiertas de arpillera blanca. El mobiliario consistía en una cama en un rincón, un armario, una mesa y una silla, solo una, y un enorme sofá. Dos bombillas cuyos filamentos languidecían alumbraban con luz tenue; una de ellas parpadeó haciendo amago a todos los presentes de querer fundirse, pero milagrosamente

volvió a alumbrar con más potencia. En el fondo de la habitación, con un aspecto siniestro en medio de la penumbra, se encontraba Babu Mossa dando instrucciones a un grupo de esbirros suyos. Cuando hubo terminado, Tingu se acercó y murmuró algo al mafioso señalando al mismo tiempo a Salem, que permanecía de pie, obnubilado por todo aquel escenario digno de una película de gánsteres hecha en Bollywood. En ese momento tuvo delante un buen ejemplo de la autoridad de que gozaba Babu Mossa entre sus empleados: hizo un chasquido con los dedos, y de entre las sombras salió un niño que acudió directamente hacia él, le desató los zapatos y se los quitó sin decir palabra;

a continuación, sentado de rodillas comenzó a hacerle un masaje apretando con delicadeza la planta de los pies. El mafioso, parapetado en su sofá, resopló como un viejo caballo harto de tirar de un pesado carro de carga.

Observando la forma en que era venerado, Salem no tardó en darse cuenta de que Babu Mossa era un genio, un mesías, un maestro de inconmensurable sabiduría.

El mafioso tenía el rostro materialmente surcado de arrugas, y unos ojos grisáceos, grandes y tristes, que parecían ribeteados por oscuras e hinchadas ojeras. No dejaba de fumar cigarrillos Gold Flakes. Nada daba a entender que fuera un hombre osado y

peligroso; un gánster de pura cepa que probablemente contaba con más de una docena de muertes en su haber. Su figura estaba algo pasada de peso para su edad. Tenía cierta calvicie, pero al llevar los pelos largos de un lado pegados sobre la cabeza, la calva no se le notaba mucho.

—Según me ha explicado Tingu —pronunció con voz cavernosa—, tú quieres trabajar con nosotros.

—Sí, así es —prorrumpió Salem precipitadamente

—Nos falta un hombre con tus características para recoger los pagos, recibir y dar mensajes a confidentes y, ocasionalmente, dar una paliza a quien se te ordene —musitó en un tono muy

bajo.

Hasta entonces la relación de Salem con la violencia era algo meramente circunstancial, casi un juego de adolescentes, pero a partir de aquel día entró a formar parte de una fauna temible cuyas normas de comportamiento resultaban imprevisibles. Pensaba que las grandes personas exitosas en la vida, se forjaron en medio del sufrimiento y las penurias; ninguno de ellos, pensaba, había sido esclavo de riquezas, ninguno educado en la comodidad.

—Un gánster como yo —dijo inhalando el humo de cigarrillo en lo más hondo de su ser—, que sabe que tiene el poder de destruir a su antojo

vidas humanas, no consigue habituarse a la idea de convertirse en un ciudadano del montón. Yo, a la cabeza del crimen organizado en Bombay, me siento como un marajá, y son pocos los marajás que abdican de buen grado. De hecho, no recuerdo que ninguno de aquellos hijos de puta que vivieron codo a codo con los invasores británicos, lo haya hecho. Ya sé que no es fácil pasar de ser mecánico en un taller o vendedor de ropa de contrabando, a ser dueño de vidas humanas. Yo he tenido también una vida muy difícil —masculló entre dientes—. Y, comprendo, como me dice Tingu, que quieras llegar a ser alguien en Bombay. Cuando vas ganando puntos, cada vez quieres más puntos en nuestra

organización, pero para conseguirlos no te quedará más remedio que aumentar el grado de dificultad y riesgo, ¿me entiendes? —Después de una larga pausa, en la que a Salem le pareció escuchar el maullido de un gato en el interior de la nave industrial, ordenó al niño que le pusiese los zapatos, se levantó con una agilidad sorprendente, y dijo—: Ven, te voy a enseñar una cosa.

Le llevó detrás de la nave industrial. Era un solar al aire libre, lleno de plantas silvestres, arbustos y materiales de construcción abandonados. Allí ordenó a Tingu que preparase la zona de tiro, y puso un revólver en la mano de Salem.

—La ignorancia sobre nuestras

auténticas fronteras nos impide a menudo aproximarnos a ellas —le incitó una vez más Babu Mossa con el tono autoritario de un director de estudios—. Por ello debemos aspirar a llegar más lejos en la vida. Intentarlo, y no desvanecer pensando en lo difícil que es conseguirlo. Muéstrame que tienes las agallas que se necesitan para apretar el gatillo y dar a un objetivo.

Salem apuntó sobre los maniqués que Tingu le había colocado a unos metros de distancia, y sin demorarse ni dudar, disparó. Había visto muchas armas, en el cine y en fotografías, pero desde luego aquella era la primera vez que sentía de verdad su tacto y le llegaba, a través de la palma de la mano,

la evidencia de su terrible poder destructivo.

Tras comprobar, que sus disparos no habían respondido a una simple cuestión de azar, sino que, efectivamente, era muy capaz de clavar una bala con monótona precisión allí donde quería, decidieron que había llegado el momento de actuar, puesto que estaba claro que ahora contaban con tan necesaria cobertura.

—¿Te has dado cuenta? ¿Lo has sentido? Un simple movimiento del dedo y el arma obedece ciegamente, sin importarle un ápice quien se ha colocado ante su negra boca —le dijo Babu Mossa.

Minutos después no podía evitar

mostrar el entusiasmo que había sentido tras aquella experiencia.

—Nunca he llegado a conocer a ciencia cierta si se llega a agonizar sin acabar muriendo —dijo a Tingu mientras ambos comían sentados en butacas de plástico en un puesto callejero cercano a la nave industrial.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sosteniendo la comida con los dedos, a medio camino hacia su boca.

—Que si es la agonía el prelude de la muerte sin remedio, o permite conservar una brizna de esperanza...

—¿Y a mí qué diablos me importa?

Salem seguía insatisfecho. La violencia que su encuentro con Babu

Mossa había despertado en él no había sido saciada, y aún seguía carcomiéndole. Se convirtió en el más valioso empleado, ya que saber aceptar órdenes e interpretarlas correctamente no era tarea fácil.

Durante los días siguientes aprendió muchas cosas del crimen organizado a través de Tingu, de terceros o simplemente escuchando, sobre grandes negocios, sobre el lavado de dinero, sobre cómo mover ingentes sumas de dinero, o sobre cómo corromper a políticos locales y funcionarios públicos, como jueces, policías y administradores. Una vez domado el arte y la forma de ofrecer sobornos y recaudar los pagos por la

extorsión, el siguiente paso fue asesinar.

Herir, matar, secuestrar, torturar, destruir, incluso traficar con armas y con droga, formaba parte del juego si con ello se conseguía provocar cuantiosos beneficios al crimen organizado. Salem llegó a la conclusión de que todo estaba permitido. Para Babu Mossa y los suyos, cualquier crimen, por repulsivo que pudiera parecer a una persona normal, resultaba lícito si estaba encaminado a conseguir el fin que se habían propuesto, que no era otro que aumentar el contrabando ilegal en Bombay.

14 EL PRIMER ASESINATO

Un confidente de la policía recientemente les había revelado el lugar concreto en el muelle dieciocho, donde los hombres de Babu Mossa habían escondido un importante cargamento de tabaco procedente del extranjero. Las pérdidas que ocasionó al crimen organizado fueron enormes.

—Siempre he considerado que cuando se actúa en solitario, la moto es el único vehículo válido a la hora de

cometer un crimen —le comentó Babu Mossa—. Confiere autonomía, es rápida y eficaz, sobre todo en una ciudad como Bombay, de tráfico tan endiablado. Tu cometido es robar una y dirigirte al edificio Prakashgadh, donde ese chivato trabaja en la decimoquinta planta. Antes de entrar en el edificio te pones la indumentaria que Tingu, que te estará esperando en la acera de enfrente, te dará. Cuando llegues a esa planta, entras en las oficinas de Goyal Industries y preguntas por Vikram Bhatt. Para asegurarte, pídele que se identifique, ya que tienes orden de entregarle personalmente una pizza de parte de un amigo. Tan pronto como ese imbécil se identifique, pensando ingenuamente que

alguien verdaderamente le envía la pizza de regalo, sacas el arma, le pegas un tiro en la cabeza y vuelves a salir al pasillo. Te guardas el arma debajo de la camiseta. No cojas allí el ascensor, sino en la planta de abajo. Mientras bajas por las escaleras, ve deshaciéndote del uniforme y espera al ascensor como una persona cualquiera. Siempre tienes que caminar despacio. Sin nervios.

Aquella mañana Salem estuvo recorriendo las abarrotadas inmediaciones de un centro comercial muy alejado de donde él se movía a diario, cuando en una calle paralela vio la primera moto Honda Goldwin en el área. Su propietario acababa de bajar y estaba dentro de un puesto de comida

callejera comiendo de espaldas a la calle. Parecía que tenía prisa, ya que descuidadamente había dejado sobre la mesa un casco rayado y pasado de moda, que tan solo llevaba para evitar las multas de tráfico, y al lado, las llaves junto con su maletín de trabajo. Nunca había dejado que nadie excepto él la tocara, así que, cuando oyó el chirrido de la explosión del escape libre, saltó como un perro de caza. Salem se había llevado las llaves en un abrir y cerrar de ojos, y ya había recorrido unos metros de distancia cuando, a sus espaldas, el dueño cogió un ladrillo que había en el suelo y lo lanzó con tanta fuerza que golpeó la moto e hizo que se desconchara la

pintura en el depósito de combustible. Con destreza propia de un profesional Salem pudo maniobrar tras el impacto evitando chocar contra un vehículo aparcado. Cambiando al instante la marcha salió despedido por la carretera principal a toda velocidad entre los numerosos coches, autobuses, autorickshaws y demás motos que circulaban a aquella hora punta.

Cuando llegó donde le habían indicado, enseguida vio a Tingu haciéndole señas desde un lugar apartado de la acera. Ambos se ocultaron detrás de una gran marquesina de publicidad. Salem se puso una colorida gorra con la marca bordada de Pizza Hut y una chaqueta holgada sobre

su camisa. Después de asegurarse de que nadie les observaba, Tingu sacó el arma y se la dio. Salem al tocarla frunció las cejas. Era un revólver grande, pesado, compacto, con un extraño olor mezcla de grasa y pólvora.

—Oye, esta no es igual que la otra —dijo Salem pensativo.

—Sí, es verdad, es un revólver algo más moderno que el que anteriormente has estado utilizando —murmuró cabizbajo, y tocándose la punta de la nariz, a modo de excusa, añadió—: Es más seguro. Lo ha seleccionado el jefe para asegurarse de que ese desgraciado recibe su merecido.

Envuelta con cinta adhesiva sanitaria, tenía un curioso tacto, áspero,

para evitar que resbalara, y en cierto modo mórbido, como si más que una herramienta de matar fuese un ser vivo y dotado de personalidad propia. La puso dentro del cartón circular de la pizza de tamaño mediano.

Cruzó a paso ligero la carretera esquivando con maestría el tráfico y entró en el vestíbulo del edificio. Conforme el lento ascensor ascendía, y la gente entraba y salía en las numerosas plantas, de pie en un rincón, con la cabeza agachada y con la gorra prácticamente tapándole los ojos, sentía que tenía en sus manos el poder, la fuerza. Se convencía, casi como en una revelación, de que aquel era su mundo o su camino.

El aire en el ascensor estaba tan cargado que su labio superior sudaba; además, sintió la camisa pegarse a su piel. El pequeño ventilador adherido al techo apenas daba aire. Sonó el timbre de llegada a la decimoquinta planta. Se dio cuenta de que tenía las palmas de las manos también húmedas. La puerta automática se abrió. Estaba nervioso, y eso no le gustaba. Salió del ascensor decidido, sin embargo, al poner un pie fuera tuvo la sensación de estar caminando en un suelo gelatinoso; por un instante se vio desconcertado. Quiso limpiarse el sudor de la frente, pero al intentar hacerlo el cartón de la pizza, debido al peso del revólver, se inclinó hacia un lado y tuvo que volver a

sujetarla con ambas manos. Vio a ambos lados del pasillo varios nombres de empresas privadas y conforme seguía adelante sentía como si su cuerpo se hundiera en una alfombra de mantequilla. Un prominente cartel rezaba «Goyal Industries». En un banco próximo a la entrada estaba sentado un guarda de una empresa de seguridad privada con una barba enorme y un turbante; vestía un uniforme azul celeste muy desgastado, y lucía el nombre de la empresa en la pechera. Al ver al joven repartidor, supuso de inmediato que sería para un alto cargo, y sin levantarse, ni mirarlo, con desdén le hizo un movimiento con la mano para que no se detuviera, y entró en el área

marcada con la palabra «Recepción».

Una joven que tenía en su rostro todas las huellas del aburrimiento y la fatiga le sonrió de oreja a oreja. Salem miró a aquel mostrador de recepción de un lado a otro, como si allí se encontrase la razón de su presencia. Un ordenador muy grande y unos libros gruesos de páginas amarillas gastadas por el uso, abiertos de par en par con un palo de madera en el medio; los registros de entrada y salida de los empleados y visitantes. Sentada melindrosamente tras el mostrador la joven siguió esbozando una amplia sonrisa al nuevo visitante. Por un momento Salem no pudo analizar aquel imprevisto gesto y quedó consternado.

—Con solo verte ya me entra hambre —comentó alegremente la joven con su sonrisa cálida y amistosa—. ¿Para quién es?

El nerviosismo le había paralizado la lengua. Un enorme reloj de pared Ajanta marcaba con apatía sonoramente el segundero: «tac, tac, tac...». De todos los estados en los que podría encontrarse ahora, el de estar nervioso era el que menos ayudaba. Se concentró en guardar la calma y aparentar normalidad. Como si acabara de despertarse de un largo sueño, y estuviese rumiando algo, dijo de sopetón:

—Señor Vikram Bhatt.

La recepcionista levantó el

auricular con la facilidad que da la práctica y habló con voz suave y elegante sin apartar la mirada de Salem, que daba muestras de nerviosismo. Él creía que sus intenciones debían de estar reflejándose en su rostro, y tal vez por ello, ella volvió a preguntar cuando colgó:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —contestó alzando un hombro para secarse el sudor que surcaba hacia el mentón.

—Solo tardará un momento. Si quieres puedes dejar la pizza sobre el mostrador.

—No, no. Estoy bien así.

Se escucharon unos pasos desde el interior y una puerta se abrió.

—Aquí está el señor Bhatt —
anunció la joven.

—Vaya, vaya, pero ¿qué tenemos
aquí? —dijo, presuntuoso.

—Una pizza —se apresuró a
contestar la joven, buscando su
complicidad.

—Muy bien, muy bien... —añadió
con burlona admiración mirando a la
joven, y acto seguido al cartón con las
letras de Pizza Hut impresas en gran
tamaño.

Tan pronto el rechoncho hombre
estuvo frente a él, pensando ya en
engullirse la pizza más que en conocer
el remitente del envío, ante su asombro
vio como Salem metía la mano dentro.
En el estado en el que se encontraba se

le olvidó preguntar por su identificación. Sus dedos penetraron en la masa gruesa de la pizza; notó el blando tacto del tomate y el queso fundido. El hombre palideció, como si toda la sangre hubiese desaparecido de su rostro. Cuando Salem tiró a un lado el cartón con la pizza y sacó el revólver, la expresión amable de Vikram Bhatt desapareció por completo de su rostro y su figura erguida se estremeció. Antes de que pudiera emitir un grito de socorro, Salem apuntó el arma al rostro del hombre y disparó. El agujero del cañón era negro y profundo, más negro y más profundo que el de la más lejana galaxia, puesto que a decir verdad conducía a idéntico lugar: la muerte y el

infinito.

Debido al impacto, el hombre cayó de espaldas y se desplomó sobre un sofá. La recepcionista soltó un grito agudo y agachándose bajo el mostrador comenzó a chillar histéricamente. Salem dio un paso hacia adelante, se acercó a su víctima y disparó de nuevo, esta vez al entrecejo; clavó la bala justo en la diminuta arruga que hasta un segundo antes se dibujaba entre sus ojos.

Se dio la vuelta y, con agilidad, salió guardándose el arma dentro del pantalón, en la cintura. El guarda del turbante estaba en el suelo tumbado bocabajo, recitando oraciones *sijs* en voz alta. Cruzó el pasillo mientras, con total normalidad, se quitaba la chaqueta

y después la gorra, y se sacó la camisa por fuera para ocultar el revólver; bajó las escaleras con rapidez y en la planta inferior esperó al ascensor.

Una vez guardado el uniforme dentro de una bolsa negra de basura que debía de tirar a un contenedor, y estuviese descendiendo en el abarrotado ascensor de camino hacia el exterior del edificio, se quedó pensativo. El señor que estaba a su lado le sorprendió ver a aquel joven riéndose solo. Le resultó todo muy sencillo. Al salir del ascensor y cruzar el vestíbulo, pudo oír al guarda de seguridad llamando desde su teléfono fijo a la policía; alguien le había alertado de que se habían producido disparos en el edificio. «En la películas

—pensó Salem— las cosas suelen ocurrir más deprisa». Cruzó la carretera con un pitido en los tímpanos, parecía no escuchar el claxon de los vehículos que le llamaban la atención para que se diese más prisa en cruzar. Tiró la bolsa con la ropa dentro de un contenedor rodeado de basura, quizá más de la que habría en su interior. De un salto subió en la motocicleta que había aparcado entre una docena de ellas en un aparcamiento. La moto Honda se estremeció cuando Salem aplastó sin piedad el arranque. Conforme cruzaba el *parking* alzó la cabeza hacia el edificio en el que había cometido el crimen, luego la bajó y miró al frente adentrándose como uno más en el

caótico tráfico de la ciudad mientras intentaba convencerse de que, tras él, solo dejaba el humo grisáceo que escupía la Honda por su tubo de escape. A aquellas horas, el tráfico congestionaba Bombay, que se asemejaba a un enjambre de termitas afanadas en devorar los restos de un monstruo de cemento. Sin embargo, para Salem no eran sino una manada de testigos mudos del asesinato que había cometido moviéndose al ritmo de un ejército de caracoles.

15 CRIMEN EN LA ROYAL HERITAGE

Esa noche la cabeza se le abarrotó de pensamientos. Fue como rebobinar una película. En sus sueños apareció el señor Vikram Bhatt, la recepcionista y el guarda de seguridad con el turbante. Por mucho que lo intentó no pudo pegar ojo, y cada vez que cerraba los ojos la figura de la persona que había asesinado emergía ante él pidiéndole clemencia.

Fuera, en la calle, el monzón caía a torrente, como en un diluvio. La fuerza

del viento estampó la delgada puerta metálica contra la pared produciendo un estruendo que levantó de la cama a Salem de un salto. Corrió a cerrarla. Los flashes ocasionales de los relámpagos entraban en la habitación a través de las grietas de la pared. La lluvia torrencial sonaba como si estuvieran golpeando un techo metálico. Al contrario que su primo Babli, que dormía profundamente ajeno al temporal, Salem no sintió como si estuviera en su pequeña habitación sino en una isla deshabitada, a varios kilómetros de la civilización, sin contacto con el resto del mundo. La lluvia había entrado por las grietas de la ventana y había mojado un lateral de su esterilla. Tiró de las sábanas, las

extendió sobre la parte mojada e intentó conciliar de nuevo el sueño.

Se despertó a mediodía. Babli hacía horas que estaba trabajando en su tienda. Había desistido de despertar a Salem, ya que conocía sus recientes actividades con la mafia, y acabó opinando que mientras trabajase y ganase dinero no le importaba lo que hiciese con su tiempo.

Alguien llamó a la puerta insistentemente. Se puso de pie y cuando descorrió el cerrojo de la puerta, oyó a Tingu decir:

—Pensé que no abrirías.

Con voz soñolienta, dijo:

—No pude dormir en toda la noche, entre el calor y la lluvia...

Tenía la sensación de que docenas de cuchillas, al más mínimo vaivén, le atravesaran el cerebro. Nunca había tenido un dolor de cabeza como ese. Recordó lo sucedido el día anterior. Un esbozo de un conjunto de imágenes surgió en su mente.

—Venga, hombre —le espetó Tingu—. Deja ya de pensar en lo sucedido. Salió todo perfecto.

A continuación, Salem vertió agua en una cacerola que había en un pequeño hornillo.

—Voy a preparar un té, también para ti.

—Que sea fuerte, sin leche y sin azúcar. Babu Mossa te llama, tenemos que verle cuanto antes. Así pues, date

prisa.

Tingu se asomó por la ventana. Se veía el mar a lo lejos. El fragor de los autobuses, del tren de cercanías, las motocicletas y los coches llegaba desde la calle. Vio en la azotea de un edificio vecino a un hombre realizando unos ejercicios de calentamiento, haciendo *jogging* como en las películas, a cámara lenta.

—Dios mío, qué calor hace estos días en Bombay —continuó diciendo Tingu—. No sé cuáles son los planes de Babu Mossa pero nos ha dado órdenes estrictas de ir a verle a su restaurante. Tiene que ser muy importante.

—Entonces, olvidémonos del té.

Cruzaron la acera y entraron por

una calle festoneada con cables eléctricos aéreos. Un almuecín desfallecido cantaba a través del altavoz. Cuando llegaron al restaurante del hotel Rangoli un anciano estaba sentado de espalda a la entrada, con un loro en una jaula. Salem se detuvo.

—Venga, no te pares —dijo Tingu poniendo cara de desagrado ante el prestidigitador callejero.

—Soy el grabador de tu futuro —espetó el viejo a Salem blandiendo una sonrisa de oreja a oreja, queriendo captar a un posible cliente. Tocando la jaula del pájaro, añadió—: Tengo aquí tu grabadora. Puedo decirte el futuro. Pero ahora, con solo mirarte a los ojos, te auguro grandes dificultades y

obstáculos.

—Yo me construyo mi futuro —
dijo Salem riéndose—. Así pues, no le
temo.

Tingu esperando con impaciencia
frente al umbral del restaurante abrió los
brazos y le dejó pasar delante con
teatral inclinación. Una vez en el
vestíbulo, dos ratas, una detrás de la
otra, se deslizaron por el suelo.

—¿Acaso hay un hotel más sucio
en todo Bombay? —preguntó Salem a
voz en grito. Azuzado por el silencio,
rugió de nuevo—: ¿Pero es que nadie
trabaja aquí?

—Chsss, calla —masculló Tingu.

Las ratas treparon por un armario
y se introdujeron en un conducto de aire

roto adherido al falso techo. Otra tercera rata, aún más gruesa que las anteriores, siguió el mismo itinerario.

—No me sorprendería nada ver por aquí elefantes en lugar de ratas.

—Cállate, te digo —le reprimió Tingu—. Babu Mossa es el dueño de este antro.

El teléfono fijo sobre el mostrador de recepción sonó y por una puerta lateral apareció un hombre bien acicalado. El hombre descolgó y atendió la llamada. Sosteniendo el teléfono con su mano izquierda y tomando nota de algún mensaje con su diestra, alzó la mirada hacia los dos visitantes, y después de reconocer y guiñarle un ojo a Tingu, les hizo un gesto con la cabeza,

tapó el auricular con la palma de la mano, y dijo:

—Directos a la cocina. El jefe os espera.

Entraron por la amplia puerta lateral. El interior estaba en penumbra. Caminaron por un pasillo estrecho. Había algunas pinturas antiguas sobre mitologías indias colgadas en las paredes.

—¡Quién podrá adivinar los años que tiene este edificio! —exclamó Salem entrando en la cocina.

—Ha sobrevivido los embates del tiempo y sigue aún en pie —murmuró Tingu—. Quizá porque deben de aplicar yeso y cal en el momento justo y de este modo ha conseguido preservarse, de lo

contrario estoy seguro de que ya se habría caído en pedazos.

—El envejecimiento depende únicamente del propietario —rugió una voz desde el fondo.

Babu Mossa se encontraba comiendo en un rincón bajo la luz tenue de una lámpara. Su americana era de color marrón oscuro y los pantalones de campana de color azul claro. De haber sido un poco más acertado en el vestir y en lugar de llevar aquella ropa occidental, según el estereotipo de un criminal de Bollywood, hubiera llevado un atuendo tradicional indio, su aspecto habría sido el de un personaje mitológico como el de las ilustraciones que colgaban en las paredes de los

pasillos.

Ambos dieron unos pasos más hacia delante y se situaron frente a la mesa. Babu Mossa les dio una bienvenida muy teatral moviendo un muslo de pollo *tandori* antes de llevárselo a la boca.

—Quiero que robéis todo cuanto podáis de la joyería Royal Heritage. El dueño se llama Manish. —Señalando a Tingu, dijo—: Tú lo conoces, estuviste en su tienda hará tres meses. El muy desgraciado se ha negado por segundo mes a pagarnos la mensualidad. Es un comerciante muy conocido en su barrio. —Y con enfado, añadió—: Si le consentimos su modo de actuar durante más tiempo, en toda la zona nadie nos

pagará. Afirmó que es un sistema vergonzoso ir pidiendo dinero a la gente, como yo hago, ¿verdad?

—Sí, jefe —se adelantó a decir Tingu haciendo un gesto con la cabeza, muy servicialmente.

—Les ofrecemos protección, tranquilidad en sus vidas, ¡paz!

Entonces hizo sonar una campanilla; de inmediato apareció un niño con pantalones cortos y camiseta interior sucia, llevando una bandeja; le sirvió un té *masala*. Cuando lo hubo hecho el temible gánster le dio una afectuosa palmada en la espalda, deslizando delicadamente su mano hasta la cintura. El gesto no pasó desapercibido para Tingu, que miró de

soslayo a Salem, más preocupado por la suciedad del lugar y su lúgubre aspecto; acababa de ver otras dos ratas pululando a sus anchas. Babu Mossa se repantingó en su asiento y, señalando hacia donde había desaparecido su joven empleado, continuó su alocución:

—Es un buen chico, y lo recompenso con un buen sueldo, comida, hasta le doy helados. Se merece los mejores helados de todo Bombay. Le doy premios, y así nunca hablará mal de Babu Mossa, porque le quiere, le protege. Pero Manish no deja de propagar rumores acerca de mí y de nuestra organización. Así es como nos quiere tratar... Y según me han informado otros comerciantes que le han

escuchado, se le ha metido en la cabeza que no nos quiere pagar —sonrió teatralmente con tristeza—. La Madre India, nuestra madre, afectuosamente nos ha agraciado con la fuerza sobre los demás. Por ese motivo debemos usar nuestro poder para conseguir nuestros propósitos. Marchaos, fuera de mi vista. Dadle un susto como escarmiento. Robad todo lo que podáis de su joyería.

Se pasaron el resto del día vigilando los alrededores de la joyería y decidieron cometer el crimen al día siguiente a primera hora de la mañana.

Faltaban diez minutos para que Manish abriera las puertas de su negocio

y Salem se encontraba en el parque de enfrente, de pie al lado de un árbol. Mientras tiraba a las palomas dejadamente palomitas de maíz de un arrugado papel de periódico, recordó todo lo que había hecho el fin de semana anterior. Con diez mil rupias que le había dado Babu Mossa, por estar contento con su trabajo, dedicó todo el sábado y el domingo a dar vueltas por Bombay. Admiró los escaparates alrededor de Colaba y Nariman Point con la misma codicia que un niño al que hubiesen olvidado dentro de una tienda de caramelos. Mientras caminaba, admiró los hoteles de lujo, los templos y los edificios victorianos que parecían disputarse el título al edificio más

suntuoso. Había cometido su primer asesinato y ahora se encontraba entusiasmado con la idea de pertenecer para siempre al crimen organizado. Muy pronto, pensaba mientras tiraba palomitas a los pájaros, no podía esperar de Babu Mossa sino una recompensa mayor que las diez mil rupias.

Había un *sadhu* sentado en forma de flor de loto a pocos metros de donde estaba apostado. No dejaba de observarle. Salem fingía ahora estar enfrascado en dar de comer a las numerosas ardillas que habían aparecido de pronto junto a las palomas. Enseguida los cuervos se situaron a su alrededor y comenzaron a picotear aquí y allá.

Aquella mañana invitaba a disfrutar de la paz y el silencio de aquel rincón de escaso tráfico, en una ciudad por lo general demasiado bulliciosa. Pero a pesar de esa calma y ese silencio, tenía muy presente que estaba a punto de cometer su primer gran robo realmente importante.

Lo que vino entonces fue el momento más largo de espera, un punto en el tiempo en el que el santo hindú, desde donde estaba sentado, no hizo absolutamente nada excepto seguir mirándole de forma impasible. Salem pensó que se volvería loco. Finalmente, entonces, un grupo de personas pertenecientes al Hare Krisna tuvieron que romper la complaciente calma del

ambiente, cruzando el parque ruidosamente mientras cantaban sus mantras y chocaban entre sí pequeños discos metálicos. El *sadhu* se levantó y se unió a ellos.

[...] hare krishná, hare krishná,
krishná krishná, hare hare,
hare rama, hare rama,
rama rama, hare hare. [...]

Tan solo unos minutos le separaban de la frontera que una vez más le situaban en el país de los «fuera de la ley». Aun así optó por dejarlos transcurrir con la misma indiferencia con que las ardillas volvieron a comer a su alrededor. Rozó la culata del pesado revolver que ocultaba en la cintura bajo

su camisa, y no pudo evitar preguntarse por enésima vez si se encontraba decidido a disparar en caso de que fuera absolutamente necesario. Lo único que tenía que hacer era demostrar que sabía encarar situaciones comprometidas con el fin de ir ganando puntos en su tortuosa «carrera» en el mundo criminal.

Un hombre con un distintivo gorro rojo y una caja de madera en bandolera, se le acercó y le preguntó:

—¿Un masaje, señor?

—No.

—Tengo aceite de almendra, de mostaza y de oliva virgen importada.

—No.

El masajista se le acercó aún más y le susurró:

—Ya me puedo imaginar lo que estás haciendo aquí, chico.

—No esperando a que alguien me dé un masaje en la cabeza.

—¿Te gustan las negras?

—¿Qué?

—¿Las nepalíes, entonces? —
murmuró como quien comparte un secreto íntimo.

—¿Qué?

—¿Te gustan las niñas o los niños? Tengo amistades cerca del hotel Taj Mahal que los proporcionan a los extranjeros... Igual podría presentarte a alguien...

Salem sacó el revólver y se lo puso en la sien. El hombre se tiró de rodillas rompiendo a llorar. Sus lloros e

incongruentes palabras eran tan fuertes que Salem para hacerle callar alzó el arma y le golpeó con todas sus fuerzas una y otra vez.

Lo dejó con el cráneo roto en el suelo.

El rugido de una moto llamó su atención; se irguió y aguardó. Tingu desde lo lejos le dio la señal acordada. Salem alzó el percutor del arma, se la escondió debajo de la camisa y comenzó a cruzar la calle. Esquivó a un ciclista vendedor de leche de búfala en enormes tarros metálicos atados en los laterales, y después a un autorickshaw que circulaba a gran velocidad.

Entró en la tienda justo cuando el gerente hindú, un hombre de cuarenta y

tantos, bigotudo y con gafas de culo de botella quemaba incienso frente a su diminuto templo adherido en la pared.

—Las joyas y el dinero —dijo Salem entre dientes sacando el revólver y apuntándole a la altura del pecho.

—¡Ram! ¡Ram! —gritó el gerente al dios hindú, clamando una intervención divina.

Un empleado se acercó corriendo y le intentó agredir con el palo de la escoba, pero Salem lo esquivó, le golpeó con la culata del revólver en la cabeza y cayó al suelo.

—Coge todo lo que quieras —suplicó el gerente aún con el incienso en una temblorosa mano que desprendía volutas de humo gris—. Pero no

dispares, te lo suplico. ¡Ram! ¡Ram!

Salem rompió la vitrina y comenzó a sacar todo cuando veía y a guardarlo en una bolsa. Tingu apareció por detrás y después de saltar sobre el cuerpo del empleado que yacía bocabajo, comenzó también con premura a meter todo cuanto veía de valor dentro de una pequeña mochila. Cuando hubieron vaciado todo, salieron corriendo. Tingu puso en marcha la moto que había aparcado enfrente, y Salem saltó detrás del sillín. Doblaron la esquina, y más adelante se perdieron entre el tráfico de la carretera.

—Creo que he matado a un hombre —gritó Salem al oído de Tingu.

—¿Cómo?

—Que allí en el parque creo que maté a un hombre.

—¿Quién era?

—Un masajista que sospechó de mí viéndome en el parque. Quería ofrecerme niños para tener sexo. Me dijo que se los ofrecía a extranjeros...

Tingu redujo la velocidad y paró la motocicleta en un lado de la calle.

—Escúchame —dijo bufando como un toro—. No comentes lo sucedido con nadie, ¿de acuerdo? Ese masajista era un empleado de la mafia, se llamaba Ranjit. Ni una palabra sobre esto a Babu Mossa.

—Pero ¿por qué?

—Porque te lo digo yo, que lo conozco mejor que tú. Nunca se está

seguro de sus cambios de humor. Por su naturaleza temperamental hay que estar alerta. No ha habido ninguna muerte, hemos hecho nuestro trabajo limpiamente, y punto. Tú no te has encontrado con nadie. No has visto nada. No sabes nada. Por precaución yo iré delante con el botín a Babu Mossa. Tú coges el autobús. Diré que decidimos escapar cada uno por un lado para evitar que nos pudiesen seguir. Hazme caso.

Con sus prisas pisoteó a varias personas. Los pasajeros protestaron, pero él era ajeno a todo. Se sentía incluso dispuesto a enfrentarse al orondo conductor a algunos golpes y patadas, en caso de necesidad. Mientras

pasaba el tiempo y el autobús seguía circulando por las abarrotadas calles sintió como si de repente todos los pasajeros dejaran de preocuparse por sus paradas en destino para clavar sus ojos en él y vigilarle. Azorado, consiguió abrirse camino entre los demás pasajeros que permanecían de pie y, avanzando hasta la puerta trasera, aprovechando que aminoraba la marcha, saltó al asfalto y sorteando motocicletas y coches llegó a la acera.

Con tantas precauciones para no ser vistos por la policía, se les había olvidado un dato importante, que no era la primera vez que el gerente era víctima de un robo, y recientemente había instalado una cámara de seguridad que

había grabado todo el suceso. Salem comenzaba así a estar vigilado por la policía.

Aquella noche no pudo dormir. El masajista, mostrándole una sonrisa misteriosa no se había marchado de su lado. Estaba de pie junto a él mostrándole fotografías de niños desnudos. Salem corría por las desiertas calles paralelas a Marine Drive. Dejó atrás el parque Tulsi Wadi, pasó corriendo junto a la estatua Shivaji, y caminó a lo largo del malecón de Colaba, en dirección al hotel Taj Mahal. De repente, sin saber cómo, llegó a un callejón que no tenía salida, dio la vuelta para regresar a la calle principal, pero una oscura silueta emergió en

medio de la oscuridad: era el masajista; sus pantalones y su camisa blanca parecían cubrir a un fantasma. Se le acercaba, se estaba acercando, se acercó.

—Quiero llevarte conmigo y enseñarte lo que hace la mafia de Bombay con los niños.

A mitad de la noche, un sudoroso Salem despertó dando un grito.

Con el transcurso de los meses Salem se fue convirtiendo en un importante y fiel empleado de Babu Mossa. Había aprendido a mantener intacta su dignidad, no pidiendo favores a nadie. Por ese motivo, su primo Babili lo echaba de menos. En tan solo un año se había convertido en el líder de unos

veinte jóvenes, que tenía como esbirros, y a los que mandaba romper huesos, muebles y llevar a cabo cualquier orden que le comandara su jefe.

Empezó a ganar tanto dinero en metálico que con Tingu alquiló un apartamento y montó allí una oficina para enviar trabajadores a Arabia Saudí y a los Emiratos Árabes, a comisión. Su empresa la llamaron Lufti Enterprises. Pronto la agencia de reclutamiento de candidatos en busca de trabajo fuera de la India paso a convertirse en un modo de hacer contrabando de oro y de otros productos. Tan pronto como fueron creciendo los beneficios, Salem comenzó a viajar a Bangkok, Singapur y Malasia, al contrario que la mayoría de

otros mafiosos que no viajaban y que tan solo encomendaban los viajes al extranjero a subordinados.

El 1992, el Gobierno indio realizó significativos cambios a la importación del oro. Las personas de origen indio residentes en el extranjero podían entrar a la India con cinco kilogramos de oro en la maleta de equipaje, pagando un impuesto de doscientas veinte rupias por diez gramos. Salem pagaba sobornos a oficiales de inmigración y de aduanas y traía a la India a grupos de viajeros de origen indio; con la excusa de que realizaban una peregrinación religiosa transportaban más del doble del oro permitido, pagando solo por la cantidad mínima.

Como si un volcán que hasta entonces durmiera hubiese entrado en erupción, para finales de año Salem había conseguido amasar una gran cantidad de dinero para su jefe del crimen organizado, a quien le daba la mitad de sus beneficios. Aprendió que todo radicaba en tener a buenos confidentes y personas de confianza en las cuales delegar los trabajos. Desde hacía tiempo entre los numerosos jóvenes de su pueblo, su nombre comenzó a resonar como sinónimo de éxito.

15 PRIMER MATRIMONIO

Desde su primera experiencia en los prostíbulos del distrito rojo, en cuanto su tiempo se lo permitía, se dedicaba a buscar la manera de tener relaciones sexuales esporádicas con mujeres. En aquella época pensaba que en un futuro próximo contraería matrimonio con una mujer de Bombay. Soñaba con una esposa según los cánones de la mujer ideal del protagonista de la gran pantalla. Había visto suficientes

películas como para saber que un hombre que infundía respeto entre su comunidad necesitaba a una mujer elegante a su lado. Supo que a las mujeres de Bombay les gustaban los hombres de hablar educado y carácter tranquilo, estilistas y atractivos. Él se consideraba atractivo para no desear menos.

Su primo Babli intentó convencerlo para no seguir aquel camino dentro del crimen organizado y que volviese a trabajar junto a él. Le comentó que, ahora que tenía suficiente dinero, podrían emprender el negocio de la exportación de productos textiles a América. Salem no le hizo caso. Otro día le habló de exportar joyas

artificiales. Tampoco le hizo caso. Otro día le comentó el negocio de la exportación de carne congelada de cordero, búfalo y cabra al Golfo, Egipto, Malasia y Sudáfrica.

—Tú hazme caso. Un amigo mío tiene una fábrica en Haryana y un matadero alquilado en Noida. Lo que necesitaríamos sería una maquinaria automatizada y totalmente mecanizada con tecnología alemana. Podríamos alquilar incluso mataderos del Gobierno aquí en Bombay y así cortar gastos de logística, evitando el transporte de un sitio al otro en el norte. Incluso restando los sobornos a funcionarios sería un negocio impresionante, y sobre todo, legal y respetable.

Para que dejase de seguir insistiéndole, Salem se inventó una noticia falsa. Le contó una historia acerca de un montón de animales muertos cayendo de camiones en el puerto de Bombay procedentes de Delhi, enfrente de un templo hindú en honor al dios Hanuman, y que esto llevó a un enfrentamiento violento entre los estibadores musulmanes e hindúes con palos, alambres y cuchillos. Y aduciendo que era un negocio que podría enemistarle con Babu Mossa, si sucediesen aquellos episodios, le dijo que se olvidase de aquella aventura empresarial.

Envidioso por la suerte que le había tocado a Salem y lo poco o nada

que le hacía participe de sus ganancias, a sus espaldas Babli se puso en contacto por teléfono con Jannatunissa y después de explicarle brevemente la situación en la que se encontraba su hijo, sin entrar en detalles, le aconsejó que le llamase urgentemente de vuelta al pueblo y allí realizasen un matrimonio concertado, ya que de lo contrario, en Bombay acabaría echándose a perder.

Su madre pretendió estar muy enferma, y Salem sin demora viajó de inmediato a Sarai Mir. Tan pronto como se dio cuenta de que pretendían casarlo con el propósito de asentarle en la vida, se negó rotundamente. Se sintió engañado. Aun así, por amor y respeto a su madre frente al qué dirían los

habitantes de la comunidad, tuvo que desistir y aceptar la decisión.

Llamaron al imán más cercano para que realizase el casamiento. En el salón de la casa le esperaba la novia ataviada con el vestido tradicional. Solo unos pocos familiares y vecinos asistieron a la ceremonia. No tuvo más remedio que llevársela consigo de vuelta a Bombay, a un pequeño apartamento alquilado, pero él en vez de enmendar su vida, siguió con su rutina diaria y visitando el distrito rojo.

El matrimonio fue un fracaso total. La pareja se pelaba continuamente, sin cesar. Eran incompatibles.

—No la aguanto —le dijo a su primo un día que llegó disgustado a su

tienda para pedirle consejo—. Es todo de ella. Es todo. Es su detestable perfume, denso y penetrante, que me revuelve las tripas obligándome a aborrecerla de inmediato. Ese olor es nauseabundo. Evito cruzarme con ella en casa porque no puedo más. El color que utiliza para maquillarse, su lengua pequeña y pegajosa..., todo me da repugnancia. Me despierto a menudo en mitad de la noche en la que las pesadillas me empujan a creer que hago el amor con una anciana de mi pueblo. He tomado la decisión de no dormir una noche más en ese apartamento y hoy he dormido en el de Tingu.

—No deberías actuar ni hablar así, siéntate —le reconvino Babli

poniéndole un brazo sobre los hombros —. No tomes ninguna decisión drástica. No sé si sabes que el padre de ella se suicidó para evitar hacer el pago de un préstamo bancario.

—Mira..., han pasado muchos días, y me avergüenzo por haberle hecho concebir falsas esperanzas. Sé que tiene muchos hermanos. Si me divorcio y vuelve al pueblo, seguro que conseguirán fácilmente que contraiga de nuevo matrimonio.

Al día siguiente se presentó en la vivienda y habló con su joven esposa:

—Nos vamos a separar.

—¿*Separar*? —preguntó ella soltando un bufido de desagrado—. Si nosotros ya estamos separados.

—Muy bien, pues entonces lo único que se necesita es un certificado legal. ¿Qué palabra es la que se emplea? ¿No es *divorcio*?

—¿Qué quieres decir? Y para argumentar el divorcio, ¿me acusarás de adulterio? ¿Serás capaz de acusarme de eso en público para que todos me repudien?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿qué? ¿Dirás al imán de Sarai Mir que me siento atraída por otro hombre? Eso sería sentenciarme a muerte. No podría volver a casarme y mi familia me echaría a la calle. Incluso algún pariente sería capaz de matarme para limpiar la mancha que les habría causado. Mis hermanos serían capaces

de hacerlo.

Se dio cuenta de que obtener el divorcio no era tan sencillo. Buscó en Tingu asesoramiento legal:

—Ante todo, tienes que evitar que se sepa públicamente o que sea muy evidente. Tiene que haber algún tipo de conspiración entre ambas partes, es decir, un arreglo amañado entre tú y tu mujer, ¿me entiendes? A eso lo llaman «connivencia». Imagínate que hacen algo con ella, a ti te dará igual, ella ya no es tu esposa, pero ¿y tu madre y tus hermanos que aún viven allí? ¿Y tu primo Babli, que tiene su familia también allí? Lo que le pase a ella te puede perjudicar. Así pues, haz lo que te digo. Te voy a decir lo que debes de

hacer. Darás una cierta cantidad de dinero a la familia de tu esposa, como señal de que se ha finalizado la relación amistosamente, y de este modo evitas un enfado o decepción que puede acabar en drama o tragedia. Pero si el tribunal de tu provincia se entera o sospecha que estás dando sobornos, puede ser peligroso. Tal vez ellos te pidan más dinero. Nadie puede saber que tú has dado dinero a terceros para obtener el divorcio.

Se decidió finalmente que, para facilitar las cosas, sería ella quien presentaría la solicitud de divorcio. Acusaría a Salem de mantener relaciones extramatrimoniales, lo cual no solo dejaría su reputación social

intacta de cara a la comunidad, sino que también daría a Salem lo que quería de la forma más rápida, sin dramas ni tragedias.

Su madre, Jannatunissa, preocupada y alertada por Babli de la relación de su hijo con la mafia de Bombay y el peligro que conllevaba, aprovechando la presencia de Salem en el pueblo para firmar legalmente los documentos para la ratificación de la anulación del matrimonio, decidió llevarle a un *sadhu* que habitaba a las afueras del pueblo desde hacía tres días y que se encontraba en peregrinación religiosa al templo Pashupatinath de Nepal. Como era la costumbre durante su itinerario realizaba paradas en los

pueblos para recibir donaciones y a cambio él bendecía a los devotos y propagaba su fe.

—Escucha, hijo —le dijo su madre—, antes de cumplir los veinte años, yo era viuda y con cuatro hijos a los que mantener y sacar adelante. Me consideraba una mujer decidida, segura de sí misma y con suficiente sangre fría como para conseguir cuanto me había propuesto sin ayuda de nadie. Los tiempos han cambiado, y en la ciudad se vive muy deprisa. No quiero ser un ejemplo ni para ti ni para tus hermanos, excepto en la perseverancia. Luchar y conseguir lo que quieres, pero siendo honesto. Quiero que vengas conmigo a ver a un *sadhu*.

Llegaron a una tienda de campaña. En su interior había un fuego pequeño dentro de un círculo de unos ladrillos grises destinados para tal uso. El hombre santo tenía un largo pelo recogido en un moño. Estaba tan delgado que todas las costillas eran visibles. Tenía una larga barba canosa y un collar de gruesas cuentas alrededor del cuello. Jannatunissa y su hijo se sentaron alrededor del fuego, escuchando al hombre santo decir sus rezos en sánscrito. Cuando terminó, echó un puñado de hierbas al fuego murmurando palabras sagradas, después dijo:

—Por lo general, las personas tardan en madurar, e incluso muchas de

ellas llegan a viejas sin haber conseguido averiguar qué les ha pedido la vida. Son seres que andan confusos e insatisfechos puesto que, al no haberse planteado una meta, no tienen ni la menor idea de en qué punto del camino se encuentran, ni hacia dónde se tienen que dirigir. Otros, en cambio, los más afortunados, se trazan un camino casi desde que tienen uso de la razón, y lo siguen ciegamente hasta el fin de sus días. Si la suerte les acompaña, triunfan. Si les da la espalda fracasan, pero al menos les queda el consuelo de que lucharon por aquello en lo que creían y valió la pena el esfuerzo. Ah, pero existe otro grupo, y es al que tú perteneces. Son aquellos que se marcan

un rumbo, un objetivo con una fe ciega desde el primer momento; se apasionan, luchan e incluso están dispuestos a morir por lo que anhelan, pero que de improviso se encuentran solos en mitad de una inmensa pradera, sin tener la más remota idea de hacia dónde se encaminan ni de qué lugar provienen.

A la mañana siguiente, muy temprano, su madre le acompañó a la estación.

—Recuerda que ese —dijo señalando hacia el cielo—, el de ahí arriba, siempre nos mira; no aparta su mirada de nosotros. Hijo mío, quiero que seas honesto y lo tendrás a él contento. No vayas por esta vida intentando engañarle. ¿Me oyes?

—Sí, madre.

—*Insha'Allah.*

Bajo una luz tenue, el revisor le dio los buenos días, comprobó su billete y luego le indicó con mucha amabilidad su asiento más allá de unos cuantos pasajeros soñolientos, a mitad del vagón. Salem colocó su maleta debajo de la litera, se descalzó y se sentó con las piernas cruzadas. Se dio cuenta de que una señora de mediana edad le estaba observando. Iba acompañada de una joven muy guapa, que dedujo enseguida que sería su hija.

—Tú eres Abu Salem, ¿verdad?

—preguntó la mujer, para luego afirmar —, hijo de Abdul y de Jannatunissa.

—Sí, señora.

—Te he reconocido al instante. Te pareces muchísimo a tu madre. Ella y yo éramos compañeras de colegio. Sí, sí, mira que lo pasamos bien juntas. Tu padre era un buen hombre.

Salem no la conocía pero no era extraño que a él lo reconociesen, dada la popularidad que tenía en el pueblo tras darse a conocer la noticia de que el hijo de la viuda Jannatunissa estaba prosperando en Bombay.

Salem miró a la joven que le acompañaba, ella le sonrió ruborizada y él le devolvió una sonrisa algo forzada. Fue un gesto de cortesía por su parte, de complicidad entre dos jóvenes de viaje despiertos a la misma hora temprana de la mañana. Sin embargo, la sonrisa de

ella estaba cargada de deseo y muy reconocible por parte de él. Con veintitantos años Salem era delgado y fibroso y para las jóvenes de su pueblo representaba los atributos del héroe masculino de Bollywood.

—Mi hija Sanaya y yo nos vamos a Nashik a ver mi familia...

La joven, al escuchar hablar de ella, no pudiendo evitar su incomodidad, roja como la grana, se quedó inerte mirando el suelo.

—Ah. Muy bien. Muy bien —dijo interrumpiéndola y evitando una conversación—. Les deseo un buen viaje y mucha salud.

Salem se acomodó, respiró con fuerza y con la mirada más o menos

atenta a la ventana intentó parecer distraído. Sintió cómo la joven le observaba, y esto le irritó. Ya estaba cansado de chicas de su comunidad. No quería saber nada de ellas. Ya no quería tener ninguna otra relación con gente inculta de su pueblo. Durante los días que había pasado allí, las chicas lo miraban con atención y, a menudo, con el mismo deseo que la joven sentada a escasos metros mostraba ahora, como si estuvieran dispuestas a fugarse con él adonde les dijera y, una vez allí, a hacer cualquier cosa por él. Alzó la mirada hacia la madre realizando un ligero movimiento de cabeza, dando así a entender su respeto, de nuevo le devolvió una sonrisa amable a la joven,

se cruzó de brazos y cerró los ojos como si quisiera dormirse, a sabiendas de que ella seguiría contemplándolo.

Al cabo de un tiempo cuando ya habían pasado la región de Sarai Mir, entre el traqueteo del vagón, escuchó:

—No te desanimas.

Salem abrió los ojos, alzó la cabeza; creyó haber escuchado que alguien se dirigía a él. Giró la cabeza, y la joven le estaba mirando. Su madre, con la boca abierta estaba roncando ligeramente.

—Perdona, ¿has dicho algo? Me ha parecido...

—No te desanimas —le interrumpió la joven esbozando una sonrisa.

Algo incómodo, se encogió de hombros e hizo una mueca dando a entender que no sabía de qué hablaba.

—Algún día serás tan conocido como un actor de Bollywood —continuó diciendo en voz baja—. Tú tienes el mismo fuego en los ojos que un emprendedor con éxito, lo veo. Un día serás tan grande como una estrella de cine.

Ella volvió a esbozar una sonrisa cautivadora, pero Salem, incapaz de comprender aquel comentario, pensando que era una chica joven y estúpida, asintió con la cabeza, se giró dándole la espalda, se acurrucó en su asiento y cerró los ojos. Cuando despertó, el tren acababa de parar en la estación de

Lokmanya Tilak, en un suburbio de Bombay. Se dio la vuelta y vio que la joven y su madre ya no estaban.

16 SEGUNDO MATRIMONIO

A su regreso a Bombay se mudó a la zona de Andheri, donde alquiló un pequeño apartamento como residencia. Justo enfrente de su vivienda vivía una joven estudiante de ingeniería llamada Sameera Jumani. Salem se sintió atraído por ella desde el primer momento en que coincidieron al salir del edificio. Al segundo día, cruzó la calle con habilidad, esquivando los vehículos, y se acercó a ella.

—Tienes el pelo muy bonito, pareces una actriz, a Madhuri Dixit —se atrevió a decir sin ningún pudor.

Ella lo miró con ojos benévolos. Pensó que era un joven loco y esa opinión, en vez de suavizarse, se fue reforzando conforme los días fueron pasando. Desde la distancia comenzó a seguirla todas las mañanas hasta la entrada de la universidad. Como cada loco, también el enamorado Salem escondía un núcleo irreductible de verdad, una inocencia graciosa que el muchacho exhibía con gracia y simpleza desarmante.

A Sameera le agradaba ser cortejada y pronto correspondió a Salem con furtivas miradas. Ella apreciaba

aquel inusual, tonto, gracioso, directo aprecio que mostraba el joven en público hacia ella. Esto hizo que comprase una motocicleta, sobre la cual esperaba sentado a la chica todos los días, en la calle de enfrente. Unos días más tarde la esperaba justo a la salida de la universidad. Él actuaba como en las películas de Bollywood: chico gusta a chica; chico sigue a la chica hasta hacerla suya.

Ella acabó por pensar que él era el hombre de su vida.

Tan pronto como tuvo conciencia que su sentimiento hacia ella era correspondido con la misma pasión, Salem se compró un coche y la invitó a dar una vuelta.

De regreso en su oficina no dejaba de canturrear la canción de la película *Ek Dujé Ke Liye*: «Solah baras ki baali umar ko salaam, aye pyaar teri pehli nazar ko salaam» (Saludos a la complaciente edad de dieciséis años y saludos a la primera mirada puesta en ti, mi amor).

El padre de Sameera era un hombre de negocios dedicado a la fabricación textil. Era una familia musulmana conservadora creyente en la fe Ismailí Khoja. En cuanto ella puso como condición para hacerse querer por su padre el abrazar tal creencia, Salem rehusó de inmediato. Por ese motivo ella no tuvo más elección que mantener la relación en secreto.

Durante los dos primeros años que duró el romance, Sameera terminó sus estudios y se matriculó en un curso superior en la universidad. Pero la relación de ambos jóvenes llegó a oídos del padre, que ordenó a Sameera dejar de ver a Salem. Sin embargo, ella estaba perdidamente enamorada. El padre consideró oportuno poner fin de inmediato a la relación organizando su matrimonio concertado, como era costumbre, con un joven de la comunidad Ismailí.

Tan pronto Salem tuvo noticia certera de aquella intención, decidió huir con ella, como lo habría hecho el héroe protagonista de una película al más puro estilo de Bollywood.

Su primo Babli era la única persona, de entre todas con las que se relacionaba Salem, que mejor le conocía. Le intentó disuadir diciéndole que Sameera era muy joven y que no debería arruinar su vida. Además le hizo entender que ambos eran de dos creencias musulmanas muy distintas, incompatibles. Pero Salem, siguiendo su carácter obstinado, decidió, el 4 de enero de 1991, contraer matrimonio con ella.

Nada más conocer la noticia, el padre le puso una denuncia en la cercana comisaría de policía acusando a Salem del rapto de su hija. Con el alboroto de los policías al presentarse en el domicilio, las idas y venidas a

comisaría y la amenaza pública de Sameera de suicidarse, los recién casados revolucionaron el vecindario. Tras retirar el padre los cargos, debido a la presión que le estaban causando los parientes, con el argumento de que cuanto más publicidad se hiciese, más se deshonraría a la familia, la joven pareja se mudó a una residencia en la otra punta de Bombay, lejos de la comidilla de la gente.

A los pocos meses de vida conyugal, Sameera supo de las actividades ilegales de Salem.

Una tarde, después de salir con unas amigas, volvió al apartamento y, al entrar en el salón, las bolsas de la compra se le cayeron de las manos.

Ajenos a su presencia, Salem y Tingu se encontraban sentados en la terraza hablando de negocios de contrabando y nuevas inversiones. Habían estado contando fajos de billetes usados, que ahora descansaban apilados con mimo encima de la mesa frente a Sameera, que nunca había visto tal cantidad de dinero en metálico.

—Querido, ¿pasa algo? — preguntó ella en voz alta con la expresión endurecida y desde la ingenuidad de la juventud.

Al percatarse de su presencia, se levantó, hizo un gesto a Tingu para que se apresurase a guardar los billetes dentro de una maleta, y con rapidez se encaminó al salón.

—No, no pasa absolutamente nada —dijo manteniendo la compostura—. Simplemente, mi socio ha considerado sacar mis ahorros de un banco para ingresarlos en otro mucho más seguro.

El aspecto de ella se relajó levemente.

—¿Quieres que te enseñe lo que he comprado?

—Sí, ve a la habitación y espérame allí —añadió Salem con una sonrisa—. Voy a ayudar a mi amigo y te veo en un instante.

Aquellas escenas se repitieron con regularidad. Sameera no era tonta y no tardó mucho en saber de dónde procedía tanto dinero. Ella pensaba que se dedicaba a la construcción y negocios

inmobiliarios con unos socios, pero jamás pensó en cuál era su verdadera ocupación. Sin embargo no hubo una marcha atrás en su vida, pues ella estaba enamorada de Salem, y él metido hasta el fondo en sus negocios. No podía dejar sus actividades ilegales que tanto beneficio le daban y que le procuraban un estilo de vida que siempre había soñado. Por otro lado, Sameera tampoco se planteó en abandonar lo que el destino le había puesto delante, ya que estaba tremendamente cómoda disfrutando de muchos privilegios económicos en compañía de Salem.

TERCERA PARTE

Cuando las olas se han quietado y
el agua está en calma, entonces se
refleja la luz y se puede vislumbrar el
fondo.

SWANI VIVEKANANDA

17 LISBOA

Aquel sofá en el despacho del director de la prisión era verdaderamente cómodo. Dio un mordisco a un pequeño bocadillo, y tomó una nueva taza de café. Se volvió a tumbar y, mirando al techo, como iba siendo habitual en él con el paso del tiempo, como si de un ejercicio de meditación se tratara, rememoró conversaciones e imágenes pasadas.

—Suelen ser los héroes los que ganan las batallas o perecen en el intento —recordó que le había dicho Cristóbal

un día a principios de la década de 2000 —, pero suelen ser sus escuderos los que a la larga se adueñan del botín. Los encargados de acabar con el terrorismo no eran más que una pandilla de pistoleros a sueldo o funcionarios corruptos que se quedaban con el dinero destinado a combatirla.

—Pero, Cristóbal —dijo Manuel —, ahora que no existe el GAL, lo que se necesita es un grupo parapolicial para hacer guerra sucia contra el terrorismo. Hoy en día el gran problema que tengo con mi departamento cuando luchamos contra ETA es que los terroristas actúan sin respetar las reglas democráticas, pero amparándose siempre en ellas. De eso abusan. Asesinan, acosan o

secuestran, pero en cuanto se les pone la mano encima corren a esconderse bajo las faldas de los organismos internacionales y la «declaración de derechos humanos». Si les pegamos un par de bofetones bien dados, puñetazos o les propinamos una patada bien merecida en los cojones al detenerlos, ya nos llaman «torturadores».

—Sí, por aquella época yo estaba destinado en otro departamento, y la verdad es que lo único que consiguió el terrorismo de Estado fue matar a quien no debía, que salieran a relucir públicamente sus estropicios. Lo único que sabían era torturar hasta que alguien les diera un nombre, y luego me venían a mí a cobrar de los fondos reservados

por cada muerto que se apuntaban. A los ideólogos de los terroristas debimos aplastarlos como cucarachas cuando pudimos, pero durante la década de los ochenta los jefes de entonces tenían otra agenda.

—En lugar de pagar con fondos reservados a ineptos y policías corruptos que se limitaban a contratar pistoleros mafiosos, lo que el Gobierno tenía que haber hecho, ya que estaba dispuesto a jugar sucio, era...

Quiso dejar de pensar más en aquellos tiempos.

Sabía que la edad le estaba jugando una mala pasada.

Él se consideraba un artesano en plenitud. Desde hacía años tenía un

trabajo que hacer y lo hacía en lo bueno y en lo malo.

Se incorporó en el sofá.

Con rapidez metió todas las hojas fotocopiadas del diario en su carpeta.

Decidió que era hora de ir a ver a la actriz de Bollywood Monica Bedi.

—Ahí dentro está la prisionera —dijo el oficial de seguridad señalando a través de un amplio cristal.

Al otro lado del ventanal, la prisionera no podía ver quién podía estar observándola, ya que los cristales estaban tintados. En todo momento, un guarda de seguridad vigilaba durante las visitas el comportamiento de los presos,

que estaban continuamente grabados por las cámaras de seguridad.

Monica Bedi, se encontraba tocándose suavemente la punta del cabello ajena a los ojos que la observaban. Vestía igual que en las fotos que había visto de ella: pantalón vaquero ajustado y camiseta estrecha. El pelo lo tenía recogido con una coleta y en su mano llevaba un ejemplar de la Biblia, con las tapas negras.

La figura tan bien cuidada de Monica le despertó ciertos sentimientos, que pensaba tenía apagados, no por el detalle de la redondez de sus pechos sino por su aspecto reflexivo. Manuel estuvo unos cinco minutos pensando en lo estupendo que habría sido tirársela,

ahí dentro, encima de aquella mesa, rodeado de mini cámaras, dejando que los portugueses le grabasen como vino al mundo. «Quizá incluso aprenderían de mí un par de cosas». Las largas finas piernas de vedette y el cuerpo en su conjunto se transformaron para él en una montaña a la que le hubiera gustado trepar, incluso en cualquier habitación de un cochambroso hostel de un barrio antiguo portugués, sucio y denigrante, donde crujiese el somier. Una vez que consiguió dejar atrás las delicadezas del espíritu, le hizo un gesto al oficial que le acompañaba indicándole que ya estaba dispuesto.

Nada más verlo entrar por la puerta, educadamente Monica se puso de

pie respirando muy hondo. Él pensó que se comportaría de forma vulgar; la subestimó.

Manuel notó que se había ruborizado, quizá porque no se esperaba un visitante como él, sino al típico burócrata portugués al que estaba acostumbrada.

Era bella, de ojos grandes y redondos, su palidez era marmórea, casi espectral, tenía el cuello largo y delicado. Tras observarla fugazmente de arriba abajo, le indicó la silla para que tomara de nuevo asiento. Monica se sintió cómoda ante tanto detalle. El aspecto de aquel hombre le inspiró confianza.

—Quiero que sepa que he

cometido un grave error —dijo ella mirando fijamente a los ojos de su interlocutor.

Manuel guardó silencio. Se dio cuenta de que su modo de comportarse quedaba en un punto equidistante entre lo teatral y lo cinematográfico. Como si hubiese ensayado en alguna franquicia del famoso Actor's Studio. Miró en dirección a la Biblia que tenía entre sus manos y, arqueando las cejas, dijo:

—No soy hombre de mucha fe, aunque creo que la sociedad está mejor con Dios que sin él.

Sacó el paquete de cigarrillos de su bolsillo y se lo ofreció. Monica declinó con un lento movimiento de cabeza a ambos lados.

—Ya me imagino lo que estará pensando —dijo ella—, que la estupidez no admite disculpas, ¿verdad? Por mí como si a Abu Salem le cortan en trocitos y lo meten en una olla exprés hasta que quede bien cocido.

—Joven, según mi experiencia —dijo cruzándose de piernas, echándose levemente hacia atrás, encendiendo un cigarrillo y expulsando el humo hacia un lado con delectación—, una buena parte de los seres humanos son malvados, pero otros simplemente cometen errores. Si el resto dedicáramos nuestras vidas a vengarnos de las maldades o los errores ajenos, no nos quedaría tiempo para vivir. Disculpe, ¿quiere un café?

Monica dirigió una mirada tierna

hacia un rincón con las cejas enarcadas, sonrió incrédula y respondió:

—Sí, por favor.

Manuel apretó un botón, y en ese mismo instante un oficial entró portando una pequeña bandeja con dos tazas.

Ella cogió la taza, la levantó lentamente y sorbió. En aquel instante Manuel se dio cuenta de la hermosura de su garganta.

—¿Me permite preguntarle qué hace usted aquí? —preguntó Monica con tono hostil.

Manuel no dio la menor señal de haberlo oído. Dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Me permite decir que, dadas las circunstancias, la admiro por su

actitud? —preguntó él adoptando un tono de conmiseración; con actitud reverente, removiendo la cucharilla y dando un breve sorbo. Tal vez se lo permitía, o tal vez no. Ella no dijo nada, tan solo hizo un gesto ambiguo que el español interpretó como un crédito a que pudiera seguir haciendo cumplidos a su belleza—. Realmente tengo que admitir que es usted muy guapa.

—Pues muchas gracias —respondió con una manera de hablar deslavazada—. Eso no es precisamente lo que esperaba escuchar de usted, para serle sincera.

Se produjo un profundo silencio en la sala.

«Es joven —pensaba Manuel—,

es riesgo, es tierra ignota. Le echa valor a la vida a pesar de las dificultades en las que se encuentra. Es paciente, una cualidad algo difícil de ver dentro de los límites del confinamiento carcelario. Esta mujer con su carácter saldrá fácilmente adelante».

—En cierta ocasión Abu Salem me dijo que la venganza es un pésimo compañero de viaje —comentó ensimismada sorbiendo con placer el café—. Pero yo sé que existe otro peor.

—¿Cuál? —inquirió levantando las cejas, tomando nota mentalmente con el propósito de seguir estudiándola.

—La soledad y el aburrimiento. — Tras un breve silencio, continuó—: Nunca he entendido por qué razón las

madres tienen el extraño don de captar de forma absolutamente natural que sus hijos se han metido en problemas.

—Dígamelo entonces, ¿por qué ha llegado a esa conclusión?

—Después de huir de la India, estuvimos en África, y antes de viajar a Portugal, paramos en Noruega, donde viven mis padres. Estábamos sentados en la cocina tomando los tres un té, desde luego de muy diferente sabor a este aguachirle. Ambos me observaban en silencio. Suele decirse que las madres nos conocen mejor que nosotros mismos, y saben llegar a lo más oculto de nuestros sentimientos, allí donde quizá nosotras, por nuestros propios medios no llegaríamos jamás. Tras

mirarme largamente, mi madre se atrevió a preguntarme muy seria:

»—¿Qué has hecho?

»Se lo conté. ¿Qué otra cosa podía hacer si lo estaba leyendo en el fondo de mis ojos casi sin necesidad de que pronunciara palabra alguna? Les dije lo que había pasado; que habíamos huido. Aunque ellos ya habían leído y escuchado en los medios de comunicación lo que decían de nuestra relación. Al concluir, mi padre permaneció impasible, callado, triste; sin rastro alguno de enfado. Mi madre se quedó desolada. Las lágrimas comenzaron a recorrer los senderos de sus más pronunciadas arrugas en un rostro en el que el sufrimiento había

dibujado muchas más y perennes huellas, gracias a mi contribución.

»—Os he dicho la verdad —añadí — Os he contado lo ocurrido y para nada pretendo disculparme.

»Mi padre se levantó, me dio la espalda y mirando fijamente a través de la ventana, dijo:

»—Vete y no vuelvas. Me duele perder una hija. Te miro y me entristece ver en qué te has convertido. Nunca pensé que serías la mujer de un criminal perseguido por la justicia y, además, huyendo junto a él, siendo su cómplice. Te veo y no veo a mi pequeña Monica, tan solo veo un triste amasijo de rencor y prepotencia, una mujer obcecada tontamente en el amor de un criminal,

como si aún fueras una adolescente inmadura e irresponsable. Empiezo a imaginar que no estás bien. Un caso de locura. Que necesitas ayuda, quizá de un psicólogo. Tu situación no es buena y tú no quieres darte cuenta de la gravedad. No, no es buena. Levántate y vete.

Manuel apagó el cigarrillo mojándolo dentro de la taza. Le complacía el rumbo que estaba tomando la entrevista. Mientras ella «cantaba su música», él escuchaba otra.

—Nunca he sido muy dado al café ni a las infusiones —dijo el español realizando cierta mueca que desprendía ironía. Cambió su semblante y continuó —: Según tengo entendido es su padre quien trabaja junto con abogados por su

caso. Y por lo visto nada le detiene. Estoy convencido de que le sacaré de este atolladero.

—Sí, desde el primer momento, cuando se enteró de mi detención aquí, en Lisboa, mi padre se encargó de mi defensa y me prometió que conseguiría sacarme de la cárcel —dijo con orgullo; de pronto se le ensombreció el rostro con el recuerdo—. «Su nombre, por favor», me gritó el policía que me interrogó. «¿Pertenece a algún grupo terrorista?», «¿Es usted musulmana?», «¿Antecedentes en la India?», «Te pudrirás en la cárcel, jovencita». Jamás me sentí más humillada cuando me arrestaron. Lisboa no me ofrecía ningún incentivo pero estando aquí, en prisión,

sí la oportunidad de analizar en toda su magnitud el hecho de que me había convertido en el ser humano más solitario y menos querido de la India. El tiempo que he pasado en Portugal me ha servido para encontrar la paz interior que necesitaba a la hora de meditar sobre mí misma. El tiempo que pasé junto a Salem me ha servido para conocer una buena parte del mundo y una forma diferente de vivir, sin que apenas pudiera pensar ni en mí ni en nadie. Me desagrada la gente cínica y egoísta. Yo puedo haberme emborrachado de soledad, odio y deseos de venganza, pero nunca de avaricia. Necesito saber que tengo dinero para gastar, pero no necesito saberme rica.

—La entiendo.

—¿Qué quiere decir con «la entiendo»?

—Pues que la desesperada ansia de posesión precipita al abismo a las personas —contestó, antes de preguntar con brusquedad—: ¿Cuántos años tiene usted? —Y con un tono algo más suave, añadió—: Si no es indiscreción... No hace falta que me diga qué edad tiene exactamente, tan solo una cifra a bulto, a bote pronto...

Ella tardó un rato en oírlo. Miró ceñuda al cristal tintado donde detrás estaría escuchando el personal de prisión, como si buscara allí el motivo de su irritación. Después de un momento de silencio, se decidió a contestar justo

cuando él se disponía a preguntárselo de nuevo.

—Voy a cumplir veinticinco años —respondió algo malhumorada, por considerar la pregunta una intromisión personal—. Podría saberlo leyendo mis datos en algún documento.

—Mire. En el fondo usted era una buena mujer cuyo principal error fue dejarse deslumbrar siendo una jovencita por el presumido más rumboso, chulesco y atrevido del momento, sin caer en la cuenta, como su padre le habrá dicho, de que los años pasan muy deprisa y lo único que actualmente le ha quedado en su vida es un pobre criminal, amigo o amante, aquí encerrado entre rejas, con el cuerpo y el alma cuajados de

cicatrices... Al haber estado jugueteando con un hombre al que las autoridades portuguesas consideran un supuesto terrorista islámico, cosa que asusta solo con pensarlo, no le van a dejar salir de aquí tan fácilmente. —«Estás siendo demasiado enfático. Modérate o la pierdes», pensó para sus adentros—. Fíjese a lo que se enfrenta usted. Está a un pasito de pasarse toda su juventud aquí o, si el Gobierno indio consigue extraditarla, aún acabará más hundida y destrozada físicamente, al estar en una infame prisión en la India, donde, en comparación, esto le parecerá un hotel de cinco estrellas, no me lo negará. De las comodidades que tiene usted aquí, como supongo le habrá incluso

informado su padre, en la India, nada de nada. —Sonrió y se interrumpió a sí mismo empleando un tono optimista—: Yo ayudaré a su padre.

Monica vaciló, sin atreverse a cuestionarlo de inmediato, mientras que Manuel captó su expresión rayana en la incredulidad.

Ella meditó sobre este comentario, como meditaba sobre cualquier otra cosa que le llamase la atención, fijando la mirada en algún punto o espacio vacío con una mueca fatua o acariciando con la yema de sus delicados dedos la cubierta del ejemplar de la Biblia. Desplegó una amplia sonrisa sin responder.

Al cabo de unos segundos, rompió

el silencio.

—¿Cómo? —preguntó con una voz procedente del abismo.

—Sin saberlo él, contribuiré a agilizar el proceso legal, haciendo que durante el próximo juicio se dicte a su favor y se apruebe su extradición a la India —prosiguió, como quien acaba de tener una magnífica idea—. Allí tan solo estará usted unos días en prisión, se tramitarán todos sus papeles y quedará usted exonerada de todos los cargos que se le han impuesto debido a su asociación con Abu Salem. Así podrá emprender una nueva vida.

Monica le miró aturdida. Durante unos segundos se quedaron en silencio, hasta que con un tono que denotaba

ironía, le rebatió:

—Mire, ya estoy mordiéndome las uñas de impaciencia. —Al darse cuenta de que su comentario había sonado un poco impertinente, dejó escapar un profundo suspiro y añadió—: ¿Ha estado usted en la India?

—No, pero no descarto que vaya a realizar un viaje en un futuro. Me han comentado que es verdaderamente imponente ver el Taj Mahal —añadió en un intento de bromear.

—Pues le diré que dudo que consiga allí una segunda oportunidad, ni que la gente de la industria del cine, a lo que me dedicaba antes, me la vaya a conceder. —Enderezó la espalda como una maestra de escuela y prorrumpió

adoptando una vocecilla casi infantil aunque rebosante de ira—. Los indios son muy rencorosos, cínicos, falsos e hipócritas. Cuando ven a alguien que en su día fue famoso y ostentó gloria, pero que ahora está públicamente dilapidado, estigmatizado, ni se acercan, no quieren saber nada, huyen como de la peste. Yo soy un árbol caído. ¿Cómo dicen los italianos? ¿*Finito*? Ser paria entre los tuyos es mil veces peor que ser paria entre los extraños.

—Eso está por ver —espetó con tono de desaprobación y sacando de una carpeta unos folios—. Puedo darle la oportunidad de trazar una línea ahora mismo entre un futuro próspero y su pasado. Podrá empezar de nuevo. Aquí,

tengo una serie de contratos que le permitirán volver a la India, limpia, en estado puro, virgen —apuntó mirándola a los ojos—. Dos son para una película en hindi y la otra, en idioma inglés, es una coproducción entre Francia e India. Por lo visto, el director, francés, ha sido galardonado en Cannes y está buscando una actriz para un papel secundario en el que usted encajaría perfectamente. Mis amigos están pendientes de su firma para contribuir generosamente a la producción financiando un cuantioso porcentaje con el que el director quedaría contentísimo con la participación de la señorita Monica Bedi.

Monica se quedó mirándole

estupefacta. Caviló.

—He ordenado a mi padre que mi historia con Abu Salem sea registrada en el depósito de *Copyright*. De este modo los derechos de autor serán míos si en un futuro un productor indio o extranjero decide realizar una película sobre nuestra vida.

—Creo que es un esfuerzo fatuo. Hay suficiente material de libre acceso sobre usted en internet. De hecho, antes de venir aquí escribí «Monica Bedi» en el buscador de Google. No sé si es usted consciente, pero estar asociado con un presunto gánster desde luego no es muy glamuroso. Mire, por otra parte — replicó con tono entusiasta— el contrato que considero más ventajoso para su

lavado de imagen, ya que doy por entendido que la gente puede tener sus reservas hacia usted debido a la publicidad negativa que ha estado generando en la India, es participar en el popular programa, *Gran Hermano*.

Al escuchar «Gran Hermano» se ruborizó de una manera encantadora, pero de nuevo se quedó ensimismada mirando a un lado de la habitación. Mientras él la miraba a los ojos, sintió desahogarse.

—¿Y cómo sé que quienquiera que mueva los hilos ahí arriba cumplirá sus promesas y no me dejará tirada?

—No le estoy adivinando el futuro como una gitana de feria leyendo la palma de su mano. Ni vivo en la luna. Le

estoy dando mi palabra, y con eso basta.

—Mi estancia en prisión aquí, en Lisboa, me ha enseñado a meditar, pero sobre todo a aceptar que había perdido el dominio sobre mis actos y que me había convertido en una barca desarbolada que se ve obligada a ir de aquí para allá como inanimado juguete de las olas. Hay gente que mata por odio, por dinero, por sexo, por honor, pero también hay gente que mata cuando se vuelve loca. Yo he estado conviviendo con un loco de verdad. — En su rostro aparecieron arrugas de preocupación, suspiró y, tapándose la cara con ambas manos con los codos sobre la mesa, continuó—: El hecho de no entender bien el portugués y mi

dificultad en comunicarme con la gente me llevó a encerrarme en mí misma, a aislarme del resto del mundo. Me quedaba encerrada en la celda, no quería salir a cenar, comencé a descuidar mi aspecto. Pero una vez que conocí a las monjas que venían a visitarme, me sentí salvada aun estando en prisión. Aunque suene contradictorio casi puedo decir que el hecho de que me detuviese la policía fue una salvación.

—Me consta. La comprendo — Manuel estaba ya aburrido de estar escuchando con pretendida atención y empatía su pedante cháchara filosófica.

Monica se reclinó en su asiento y se enderezó. Hubo un silencio. Él sintió desasosiego porque ya apenas tenía

ánimo de seguir con aquella actriz fracasada. Ella, de pronto, se puso a la defensiva, y con una mueca que insinuaba ironía, le contestó:

—¿Me comprende? ¿Qué quiere decir con «la comprendo»?

—Quiero decir que no he conocido a ninguna mujer feliz que haya ido en contra de sus impulsos.

—Es fácil amar a un hombre cuando ha sabido hacerte gozar en una cama. Sé muy bien de lo que hablo. Admito mi error. Así es como se lo he dicho a mi padre anteayer, cuando vino a hablarme del procedimiento de mi caso y la nueva estrategia que seguirán nuestros abogados. Yo quería ser una mujer normal que tan solo sueña en

encontrar al hombre elegido, hacer el amor y realizar hermosos y románticos viajes a lugares exóticos. Recuerdo que pasamos un tiempo pletórico en Bombay, viajábamos a Vietnam, Hong Kong, Tokio... Sol, playa, hoteles de lujo, compras en las boutiques más caras, restaurantes exquisitos, largos paseos por las ciudades como turistas normales, música típica y romántica... Sin embargo, debo confesar que lo quise tanto más cuanto más distinto a mí lo fui descubriendo. Busqué en su compañía lo que jamás encontré en la mía, y ¿sabe qué es? Su alegría por vivir. El desamor siempre será desamor, y el hastío no es más que la antesala de la nada más profunda. Aún era yo joven, guapa y muy

rica. Saber que no perdía nada me indicaba que tan solo me quedaba un camino: abandonar a Salem. —Después de una pausa, añadió—: A veces me pregunto qué habría sido de mi vida si le hubiera conocido en otras circunstancias. ¡Estúpida de mí! Es el karma. Jamás habría podido conocerle en otras circunstancias puesto que fue el devenir de mi existencia el que me llevó hasta él. Sobre lo que más sabía Salem era de cine. No había película de Bollywood medianamente conocida de la que no fuera capaz de canturrear su banda sonora y de recitar de carrerilla los nombres de los actores, el director, el guionista e incluso el director de fotografía, y recordaba cada escena y en

ocasiones hasta cada diálogo, como si acabara de verla una hora antes.

»Sí, sí que fueron días inolvidables, en los que no tuvo más que palabras amables, gestos afectuosos y detalles encantadores, sin que ni una sola vez me obligara a sentirme incómoda o tuviera que soportar la más mínima insinuación molesta o una leve mirada indiscreta. Jugábamos largas partidas a las cartas, algo en lo que él era un auténtico maestro, y jamás conseguí ganarle, ni una sola vez. En Dubái dábamos largos paseos por Jumeirah Beach y Al Mamzar Beach Park hablando de todo lo humano y lo divino. Cuando estaba conmigo nunca mencionó cuáles fueron los motivos

personales que le condujeron hacia el resbaladizo terreno de la violencia, ni hizo la más leve alusión a ello, como dando por sentado que aquel era el camino lógico que toda persona insatisfecha con el mundo que le rodea se viese obligado a tomar. En los malos momentos su subconsciente atacaba a una determinada persona, a quien atribuía la causa de que las cosas no resultaran como habría deseado.

»No he sido racional durante todo este tiempo. Creo que a las mujeres lo que nos diferencia de los hombres es el hecho de que somos capaces de dejarnos llevar por nuestros impulsos y nuestras emociones a sabiendas de que nos acarrearán la desgracia.

—Por favor —dijo Manuel interrumpiéndola—, no se llene de méritos. Ya incluso el «ínclito general» Bonaparte se arriesgaba a perder batallas por culpa del nauseabundo hedor de la entrepierna de la promiscua Josefina. Así pues, ¿qué tiene de extraño que un gánster tan temible como Abu Salem pierda el aliento por su cuerpo?

Ella rio con ganas por la ocurrencia. Todavía respetuosamente erguida sobre la dura silla de madera, pero algo más coqueta en sus gestos. Cuando volvió a hablar su voz parecía escogida para deleitar el oído de alguien superior a ella.

—La experiencia me ha enseñado que mi físico es capaz de transformar a

un héroe en un payaso, a un sabio en un tonto, y a un genio en veinte centímetros de carne faltos de voluntad. Durante este tiempo mi entrepierna ha tenido mucho que decir, y no el corazón y el cerebro. Es cierto que he tenido una vida de lujo, cómoda y, cómo no, en general placentera, pero íntimamente frustrada. —Tras un largo silencio, inquirió con aspereza—: ¿Qué es lo que quiere de mí?

Manuel hizo caso omiso del chocante comentario, no quiso ahondar en él. Un interrogador profesional no echaba abajo la puerta, se complacía en dar rienda suelta al interrogado; elegantemente, con estilo, pulsa el timbre de una casa y luego accede por la

parte de atrás. Buscando un determinado folio dentro de la carpeta que llevaba consigo, respondió:

—Tengo entendido que usted fue la tercera esposa de Abu Salem..

—Disculpe —le interrumpió con los brazos cruzados, ligeramente molesta y realizando una mueca de desaprobación—. ¿La tercera? Se casó hace muchos años con una joven musulmana de su propia comunidad, de su pueblo, y se divorciaron al poco tiempo. Sameera, también musulmana, la que vive en Estados Unidos, fue su segunda esposa. Pero yo no soy *una tercera*. Nuestro matrimonio no fue legal. Me explico, se divorció de Sameera para poder casarse conmigo,

pero aun realizando la celebración un imán, nuestro matrimonio no está formalmente legalizado, ni siquiera registrado. No consta legalmente como sus dos anteriores matrimonios. No somos marido y mujer.

De nuevo Manuel dejó pasar sus observaciones.

—Por lo visto, Abu Salem aún cree que usted es su esposa.

—Oiga, yo a usted le entiendo cada vez menos.

—Pues es muy simple, joven. Ciertas personas tienen un mundo y otras personas tienen otro. Y los mundos no suelen ser intercambiables. Quizá usted no piense lo mismo, pero los hombres son distintos.

—Bueno, vamos a ver, déjeme que le explique —dijo aún sin pararse a entender lo que había dicho el español—. Él es musulmán de nacimiento y yo de religión *sij*. ¿Entiende usted que la India es un país enorme con muchas religiones? No somos todos hindúes, como no todos los habitantes llevan turbantes, ni las calles están llenas de elefantes y encantadores de serpientes. Al ser los dos de religiones distintas, según las leyes indias, nuestro supuesto matrimonio debió hacerse según la Special Marriage Act, que es un contrato civil promulgado por el parlamento de la India en 1954.

Manuel estaba satisfecho.

—Bien, entonces, no creo que

tenga inconveniente en firmarme este documento —dijo extendiéndoselo sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó cogiendo la hoja—. Disculpe, pero sin el consentimiento de mi padre, que es quien lleva mi caso ante la justicia portuguesa, no puedo firmar nada.

—Este documento y su firma no interfieren negativamente en su proceso, al contrario. Ratifican que no es usted su esposa. Está apostillado por la embajada de la India en Lisboa.

—Entonces, ¿por qué quiere que lo firme?

—Si lo firma, haré que la lleven a la India, acabe allí el proceso burocrático de su caso, y podrá volver a

iniciar su carrera como actriz, participando en el programa *Gran Hermano* y ganándose así al público indio.

—Ya sé que puede usted considerarlo una nadería —empezó a decir con un acento ciertamente teatral mientras acariciaba la cubierta de la Biblia; actitud que no pasó desapercibida al español.

—Nadería o no, me tiene aquí a su disposición —dijo él de súbito y en el mismo tono.

—Antes de ser extraditada a la India, me gustaría viajar a Oslo con mi padre a ver a mi hermano y a mi madre.

Manuel sabía que no convenía remover piedras innecesariamente, y

menos cuando él era muy consciente de lo que encontraría debajo. La presencia del padre allí, en Lisboa, dedicado por entero al caso de su hija, le daba una idea aproximada de su emocional vínculo familiar.

—Sí, claro que sí —afirmó él con delicadeza—. Lo mencionaré por escrito ahora, después de nuestra entrevista, en el informe que debo presentar al director de esta prisión. Entonces, si está de acuerdo con mi proposición, daré luz verde a terceras personas y ellos a partir de aquí se harán cargo de usted. —Hizo un enérgico gesto con los brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas para dar énfasis a sus palabras—. Le deseo a usted mucha

ilusión y felicidad, pero, sobre todo, felicidad, si me permite decirlo.

—Se lo permito —dijo ella leyendo con rapidez el documento—. Se lo permito.

Manuel le preguntó si tenía alguna duda, ante lo cual ella se encogió de hombros en un gesto de vana conformidad. No había duda alguna. Tan solo faltaba firmar la hoja. Se frotó las mejillas con las palmas de las manos y movió los labios en una muda oración. Tras firmar se lo devolvió.

Después de guardarlo dentro de la carpeta, sin decir nada más, Manuel se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué garantía me da usted de que no me está mintiendo? —le preguntó

ella.

—Señorita, tener una nueva oportunidad para volver a empezar ¿acaso no forma parte de la naturaleza humana? Yo se la estoy ofreciendo. Pero si tiene alguna otra propuesta de alguien para sacarla de este lugar saltándose todo el proceso jurídico y burocrático portugués, por favor, desestime mi proposición y acepte esa otra.

Ella caviló, empezó a decir algo, movió la cabeza a los lados y esbozó una amarga sonrisa de reminiscencia.

—Sí, tiene usted razón —dijo con los parpados caídos, agarrando la Biblia contra al pecho, con énfasis después de aquel breve titubeo.

—Ya no nos volveremos a ver —

añadió con un murmullo abochornado cuando descubrió que ella seguía mirándolo fijamente—. Le deseo mucha felicidad y mucha suerte.

Manuel le dio la espalda y el guarda de seguridad abrió la puerta de inmediato. Una celadora entró y se quedó de pie a la espera de que Manuel saliese.

Caminando por el pasillo, Manuel se preguntaba cómo esa joven tan atractiva y con un cuerpo que podría envidiar cualquier modelo profesional, había acabado enamorada de un gánster como Abu Salem.

18 BOMBAY

No se habían visto en días. Por eso Babli dijo que sí cuando una tarde Salem le preguntó si quería acompañarle al cine a ver una película recién estrenada que estaba siendo un gran éxito de taquilla. Después de cerrar la tienda y subirse a la parte trasera de la moto de Salem, este le pidió que, antes fueran a un barrio de la zona de Bandra a reunirse con un hombre de negocios que debía entregarle unas cincuenta mil rupias en metálico. Babli no le preguntó, ni le pidió explicaciones; era conoedor

de que su primo estaba metido en el negocio del contrabando. Sería el típico encargo de recoger un dinero. Así pues, contento de que se tratara tan solo de un pago por alguna venta o transacción, lo acompañó.

Salem condujo la motocicleta hasta el lugar de destino, la aparcó en la acera de enfrente y le dijo a su primo que entrase él mismo en el edificio y preguntase por el director, el señor Mukeerji, la persona que le entregaría el dinero.

—No les des explicaciones —le dijo—. Si te preguntan, di que eres tú, Abu Salem.

Un autobús de dos plantas chirrió, aflojaba la marcha y luego se detuvo.

Unos cuantos pasajeros bajaron y otros subieron. Cuando se hubo marchado, Babli cruzó la concurrida calle llena de vehículos de todo tipo y, después de esquivarlos, finalmente alcanzó la acera y entró en el edificio.

Atravesó el vestíbulo y se dirigió a la primera planta. Él era un simple visitante, como todos los demás. Nadie se había tomado siquiera la molestia de mirarle. Una vez dentro se dirigió a la recepcionista.

—Dígale a su director —dijo con voz autoritaria— que Abu Salem está aquí. Que no se demore, porque tiene mucha prisa.

La joven intentó conectarse por teléfono pero la línea estaba ocupada.

No entendiendo de qué se podría tratar, notando una mirada intimidatoria del extraño visitante, se levantó pausadamente.

—Ahora mismo voy a darle el recado —dijo a la vez que señalaba el sofá—, si hace el favor, puede esperar aquí sentado. El señor Mukeerji no tardará

—Muy bien —dijo Babli.

Dejándose caer en el acolchado y amplio sofá, cogió una revista de moda y, con aire distraído, fue pasando las páginas.

Al poco tiempo vio a un hombre con un maletín. Pensando que era el dinero que le tenían que entregar, de un salto se puso de pie, pero el hombre, sin

prestarle atención alguna, pasó por delante de él y salió de la oficina. Babli se recostó de nuevo en el sofá y cogió otra revista, esta vez de cotilleo sobre actores de Bollywood.

—Disculpe —le interrumpió con cierto tono de nerviosismo la secretaria desde el pasillo—, me dice el señor Mukeerji que puede usted pasar a su despacho.

Al entrar en la habitación un hombre vestido con traje le dio la mano y sin soltarle le llevó hacia dentro.

—Siéntese, señor Salem, por favor —le dijo fríamente señalando el sofá de imitación al cuero.

Babli, al hacer lo que le decía, se percató de la presencia de un maletín

encima del escritorio y sonrió satisfecho, pensando que ya estaba hecho el trabajo. Ahora solo tendría que escuchar los lamentos de aquel director de esa empresa debido a la presión que la mafia ejercía sobre él y que, por tanto, necesitaba la protección de hombres como Abu Salem, etcétera, y acto seguido se marcharía tranquilamente. Pero eso no ocurrió. Súbitamente dos hombres entraron en el despacho. Antes de que se pudiese levantar, uno de ellos le propinó un puñetazo que le hizo caer al suelo enmoquetado. El segundo hombre lo agarró por la camisa, lo levantó y le dio un fuerte bofetón. Aturdido por los golpes, no advirtió cómo un tercer

hombre le ponía las esposas y, cuando eso ocurrió, el corazón se le subió a la garganta.

En la calle, impaciente por el motivo de la tardanza de su primo, Salem esperaba sentado en la moto, dispuesto a arrancar en cuanto lo viese salir del edificio. Vio con sorpresa que un hombre alto y delgado y vestido con una túnica blanca que le llegaba hasta las rodillas bajaba las escaleras sujetando del brazo a Babli. Deslizó la mano por debajo de la camisa para coger el revólver que llevaba embutido en el cinturón, pero conforme se decidía a cruzar la carretera y acercarse, los volvió a mirar con aire distraído y se dio cuenta de que otros dos hombres les

seguían. De pie en la calzada, a escasos metros, Salem vio cómo metían a Babli dentro de un furgón en cuyos lados se podía leer «Jagadish Catering Pvt. Ltd.». Algo había ido mal, le habrían delatado, pensó. Dándose cuenta de que le habían tendido una trampa, dio media vuelta de inmediato y echó a correr hacia la motocicleta. Arrancó y aceleró lo más rápido posible y se colocó detrás del vehículo policial camuflado, persiguiéndolo entre el caótico ajetreo del tráfico.

Casi una hora después, a unos metros de distancia de la furgoneta, Salem paró la motocicleta. Se maldijo a sí mismo. Aquel edificio era una comisaría de policía, conocida por las

torturas que propinaban dentro a los detenidos.

En el interior escoltaron al prisionero por un maloliente pasillo. Entraron en una habitación donde había dos personas esperando. Sobre la mesa había una cartera de piel de color caoba y unos documentos. Iban bien vestidos, con camisa blanca, pantalones caqui excelentemente planchados y zapatos marrones lustrados como el calzado que, a cambio de diez rupias, limpian los niños limpiabotas habituales en el centro comercial Asara.

El policía disfrazado con túnica blanca de repartidor de *catering* empujó a Babli contra una silla; no pudiendo sostenerse, se cayó al suelo produciendo

un sonoro ruido.

—Aquí tiene a Abu Salem —dijo orgullosamente al inspector Ram Sivakumar, un hombre de aspecto delgado como el de un asceta hindú, con un poblado bigote, el pelo lacio y desordenado y el uniforme ajustado, pulcramente limpio.

Babli se levantó de un salto y, antes de que pudiese decir algo, el inspector Sivakumar se le acercó como si quisiese verificar algo en su rostro.

—¡Este no es Abu Salem! —espetó con desagrado el inspector, y abrió un manajo de papeles sujetos en una esquina con un cordón blanco mientras los policías que lo habían detenido no salían de su asombro.

Babli, con los labios temblorosos, consiguió decir con las manos juntas, lleno de respeto:

—Perdónenme, soy inocente. Créanme que ha debido de haber una confusión.

Nadie le prestó atención alguna. El inspector Sivakumar rescató de entre un fajo de papeles una fotografía tamaño carnet.

—¡Mirad! —dijo, de un modo tranquilo y sosegado—. ¿Se parece este que nos habéis traído al criminal que estamos buscando? —Antes de que pudiesen contestar, añadió—: De todos modos, interrogadlo. Cuando haya noticias del hombre que buscamos, nos lo comunicáis.

—Pero... se presentó en el edificio diciendo que era Abu Salem.. —quiso excusarse uno ellos, cuyas aspiraciones de un ascenso y paga extra se habían vaporizado al instante.

—Él debió de estar cerca del lugar —dijo el otro hombre, un asistente del inspector—. Estabais vosotros muy confiados tras tener el chivatazo del confidente. Deberíais haber puesto a alguien en los alrededores del edificio. Estoy seguro de que el verdadero Abu Salem estaría esperándole fuera.

Tan pronto como desaparecieron el inspector Ram Sivakumar y su asistente, uno de los policías le propinó un puñetazo a Babli, que de nuevo se cayó de la silla.

En los años que llevaba viviendo en Bombay, jamás había estado dentro de una comisaría de policía. Había evitado a los policías como a la peste. A través de terceros los había sobornado para la obtención de permisos, de cara a obtener licencias municipales y así poder abrir su pequeña tienda al público en el centro comercial. Además, desde hacía mucho tiempo había estado bajo la protección de la mafia, y nunca había tenido problema alguno con ellos. Ahora se encontraba desnudo, en calzoncillos, inmovilizado dentro del neumático de un coche que rodeaba su cintura. Cada vez que la policía con sus palos de bambú, llamado *lathis*, le golpeaban en la espalda, soltaba gritos ensordecedores.

Aquel palo mezcla de madera y hierro era lo suficientemente fuerte como para romper costillas y desencajar articulaciones. El dolor era insoportable. Caía al suelo y lo hacían rodar dando patadas al neumático, para luego volver a ponerlo de pie.

—¿Dónde está Salem?

—No lo sé, señor.

Durante los primeros minutos de tortura la lealtad a su primo era admirable, a pesar de la brutalidad con la que lo trataban.

Tenía los ojos llorosos, el cuerpo lleno de dolor, sudaba a raudales. Les imploró llorando.

—Déjenme ir. Yo no sé de qué me hablan. Solo he sido un correo. Ni

siquiera sabía el motivo de recoger ese dinero, ni para quién era. Tan solo me contrataron para ir y recoger un paquete...

—¡Maldito mentiroso! ¿Dónde está Salem?

Siguieron zarandeándolo hasta que decidieron ponerlo entre rejas por un tiempo.

—¿Cuánto tiempo van a tenerme aquí? —gritó Babli desde el suelo de la húmeda celda.

—Unos días. Ya lo decidirá nuestro superior —contestó el policía cerrando con pestillo la puerta de hierro—. Pero quizá unos diez.

—¡Diez días! ¡No!

—Sí, incluso más —añadió el otro

—, ya encontraremos alguna manera de tenerte más tiempo.

Babli se adentró en el interior de la penumbra en la celda compartida con ladrones, pedófilos, prostitutas, transexuales, borrachos y hasta vendedores de películas pornográficas.

Al igual que su primo, Babli era muy engreído, se perfumaba, se vestía cuidadosamente con ropa según la moda que implantaban en la sociedad los actores de la gran pantalla, a quienes también idolatraba y, además, se creía extremadamente atractivo. Los policías no tardaron mucho en darse cuenta de la vanidad Babli para darle en un punto flaco: desfigurarle el rostro.

A las pocas horas lo sacaron de la

celda y lo metieron en la habitación de interrogatorios.

Un policía se remangó, cogió una pequeña vara de madera del tamaño de una porra y le golpeó brutalmente en la pierna. Babli profirió un grito ensordecedor. Al inclinarse hacia delante lleno de dolor, el policía aprovechó su nueva postura para asestarle otro golpe con la vara en la espalda, y acto seguido de nuevo sobre las piernas. Babli cayó al suelo estremecido por el dolor y el miedo. No dejaba de gritar pidiendo que parasen mientras rodaba por el suelo, pero el policía una y otra vez le seguía golpeando con la vara.

—¡Basta! —gritó otro policía.

Le hicieron sentarse en la silla.

—¿Dónde está Abu Salem? —Sin darle oportunidad de responder, alzó la muñeca y se la puso en las narices; con el índice de la otra mano le llamó la atención hacia su reloj de pulsera, y dijo —: Te doy un minuto para que empieces a hablar.

—No... no sé quién es... No, no conozco a ningún Abu Salem.

Transcurrido el tiempo, moviendo ligeramente la cabeza, indicó a su compañero que prosiguiese. Con golpes incesantes le dio con la vara en las rodillas, en el trasero, en la espalda y sobre los hombros.

—¡Basta! —gritó de nuevo el oficial, y añadió suavemente—: Ahora

me toca a mí.

El policía sentía un tremendo placer en dar bofetones a los detenidos. Con la palma de la mano abierta, una y otra vez comenzó a descargar en su rostro sonoros golpes. Cuanto más ruido hacían, más placer e incitación encontraba en ello. Había un cierto sadismo en ese disfrute. A cada golpe, la cabeza de Babli se movía como una peonza de un lado a otro.

Le golpearon tanto que la cara acabó extraordinariamente hinchada y tres dientes se desprendieron.

—Hoy quizá no nos digas nada, pero mañana, muy temprano por la mañana, comenzaremos de nuevo.

—Tan pronto como salgas de aquí

no te reconocerá ni el barbero que te suele teñir el pelo.

—Vas a necesitar cirugía plástica para que te arreglen la cara —añadió el otro entre risas.

Tiraron a Babli dentro de una aislada oscura celda, como si fuese un saco de patatas. Era distinta a la anterior; muy pequeña, y en ella apenas había ventilación. Con miedo a poder ser golpeado de nuevo, se arrastró hasta un rincón. Allí el olor a orín era tremendamente fuerte y nauseabundo, pero se sentía incapaz de moverse. Estaba completamente roto. Le dolía hasta tragar saliva y el toser le producía tremendos dolores en las costillas. Ingenuamente creía que se había

comportado como un héroe, que había salvado a su primo de un destino más trágico que el suyo. Supuso que Salem habría huido a un lugar seguro desde el comienzo de la tortura y, por lo tanto, habría tenido suficiente tiempo para esconderse donde no podrían encontrarle.

Salem había aparcado la motocicleta desde un principio en la calle opuesta, y se había quedado allí durante horas a la espera de ver salir a su primo. Al día siguiente regresó y se situó de pie comiendo tranquilamente unos *snacks* en un puesto ambulante de comida típica de Bombay. Mientras masticaba miraba el edificio pensando en cómo poder sacar a Babli de allí. A

lo lejos vio con asombro a un hombre vestido de negro conversando con alguien custodiado por tres policías. Después de un breve intercambio de palabras, al detenido le quitaron las esposas y, en compañía del hombre de negro, bajó las escaleras y ambos se marcharon de la comisaría.

Pidió otro plato al vendedor ambulante, que le sirvió de nuevo una nueva ración. Salem comenzaba a comer cuando vio otra vez a otro hombre vestido de negro, de igual manera que el anterior, con un grueso paquete de papeles entre un archivador debajo del brazo.

—¿Quiénes son los hombres de negro? —inquirió con la boca llena al

vendedor ambulante—. ¿No serán abogados?

—Sí, sí que lo son. Habrán pagado la fianza por el cliente.

Salem, tiró a la papelera el plato lleno de comida, y limpiándose la boca con la manga, se fue del lugar con paso decidido.

Babli ya pensaba en decirles todo cuanto sabía acerca de su primo. Sin embargo, le propinaron más palizas sin preguntarle nada previamente y sin darle tiempo a hablar.

—Dentro de unas horas nos dirás todo cuanto sabes —le espetó uno de los dos policías tras empujarlo de nuevo dentro de la celda.

Tirado de nuevo en la húmeda y

mugrienta celda, se lamentó de haber recomendado a Salem a trabajar en los grandes almacenes. A medida que transcurría el tiempo en aquel segundo día encerrado, se convencía de que toda la responsabilidad de haber sido maltratado se debía tan solo a la actitud tan irresponsable de Salem. No encontró motivo alguno para seguir protegiéndolo.

A la mañana del tercer día, se despertó con los ojos hinchados como pelotas de pimpón, de color violeta oscuro. Los dientes superiores los tenía rotos, El rostro en general estaba irreconocible, y el cuerpo, lleno de moratones. Tenía dos costillas rotas. Le costaba respirar, y si aspiraba

profundamente sentía daño por dentro del cuerpo.

Había decidido decirles absolutamente todo lo que sabía sobre su primo y dónde podría estar escondido con el fin de que lo dejaran en libertad.

Oyó pasos que se aproximaban por el pasillo. Con rapidez lo llevaron a otra habitación distinta, más lúgubre aún.

Hizo acopio de fuerzas, pero todo fue en vano. Antes de que pudiese pronunciar una sola palabra, se atragantó y escupió sangre. Ante su sorpresa, el oficial le ató las muñecas con una cuerda y pasándola por un gancho situado en el techo lo alzó. Babi movía frenéticamente la cabeza de un lado a otro. Quería hablar, pero las

palabras no le salían, lo único que se oía eran sonidos a través de sus labios inflamados.

Lo tenían colgado como si fuese un animal a punto de ser degollado en un matadero, cuando entró el inspector de policía Ram Sivakumar y dijo:

—Sabemos que eres familiar de Abu Salem. Pronto daremos con él. Lo que tú has padecido por su culpa no tendrá comparación alguna con lo que le haremos cuando lo cojamos. Pero si de nuevo te vemos en el lugar y el momento equivocados, no tendremos más paciencia contigo. Límitate a cuidar de tu tienda y no te mezcles con el crimen organizado. —Se dio la vuelta y, alzando el brazo, añadió a un oficial—:

Que le den sus ropas, y que lo echen de aquí junto con su abogado.

Un policía soltó la cuerda de golpe, y Babli cayó al suelo con todo su peso, mientras soltaba un agudo quejido.

Estaba en tan mal estado que se le hizo eterno cruzar el largo pasillo, subir dos escaleras con sus docenas de escalones y llegar hasta la recepción de la comisaría. Allí, un hombre al que Babli nunca había visto, le saludó efusivamente levantando el brazo.

—Me llamo Laeq Ansari —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Soy tu abogado.

Caminando con lentitud se dejó coger del brazo y salió del edificio junto con el desconocido quien le ayudó a

acomodarse en la parte trasera de su coche Ambassador Classic.

—Mi cliente me ha pedido que te lleve directamente a su apartamento —dijo nada más ponerse tras el volante.

Cuando entró en la residencia de Salem, ante la presencia de Sameera, que le ofreció un vaso de agua, intentó maquillar con una sonrisa las huellas que el hambre y la desesperación habían añadido en su rostro. Sosteniendo temblorosamente el vaso, quiso sentarse en el sofá que más cerca tenía.

—No, espera —le espetó Sameera—. No me manches la tapicería.

Babli se quedó de pie, helado, sorprendido.

—Estás hecho un asco —añadió

Salem entrando en el salón al ser advertido de la presencia de su primo, al cual se acercó y miró de arriba abajo —. Coge esta silla, si no puedes sostenerte de pie. —Dirigiéndose a su esposa, añadió—: Gracias, Sameera, déjanos solos.

Babli apretó los dientes y, haciendo acopio de fuerzas para alcanzar la silla y sostenerse, vio una figura de cerámica sobre una estantería contigua, la agarró y la lanzó contra su primo, pero sus movimientos eran tan lentos que a Salem le dio tiempo de apartarse y dejar que el objeto se estrellase contra el suelo.

—Pero ¿qué haces? —dijo Salem sonriendo—. ¿Acaso has perdido el

juicio?

No pudiendo sostenerse por más tiempo de pie, se dejó caer en la silla y comenzó a insultarle.

—¡Eres un desgraciado! Por tu culpa me han destrozado el cuerpo — prorrumpió comenzando a llorar a raudales—. Casi me matan.

—¿Y qué esperabas? —fue su agria respuesta.

—Cómo que *¿qué esperaba?* — preguntó esforzándose por ser paciente. Una amarga bola de hiel se le había instalado en la boca del estómago—. ¡Explícate!

—En el fondo es muy simple — señaló al tiempo que se encendía un cigarrillo.

Salem, acostumbrado a ver tantas películas de Bollywood sobre personajes que nacían en la escala social más humilde, y acababan siendo jefes del crimen organizado o dueños de corporaciones, luchaban contra un sinfín de obstáculos y enemigos y enamoraban a muchas bellas mujeres. Consideraba, como los héroes de la pantalla, que las lágrimas eran el reflejo del débil, y él era ya un hombre frío y calculador a quien nada podría conmoverle.

—¿Simple? —preguntó Babli con tono desquiciado. Con el revés de la sucia manga se secó el sudor que desbordaba sus cejas frágiles—. Ahora debo ir a un hospital porque siento que tengo algo roto por algún lado que me

impide respirar. ¡Desgraciado! Todo por tu culpa.

Salem se aproximó y puso la cabeza de su primo sobre su pecho.

—No te tomes las cosas tan en serio. Esto pasa constantemente.

Impotente ante la insensibilidad de su primo, Babli masculló algo y rompió a llorar con mayor fuerza, como un niño pequeño al que se reprende por haberse portado mal. Lo apartó de sí, se levantó, y se limitó a permanecer apoyado junto al quicio de la puerta observando a su primo, sin mover un solo músculo, durante poco más de un minuto que pareció una eternidad, y tras hacer un significativo gesto llevándose el dedo índice a los labios, cerró la puerta a sus

espaldas muy lentamente. Su estado físico era tan penoso que le impidió bajar los primeros escalones; tras dar los primeros pasos, se desplomó con un horrísono estruendo.

Salem lo envió a un hospital privado. Tardó cinco meses en poder recuperarse. Desde aquel episodio el nombre de su primo le producía pánico, y el ver a un hombre vestido con uniforme de policía le aterrorizaba hasta el punto de comenzar a sudar. El daño psicológico que había padecido era tal que cuando se recuperó vendió su pequeña tienda en el centro comercial, volvió al pueblo, donde compró un terreno, y se dedicó a la agricultura y la ganadería. Más tarde, contrajo

matrimonio, abrió una tienda de electrodomésticos y una farmacia, y jamás volvió a Bombay.

Salem había cambiado, era otra persona distinta. Ya no era el inocente joven inmigrante recién llegado a la ciudad, y ni él se despidió de su primo, ni este se molestó en volverlo a ver jamás. Babli se dio cuenta de que ya era tarde para hacerlo cambiar y así se lo expresó por teléfono a Jannatunissa: para su hijo las personas eran prescindibles. Abu Salem había tomado un camino que ya no tenía vuelta atrás; amaba la impalpable sensación de suponer que estaba haciendo un trabajo perfecto a la hora de conseguir un prosélito al que nunca se le había

pasado anteriormente por la mente la
idea de franquear para siempre la
peligrosa barrera de la ley.

19 REPRESIÓN POLICIAL

Durante la década de los años noventa la policía de Bombay estaba en alerta máxima. En las calles de la ciudad corría la sangre a diario, por las peleas entre bandas criminales rivales, que se debían a las actividades del crimen organizado: extorsión, robo y asesinato. Desde el Punyab, un grupo terrorista mandaba operativos a Bombay; querían un estado independiente de religión *sij*, denominado Khalistan. La Constitución

de la India prohibía el secesionismo y varios grupos rebeldes pro Khalistan pretendieron librar una sublevación contra el Gobierno de India. Este grupo armado comenzó a esconder armas de asalto en los almacenes y en casas privadas de sus militantes, los cuales se escondían en las zonas de Bhandup, Sion y Mulund, áreas donde predominaban los residentes punyabíes.

El inspector Ram Sivakumar acabó siendo promovido, nombrado nuevo jefe de la unidad antiterrorista (ATS) de Bombay. A pesar de su delgadez, con su asombroso bigote mostraba un impresionante parecido con el mundialmente famoso marajá de la aerolínea gubernamental Air India. A

nadie le hubiese sorprendido escuchar que ese hombre había servido de inspiración al artista que había diseñado el logo. Tenía a toda la ciudad bajo su jurisdicción, pero su unidad se componía de un número muy limitado de hombres, tan solo veinte. Con tan escaso personal se había propuesto conseguir, cuanto antes, el éxito en su trabajo, sin importarle las consecuencias.

Tras lograr mantener a raya a los militantes *sij*s que se escondían por la ciudad, su mayor preocupación después fue frenar la expansión de la extorsión y contrabando, que iba en aumento. Además, los *sij*s, no sabiendo qué hacer con tanto armamento acumulado, comenzaron a venderlo en el mercado

negro. El inspector Sivakumar sabía que su objetivo para erradicar el crimen y conseguir una futura promoción era liquidar a Abu Salem, el gánster emergente, al que desde hacía poco, los confidentes de la policía se referían como la mano derecha del jefe de la mafia Babu Mossa. Sin embargo, quería conocerlo personalmente, ver de qué forma podía controlarlo. Quizá recibiendo sobornos del criminal y haciéndose favores mutuos, una práctica muy común entre los funcionarios. Y cuando no fuese más de su provecho, terminaría asesinandolo. Así pues, decidió organizar una reunión entre los tres jóvenes prominentes miembros del crimen organizado. Estos eran Omar

Aziz, Abhisek Chauhan y Abu Salem. Se presentaron los dos primeros y confirmaron su futura colaboración recíproca con la policía. Pero Salem no quiso rendir pleitesía, ya que consideraba que tan solo debía dar explicaciones a Babu Mossa por sus actividades ilegales. Esto enfadó al inspector.

—¿Cómo se atreve este tipejo a no presentarse en mi despacho? —preguntó con un acento anglo-indio a sus subordinados.

El oficial pensó en darle una lección que jamás olvidaría.

Fue un informante quien le dijo el lugar en el que probablemente encontraría a Salem. Allí solía acudir a

echar una cabezada sobre el césped, comer en uno de los muchos puestos callejeros de comida o simplemente tomarse un té y relajarse unos minutos. Por mucho dinero que ganase, a Salem le reconfortaba sentirse un ciudadano más y le gustaba hablar con la gente de la calle, ya que pensaba que así reforzaba información confidencial que luego contrastaba con sus hombres.

Las personas recién llegadas a Bombay que no tienen casa o un refugio donde resguardarse, o ni siquiera saben dónde ir, suelen acabar en uno de los muchos frondosos parques que abundan por la ciudad. Aquellos lugares acogedores, apartados del bullicioso tráfico y la polución, representan sin

duda un oasis de aire fresco. Allí el reloj parece detenerse, no hay prisas ni tampoco ansiedad. Sobre la hierba verde, entre varios vagabundos inmigrantes del interior de la India, Salem dormitaba a la sombra de un árbol. Las ardillas correteaban a escasos metros, y unos cuervos permanecían a cierta distancia. Había gente que caminaba para ejercitar el cuerpo, y un grupo de señoras practicaban *asanas* de yoga. Pero no lejos de allí, apenas visible, también a la sombra de un gran árbol, sentado en su *jeep*, el inspector Sivakumar hojeaba el periódico. Cuando Salem se levantó, se dispuso a cruzar el parque atravesando un pequeño templo hindú.

En aquel momento un oficial sentado en la parte de atrás le llamó la atención señalando hacia la salida del templo, edificio del cual, cubriendo toda la fachada, colgaba un gigantesco póster anunciando la próxima visita de un conocido gurú.

—Ahí está, señor —anunció como en un murmullo—. Ese con aire chulesco es Abu Salem.

Salem bajaba las sucias escaleras de mármol de la entrada del templo como si fuese una estrella caminando por la alfombra roja de un gran festival de cine europeo. Cruzó la calle y se dirigió directamente a un puesto ambulante, donde pidió un té.

El inspector Sivakumar alzó el

brazo hacia otro vehículo camuflado al otro lado de la acera. Los policías de paisano salieron por detrás de los coches aparcados en el caótico aparcamiento portando bastones de hockey. Cada vez que se acercaban iban más deprisa agazapados por entre los vehículos para no ser vistos. Sin preverlo, rodearon a Salem. En cuanto terminó de dar sorbos a su té *masala* y alzó la cabeza, sin poder evitarlo recibió un golpe seco que lo dejó inmobilizado en el suelo. Al caer, derivando tibiamente la inconsciencia se preguntaba de donde habría venido aquel golpe que pareció aplastarle el cráneo. Siguieron golpeándole mientras se intentaba proteger en vano.

El inspector Sivakumar ordenó a sus hombres atarlo en la parte trasera de uno de los *jeeps* con las muñecas y los tobillos atados a los extremos del vehículo, en forma de equis.

—Le vamos a dar de nuestra medicina —espetó.

Después ordenó al conductor que diese vueltas por toda la zona, para que tanto los viandantes, como los que trabajan para el crimen organizado e ilusos jóvenes aspirantes, viesen el estado en el que había quedado el que fuera hasta entonces el joven criminal más notorio de aquella zona de Bombay.

Pasadas dos horas, el *jeep* finalizó su recorrido en la estación de policía. Encerraron a Salem en una celda. Por la

noche se despertó oyendo cantar a un reincidente una canción de una película antigua de Bollywood. Desde el interior de una celda contigua, otro hombre le gritaba que se callara. Tumbado sobre el húmedo suelo, Salem entornó los ojos observando los vivaces fragmentos grises que corrían por su campo de visión. El dolor irrumpió en su cerebro; tenía los pies fríos como el mármol. Lanzó un grito de angustia, pero no obtuvo respuesta. Probó a dominar el dolor, moviéndose hacia un lado, e intentando estirar los pies, comprendió la causa: las manos y los pies los tenía atados a la espalda. Le dolían los riñones y cuando intentaba estirarse la cuerda se tensaba, tirando de sus

hombros y su maltratada cabeza, acababa en el suelo. Debía de llevar tendido de aquella forma horas cuando la puerta se abrió y el inspector Sivakumar hizo acto de presencia. Puso su zapato sobre el rostro de Salem, y apretándole con fuerza pareció aplastarle la cabeza. Salem se limitó a soltar un grito entrecortado. El inspector Sivakumar ordenó que lo desnudaran y lo atasen en distinta postura. Salem sintió cómo se le entumecían los músculos; al tener atados los pies de ese modo, la sangre había dejado de circular y esa era la causa de que sintiera tanto frío. Lo dejaron tumbado, desnudo y con las muñecas atadas a la altura del pecho; le observaron entre risas y con la

indiferencia de unos niños que miran un insecto. Tenía el cuerpo tan dolorido que pensó que debían de haberle golpeado aun cuando se encontraba inconsciente. El inspector Sivakumar pensó que ya tenía ganada la guerra sucia contra el crimen organizado y comenzó a eliminar a esbirros, delincuentes y soplones de la mafia.

Durante el primer día a Salem le resultaba insoportable el hedor de la mugrienta celda; el segundo día ya le molestaba algo menos, el tercero menos aún, y a partir del cuarto día desapareció y supo que ya formaba parte de él. Durante su estancia, la represión severa del inspector Sivakumar cayó por toda la ciudad. Entre los muertos se encontró

Tingu, que fue acorralado por la policía y asesinado a sangre fría por el propio inspector Sivakumar, ya que supo que era la mano derecha de Abu Salem. Su cuerpo fue encontrado flotando a orillas del mar por unos pescadores, al quedar atrapado en las redes. Los periodistas comenzaron a airear los sucesos, y los políticos afines al crimen organizado tuvieron que reprimir al inspector y pedirle que durante un tiempo cesaran las detenciones y los asesinatos.

El abogado de Salem reunió una gran cantidad de dinero, inaudito hasta entonces, para sacarle de la comisaría. A su salida del edificio, Babu Mossa le esperaba fuera para recibirle. Le acompañó en coche a su residencia.

Durante el trayecto le informó de lo sucedido a su amigo Tingu: empezó a ser evidente que un rencor negro, profundo y enfermizo comenzaba a anidar en lo más profundo de su corazón, y lo que en verdad buscaba en aquellos momentos era venganza. Al llegar a las inmediaciones del edificio la calle estaba llena de gente por todas partes. En cuanto bajó del coche, le aclamaron y vitorearon, le tiraron pétalos de flores y le pusieron guirnaldas. Había corrido por el barrio, de boca en boca, la detención de Salem y ahora la gente lo recibía como a un héroe local que había sobrevivido a la brutalidad policial. El inspector de policía Ram Sivakumar consiguió el efecto contrario al que

pretendía, al detener al joven gánster con grandes aspiraciones: había contribuido a catapultar la popularidad de un criminal.

Cuando Salem entró en su apartamento, lo encontró vacío. Una nota de Sameera sobre la mesa del salón le informaba de que se había ido unos días a casa de sus padres y que le llamase por teléfono. Arrugó el papel, lo tiró hacia un rincón de la habitación y se fue a la cocina a servirse un vaso de whisky.

20 EL ASESINATO DEL INSPECTOR RAM SIVAKUMAR

Se celebraba el Ganesh Chaturthi, el festival de Ganesha, cita anual en honor del dios de ese nombre con la cabeza de elefante, el festival religioso más importante de la ciudad de Bombay. Conmemora el momento en el que su padre, Shiva, declaró que debía rezarse a su hijo al principio de cualquier nueva empresa, para que ayudara a que fuera

exitosa. El inspector Ram Sivakumar seguía una colorida procesión de cientos de personas que llevaba a hombros un gigante ídolo del dios elefante hecho en cartón y yeso para sumergirlo, como mandaba la tradición, en las aguas de la playa de Juhu. A su alrededor algunos devotos portaban sus propias estatuillas coloridas de arcilla y barro. Llevaba puesto un típico *kurta* blanco que le llegaba por debajo de las rodillas, y sobre su cabeza, un gorro. Con aquella indumentaria intentaba que nadie pudiera identificarlo como el temible policía que era. Pretendía pasar desapercibido y así rezar sus cánticos mantras al poderoso dios hindú sin ser molestado y, siendo supersticioso, evitar

que los policías a su cargo pusieran sus ojos en él en el momento propicio de sus plegarias a orillas del mar, que era cuando lanzaban a las aguas la enorme figura del dios supremo de la sabiduría, la prosperidad y la buena fortuna. Sin embargo, no se había percatado de que, desde el momento en que había salido de su casa, estaba siendo seguido nada más ni menos que por Abu Salem, con bigote postizo y gafas de sol. A los cientos de personas se añadieron centenares más, y ya sumaban miles de personas en los alrededores de la playa, pegadas unas a otras, llevando cocos, flores, cestas con frutas. Unos gritaban y otros cantaban; unos bailaban y otros musitaban oraciones. Espectadores,

devotos y turistas convertían aquella procesión en una auténtica fanfarria religiosa para despedir al dios elefante en su viaje hacia su morada en Kailash mientras se lleva con él la desgracia y la mala suerte de sus fieles.

No había espacio vacío en la playa, llena de niños, mujeres, hombres y ancianos, artistas, actores y empleados de la industria del cine indio, dueños de empresas importantes, y hombres de negocios. Todos se agolpaban a la espera de la inmersión de la enorme figura en el mar para conseguir reconocimiento, obtener fama y contratos de trabajo; para que la esposa concibiese un varón; para que un familiar sanase de una enfermedad...

Los motivos de la presencia de la gente allí eran variados, pero en todos los casos había un denominador común: la esperanza de que, a partir del día siguiente, la fortuna económica les acompañase.

El inspector Sivakumar caminaba lentamente al lado de un santón hindú con el pecho descubierto y, alrededor de la cintura, vestido con un *dhoti* de seda roja y chal. Le acompañaba en voz alta con un cántico de mantras que no era sino una invocación a la vida. En la procesión comenzaron a gritar: «Ganapathi Bappa Morva, Purchya Varshi Laukar ya». Mientras, a empujones, situaron la figura del dios en las aguas y comenzaron a impulsarla.

Muchos devotos se metieron en la orilla. Salem, que seguía al inspector Sivakumar a escasos metros, se aproximó a este entrando en el agua dando codazos a la gente e ignorando los insultos. Se situó justo detrás del inspector. El agua del mar calmado y sin oleaje llegaba hasta las rodillas.

—Ram Sivakumar —gritó Salem haciéndose oír entre la marabunta y el chapoteo de la gente en el agua. Pero el inspector, obnubilado y concentrado en sí mismo ante la escena de la inmersión del dios Ganesha, no pudo oírle. Salem le tocó en el hombro y volvió a gritar más alto—: Ram Sivakumar.

Se dio la vuelta. Por un momento no supo quién era aquel joven con bigote

y gafas de sol al más puro estilo de un héroe de Bollywood, pero su semblante cambió al reconocer a Abu Salem. Detrás de él tenía a los miles de devotos situados en la orilla lanzando pétalos, flores, cocos partidos y alcanfor.

—Esto es por Tingu —clamó Salem entre dientes, y sacó de entre la manga una navaja, echó la mano hacia atrás, apuntó al corazón del inspector y, con furia, al mismo tiempo que le agarraba del hombro, lo trajo para sí como si fuese a darle un abrazo, y lo apuñaló con saña. El inspector solo tuvo tiempo de soltar un gemido. Presionando el arma más profundamente y hacia arriba, Salem le espetó—: Y esto es por mí. —Ambos quedaron abrazados por

un instante—. Ram. Ram —añadió Salem a modo de despedida invocando al dios Rama con ironía, al tiempo que sacaba la hoja de la navaja del cuerpo de Sivakumar y se apartaba con rapidez para desaparecer entre la multitud, ignorante de aquel suceso.

El inspector Sivakumar, sujetándose con ambas manos el pecho a la altura del corazón, cayó de rodillas en las aguas, mientras veía más allá de la letra de la ley, alcanzando su esencia mística. A su alrededor en el agua crecía la cantidad de devotos hindúes expresando su adoración al dios Ganesh. Cualquiera que lo hubiese visto habría pensado que sería un ferviente devoto en estado de éxtasis religioso.

21 PLAYA DE MAJORDA, GOA

Al día siguiente Salem fue a reunirse con Babu Mossa. Al llegar a la nave industrial le sorprendió no ver a hombres vigilando el exterior como antes. Esto le confirmó lo que desde hacía unas semanas iba siendo un clamor entre sus confidentes: el jefe iba perdiendo poder. Cuando entró vio a Babu Mossa insultando airadamente a uno de los niños que tenía como sirvientes. Le golpeó con la mano

izquierda y luego con la derecha casi simultáneamente, y la derecha parecía un tubo de hierro a causa de los anillos de oro que adornaban sus cinco dedos. El niño cayó al suelo sangrando por la nariz, a duras penas se levantó, se inclinó y, en señal de respeto, clemencia y perdón, le tocó los pies con las palmas de las manos para llevárselas al corazón y a la frente. El veterano gánster, al ver la presencia de Salem, lo despidió con un gesto gutural y el niño, mirando el suelo, salió corriendo.

Babu Mossa consideró que Salem debía pasar un cierto tiempo fuera de Bombay, y no estar expuesto de ese modo, al radar de la policía, que cada vez más intentaba controlar sus

movimientos.

—Te vas a Goa esta misma mañana —le anunció—, porque ser dueño de un arma y en especial saber que eres dueño de la voluntad de utilizarla te vuelve prepotente. Cuando miras a alguien te dices a ti mismo que podrías borrarlo de la faz de la tierra con un simple gesto de la mano, y te endiosas. El hecho de haber matado a seres humanos y continuar impune te lleva a pensar que dicha impunidad te acompañará siempre. Cada vez te vuelves más osado. Actualmente eres mi mejor hombre y no puedo permitir que te detengan. Es preferible que desaparezcas de Bombay una temporada. Te vas a Goa. Quiero que

allí líquides a cierta persona. No hay prisa. Tómate tu tiempo. La víctima no se irá. Un contacto nuestro te dará el arma. Es un policía. Él contactará contigo en tu hotel.

Antes de salir en autobús para Goa, llamó a Sameera por teléfono desde una cabina de la estación. Ella le dijo que estaba dispuesta a regresar al apartamento ese mismo día, pero Salem le dijo que se quedara un tiempo más con sus padres, que él tenía que irse de viaje unos días. Quedó en llamarla de nuevo una vez regresase a Bombay.

Tras recorrer algo más de seiscientos kilómetros, se bajó en la estación de Margao, la segunda ciudad más grande del estado de Goa, conocida

por su arquitectura indo-portuguesa. El clima era mucho más llevadero que el húmedo de Bombay: corría brisa y el calor no era tan insoportable. Alquiló un taxi y, tras indicarle la dirección escrita en un papel, se dirigió hacia la playa de Majorda.

La habitación del barato hostel Casa Palacio olía a recién pintada. El suelo era pegajoso, y el único sonido era el de un pequeño frigorífico en una esquina. Levantó su colchón y vio el revólver que alguien había escondido para él.

Era ya de noche cuando salió fuera del hotel y caminó hacia la playa. La música se oía desde las proximidades.

Durante los años sesenta, Goa se

convirtió en el destino favorito de *hippies*, *freaks* y exploradores de la conciencia psicodélica y religiosa. Eligieron las playas de Goa como destino de peregrinaje debido al clima, los precios baratos y la legalidad de las drogas blandas. Desde los años ochenta aquel pequeño estado en el suroeste de la India se convirtió en destino de fiestas de víspera de Año Nuevo y tuvo fama mundial por sus *full moon parties*, *acid-parties* y *free parties*, donde las drogas como el éxtasis y el hachís iban de la mano. En los noventa se afianzó como referente mundial de la música electrónica, cuyo fin era crear la atmósfera para tener experiencias místicas alimentadas por el consumo de

sustancias psicodélicas.

En un pequeño restaurante en medio de la playa le esperaba un policía de paisano, que al instante reconoció a Salem. Toda la playa estaba llena de gente, sobre todo de extranjeros. La noche estaba preciosa. A lo lejos las aguas del mar brillaban y la zona de la playa estaba bastante iluminada por la luna llena y la multitud de hogueras. Un brillante color amarillento teñía la arena.

El hombre hizo un gesto levantando su botella de cerveza extrafuerte Kingfisher y Salem tomó asiento frente a él. Sonaba música rock proveniente de unos grandes altavoces situados a escasos metros. A Salem los

turistas extranjeros le caían bien. Le gustaba la forma en que se sentaban sobre la arena de la playa como si fuera un verde campo. Para él la disposición de sus cuerpos se asemejaba a la de los corderos y las vacas cuando se agrupan para descansar.

—Aquí tienes la dirección donde te estará esperando la víctima —dijo el policía. Tras guardarse Salem el trozo de papel, el policía sacó de la pechera de su camisa una fotografía que puso discretamente sobre la mesa—. Y aquí puedes ver qué aspecto tiene. Este es el extranjero que tu jefe quiere que liquides. Se llama Eric. Menudo aspecto tiene. Él piensa que tienes un mensaje que darle personalmente de parte de

Babu Mossa. Míralo bien. Me recuerda a Jesucristo.

—No hagas bromas de él —dijo Salem observando a la gente a su alrededor.

—Pero si es la verdad —contestó guardándose la fotografía—. Mira toda esta gente. Ponle una barba a uno de esos extranjeros de piel blanca, quítale toda la fuerza de voluntad y energía, ensúcialo a conciencia y, aunque se dedique a fumar drogas y venderlas, sigue siendo una especie de mesías. Pero son buenos, no hacen nada malo. En cambio nuestros santones, babas y sadhus son una escoria, son malos por naturaleza; todos son una pandilla de criminales que se esconden bajo sus

vestimentas y su aspecto. Sus fervorosos seguidores veneran hasta...

Salem dejó de prestarle atención. Había un olor especial en el aire, había gente haciendo pequeñas hogueras, otros sentados en círculo conversando, riendo, tocando la guitarra, había parejas tumbadas en la arena besándose apasionadamente. Se levantó, se despidió del policía y fue a caminar por la playa. Contemplaba un espectáculo que jamás había visto.

Después de dar vueltas sin rumbo, decidió sentarse. A escasa distancia un rubio extranjero en pantalón vaquero cortado por las rodillas y sin camisa estaba echado de espaldas sobre la arena con los tobillos cruzados. Acercó

el mechero al cilindro de hierba que colgaba de sus labios, inhaló el humo, lo mantuvo en los pulmones, inhaló de nuevo y espiró muy lentamente con delectación. Otro extranjero de unos cincuenta años, fumando un cigarrillo de liar humeante y grueso, se sentó muy cerca de Salem. Sin decir nada le ofreció dar una calada, pero Salem negó con la cabeza. El hombre se quitó la camisa, se volvió a poner el cigarrillo entre los labios, lo chupó, se soltó las sandalias, y efectuó un *asana* apoyándose sobre los hombros. Respiró, llenando y vaciando los pulmones. Finalmente, puso en tensión cada extremidad, y luego se relajó. Salem pensó que todos aquellos extranjeros

estaban locos: venir de tan lejos, desde sus países de origen, donde seguro que vivirían más cómodamente y mejor, para acabar fumando drogas en una playa maloliente en el sur de la India. No lo comprendía.

22 EL ASESINATO DE ERIC, *EL* *EXTRANJERO*

A la mañana siguiente, bajó a la terraza del hotel con vistas a la playa y desayunó un té *masala* y dos tostadas untadas con mucha mantequilla Amul. Después decidió dar un paseo alrededor del hotel. Al salir de la sombra de las palmeras, le golpeó el sol matutino. Una banda de niños con sacos de plástico sucios gritaba entre ellos alrededor de

los contenedores de basura. Rebuscaban algo de valor entre los desperdicios que los empleados del servicio de limpieza del hotel y de las casas de alquiler de turistas de la zona habían arrojado allí. Uno de ellos expresó su alegría al encontrar una bolsa llena de arroz con tortilla; otro tan solo estaba afanado en recoger lo que se pudiese vender y apremiaba al primer chico para que saliese del interior del contenedor.

Salem volvió a su habitación. Llenó de balas el revólver, y se sacó por fuera los faldones de la camisa, dejándolos caer por encima de la empuñadura. Al bajar a recepción alquiló una motocicleta.

Después de preguntar en algún

puesto callejero, llegó a la dirección indicada. Era un bungaló colonial estilo europeo. Las cortinas estaban echadas. La luz del sol resplandecía en su tela hecha a mano de ínfima calidad. No parecía que hubiese luz en el interior. Prosiguiendo con su reconocimiento, dio una vuelta por la calle adyacente. Había varias motos de alquiler para turistas extranjeros, varias bicicletas y un auto rickshaw desvencijado. La casa tenía una gran parte trasera, de donde provenía música a volumen alto y ruido de voces. Al terminar de echar un vistazo, controlando las posibles puertas de escape y ventanas, dedujo que no había sino una sola puerta de salida y entrada, la puerta principal. Aquella

gente no habría previsto ser objetivo de un ataque. «Desde luego, mira que son raros estos extranjeros», pensaba mientras daba la vuelta a la manzana y se situaba frente a la puerta. Desde el exterior se oía la música. Con el corazón golpeándole las costillas como el puño de un niño, entró dispuesto a cualquier cosa.

El interior de la vivienda estaba a oscuras. La única iluminación que había era la de una pantalla de televisión en la esquina de la habitación principal con el canal de MTV y la música ensordecedora de los videoclips. Sintió un frío pegajoso. Exhaló e inhaló despacio. El aire estaba muy cargado. Percibió un olor dulzón, una mezcla de

menta y olor a casa vieja entrando en fase de decrepitud. Miró a su alrededor, intentando atraer más luz a sus ojos. Pudo distinguir a dos personas dentro de una habitación adyacente, ambos jadeaban; un hombre estaba echado en el suelo, y una chica con el torso desnudo estaba cabalgando frenéticamente encima de él. Siguió caminando muy despacio por el pasillo mientras aquel jadeo animal de la pareja se iba diluyendo. Otra persona en calzoncillos salió de una habitación, le dio una suave bienvenida y siguió su camino hacia otra parte de la casa.

—¡Alexander!, ¿es que no hay cerveza? —preguntó alguien con voz curiosamente amanerada y con cierto

tono de queja. Salem no habría sabido decir de dónde había proveniendo aquellas palabras, tal era su confusión.

Aquella casa apeataba a marihuana, tabaco y alcohol. Mientras caminaba muy despacio por el que creía era el pasillo principal, comenzó a sonar en algún lugar «Go West» del grupo Pet Shop Boys. El aire denso, junto con aquella música, le estaba produciendo claustrofobia. Apoyando la espalda en la pared se detuvo por un momento intentando aclarar las ideas. No sabía cómo encontraría a su víctima. Necesitaba salir. Siguió caminando hasta la parte de atrás de la casa. Le daba la sensación de que el volumen de la música iba aumentando conforme

continuaba. Entró en una habitación, creyendo que quizá habría una puerta de salida al jardín. La iluminación era mayor. Había un hombre rubio de unos treinta años, que solo llevaba puestos unos pantalones vaqueros; estaba tan delgado que se le marcaban las costillas. Fumaba un cigarrillo mal hecho. Otro joven desnudo entró por otro lugar; parecía recién levantado; miró a Salem sin prestarle mucha atención y abrió un pequeño frigorífico pegado junto a la pared. Todo el suelo estaba ocupado por colchones y esterillas de fibra sintética que vendían a precio muy económico en la calle los vendedores ambulantes. Los ojos de Salem se acostumbraron a aquella

penumbra. Todo aquel ambiente le recordó a la imagen de un cuadro clásico que había visto en una revista de una aerolínea; en ella había un reportaje sobre Dante Alighieri y su *Divina Comedia* y cómo había inspirado a multitud de artistas, como escultores y pintores. En un colchón una pareja que pretendía pasar desapercibida estaba haciendo el amor; el chico se afanaba por cubrirse con la sábana. En otro rincón otro extranjero sentado en postura de flor de loto tenía un montón de hierba frente a él y se ocupaba en romper con delicadeza y tremenda lentitud las ramitas, mientras murmuraba una y otra vez, repetidamente: «Om Navá Shivaya. Om Navá Shivaya...». Al sentir que se

angustiaba, Salem abandonó la estancia. De vuelta en el pasillo se cruzó con una joven pelirroja en bikini. Aquella joven parecía sacada de una revista de moda; por su caminar decidido le dio la impresión de que iba derecha hacia al jardín trasero de la casa. Decidió seguirla como última esperanza para conseguir salir de allí. Ella empujó una puerta y el sol golpeó con toda su intensidad, cegándole el paso; se cubrió los ojos con la palma de la mano izquierda y a duras penas distinguió cómo desaparecía la figura de la joven como si se derritiera al entrar en un túnel de fuego. Se cerró la puerta y vino la oscuridad. A tientas, Salem continuó hacia delante y al llegar a la puerta la

empujó.

En el exterior vio a un grupo de chicas, también en bikini; dos de ellas no tenían cubierta la parte superior y dejaban a la vista sus blancos pechos. Tenía la cabeza embotada; había inhalado demasiado humo en el interior de la casa. Nunca había visto tantos extranjeros tan raros juntos en un mismo sitio. Todos los presentes estaban riéndose, hablando y algunos de ellos besándose y tocándose el sexo. Había una pareja de hombres besándose: cosa que nunca había visto Salem; quedó impresionado viéndolos teniendo intimidad al aire libre, en público, bailando pegados, frotándose el cuerpo el uno contra el otro. Era una gran

reunión de amigos; incluso aquellos que jamás se habían visto antes consideraban aquella fiesta como un reencuentro. Aquí y allá, algunos tocaban la guitarra y cantaban canciones del grupo de música R.E.M. permitiendo que otros grupos cercanos cantasen otras canciones, como una muy conocida de Nirvana. Otros charlaban, reían, intercambiaban relatos de anécdotas en otros lugares exóticos de la India donde habían viajado y donde decían que habían encontrado gente afable u odiosa.

En el momento en que Salem, ya no sabiendo qué hacer ni dónde ir, cruzaba el jardín, alguien en un grupo se alzó a escasos metros de él, para representar con graciosos gestos algo

que le había sucedido durante su última estancia en la ciudad de Dehradun. Las risas estallaban aquí y allá debido a la comicidad de la interpretación. Una mirada rápida le indicó a Salem que todos estaban colocados, drogados, fuera de sí mismos. «A lo mejor lo estoy yo también», pensó mirando uno a uno a toda aquella gente mientras intentaba identificar a su víctima.

En un rincón del jardín le llamó la atención un hombre delgado con largo cabello cayéndole sobre los hombros en grandes mechones, con un rostro tan delgado que los huesos de las mejillas le brillaban como ámbar a través de la piel. Estaba cocinando algo en una barbacoa casera y llevaba unas gafas de

sol más grandes que su rostro. Salem se acercó. Una joven pelirroja se levantó del suelo y le colocó en los labios de aquel extranjero un cigarrillo y entre risas murmuró algo. Después de darle una calada, ella lo cogió, lo tomó por un extremo y lo chupó a su vez y se fue. Los movimientos eran lentos, sin prisas; el hombre se dio la vuelta, miró a Salem y por su indumentaria y aspecto supo de parte de quién venía.

—Soy Eric, te ha mandado... —no terminó la frase; se quedó observando al visitante.

Salem lo reconoció al instante como el joven de la fotografía que le había enseñado el policía la noche anterior.

—Soy Eric —volvió a decir sonriendo.

Salem se fijó en que sus dientes estaban completamente negros y sus labios de un color violeta, debido a fumar aquellos cigarrillos liados sin filtros.

—Soy Eric —dijo de nuevo alzando los hombros tras dar la vuelta a unos muslos de pollo adobados con especias. El olor a era intenso—. Me llamo Eric. Soy Eric.

Por un momento Salem no supo si era el eco lo que se repetía en el interior de sus oídos o era el extranjero quien se repetía a sí mismo. Se fijó en que llevaba un extraño pendiente muy grande colgando del lóbulo de la oreja

izquierda.

—Tengo un recado de Babu Mossa —dijo al fin Salem, y apartó la cabeza ligeramente para evitar mirarlo.

«Que blanca es la piel de este bastardo, hasta brillaría en la oscuridad de la noche», pensó. Notó que le faltaba algo en la cara, los ojos, cubiertos por las oscuras pantallas verdes de unas gafas de estilo aviador. Aquel extranjero se parecía a una figura salida de la Biblia o de una litografía religiosa. Le recordó lo que le dijo el policía en la playa sobre Jesucristo y le vinieron a la cabeza en aquel momento las figuras de los apóstoles envueltas en túnicas, con sus blancos apergaminados rostros: enjutos vagabundos de Cristo, figuras

purificadas por el hambre sin más posesión que los harapos que llevaban puestos, con sus ojos brillando por la certidumbre de la verdad. Aun sin poder ver con claridad su rostro, vio reflejado en él el envilecimiento en sus facciones. La boca tenía una peculiar forma contraída, el labio inferior sobresalía por delante del tenso labio superior. «Desde luego, este hombre no es ningún santo o si lo era, sería el traidor, ese que vendió a Jesucristo por un puñado de monedas».

—Ah, ya... Mi cliente número uno. El gordo Babu, ¿no? —inquirió colocándose las gafas hacia atrás, sobre el cabello—. Antes de que me des el recado quiero que sepas que pretende

hacerme callar porque él es mi cliente número uno, ¿lo sabías? Mi cliente número uno.

Por un momento, Salem se quedó pensando si todo aquel humo que flotaba en el aire procedente de la droga que fumaban le estaría afectando. «¿De qué demonios me está hablando?», se dijo a sí mismo.

—¿De qué demonios me estás hablando? —volvió a preguntar como si fuera un eco salido de su interior. En el momento en que se rompiese bajo sus pies la fina capa de hielo de su serenidad, estaría perdido.

—Pues que vienes a comunicarme una nueva amenaza más ¿no es así? ¿Tú no lo sabías? El gordo Babu es mi

cliente número uno. Él tiene sexo con niños y niñas que le mando yo cada mes. El muy cretino no me los manda de vuelta. Me los hace desaparecer. Se lo dije anteriormente a otro empleado suyo llamado Tingu. Pero no me hizo ni caso. Pero aunque hayas venido a advertirme de que me calle, me da igual, he acabado harto. Sí, he acabado harto de mi cliente número uno. Me deja sin mi mercancía y así yo no puedo hacer negocios. Se lo dije a mis otros clientes. Sí, les mencioné el nombre de Babu Mossa y alguno de ellos le ha dado a conocer que ando mencionando su nombre. Le dije que me tenía que mandar la mercancía de vuelta por tren o por carretera, me daba igual. Lo que no

es de recibo es que continúe haciéndolos desaparecer. Y yo ya he averiguado por mis fuentes en Bombay qué hace con ellos. Tú lo sabes, ¿verdad? Ahora he abierto una nueva agencia de chicos más mayores. Los envío a fiestas privadas en Bangalore, los mando a Bombay incluso a Dubái. Hoy en día hay mucha demanda de *strippers* masculinos. Incluso mujeres de origen indio pero con nacionalidad extranjera quieren fiestas privadas donde después de desnudar a mis chicos quieren tener sexo con ellos. Pero en los países del Golfo, ¡uf!, la demanda de muchachitos indios allí está creciendo. Este negocio sí que funciona, y lo sabe muy bien Babu Mossa. ¿Qué va a

conseguir la mafia de Bombay poniendo a niños y jóvenes vendiendo revistas, sombrillas, y libros piratas en los semáforos? Unas míseras rupias en comparación con los miles y millones que puede mover la prostitución. Esta es la nueva India, liberal y urbana.

Salem se hallaba en un estado de horror con efectos retardados. El sol le daba en la cara, sintió un pitido en los tímpanos. No sabía qué decir, su garganta estaba seca y sus labios pegados llegaron a moverse ligeramente como si hubiese cruzado un inmenso desierto y agonizase por beber agua. «No», llegó a pronunciar levemente, casi inaudible.

—Pues ya le advertí que hablaría

con mis contactos si no cambiaba su proceder —dijo poniéndose las gafas de nuevo—. No puede dejarme así, sin mercancía. A las niñas las manda a las casas de putas una vez que las desvirga, y a los niños, depende... A algunos de quienes ha abusado repetidamente los tira al mar con cemento en los pies, a otros los deja ciegos para que pidan limosna en la calle, o les amputa el pene y los convierte en transexuales, ya sabes, los eunucos que van en grupo por las calles vestidos de mujeres pidiendo dinero a la gente bajo amenaza de echarles un mal de ojo. Hubo un niño de diez años a quien...

No podía seguir escuchando lo que le estaba diciendo. No pudo evitar un

rostro de desagrado y de asco ante todo aquello. Se alegró de no poder ver los ojos de aquel extranjero. Extrajo con absoluta parsimonia, como si de una acción a cámara lenta se tratara, su revólver para volarle la cabeza de un certero disparo. Al caer el cuerpo, le dio la impresión de que aún se movía. No vio un cuerpo en el suelo sino a una serpiente con la cola cortada y esta agitándose con violencia. Un grito histérico de la chica pelirroja le despertó y su visión recobró la realidad. Alzó la pistola y disparó de nuevo ráfaga tras ráfaga. Aunque el hombre ya estaba muerto el cuerpo se agitó mientras las pesadas balas entraban en los blandos músculos y astillados

huesos.

El patólogo de Goa dijo que la muerte le sobrevino al joven a consecuencia del primer disparo hecho a una distancia de escasos centímetros, unos treinta; las manchas de pólvora así lo indicaban. Aquella primera bala había pasado por la parte superior de la boca y se había alojado en el cerebelo.

Cuando los disparos cesaron la chica dejó de gritar. Salem se dio la vuelta y sintió la mirada estupefacta de todos los extranjeros. Hubo un instante de silencio. Los rostros de aquellas personas parecían ahora desfigurados, como salidos de ultratumba. Salem se estremeció. «¿Dónde diablos estoy? ¿Estaré muerto?». Desde el interior de

la casa comenzó a escucharse a todo volumen el tema musical «The Crying Game» cantado por Boy George. Todo aquello no podía ser real. Los fantasmas alzaron sus brazos y con lentitud amagaron con tocarle. En un acto de desesperación, con rapidez entró a la casa. La música proveniente de algún lugar le retumbaba en sus tímpanos. Estaba mareado. Muy mareado. La cabeza le daba vueltas. Se puso en cuclillas junto a la pared y se tapó los oídos con las palmas de las manos. Se incorporó dándose un impulso hacia delante. Una vez de pie emitió un sonoro grito mientras cruzaba corriendo el pasillo y alcanzaba la puerta delantera.

Una vez en el exterior cruzó la

calle y subió a la moto, pero perdió el equilibrio y se cayó al suelo. Se levantó con ímpetu y arrancó.

Al notar el aire golpeándole en el rostro, se sintió maravillosamente. Pero de inmediato tuvo ganas de vomitar, se arqueó con la boca abierta hacia un lado pero no pudo expulsar nada, aun notando algo amargo en la boca que le apretaba el paladar. Había inhalado una gran cantidad de humo, algo a lo que no estaba acostumbrado, y estaba pálido.

—Qué asco, joder —gritó.

Mientras a duras penas lograba mantenerse firme mientras conducía por la polvorienta carretera sin asfaltar e intentando no llamar la atención, sintió un repentino dolor de cabeza que se

centraba detrás de los ojos; notaba cómo palpitaba con las pulsaciones de su sangre. Durante todos aquellos años se había comportado con ese férreo control que había creído necesario, pero ahora se sentía alegre y salvaje y sin inhibiciones. Sonrió. Le hubiera gustado haberlo hecho con sus propias manos, en lugar de con aquel ridículo revólver, o incluso haber tenido una ametralladora para rociar a toda aquella gente. Salem se encontraba poseído por los efectos de una droga mucho más peligrosa que la que fumaban los extranjeros. Más allá de la carretera vio un desvío que se dirigía hacia la playa y decidió tomarlo. Continuó conduciendo unos metros, hasta que paró la motocicleta. Se bajó

tambaleándose, cayó de rodillas, se levantó y comenzó a correr. Zigzagueando llegó a la orilla de la playa dejándose caer de bruces en el agua, y se quedó respirando pesadamente, mirando pasmado el cabrilleo del océano y la violencia de las olas que reventaban sin concierto.

23 EL ASESINATO DE UN GÁNSTER

Aquel era un barrio insalubre, de miserias y sin alcantarillas, quizá el más humillado, despreciado e ignorado de toda la ciudad de Bombay y cuyo hedor casi hacía vomitar. La basura y los excrementos de los animales abundaban por todos los lados. Unas vacas yacían en grupo en el suelo y unos cerdos sucios, negros y peludos comían algo de entre un puñado de basura.

Había una licorería justamente al

lado, pero desde la calle de enfrente solo se veía el letrero. Salem dedujo que la puerta metálica adyacente a la verja de la licorería era el lugar de una vivienda. Aquel era el lugar del que Tingu le había comentado una vez que era el escondite secreto de Babu Mossa. Una luz tenue brillaba sobre el enorme cartel, intentando estimular cierta curiosidad prohibida a esas horas de la noche entre los inocentes transeúntes. Aun cerrando a la hora que marcaba la ley, siempre abrían una pequeña puerta trasera para los más necesitados y alcohólicos. Varios de ellos estaban tirados en el suelo con el torso desnudo, completamente borrachos. Botellas vacías de agua, de soda y de licor

abundaban por la acera. Un hombre terminaba de orinar junto a la pared del edificio y se marchaba tambaleándose por la calle.

Aquel era sin duda el lugar donde Babu Mossa desaparecía durante semanas y meses a su conveniencia, unas veces aconsejado por policías, políticos y jueces corruptos, a sueldo de él, otras veces para evitar que le matasen bandas de gánsteres rivales o bien tras un crimen que hubiese conmocionado a la ciudad y debía desaparecer por un tiempo. Nadie podía pensar que el temible jefe del crimen organizado pudiera refugiarse en tal pocilga. Había un timbre, pero tras varios intentos sin recibir respuesta, excepto algún gemido

y bufido de algún borracho tumbado en el suelo a escasos metros, se dio cuenta de que aquel aparato electrónico no gozaba de buena salud, así que empezó a llamar a la puerta a la antigua manera india: puño cerrado y patada. Funcionó. Se oyó un ruido en el interior que indicaba que estaban corriendo el pestillo. Un chiquillo de facciones muy atractivas y de unos catorce años abrió, y frotándose los ojos inquirió con rudeza, aunque casi susurrando:

—¿Sí?

—Vengo a ver a Babu Mossa — contestó sin más preludio—. Sé que está aquí. Soy Abu Salem.

El chico le reconoció, abrió del todo y le indicó muy afectuosamente que

pasara. Salem subió unas estrechas escaleras y entró en una habitación, sin esperar a que le diesen permiso.

—¡Pero vaya sorpresa! —exclamó Babu Mossa desde el interior—. Deberías estar en estos momentos en Goa. Aquí en Bombay corres peligro.

Vestido en ropa interior, como un loco, empezó a gritar a su joven criado, que apareció detrás de Salem:

—¡Ven aquí, desgraciado! ¡Tráeme el whisky!

Comenzó a romper vasos, a estrellar botellas contra la pared y, de repente, se puso a bailar grotescamente en medio de la habitación mientras reía a carcajadas y cantaba una canción antigua de una película clásica:

Jala do isey, phoonk dalo yeh duniya.

Jala do, jala do, jala do isey,

Phoonk dalo yeh duniya.

Mere saamne se hata lo yeh duniya,

Tumhari hai tum hi sambhalo yeh duniya,

Yeh duniya agar mil bhi jaye to kya hai.

Yeh duniya agar mil bhi jaye to kya hai.

Cuando llegó el criado con una nueva botella, Babu Mossa le agarró por los hombros y comenzó a besarlo en las mejillas. El chico, de pie, no hacia el menor esfuerzo por evitarlo. Babu Mossa cogió la botella; lo despidió.

—Fuera, déjanos solos. —

Dirigiéndose a Salem e indicando una silla de mimbre bastante desvencijada, le ordenó—: Siéntate.

Salem hizo caso omiso y permaneció de pie.

A continuación, tambaleándose, cogió un vaso que había en el suelo y se desplomó sobre un enorme sillón. Al caer con todo su peso, el vaso se le cayó de la mano y rodó hacia los pies de Salem. Ignorando lo sucedido, dio un trago directamente de la botella, derramando sobre su barriga un chorro.

—¿Qué te pasa? —preguntó levantando la cabeza—. Debes de estar preguntándote por qué estoy bebiendo tanto a estas horas. ¿Te sorprende verme así, verdad?

—No.

—¿Entonces? —le preguntó sonriendo—. ¿Por qué sigues todavía

ahí de pie como un imbécil? ¿Que te has convertido en un *sadhu*?

Aquel hombre tenía una inagotable fuente de energía. Salem sabía que por mucho que hubiese bebido, el alcohol no afectaba enteramente a su cerebro; por lo tanto, si tenía que actuar debía de ser de forma inesperada para evitar una confrontación. El veterano mafioso le miraba con ojos acuosos y Salem intuía que estaba siendo precavido.

—Claro que no.

—Pues entonces ¿por qué sigues ahí mirándome de ese modo? Lárgate de aquí y ya nos veremos mañana por la mañana a primera hora. Ahora hay muchas tentaciones en esta ciudad, flotando por las calles, por el aire...

Vete y echa mano de un par de ellas y diviértete un poco. Pero mañana te marchas de Bombay. Aquí no deberías haber vuelto. Las paredes tienen oídos en cualquier parte, pero sobre todo en Bombay. Dicen que se tarda años en estudiar para ser un abogado, incluso para gerente en un hotel hoy en día se necesita mucha formación. Pero cuando han terminado en sus escuelas, tienen que buscar trabajo y para entonces ya tienen menos años para desentrañar los misterios de la naturaleza humana. En Bombay los que no saben hacer otra cosa se hacen homeópatas, abren un locutorio para hacer llamadas al extranjero o montan un restaurante de carretera. —Después de un prolongado

silencio, continuó—: Abu Salem, eres un joven inteligente. Sé que pretendes parecer ingenuo. —Meneando la cabeza, cerró los ojos para volver a abrirlos y fijar la mirada en él, y añadió—: Pero sabes mucho. Lo sé. Alguien me ha informado por teléfono. La sospecha no solo es la última palabra en el crimen organizado, sino también la primera, ¿no es así? Llevas ya bastante tiempo en este mundo, y sabes que hay muchas cosas en nuestra profesión que no debemos contar ni siquiera a las personas más cercanas. Aunque hayas sabido cosas desagradables y que te han sorprendido, es mejor mantener un secreto bien guardado, como un secreto de Estado, sin hacerlo de dominio público, ¿eh?

Salem asintió con un gesto.

—Bien —dijo Babu Mossa soltando un bufido—. Puedo ver que te sientes incómodo. Lo sé. Sí, lo sé. No hace falta que me lo digas. La cualidad para ser un importante médico es no sentir demasiado por el paciente. Lo mismo ocurre con nosotros los gánsteres. Tú puedes acudir a mí con tus problemas y aflicciones, y yo trato de ayudarte; si lo consigo, bravo, y si no, pues la próxima vez, quizá mañana, ¿vale? —Hizo amago de levantarse, pero su cuerpo volvió a caer en el sofá. Soltó una sonora carcajada. De improviso la sonrisa se le heló en los labios—. Antes, sin dudarlo, habrías venido a cogermé por los brazos para

ayudarme a levantarme. Pero ahora no lo haces, ¿por qué? —De un salto se puso de pie, como pudo—. Yo soy una persona con sentimientos aunque no los muestre, ¿lo sabías?

Salem se plantó ante él para espetarle en un tono de voz autoritario, seco y tajante:

—Diriges una red de tráfico de menores.

—Oh, vamos..., ¿qué demonios pretendes? —inquirió, y su rostro palideció—. Te he dicho que hay cosas que debemos guardarnos, ya está. Si a ti te gustan las casadas, las viudas o las maduras o las gordas, pues... es tu gusto. Lo importante es el negocio. Debes hacer como hacía tu amigo Tingu,

o ¿qué te crees?, ¿qué él no sabía nada? Esto es como la política. Como regir un país. Mira, yo soy presidente y tú primer ministro. ¡A mí qué me importa lo que haces en tu tiempo libre! Es tu vida privada. Ya está. Si el presidente de la India bebe orina de vaca porque es supersticioso y piensa que así sana su cuerpo, pues que la beba. Si el jefe del partido en la oposición es pederasta, pues que lo sea. Si tú miras para un lado, ellos harán lo mismo contigo. Igual que en un negocio no se cuestiona la moralidad, ni si es ético el modo de conseguir dinero. Mira, Salem, la verdad es que estoy cansado y no quiero seguir hablando de esto.

—Me he acostumbrado a tratar

con criminales y asesinos, escoria a la que no me ha importado eliminar, pero en estos momentos tú los superas a todos. Si desaparecieses, harías un favor a la ciudad de Bombay y a todos los niños y niñas de la India. Todos vivirían mucho más tranquilos sin tu presencia.

—¿Otra vez te repites? Comprendo que hables así después de tu trabajo en Goa. Estás cansado. —Babu Mossa transmitía fría cólera, la rabia de un hombre bajo constante y extrema presión—. Leí en algún lugar que, como las bestias, los hombres cuando tienen miedo reaccionan de una forma a menudo... inesperada e incontrolable. —Apretó los puños. Salem lo advirtió—. Tú no puedes entender lo que

personas como yo hemos padecido. Y mucho menos criticarlo. ¿Me oyes? Tú aún eres joven. Mi consejo es que te marches ahora mismo de aquí y mañana, tranquilamente, vuelvas y retomemos el asunto que te ha llevado a venir a estas horas. Te voy a decir una cosa, y no porque tenga que darte explicación alguna, pero te aseguro que me he ganado el derecho a hacer lo que me place con mi vida privada ¿Te enteras? No me lo cuestiones jamás. —Se levantó la camisa y dejó entrever una enorme cicatriz que iba de un costado al otro—. Esto es lo que me hicieron cuando era yo un niño. Me intentaron abrir en canal y sacar mis órganos para venderlos a una empresa extranjera que

abrió sus oficinas no muy lejos de aquí. Los extranjeros compraban a todo intermediario que les ofreciese órganos sin preguntarles la procedencia. Les llevaban ojos, riñones, hasta corazones. A mis hermanos los secuestró la mafia que traficaba con órganos y ya no los volví a ver. —Salem se daba cuenta de que el mafioso comenzaba a perder el control de sus emociones, lo cual significaba que estaba asustado—. A mi mejor amigo le quitaron los ojos y poco tiempo después apareció su cuerpo en las vías de la estación de Kandivali. No podré olvidar nunca su cuerpo mutilado devorado por los perros y las ratas. No te puedes imaginar lo que significa que a un niño le arrebaten todo cuanto tiene

sin motivo, sin derecho a protestar ni reclamar ni gritar. Y yo, a estas alturas, no voy a consentir que todo lo que he luchado, todo lo que he conseguido con mi propio esfuerzo vaya a desaparecer de la noche a la mañana, ¿me entiendes?

—Entenderlo, no. No puedo entender que ahora tú te hayas dedicado durante años a hacer lo que viste hacer con tus hermanos, con tus amigos e incluso intentaron hacer contigo. Sé que los secuestráis, los alquiláis, los mutiláis, y cuando ya no os son útiles, los asesináis. ¿No es verdad?

Al advertir que Salem le observaba fuera de sí, de un modo que nunca había visto antes en él, quiso disuadirle aumentando la severidad de

su tono, y haciendo un gesto de desprecio con la mano, le contestó:

—Maravilloso. Es como si hubieras estado exponiendo una colección de pinturas en el hotel Taj Mahal ante una distinguida audiencia de ciegos —farfulló. Alzó la cabeza y lo miró fijamente, con una expresión de pesadumbre en sus ojos. Rebuscó entre la porquería que había encima de la mesa en busca de algo que beber de las numerosas botellas vacías—: ¿Crees que podrás encontrar a unos oyentes que sepan valorar tu exposición? ¿Quizá la policía? Se te ha pasado esto por la cabeza, ¿verdad? Ah, la violencia endurece la piel, pero no olvides que puede acabar produciendo callosidades.

—Encontró un culo de cerveza en una botella y lo bebió de un trago. Después de un prolongado silencio, durante el cual contempló la mirada pétrea de Salem, imaginó que fuese cual fuese la decisión del joven, existirían pocos hilos sueltos susceptibles de ser manejados. Decidió actuar, poner fin a la reunión que se estaba convirtiendo en algo tan peligroso como pisotear descalzo un nido de serpientes, y Salem estaba resultando ser la más venenosa. Cuando volvió a hablar lo hizo muy despacio—: Hazme un favor. Acércame esa botella de ginebra que está en ese armario.

Salem, sin inmutarse, le observaba con detenimiento. Estaba preparado para

lo que sabía que iba a suceder. Sin embargo, decidió seguirle el juego. Hizo amago de girarse, dándole la espalda. Babu Mossa dio rápidamente unos pasos hacia un mueble situado a su derecha, abrió el cajón, cogió una pistola, se dio la vuelta y, con el brazo en alto, antes de que pudiese disparar, recibió una bala en el estómago que le hizo caer de espaldas contra el mueble y soltar el arma. Quedó sentado como un pelele en el suelo y con una sonrisa macabra. Salem dio unos pasos adelante y, antes de que pudiese disparar de nuevo, el joven criado entró en la estancia, caminó con decisión hacia Babu Mossa, se abalanzó sobre él y, borrando la sonrisa de sus labios, le hundió un

cuchillo de cocina en lo más hondo de su pecho; aturdido por la rapidez de su acción, el chico se levantó y desapareció corriendo.

24 BOLLYWOOD CONNECTION

Sanjay Dutt nació en una familia de superestrellas de Bollywood. Su madre, la actriz Nargis, y su padre, Sunil Dutt, le dieron una educación escolar privilegiada y exclusiva. Desde joven se dio a conocer por ser una persona irresponsable que se metía una y otra vez en problemas. Como alguien que se está ahogando no suele fijarse a qué clase de objeto se aferra, en su desesperación se aferró a las drogas.

Esto poco ayudó durante los inicios a las aspiraciones políticas de su padre que veía su imagen y su candidatura como político regional de Bombay bastante dañada debido a los escarceos y polémicas de su hijo que salían a la palestra en los medios de comunicación. Su madre, Nargis, falleció de cáncer poco después, y esto en manera alguna ayudó a Sanjay con sus problemas con las drogas. Sin embargo, su imagen pública de chico malo le sirvió para darse a conocer y sus películas fueron ganando adeptos, sobre todo entre los jóvenes, y obteniendo grandes retribuciones en taquilla. Su imagen rebelde era motivo de identificación para muchos jóvenes que querían

triunfar en la vida sin importarles el modo y las consecuencias. Cuando se hizo un nombre en la industria del cine indio, estando en su apogeo tuvo que ingresar en una clínica de rehabilitación debido a su adicción. A él le gustaba darse a conocer como prototipo de macho, irreverente y contrario al *establishment*. Tan pronto dejó el mundo de la drogadicción fue el alcohol el que suplantó esa dependencia, además de la adquisición de coches de lujo y motocicletas. Sin embargo, dada su afición a la caza, lo que le hacía sentir más exuberante era adquirir nuevas armas de fuego. Le gustaba sentirse un Al Pacino embutido en su papel de Tony Montana en *Scarface*, pero en versión

india. Se volvió supersticioso y comenzó a creer en la numerología y a ciertos santos hindúes de dudosas intenciones. El número de matrícula de su coche predilecto, según le aconsejaron, fue el 4545 y no compraba caprichos de lujo, inmuebles o vehículos, ni firmaba un contrato alguno de cine, sin el previo consentimiento de sus gurús astrológicos. Viajaba regularmente a Dubái y se reunía con mafiosos perseguidos por la justicia india. Esto era debido a que el crimen organizado, desde el extranjero financiaba con dinero negro procedente de la extorsión las películas de Bollywood. Su poca madurez como persona y su carácter infantil de

pretender conseguir todo lo que se propusiese siendo hijo de veteranos actores y joven prominente estrella de cine indio, le pasó factura al ser arrestado en el aeropuerto de Heathrow, cuando pretendió entrar en suelo británico con un revólver en una bolsa de mano.

Paralelamente, durante la misma época en que se estrenaban sus películas, que lo iban catapultando como el actor más cotizado del momento, se sucedían en las calles de Bombay números asesinatos entre bandas rivales del crimen organizado. El colofón del malestar social fue la rivalidad de musulmanes e hindúes que terminó con la demolición de un templo denominado

Babri Masjid, en la entonces tranquila y antigua ciudad de Ayodhya. La minoritaria comunidad musulmana fue testigo impotente de la demolición del templo, que hasta entonces era considerado por ellos como una mezquita, por hindúes que alegaban que en aquel lugar había nacido el dios Rama. Esto desencadenó una ola de violencia en el resto del país. En Bombay se sucedieron las confrontaciones y ataques de hindúes a musulmanes. El veterano actor y entonces político Sunil Dutt, sintió la necesidad de ayudar a la minoría musulmana de Bombay, que estaba siendo víctima inocente de los radicales hindúes, espoleados e instigados por

partidos políticos afines. En un acto público de ayuda a los musulmanes, no escatimó en lanzar soflamas sobre la igualdad y la solidaridad. Como anteriormente le sucedía al ya retirado actor, su corazón se encendía y clamaba contra los nacionalismos, los totalitarismos, y los extremistas religiosos y políticos de todos los colores. Tras aquel improvisado multitudinario mitin, el coche de Sunil Dutt fue rodeado por un grupo de extremistas hindúes y, ante el pánico del antiguo actor, el vehículo, antes de conseguir salir de la zona, recibió numerosos golpes que ocasionaron graves daños en la carrocería. Posteriormente Sunil Dutt fue víctima de

insultos y amenazas por teléfono y correo.

Dándose cuenta de que la policía no tomaba sus medidas por miedo a enemistarse con los grupos radicales hinduistas, el prepotente e impetuoso joven Sanjay vio la necesidad de conseguir nuevas y sofisticadas armas de fuego para su propia protección y la de su familia. El colmo llegó cuando amenazaron con violar a sus hermanas, matar a su padre y quemar el bungalow familiar. Dado que las recaudaciones en taquilla eran muy elevadas, Sanjay decidió comentar sus preocupaciones con ciertos productores de Bollywood. Estos, financiados con dinero negro proveniente del crimen organizado, le

prometieron que hablarían con sus contactos para ofrecerle un cargamento de armas y municiones.

Tras la detención y tortura de Abu Salem por la policía, el asesinato del inspector Ram Sivakumar y el de Babu Mossa, el nombre de Salem solía circular entre los jefes del crimen organizado. Se había ganado reputación de hombre de confianza entre aquel clandestino círculo. Así pues, le llegó la orden de reunirse con un prominente veterano mafioso, llamado Baba Chihon, que le encomendó una entrega de un cargamento en Pali Hill, la residencia del actor Sanjay Dutt.

Frente a la estación de ferrocarril Victoria, Salem estaba de pie

observando el tráfico de gente y de vehículos. Recordaba las palabras de Baba Chihon el día anterior: «Debes quedarte de pie junto al puesto de té llamado Ranjoli. Allí, un hombre con acento bengalí aparcará una furgoneta Maruti Omni color negro. Te dará las llaves del vehículo y te confirmará la dirección de destino. Seguramente sea la dirección de la residencia de Sanjay Dutt o quizá a última hora se acuerde otro lugar. No pierdas de vista que eres tú el elegido para acercarte al actor, ya que eres el único de confianza. Date cuenta de la importancia de esta misión. Límitate a enseñarle las armas escondidas en la parte trasera cubiertas por la tapicería. Que elija y se lleve

consigo lo que él quiera. Tan pronto como termines, conduce de vuelta al mismo sitio la furgoneta, y allí ya se encargará el conductor bengalí. Bajo ningún concepto abras antes la moqueta ni la tapicería de los sillones de atrás: solo en presencia de Sanjay Dutt».

Salem quiso compartir con su mujer Sameera la noticia de que iba a reunirse con el famoso actor, pero tras números intentos no consiguió hablar con ella por teléfono. Mandó a uno de sus hombres a la residencia de los padres de su esposa. Según le informó el guarda de seguridad de la casa, se habían marchado al hospital porque Sameera padecía gastroenteritis. Tras su vuelta de Goa y el asesinato de Babu

Mossa quiso que ella volviese a vivir con él, pero al no recibir noticias suyas y presentarse en casa de sus padres le dijeron que la familia se había ido de peregrinaje al extranjero. Quiso pensar que Sameera tal vez estaba preocupada por sus actividades con la mafia y necesitaba unos días de descanso, pero ya eran muchos los meses que llevaban viviendo separados y ahora pensaba que la excusa de la gastroenteritis era un intento más de su inflexible padre de querer mantenerla alejada de él.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando le llamó la atención de entre el caótico tráfico una furgoneta Onmi color negro desviándose de la circulación. Con destreza, el

conductor aparcó justo frente al puesto de té. Inmediatamente el desconocido conductor salió del vehículo y, acercándose a Salem, le entregó las llaves.

—A Palli Hill —dijo como en un murmullo—. En cuarenta y cinco minutos exactos te espera Sanjay Dutt en la entrada de su casa.

En cuanto se aproximó a la residencia vio en la entrada al actor rodeado de guardas de seguridad. Sanjay, al reconocer la furgoneta descrita por sus contactos, ordenó abrir la enorme y protectora puerta metálica. El actor se acercó a la ventanilla del vehículo y señaló a Salem dónde aparcar. Era un rincón apartado. Sanjay

iba vestido con pantalón vaquero ajustado y camisa desabrochada hasta mitad del pecho dejando a la vista sus valiosos collares. Tenía el pelo teñido de castaño, largo hasta los hombros, y su fuerte aliento olía a tabaco.

—Por favor, id todos dentro a tomar té y volved dentro de quince minutos —dijo a los guardas de seguridad.

Salem se quedó boquiabierto viendo la simpatía que desprendía el actor con todos, y la forma tan cordial con la que trataba a sus empleados.

—Vamos a ver lo que tienes dentro —murmuró sonriendo y frotándose las manos cuando ya no hubo nadie vigilándolos.

Salem dio la vuelta al vehículo, abrió con llave la puerta corrediza lateral, se inclinó, levantó la moqueta, quitó unas sábanas y dejó a la vista todo un arsenal de armamento que consistía en diez rifles de asalto, incluyendo varios AK-56. Conforme desplegaba la moqueta, veía con total asombro todo aquel material perfectamente guardado.

—¿Y en esa caja qué hay? — preguntó Sanjay señalando a un lado.

Sin contestarle, Salem levantó la tapa metálica y numerosas granadas de mano quedaron a la vista.

El actor cogió una por una las armas; conocía perfectamente el funcionamiento de cada una.

—Bueno, amigo —dijo

sosteniendo un rifle—. Mira, me quedo con tres AK-56 y unas doce granadas.

Con un silbido llamó a un delgado empleado con aspecto de jardinero y este, como si ya estuviera preparado, trajo un enorme baúl metálico. Metieron todo en su interior y entre Sanjay y él lo guardaron en un cobertizo detrás del aparcamiento.

Cuando se disponía a sentarse en la furgoneta, Sanjay llamó a Salem:

—¡Eh, tú! —gritó—. Dame un abrazo.

El actor le abrazó efusivamente.

—Te agradezco mucho que hayas venido —le dijo Sanjay poniendo los dos brazos sobre los hombros de Salem—. ¿Cómo te llamas?

—Abu Salem.

De vuelta, la excelsa sensación de haber conocido personalmente a una estrella de Bollywood tan famosa le hizo olvidarse de la preocupación de qué pasaría si tuviese un grave accidente de circulación, causara una gran explosión debido a las granadas y él quedase calcinado, o si la policía, por un motivo u otro, le hiciese detener el vehículo por simple rutina preguntándole por los papeles y registrase el interior de la furgoneta.

25 LA HUÍDA

Era un 12 de marzo de 1993 cuando la noticia de las explosiones corrió entre los turistas extranjeros que se encontraban ese día en la ciudad. Entre los hombres de negocios, los ejecutivos, los pequeños comerciantes, los estudiantes, las amas de casa, los niños de los colegios, los profesores, los trabajadores de las estaciones de tren de cercanías, los borrachos, los inmigrantes pobres acampados bajo los puentes, los sin techo, los sin raíces, los nómadas indios que comenzaban a llegar ese día a

Bombay en tren, por carretera o andando en busca de mejor vida, y entre los conductores de taxis, autobuses y rickshaws que tenían que circular por aquellas calles de la ciudad en busca de pasajeros, la noticia del brutal atentado corrió por todos los rincones.

Aquel día Salem tenía pensado ir a casa de los padres de Sameera, enfrentarse a su padre, amedrentarlo con represalias, y llevársela consigo a la fuerza. Pero cuando salió de su edificio, durante el trayecto oyó numerosos sonidos dispares, estruendos de sirenas, de alarmas, gritos de la gente. Dos sacerdotes hindúes de un vecino templo contemplaban aquel jaleo sin sentir perturbación alguna, charlaban el uno

junto al otro como dos viejos langures de Januman. Corrió un par de calles donde la gente gritaba entre sí comentando que en ciertos lugares había habido explosiones. Se había producido un atentado terrorista. Salem se apresuró en volver a su apartamento. Encendió el televisor y la radio. En todos los canales y ondas mencionaban que las explosiones habían sido obra de un grupo terrorista islamista. En total fueron quince explosiones, que se constituyeron como las más destructivas y mejor coordinadas de toda la historia de la India. Nada igual se había visto anteriormente. Pronto le vino a la cabeza el cargamento de armas ilegales que había transportado a casa del actor

Sanjay Dutt. No tardó en atar cabos: «Esas armas debieron de provenir de Pakistán, lugar de origen de los explosivos que han hecho arder Bombay. Sin duda alguna parte del crimen organizado está implicado y podrán utilizarme para exculparse».

Con premura, la policía de Bombay comenzó a realizar detenciones sin parar. Tras un exhaustivo interrogatorio a los cabecillas del crimen organizado, Baba Chihon habló de la entrega de armamento proveniente de Pakistán a Sanjay Dutt. De la noche a la mañana el actor pasó de ser estrella admirada a cómplice terrorista, y se le encarceló, acusado de posesión ilegal de armamento. Su padre, el veterano

actor que había estado ayudando a los necesitados de Bombay, quedó destruido por tal decisión.

Todos los jefes del crimen organizado fueron detenidos e interrogados, hasta a los gánsteres que operaban en barrios marginales los interrogó la policía para buscar pruebas, atar hilos y encontrar culpables, con el fin de satisfacer a los políticos y, al mismo tiempo, a la opinión pública e internacional.

Salem, encerrado en su apartamento durante horas, observaba los acontecimientos en silencio, como un espectador frente a la pantalla de cine. Sin embargo, solo un día después recibió el chivatazo de que él sería el

próximo en ser detenido, ya que su nombre había aparecido en numerosas ocasiones durante los interrogatorios relacionados con el atentado. Según le dijo un informante, el actor Sanjay Dutt había sido arrestado y en su declaración había descrito a Salem.

«¿Quién te entregó las armas?», le preguntaron muy amablemente al actor. «Un gánster llamado Abu Salem», respondió sin paliativos.

Salem pensó que se había asentado profesional y personalmente en Bombay. Habían transcurrido siete años aproximadamente desde que entrara en contacto con el crimen organizado y se había labrado una reputación. Tenía un negocio de contrabando, tenía un coche,

un grupo de ayudantes, se había ganado el respeto en su pueblo natal. Desde entonces había conseguido reunir mucho dinero. Habían transcurrido dos años desde su matrimonio con Sameera. En ese tiempo y antes de que llegara el conflicto conyugal, ella le había enseñado inglés. Ambos eran aficionados a ver los estrenos de las películas de Hollywood. Ella le había enseñado buenos modales y cómo comportarse en público. Pero el atentado terrorista de Bombay y el sucesivo arresto de sus amigos y conocidos, así como de gente del círculo criminal de la mafia, cambió por completo la vida de Salem. Debía huir de la India.

Consultó a sus contactos, y le aconsejaron marcharse sin su mujer. Si él fuera arrestado, a ella la considerarían cómplice, y eso le arruinaría la vida. Una vez a salvo en el extranjero la llevaría junto a él. El primer lugar que le vino a la cabeza fue Dubái. Viajó solo a Delhi y de ahí a Lucknow, donde obtuvo un pasaporte falso y nombre ficticio.

Sameera se encontró de pronto con un hijo recién nacido y con un marido en busca y captura. El padre de ella más que nunca la retuvo.

26 DUBÁI

En cuanto pisó el aeropuerto de Dubái supo que no volvería a Bombay en mucho tiempo. Antes había viajado fugazmente fuera de la India —Bangkok, Singapur y Malasia—, y había disfrutado de aquellas escapadas al extranjero, pero aquella primera impresión de los Emiratos Árabes fue chocante, no se imaginó que se encontraría con tantos indios, bangladesíes y pakistaníes juntos en un mismo lugar. Como la mayoría de los indios, tenía la imagen de una ciudad

donde los suelos estaban pavimentados en oro, pero él nunca encontró tal cosa, sino sol y polvo, arena, viento y piedras. Una ciudad rodeada de una naturaleza hostil y descarnada llena de alacranes, serpientes y mosquitos, aparte de muchos nómadas autóctonos con chilaba y turbante fumando cachimbas en sus tiendas de campaña tejidas con pelo de camello. Se preguntaba qué era lo que veían tantos jefes del crimen organizado de la India en querer buscar allí asilo cuando él lo que veía era suciedad, desierto y avenidas impresionantemente largas pero sin asfaltar. Pudo observar a gente salir de Dubái con los bolsillos llenos, pero aun así pensaba que no era mucho más limpio que los alrededores

del centro comercial donde había trabajado por primera vez al llegar a Bombay.

Por recomendación de sus contactos en la India, para pasar desapercibido por las autoridades en caso de que lo buscasen allí, lo primero que hizo fue alquilar una habitación en una casa independiente situada en una zona remota llamada Oont Bazaar, nombre que recibía el mercado del camello. Desde la década de los años setenta se formó en aquella zona un mercado para la compraventa del camello. Era un lugar de calles estrechas y sucias a más no poder, y un olor nauseabundo inundaba el ambiente. Salem se preguntaba cómo los habitantes

autóctonos podrían soportarlo. Él sabía que si el desencanto tuviera rostro, se parecería bastante al suyo. Pero no tenía ninguna otra elección. La Interpol había comenzado a buscarlo, al igual que la agencia de inteligencia india.

Pasada su primera etapa de desconcierto en aquel país tan diferente, y a pesar de despreciar ese lugar insalubre, prácticamente confinado entre las cuatro paredes de aquel viejo edificio, se concentró en la tarea de conocer a la colonia india, explorar para establecer nuevas relaciones y tener una clara idea de cómo funcionaba el complejo entramado del lavado de dinero. Se pasó días vagando de aquí para allá. Contrató a un guía local pero

al segundo día lo despidió ya que no le dio muestra alguna de ser especialmente hábil guiando a nadie. Hubo una cosa que aprendió enseguida: todos los indios expatriados querían mandar, ya que en el mundo del crimen organizado más sórdido solía haber mucho jefe. De entre aquel conglomerado étnico, de religiones y sistemas de castas, en el círculo de inmigrantes indios los gánsteres continuamente luchaban por sentirse diferentes entre sí, de los «diferentes» como los llamaban a quien no fueran como ellos, y Salem no fue excepción y recibió ese despectivo trato por sus compatriotas.

Cuanto más se convencía que podía conseguir un futuro en Dubái,

mayor era su anhelo de querer regresar a la India. Cuando en las noches gélidas, con el aire acondicionado a tope, recordaba la vida en Bombay, le invadía un calor vivificante. Añoraba su país y no solo el calor del cuerpo de Sameera, sino las pequeñas cosas, como pasear por Colaba, asistir al último estreno de una superproducción de Bollywood y, especialmente, la comida típica de los puestos callejeros.

El Gobierno indio inició las pesquisas para presionar a los Emiratos Árabes para la extradición del gánster en busca y captura, Abu Salem. Sin embargo las autoridades lo desmintieron. El Gobierno de los Emiratos Árabes una y otra vez

respondió a los indios que ninguna persona con ese nombre había entrado en el país. Y es que Abu Salem, se había cambiado el nombre en el pasaporte. Se llamaba Akil Ahmed Azmi.

Fue invitado a numerosas y excéntricas fiestas en residencias privadas, donde abundaba la música de películas de Bollywood, comida de todo tipo, bebidas y mujeres. Comenzó a beber ingentes cantidades de alcohol, más del que solía tomar estando en la India, ya que al menos encontraba sosiego. Además, las mujeres que frecuentaban las fiestas de conocidos indios expatriados le resultaban pesadas, pedantes y de mal gusto. Había intentado congeniar con alguna de ellas,

mantener una agradable conversación, pero era como si se tratara de piezas de un complejo mecanismo que, por mucho que se esforzase por desarmar y engranar, nunca conseguiría hacer funcionar. Solo había un interés común en todas ellas: querían un papel en una producción cinematográfica de Bollywood.

Quiso creer que Sameera seguiría albergando hacia él los mismos sentimientos que él aún conservaba. Todavía se sentía atraído por ella, y conservaba la esperanza de poder volver a vivir juntos algún día. Ella era una mujer distinta a todas con las que anteriormente había mantenido relaciones. Quería disfrutar de sus besos

y caricias, quería que estuviese junto a él.

Por el contrario, ella recibía todos los días el mismo consejo de su familia: que aprovecharse que Abu Salem era un proscrito de la justicia para marcharse a los Estados Unidos, un país donde a él no le dejarían entrar. Sameera ya no disfrutaba del lujo en Bombay, ni con su sueño de pertenecer a una clase social privilegiada. Sintió que era el momento y, tan pronto como obtuvo el visado, se marchó a América, donde, con ayuda de contactos de su padre, pidió asilo. Antes se aseguró de desviar varias cuentas bancarias a paraísos fiscales.

Decidido a ganarse el respeto y obtener dinero, Salem no tardó en

desviar su atención en las mujeres y se concentró en conseguir dinero de la forma más rápida posible. Debía obtenerlo como fuera. Tenía una red suficiente de hombres en Bombay para extorsionar a la gente. Decidió empezar por el sector de la construcción, en alza en aquel momento según pudo aprender de las conversaciones con empresarios, en aquellas fiestas que no parecían tener fin. Así lo estuvo haciendo durante un tiempo. Sus víctimas le pagaban una mensualidad a cambio de su protección. El procedimiento cambió cuando su hombre fuerte en la India, llamado Riyaz Khan, le dijo que un constructor muy conocido, Pradeep Jain, que llevaba la empresa junto con su hermano, se había

negado a pagar hasta en tres ocasiones, y que la última vez que había contactado con él para recordarle el retraso del pago, no había dejado de insultarle y amenazarle.

27 EL ASESINATO DE PRADEEP JAIN

Riyaz era una persona con temperamento irascible y violento injustificado. Tenía un rostro feo y unas facciones desproporcionadas, con orejas grandes y nariz ancha y pequeña, razón por la cual se mantenía alejado de la mirada de sus semejantes. A Salem se lo habían recomendado en la India, y mientras siguiese cobrando su excesiva retribución mensual como mano derecha, le sería totalmente leal, aunque si fallase

en el pago entonces lo perdería. La ventaja era que se desenvolvía con muchísima facilidad en las calles de Bombay. «No excuses la falta de respeto ni en palabra ni en acción. Por tanto, siempre hay que intentar dar los pasos necesarios para resolver un problema sin necesidad de derramar sangre», le dijo Salem el día que le contrató. Pero aquello era demasiado para Rayiz. En absoluto comprendía a Salem. El único lenguaje que conocía era el de la violencia. Le dio la impresión de que Abu Salem era un jefe rarísimo.

En Bombay, el 17 de febrero de 1995, el constructor Pradeep Jain se encontraba cenando con su mujer cuando el teléfono sonó al otro lado de la

estancia de aquel lujoso apartamento en la exquisita zona de Andheri. A pocos metros de allí la desigualdad social era gigantesca. Ella se levantó para contestar.

—Es un señor de Dubái —dijo la mujer desde el fondo del salón—, habla muy cortésmente. No había oído emplear tales palabras tan bien pronunciadas en hindi desde las películas en blanco y negro de los años cuarenta y cincuenta.

Pradeep se levantó lentamente de la silla e hizo una mueca de agrado pensando que se trataría de negocios, quizá algún millonario estaba interesado en realizar un proyecto. Ingenuamente su mujer le acarició la espalda, para darle suerte.

—¿Sí? —preguntó Pradeep mirando por la ventana, desde donde se podían divisar las chabolas de los más pobres; allí el agua era un bienpreciado, no como en aquel edificio exclusivo donde sin medida derrochaban miles de litros.

—Dinero.

—¿Cómo? —preguntó reaccionando como si acabara de recibir una bofetada.

—Mi empleado el señor Riyaz se dirigió a usted ofreciéndole una proposición que rechazó hasta tres veces.

Pradeep rio con su voz sonora y comenzó a insultar por el teléfono. Salem mantuvo la compostura. Su mujer

se asustó viendo a su marido pronunciar semejantes palabras malsonantes. Nunca lo había visto hablar de ese modo tan inapropiado. Cuando le preguntó qué es lo que había pasado. Pradeep le dijo que era un gánster llamado Abu Salem que quería extorsionarles. Debían entregarle mucho dinero o, de lo contrario, sus vidas correrían peligro. Ella le pidió que fuese a la policía. Él dijo que no.

Salem consiguió el número de su hermano, Ashok Jain, y le llamó por teléfono. De temperamento calmado, Ashok entendió que no solo era cuestión de pagar una extorsión, sino que era algo conveniente para recibir protección de otros criminales locales. Si le pagaban una mensualidad a Abu Salem, este se

aseguraba de que a ningún otro gánster se le ocurriese hacerles ningún daño o causar el mínimo problema. Pero cuando llegó a sus oficinas, Kamla Constructions, y discutió el tema con su hermano Pradeep, este se negó rotundamente a que pagasen una sola rupia.

—Está mintiendo. Además habla muy educadamente. No es un gánster, y aunque lo sea no nos amedrentaremos — argumentó—. Ningún gánster habla de ese modo tan refinado. Todos han recibido una mala educación, son escoria, ni siquiera saben hablar inglés. Todo lo que sale de sus bocas son palabras zafias, malsonantes, que utiliza la clase baja. Su manera de expresarse

es la de un profesor con arrebatos de literaria belleza.

—Pradeep, si es cuestión de la cantidad de dinero que nos pide, no me parece mucho, la verdad —masculló secándose instintivamente el sudor de la frente y del cuello con un arrugado pañuelo—. Yo creo que sí debemos pagarle. Además, me ha prometido que nos protegerá.

—Que no. Es solo un rufián —señaló en tono desabrido a su atribulado hermano—. Tal vez ni siquiera esté llamando desde Dubái, y esté en un rincón de Bombay. A lo mejor es un inmigrante del interior que viene aquí alardeando de machismo. No hay que pagarles nada.

—Quedé con él en que su empleado vendría hoy para recoger el dinero en metálico. Al menos podríamos hablar con él.

—¿Hablar? —dijo riéndose con desprecio—. Cantar, hermano. Vamos a cantar. ¿No te parece? Tú no te enteras. Esta gente solo entiende de una cosa: violencia.

—Pero... ¿y si...? —intentó replicar con manifiesto pesimismo.

—Nada. No hay pero que valga, hermano —fue la agria respuesta haciendo un deje de reproche con la mano alzada de izquierda a derecha. Encendió un cigarrillo y dio una calada.

Se hizo un silencio. Solo se oía el ruido de Pradeep al sorber té, reclinarse

en su asiento para continuar fumando y, a lo lejos el del tráfico. Un autobús público tocaba el claxon de manera estridente, para acto seguido volver a arrancar los motores, coger velocidad y cambiar de marcha.

—Pradeep —dijo su hermano Ashok secándose el sudor de la cara con un pañuelo—, no podemos actuar como ellos. Por esa actitud beligerante que tienes con todo el mundo tenemos tantos enemigos que no los podemos ni contar.

—¿Y quién te ha dicho a ti que los cuentas?

—¡Pero si todo el mundo paga! —exclamó como si no comprendiera nada sobre el proceder de su hermano—. ¿Por qué vamos a ser nosotros

diferentes? ¿No pagamos nosotros sobornos a políticos para que nos den licencias y permisos? Nuestra competencia paga a la mafia también y recibe protección. Hemos trabajado como perros, renunciando a horas de sueño y tiempo que podríamos haber pasado con nuestras familias, que se han sacrificado y sufrido por nosotros. Nuestros padres y los padres de nuestros padres trabajaron duro por labrarse un porvenir. Aquella generación de nuestros abuelos fundó esta empresa en la India británica. ¿Y de la noche a la mañana vamos a dejar perder nuestro negocio por no pagar una mensualidad a un gánster que nos es útil para estar protegidos? Eso sería muy injusto,

pudiéndonoslo permitir. No seas loco. Paguémosle hoy.

—No adelantemos acontecimientos —dijo esbozando una sonrisa al mismo tiempo que apagaba el cigarrillo y comenzaba a pelar un plátano—. Tú hazme caso, que para eso soy el mayor.

Ashok miró a su hermano con el rostro compungido. El sudor perlaba su frente.

—De acuerdo, entonces —aceptó sin el más mínimo entusiasmo.

Cuando a la hora acordada Riyaz entró en la oficina de los hermanos Jain, Pradeep lo esperaba con ocho amigos del gimnasio al que acudía todos los días. Entre ellos había dos monitores de

culturismo que habían sido entrenadores personales de estrellas de Bollywood.

Hicieron sentar a Riyaz en un sofá, rodeado de los musculosos hombres, Pradeep le dijo que jamás pagarían dinero como extorsión.

Riyaz, manteniendo la calma, le dijo que, por favor, pagasen, que su jefe era una persona que no se amedrentaba por nadie y por nada, y que, por su bien y el de toda su familia, hiciesen lo que habían acordado con él por teléfono. La risa de Pradeep se volvió más grotesca. Le dieron una paliza y después lo tiraron en un lugar apartado del suburbio de chabolas de Dharavi, situado al norte de la zona centro de Bombay.

—Hermano

—dijo

Ashok

apesadumbrado—, debo de haberme fumado hoy por lo menos veinte cigarrillos. Y con cada calada no podía dejar de pensar si nuestro plan ha sido lo mejor para nuestro bien.

En Dubái la noticia fue recibida por Salem con desagrado. Riyaz intentó convencerle por teléfono de que tendría que haber sangre o de lo contrario jamás podría sacar dinero a los empresarios.

—Si un constructor trata así a tus hombres de la calle en Bombay y encima no te paga, los demás dejarán de pagarte la mensualidad. Además, estando prófugo en el extranjero, pronto no habrá nadie en toda la India que te pague una sola rupia —dijo soltando un quejido el magullado Riyaz.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Joder! Casi no puedo respirar.

Creo que han debido de romperme algo. Quizá una costilla.

Salem le dijo que, aunque estaba de acuerdo, él lo intentaría una vez más, una última vez, por las buenas, y que después de ese intento le llamaría para comunicarle su decisión definitiva.

Ashok se encontraba sentado frente a la mesa de su despacho estudiando unos planos de una nueva zona residencial que iban a comenzar a construir muy pronto cuando el teléfono sonó. Al descolgar y mencionar en voz alta «¿Salem?», su hermano se apresuró a arrebatarse el auricular y soltó una retahíla de improperios antes de colgar

de golpe.

Salem, en cambio, colgó despacio el auricular, y golpeó con el puño cerrado la mesa. El silencio imperante en su apartamento era absoluto, y solo lo quebraba el sonido del aire acondicionado. Musitó una leve maldición y, según lo acordado, llamó a Riyaz.

—Haz lo que tengas que hacer — le comunicó con rotundidad—. Pero solo a Pradeep. A su hermano no lo toques.

Al otro lado de la línea su interlocutor sentía que le hervía la sangre. Una ligera sonrisa se formó en su rostro, hasta entonces preocupado por la tardanza en la decisión final de su

jefe.

—De acuerdo, Salem —le contestó—. No te preocupes, lo mataré de tal modo que lo podrás oír.

Para Abu Salem ya no era cuestión de dinero, sino de orgullo. Pradeep le había insultado por segunda vez, se había negado a pagar y no veía otra solución más que dejar actuar a su persona de confianza, porque si no daba el visto bueno a que corriese la sangre, Riyaz pensaría que él no era un jefe del crimen organizado importante y, podía traicionarle, venderse a otros mafiosos o, simplemente, sin previo aviso, dejarle en la estacada yéndose con otros.

Por precaución, las armas que utilizaban los hombres de Salem, según

su orden explícita, nunca debían de pertenecerles: cada pistola automática o cada revólver era muy valioso, no solo económicamente, por su alto coste, sino porque si el ejecutor de un asesinato caía herido o muerto durante un tiroteo, no solo perdían el arma, sino que podría ser una prueba incriminatoria cuando investigaran la procedencia.

De este modo Salem hizo otra llamada a un lugar secreto para que un empleado sin conexión alguna con Riyaz le entregase el armamento.

Un niño de catorce años entró dentro de una cafetería, preguntó al dueño por un tal «Riyaz», este le hizo una señal con el brazo al hombre de Salem, que aburrido por la espera

pasaba las hojas de un periódico local tras haberse tomado un té *masala*. Después de mirar a la calzada y asegurarse de que nadie más había seguido al niño, Riyaz lo agarró del brazo y lo llevó a la parte trasera del local.

Del interior de su camisa sacó un paquete envuelto en hojas de periódico. Con paciencia, sobre una silla, lo desenvolvió y dejó a la vista una pistola automática marca Star. Acto seguido se sacó un paquete similar por la espalda.

—Mañana vendré a recogerlas a este mismo lugar —anunció el chico con total normalidad; como si hubiese dejado a un perro en la peluquería e informara cuándo iría a recogerlo.

El joven era hijo de una familia inmigrante en Bombay originaria de Sarai Mir. Salem les financió el viaje y consiguió empleo al padre, y este, al igual que sus hijos y demás familiares, trabajaban como correos y hombres de confianza de Salem. De su pueblo de origen, Salem llevó a Bombay a más de una docena de familias. Geográficamente los situó en suburbios distintos de la ciudad para evitar que se relacionasen entre ellos. Sus paisanos trabajaban clandestinamente para Salem sin conocimiento cada uno de ellos de las actividades que ejercían para él. De este modo si a una de esas personas la arrestaban, al ser interrogados no podrían dar con toda la red de contactos

del gánster.

De una tienda de electrodomésticos que también utilizaban como tapadera, Riyaz cogió prestado un teléfono inalámbrico Panasonic, con el fin de retransmitir macabramente el asesinato en directo. En cuanto salió de la tienda se dirigió con sus esbirros directamente a las oficinas de Kamla Constructions.

Salem se encontraba comiendo cuando recibió una llamada de la India.

—Salem, soy yo, estamos entrando, mantente en línea. No cuelgues.

Riyaz levantó el dedo hacia sus dos hombres indicándoles que siguiesen con el plan acordado. Uno de ellos

golpeó en la cabeza al guarda de seguridad apostado frente a la puerta. Después de tocar el timbre, al no contestar nadie, aporreó la puerta. Un hombre abrió sin soltar la cadena de seguridad.

—Traigo un paquete para entregar al señor Pradeep Jain —anunció con total normalidad uno de ellos—. Por favor, abra la puerta.

Tras abrir la puerta, el empleado, con muy malos modos y golpeándole con el índice sobre el pecho, ordenó:

—Solo entras tú. Tus otros dos amigos que esperen abajo.

Riyaz giró la cabeza hacia atrás y miró a uno de sus acompañantes, y este, entendiendo la orden, se apresuró y

golpeó brutalmente en la cabeza con un palo al empleado, que cayó de golpe al suelo. Viendo aquel suceso desde el otro lado del pasillo, la recepcionista soltó un grito.

En el cuarto de baño adyacente a su despacho, Ashok se encontraba sentado en la taza del retrete leyendo el periódico cuando el grito le llamó la atención. Tras hacer amago de salir del baño, la puerta de súbito se abrió.

—Tú te quedas donde estás —le ordenó Riyaz—. Solo queremos ver a tu hermano. Si te veo fuera de aquí te meteré un tiro.

Tras cerrar la puerta hizo una señal a los dos hombres hacia el pasillo que conducía al otro despacho. Los tres

entraron de golpe. Un empleado se apresuró a echarse encima de uno de los esbirros, pero antes de que pudiese acercarse demasiado recibió un golpe con un palo que lo dejó inmobilizado sobre el suelo.

Pradeep no conseguía marcar el número al que se afanaba en llamar: le temblaban los dedos, y aunque intentó sujetar el aparato, los nervios se lo impidieron, y el teléfono terminó por caer al suelo.

—Si esta es una forma de amedrentarme jamás pagaremos una miserable rupia —se atrevió a decir.

Riyaz dio unos pasos hacia adelante y, situándose a escasos metros de él, levantó la pistola, pero al apretar

el gatillo, el arma se encasquilló. Pradeep salió corriendo a esconderse.

«Pero ¿qué demonios está pasando? —se oyó preguntar a Salem por el teléfono inalámbrico que sostenía Riyaz en una mano—. ¡Dime!».

—Se ha encasquillado el arma, y Pradeep se ha escondido en el cuarto de baño —gritó mientras sacaba el cargador y volvía a ajustarlo sin conseguirlo.

En el otro despacho Ashok salió corriendo y entró en el de su hermano, pero uno de los esbirros que se había quedado custodiando la puerta, lo empujó contra la pared y comenzó a golpearle hasta dejarlo inconsciente en el suelo.

Uno de sus hombres le tendió la otra pistola, pero él la rechazó. En el cuarto de baño Pradeep intentó romper el cristal del ventanuco. Riyaz, alertado por el ruido, maldijo gritando; tras haber desmontado con rapidez el arma, terminó de montarla. Se aproximó a la puerta y disparó. El cerrojo saltó por los aires y la puerta se desprendió de uno de sus goznes. Uno de los hombres pegó una patada y la puerta se derrumbó en el interior. Justo cuando entraba, Pradeep ya estaba con medio cuerpo fuera del ventanuco. Lo agarró por las piernas empujándolo hacia dentro y cayó al suelo de cabeza.

«Dispara primero a una pierna», se pudo escuchar gritar a Salem, que no

dejaba de dar respingos mientras sostenía el auricular en la oreja.

Riyaz hizo un gesto a su hombre para que apartase, y disparó a Pradeep en una rodilla. Al otro lado Salem sintió cómo su pulso se desbocaba al oír el grito de dolor.

«Ahora dispárale en el estómago». Riyaz le encañonó a la altura del vientre y le disparó. Salem podía escuchar los insultos de Pradeep, sus gemidos de dolor y su angustia.

—Salem, ¿lo dejo así y que muera lentamente o lo elimino ya de una vez con una bala en la cabeza? —preguntó Riyaz por teléfono, con el auricular medio colgando de la cintura del pantalón.

«Mátalo».

Después de ser incinerado, el funeral de Pradeep Jain, según la tradición jainista de la familia, se celebró como era costumbre en un lugar abierto al público debidamente ornamentado para la ocasión. La gente caminaba de aquí para allá, mirándose entre sí, como antaño en los parques de Bombay durante los días de fiesta en los que se congregaban los habitantes de la vecina comunidad que habitaba en los alrededores, independientemente de la religión, el credo o la casta social. En esa época la gente de Bombay se divertía solo con mirarse, cuando aún se apreciaban y no se temían, allá en los casi olvidados comienzos de la década

de los años ochenta, antes de que se viesen sacudidos por los atentados terroristas y desconfiasen los unos de los otros a partir de la década de los noventa.

Al final de la ceremonia, oficiada por un sacerdote, los presentes se pusieron en fila para dar el pésame a la familia. Al acercarse a tenderle la mano a Ashok, un hombre se inclinó levemente hacia su oído y le recordó cumplir lo acordado con Abu Salem o, de lo contrario, los miembros de su familia serían asesinados uno a uno.

Al día siguiente Salem llamó al teléfono fijo de Ashok.

—No siento la muerte de tu hermano. Me despreció, me insultó muy

vulgarmente. No debió haberme hablado así mencionando a mi madre, porque también soy un ser humano como tú y merezco respeto. Ahora quiero que jamás te olvides de pagarme mensualmente. Soy tu amigo y te daré protección. Ningún gánster o criminal os tocará mientras pagues diligentemente, y si tuvieras algún problema me lo haces saber que lo solucionaré.

Cuando Ashok oía el aullido de una sirena lejana, dejaba todo cuanto estaba haciendo e inmediatamente corría hacia la ventana para asomarse y mirar a la calle. Imaginaba que procedería de un coche policial que iba a por él, que lo detendrían por cualquier motivo, por lo que su hermano hizo con el empleado

del conocido gánster Abu Salem, siendo él testigo.

El primer mes pagó diligentemente por los anteriores meses acumulados y por el actual. Sin embargo, al siguiente se retrasó dos días. Riyaz llamó a Salem, le comunicó que algo pasaba, y le preguntó si mandaba a sus hombres para darle un toque de atención al constructor. Salem creyó que existía otro problema y le dijo que lo intentaría resolver él mismo.

Ashok le comunicó por teléfono que, auditando las cuentas, no estaban recibiendo el flujo de dinero que solían obtener. Su hermano Pradeep había estado ocultando muchos gastos y pidiendo créditos, hasta entonces

desconocidos por él, y al menos tardarían cinco años en recuperarse financieramente. El dinero de cuentas extranjeras tardaría en llegar y, además, tendrían que justificar los gastos y transferencias, ya que no comprendía cómo la Hacienda india estaba investigándoles.

—Sobre los oficiales del Gobierno me encargo yo —le dijo Salem—. No te molestará ningún funcionario auditando o realizando una investigación a tus negocios. Solo tienes que cumplir con el pago mensual.

Entonces, mirando los mapas de su próxima construcción, a Ashok se le ocurrió una idea.

—Y... ¿no querías un

apartamento con vistas al mar? —le preguntó tímidamente—. Está en primera línea en Colaba.

Salem guardó silencio.

—Ya tengo un apartamento en Bombay, ¿para qué voy a querer otro? ¿Para pagar gastos de comunidad y más impuestos por otro piso vacío?

—No —se atrevió a decir Ashok—. Lo puedes vender y obtener dinero en metálico.

Después de todo, la proposición no era tan descabellada. Así fue como Salem comenzó a cobrar a todos los constructores de Bombay. El asesinato de Pradeep Jain trajo de vuelta a Salem como el jefe del crimen organizado de Bombay. Cuando Riyaz llamaba a un

constructor le mencionaba el triste final que tuvo Pradeep Jain al negarse a pagar a Abu Salem. De este modo todos los constructores de la ciudad de Bombay comenzaron a pagar diligentemente sin oponer la más mínima objeción.

Con el flujo de dinero que obtenía comenzó a comprar propiedades. Se trasladó a una oficina algo más opulenta cerca de Naif Road, en la concurrida zona comercial de Deira, en Dubái. No solo eso, sino que decidió abrir un concesionario de coches en Karamah, otra popular zona de la ciudad, y lo llamó Kings of Cars. Se compró cinco bungalós, manteniendo uno como vivienda y poniendo los demás en alquiler.

Pronto recibió el respeto de los multimillonarios expatriados en los Emiratos Árabes. Pero esto hizo que generase envidia, y a la vez que sus negocios y su presencia en Dubái comenzase a causar molestia e incomodidad.

Pero aquello no pasó desapercibido para el comisario de policía Rakesh Maria; hombre en la cincuentena, de semblante serio, bigote denso y aspecto fornido, cuya mirada encontraba acomodo bajo unas tupidas cejas: decidió de una vez por todas parar los pies al grupo de Abu Salem. Durante días estuvo persiguiendo a los hombres de Riyaz y colaboradores de Salem originarios de su pueblo, hasta

que uno por uno fueron abatidos por la policía y arrestados. La definición de crimen de Estado no existía en el vocabulario de Bombay, simplemente se alegaba que habían muerto durante intentos de arresto. La idea de Rakesh Maria de asesinar a sangre fría no era solo acabar con el índice de criminalidad, sino mandar un mensaje a la gente que tuviese pensado participar en las extorsiones, o colaborar de algún modo con ellas.

Salem tuvo que asumir los gastos de abogados para que sus empleados fueran atendidos durante sus procesos judiciales. Más aun, tuvo que pagar la manutención de numerosas familias. Con semejante presión policial, Salem se fue

quedando sin asesinos profesionales que supieran utilizar armas y lo más importante, correos que pudieran entregarlas.

Rayiz le intentó convencer de que debía acabar con la manutención de sus paisanos, ya que era muchísima gente y estaba originando enormes gastos, a los que había que sumar el coste de los sobornos a abogados y los procesos judiciales. Cuando los jueces de turno tenían conocimiento de que un acusado era miembro de la banda de Abu Salem, pedían más cantidades de dinero. Entonces fue cuando a Salem se le ocurrió una idea que revolucionaría el mundo criminal de Bombay y que dejaría desconcertada a la policía del

comisario Rakesh Maria.

Consciente del nivel de pobreza y la desesperación entre la población más joven de su pueblo natal, se puso en contacto con sus hermanos y otros familiares del lugar, y les comunicó que buscasen a jóvenes desempleados que quisieran ir a Bombay, la gran ciudad de sus sueños, a trabajar. En vez de trasladar a familias enteras, como había hecho hasta entonces, ahora llevaría a jóvenes solteros, dispuestos a trabajar en cualquier cosa con tal de ganar un salario decente; jóvenes desesperados con ganas de alcanzar la fama y ganar dinero rápido de cualquier modo. Aquellos jóvenes del interior de la India, sin formación ni educación, eran

personas que respondían con tremenda violencia a la más mínima provocación, además de saber manejar armas de fabricación local.

Salem describió a Rayiz cuál sería el trabajo de aquellos jóvenes ejecutores, en apariencia sin experiencia alguna. Tan pronto como tuvieran una víctima, llevarían de Sarai Mir a un joven. Al llegar a Bombay se le entregaría una pistola, haría su trabajo, devolvería el mismo día el arma, cobraría una suma que, aunque modesta, sería inmensa para él, y se subiría a un tren de vuelta a su pueblo. De aquel modo no tendrían que pagar la manutención a las familias si la policía los arrestaba o si eran asesinados. Eran

jóvenes anónimos que no estaban censados, ni portaban consigo documentación alguna. Incluso llevaban dinero en metálico suficiente para sobornar al revisor del tren para que ocultara sus nombres en la lista de pasajeros.

Pronto hubo un superávit de jóvenes dispuestos a realizar cualquier trabajo que se les asignase, y no solo de su pueblo de origen, sino de muchos otros del interior de la India. Si el pistolero resultaba abatido o muerto durante su arresto, no había forma alguna de localizar de dónde procedía. No había posibilidad alguna de identificarlo. Eran anónimos criminales. El cuerpo acababa siendo enviado a un

crematorio público eléctrico. Simplemente desaparecían como sus cenizas.

A finales de los años noventa Abu Salem introdujo en el mundo del crimen organizado de Bombay el concepto de asesinos prescindibles. Eran asesinos de una sola vez que se desvanecían en cuanto hacían su trabajo. Hasta a sus rivales les entusiasmó la originalidad de sus métodos.

CUARTA PARTE

No hagas a otros lo que te dolería
si te lo hiciesen a ti.

MAHABHÁRATA

28 LISBOA

—Hágame una señal con la mano en alto, en dirección al cristal cuando haya acabado, señor —dijo el oficial a Manuel señalando el oscuro ventanal tras traer consigo al prisionero.

El atuendo carcelario de Salem le daba el aspecto de un jugador de fútbol vestido en chándal de deporte dispuesto a entrenar en invierno. Algo más bajo que el español, de tez morena y recién afeitado, ofrecía un aspecto limpiísimo y saludable, con el cabello negro y fino, peinado con escrupulosa raya a un lado.

Parecía estar disfrutando de su nuevo aspecto físico. Tenía un andar flexible, casi insolente, como si supiese que lo estuvieran filmando. Se sentó en la silla con paciencia, de una manera despreocupada.

El oficial cerró la gruesa puerta sin picaporte en el interior y se fue. Era una habitación más pequeña que la anterior en la que había estado con Monica.

—¿Eres policía, abogado, ayudante del fiscal...?

—Nada existe sin un contexto. Supongo que sí.

—Supongo que sí ¿qué? —le respondió Salem, con su sonrisa fría como la brisa.

—Supongo que pertenezco a una de esas tres profesiones.

Salem asintió varias veces con la cabeza. Intuyó que era alguien especial, de los servicios secretos, quizá. Se quedaron unos segundos en silencio. Luego volvió a preguntar:

—¿De qué clase?

—¿De qué clase qué? —repitió Manuel cortésmente y en correcto inglés.

—¡Qué tipo de policía eres!

—Desconfiado —dijo con tono jovial.

—De pocos principios, diría yo.

—Ah, vaya. ¿Y qué motivo tienes para sacar esa conclusión acerca de mí?

—Mi padre era abogado en un pueblo del norte de la India.

Acostumbraba a decir que los que mejor dirigen el mundo son los hombres que no tienen demasiados principios.

—Ya... No se referiría a principios tales como no robar, extorsionar, asesinar... porque en ese caso no le has obedecido mucho... — dijo Manuel observando el extremo del mentón y pensando para sí que era justo allí donde apuntaría para asestarle un puñetazo si hiciera falta.

—Quería decir que la vida es tan inescrutable que el hombre que asevera que solo hay un camino verdadero, y que él lo conoce, es un verdadero estúpido. El hombre inteligente, como solía decir mi padre, es aquel que nunca está completamente seguro de tener razón.

No me gustan los abogados, sobre todo en la India. Allí todas esas mierdas públicas alardean del derecho y de la justicia, juegan con todos a su placer, y conocen todas las respuestas, códigos y leyes, cuando lo cierto es que son ladrones, con sus discretas facturas, y son ¡cómo no! retorcidos, arrogantes y podridos. En mi país, la gente de a pie teme a los abogados, porque son corruptos y poderosos y pueden tergiversar un delito y meterte a ti en la cárcel, tienen el poder de sobornar a la policía y a los políticos.

Tenía una voz agradable; eso era algo con lo que Manuel no había contado. Además, no encontró dificultad en recordarse a sí mismo que la persona

que tenía enfrente era un gánster que había cometido asesinatos. A pesar de su aire atlético y su joven rostro bien afeitado, tenía unas facciones duras y claras: había una frialdad en él que le identificaba sin duda con el oficio del crimen.

—No sé si llego a entender lo que me estás intentando decir, pero te diré una cosa, paciencia tengo poca. Así pues, vayamos al grano, amigo. — Después de un prolongado silencio, le preguntó con un tono más conciliador—: ¿Qué te parecería una taza de café caliente? ¿O un té? — Manuel recibió un gesto con la cabeza que significaba todo y nada. Viendo su propio reflejo frente al cristal oscuro, levantó el brazo

izquierdo con los dedos de la mano mostrando el número dos. Pronunció en voz alta «Café». «Dos».

Para el indio, Manuel ofrecía todo el aspecto del hombre baqueteado en incontables enfrentamientos con toda clase de delincuentes, y ducho, por lo tanto, a la hora de resolver situaciones complicadas y no menos extremas. Por otro lado, para el español, Salem era dulce en el trato, exquisito en cada uno de sus gestos, educado, hasta unos extremos que obligaba a pensar en caballeros de tiempos muy lejanos. Hubo un momento en el que le dio la impresión de que su oficio más adecuado quizá, hubiera sido el de embajador o diplomático del Gobierno

de la India.

Abu Salem había comenzado su vida trabajando como mecánico en sucios talleres de su pueblo y en las periferias de Delhi. Con la extorsión a empresarios había logrado fabulosos apartamentos en Bombay, se había acostado con actrices de Bollywood y jóvenes promesas de concursos de belleza, además de obtener una flota de vehículos de gama alta. Consiguió el respeto de la mafia, y amasó ingentes cantidades de dinero. Se había convertido en un hombre muy rico; pero su vida en aquellos momentos se encontraba inmersa en la ruina. Hasta en la India su correligionario Rayiz acabó por darle la espalda y colaborar con el

comisario de policía Rakesh Maria y la justicia para eludir años de cárcel. Nadie en quien confiar y nadie con quien hablar. Las horas en prisión, desprendido del fastuoso lujo y de las comodidades, se hacían interminables. Era como el niño que hace una larga cola y paga una y otra vez por subirse a una diabólica máquina en la que sabe que comenzará a sudar y temblar deseando apearse, pero que, a pesar del mareo, los gritos y las ganas de vomitar, correrá de nuevo a la fila en cuanto ponga el pie en el suelo.

—Aborrezco a la gente que siempre encuentra disculpas para todo y suele pasar la mitad de su vida alegando razones por las que hicieron o dejaron

de hacer esto o aquello —comentó Manuel—. Prefiero mil veces a quienes asumen abiertamente sus errores por graves que sean. Dice el dicho: «Errar es humano; rectificar, de sabios». Con frecuencia no es posible demostrar sabiduría, puesto que resulta demasiado tarde para rectificar, pero siempre se está a tiempo de demostrar valor admitiendo la equivocación.

—Mi madre hacía cuanto podía para sacarnos adelante, trabajando en la calle, vendiendo cigarrillos que hacía ella en el suelo de nuestra casa durante la noche anterior. Éramos muchos a los que tenía que alimentar, y pese a que se dejaba la juventud y la piel en el intento, la mayor parte de las veces no conseguía

alimentarnos, ni vestirnos, ni calzarnos. ¿Sabes a qué años tuve mi primer calzado?

Manuel, confuso, guardó silencio. Sintiendo curiosidad, en tono pensativo contestó:

—No, pero dímelo, por favor.

—Creo que fue a la edad de doce o trece años cuando me marché de casa a trabajar de mecánico. Y tan solo alrededor de los veinte, cuando despachaba en la tienda de productos de contrabando de mi primo que tenía en Bombay, tuve mi primer par de zapatos decentes, nuevos. Durante mi infancia, a tal punto llegaba nuestra necesidad que algunas noches mi madre se escabullía en silencio, cuando creía que

dormíamos, y el día que decidí seguirla fue para descubrir que se dirigía al campo. Yo no tendría más de ocho años cuando supe que la verdura que mi madre traía a casa la robaba durante la noche en los vecinos campos de cultivo. ¿Qué podía hacer? Cuando tienes hambre y unos hijos a los que cuidar la procedencia del dinero y de la comida poco importa. ¿Me puedes decir qué es exactamente un criminal? ¿Es una persona que mata por placer o por recibir dinero por ello? ¿Es alguien que mata por venganza o alguien que roba por necesidad? También puede ser que robe o mate por obligación, ¿no es así? Cabría esa posibilidad. En cuanto me lo aclares, decidiré si me considero o no

un asesino.

«El mundo está plagado de ineptos —pensaba para sí Manuel—. Ineptos y chapuceros incluso a la hora de cometer un asesinato. He visto a un cretino que alardeaba de profesional apuntarle a un gordinflón a menos de tres metros de distancia para pegarle el tiro a un cuadro de la pared, y he visto volatilizarse a un experto de explosivos porque le tembló el pulso a la hora de cortar un simple cable». Desde aquel momento al español le resultó evidente que Abu Salem era bueno en aquel oficio. Sin embargo, quiso conocerlo un poco más.

—Para los perdedores habituales el «éxito» viene a significar la fuente de

luz que brilla en la distancia y que iluminará para siempre los caminos futuros, pero muchos de los que han permitido que esa luz les deslumbre han descubierto demasiado tarde que, en realidad, se trataba de los focos de un enorme camión que les pasó por encima. —Notó que Salem le había sonreído. Conocía el comportamiento humano lo suficientemente bien como para tener la certeza de que se había producido entre ambos lo que estaba buscando utilizando su diatriba: un destello de complicidad. Ya lo tenía en el bolsillo. Rogó que así fuera—. Y a ti, el éxito que has tenido en el crimen organizado te ha arrollado convirtiéndote en víctima. Has tenido, sin lugar a dudas una brújula averiada,

pero te aseguro, y este es el motivo de nuestra reunión, que nada me complacería más que poder ayudarte. No obstante...

—Soy un billonario gánster que no puede tener acceso a su fortuna —le interrumpió—. De acuerdo, no se puede hablar de esto como *éxito*, pero sé qué soy, y ¿quién lo duda, eh? —precisó con severidad—. Soy un hombre de difícil carácter, cruel a veces e inaccesible siempre, y son muchos los que me temen y respetan, pero sé también que mi fortaleza interior se resiente de forma harto notable si me falta la fuerza externa que me proporciona un arma. Miro atrás y ¿qué veo en mi vida? Una huida y problemas. Tanto si eran por

motivos de dinero, gánsteres rivales, policía o mujeres. —A continuación, con la exagerada campechanía de uno que propone un juego de mesa, preguntó —: ¿No obstante...?

—Tienes la alternativa de volver a la India si me ayudas a liquidar a un extremista islámico antes de que cometa un atentado terrorista en mi país, en España.

—¿Y después? ¿Me darán dinero y un pasaporte suizo? —Su tono de voz sonó como si le hubieran sorprendido en desventaja—. Bueno, lo malo siempre viene después, cuando te detienes a meditar sobre lo que has hecho y te preguntas si el muerto merecía tal destino.

—Te aseguro que ese terrorista es un hijo de puta que se lo merece. Luego te presentas por ti mismo en la embajada de tu país en Madrid y allí te trasladarán con pasaporte diplomático, en un vuelo privado, a la India, donde serás juzgado, pagarás una condena, se te concederá algún que otro privilegio, como el de poder manejar desde prisión algún negocio que tengas, y más tarde o más temprano se te podrá conmutar la pena en prisión por menos años, quién sabe. No es garantía, pero mejor oportunidad de pasar menos tiempo en la cárcel tendrás estando en tu país de origen.

Salem se tocó el mentón con los dedos un instante, con involuntario gesto nervioso.

—En España, ¿eh? —Su tono era extrañamente conciliatorio—. Creo que la mayor parte de los que me he llevado por delante se lo merecían. No me arrepiento de nada. Mis supuestos amigos han renegado de mí; mi exesposa está en los Estados Unidos, me ha abandonado, ahora Monica también, y resulta evidente que mis viejos camaradas colaboran y confabulan con la justicia con el fin de que me encierren de por vida. —Movi6 la cabeza de arriba abajo lentamente, en un sobrecogedor acto de sumisi6n, y dijo —: De acuerdo. Lo har6. ¿Qu6 otra elecci6n tengo?

—Estupendo. Ahora firma esto.

—¿Qu6 es?

—Es un acta oficial de confidencialidad. Bajo ninguna circunstancia debes comentarlo jamás con nadie. No hace falta que te molestes en leerla, es todo palabrería. Pero quiero que tengas en cuenta que al departamento a la cabeza de esta decisión le darás plena libertad para dejarte más tiempo en prisión, e incluso para que seas asesinado una vez que estés en la India si llegas a contar una sola palabra.

Manuel se personó ante el ayudante del secretario del director de prisiones.

—Me lo llevo. Prepare los documentos de permisos de estancia en Europa, ya sabe, visado Schengen.

—Según he sido informado, se le permite un máximo de tres días hasta que se presente en la embajada India para su extradición. Si permanece más tiempo con usted en España, la orden de detención saldrá emitida por toda Europa.

—Sí, lo sé.

—¿Qué motivo debo mencionar en el fichero del prisionero? Es solo burocracia... pero debo mencionar algo. No puedo dejarlo vacío ya que su ficha de entrada está en los ordenadores, y tal vez en un futuro, ya sabe...

—No, no sé, dígame usted.

—Bueno, ya sabe, en un futuro puede haber investigadores privados o periodistas en busca de una buena

historia... No puedo dejar ese espacio vacío ya que hasta que me jubilen yo soy el responsable de formular estos trámites.

Manuel caminó de un lado a otro con el pulgar y el índice sosteniéndose el mentón. Pretendía dar una imagen de preocupación. Se paró en seco y contestó puntillosamente:

—Escriba lo siguiente. Locura. Traslado, motivo, psiquiátrico. Deportado a la India.

—¿Locura dice usted? Pero...

—Quiero que un par de psiquiatras de este centro escriban una descripción muy científica de la naturaleza del desequilibrio de Abu Salem. Además, haciendo mención de

que existe una falta de comunicación muy grave entre los funcionarios portugueses y el prisionero de origen indio y de que, por tanto, para facilitar su rehabilitación anímica y psíquica, se recomienda que el señor Abu Salem se encuentre en su país asistido en su idioma materno por sus compatriotas. Pero algo... que sea muy médico. Ya sabe, con toda esa literatura que nadie entiende excepto los expertos...

—¿Con palabras técnicas, quiere decir? —preguntó con un tono inseguro.

—Efectivamente. Algo así como que había perdido temporalmente la habilidad de razonar según la forma lógica habitual, por lo que durante su arresto en Lisboa actuó según sus

emociones al verse rodeado de policías con ropa civil empuñando armas. Así pues, decidió acelerar su vehículo poniendo en peligro a los inocentes peatones, quiso huir del lugar, ya que no era capaz de llegar a tener una intención razona...

—¿Quiere decir que no era capaz de considerar la diferencia entre el bien y el mal, y que, por consiguiente, no tenía en aquel momento control sobre sus acciones?

—Efectivamente, pero con palabras más técnicas, y latinajos, no se olvide. Dígaselo así a los psiquiatras. Eso siempre impresiona de una manera rematadamente buena. Y no se olvide de firmas, sellos y estampillas.

De vuelta al despacho Manuel se quitó la chaqueta, se tumbó de nuevo en el sofá y se durmió de inmediato. Casi enseguida comenzó a soñar. Estaba con Elena, su amor, su mujer. Corrían por un parque de Madrid. Ella se paraba y bebía agua de una fuente. En la consulta de la ginecóloga, la doctora les mostraba la imagen del diminuto feto a través de una pantalla. En el sofá, tumbada ella de espaldas sobre él, pasaban las páginas de un bonito catálogo de muebles familiares; hacían planes para vivir en una nueva casa, con una habitación amueblada para el futuro bebé. Manuel bromeaba con tener tres hijos y entonces ampliar las habitaciones. Ella reía, reía.

29 BOMBAY

Cuando Monica Bedi fue descubierta por un cazatalentos durante un *casting*, era regordeta, mostraba una perfecta nariz respingona, heredada de su padre, tenía el cabello castaño, el aura de princesa de cuento de hadas de su madre, y la risa de esta, que era un campanileo subiendo la escala musical.

Superiores en número en una relación de uno a diez, en Bollylywood, las mujeres indias con gran atractivo se movían con una franqueza que solo podía ser resultado de la experiencia

vivida hasta haber podido llegar allí, dadas las prisas por alcanzar un papel en una película, ya que el tiempo en el cine indio pasa más rápidamente para una mujer: con tan solo treinta años ya se las considera viejas, y si hasta entonces no han contraído matrimonio es que son promiscuas, a ojos del público indio. Para que la estela de su estrella siga cotizando y sea admitida por la sociedad llena de prejuicios y tradiciones, sus representantes no solo pagan mensualmente a la prensa, sino que dan a conocer a las revistas y medios de comunicación romances infundados de sus clientas como carne cruda que se echa a las bestias, y de ese modo seguir alimentando el que se siga

hablando de determinada actriz. Así, mientras abundaban las mujeres de apariencia fría y distante que resultaban ser profundamente apasionadas y, por lo tanto, vulnerables, el aspecto de Monica era el de una mujer fogosa que a más de uno le ocasionaba una sensación volcánica.

Al llegar Ravi Singh a su casa, vio a su hijo Karam viendo la televisión. Echaban una película protagonizada por el *megastar* de entonces, Sunny Deol. Ravi había trasladado a su familia momentáneamente de Oslo a Bombay, hasta que cerrase una *joint venture* con una empresa india. Había tenido una

reunión de negocios con todo su equipo, que había durado todo el día. Que si la subida de los precios afectaría a las materias primas, que si la competencia del mercado chino significaría que debían buscar nuevas vías en Vietnam o incluso en Sri Lanka, que si la contratación de la mano de obra resultaría más económica en el sureste asiático y de este modo debían eliminar el plan de estrategia de construir una planta en Turquía o Marruecos... Unos colegas proponían comprar la empresa del competidor chino, ya que argumentaban que la burbuja asiática volvería a inflarse. No faltaba quien argumentaba lo contrario. Se encontraba cansado y tenía aún en la cabeza,

dándole vueltas, sus lecturas de los informes financieros.

—¿Otra vez enfrente de la televisión? ¿Es que no tienes otra cosa que hacer? —le dijo a su hijo sin que se inmutase—. ¿Dónde está tu hermana?

—La llamaron de la empresa de modelos —contestó Karam sin apartar la mirada de la pantalla.

Su esposa, con rostro apesadumbrado, entró en el salón, dejó un trapo de cocina que tenía en la mano sobre la mesa del comedor, cogió la mano a su marido y antes de que él pudiese hacer un reproche, ya lo había llevado a la habitación de su hija y cerrado la puerta detrás de él. Fue al armario, abrió el último cajón y del

fondo sacó unos pantalones vaqueros, que le mostró.

—Obsérvalos —dijo ella, catatónica.

—Unos pantalones de chica, supongo ¿no?

—Míralos te digo —replicó con un tono de voz agudo.

—Pues ¿qué sucede?

Cuando volvió a hablar procuró controlar el tono lo suficiente para evitar gritar.

—¡Mira! —se los acercó al rostro.

En la parte delantera, a media pierna, había una serie de manchas blancas como gotas, secas. Ravi tomó la prenda y la acercó a una lámpara plegable sobre un aparador lleno de

cosméticos, la encendió, y observando el pantalón, dijo:

—Las manchas no pueden ser lo que piensas. Igual pueden ser manchas de licor o salsa de alguna comida o incluso de aceite.

—Te dije en Noruega que una chica con el carácter de nuestra hija haría cualquier cosa por conseguir ser alguien en Bollywood —dijo señalándole con el índice y moviéndolo de arriba abajo—. ¿Te acuerdas que te dije en su día que le prohibieras asistir a esos *castings* que nunca se acaban? Pero claro, no. Cualquier cosa que tu hija quiere la consigue con tu beneplácito. ¿Verdad?

Ravi se quedó callado. Se sentó en

el borde de la cama soportando la diatriba de su esposa.

—Tendrás que empezar a escucharme antes de que acabe siendo una perdida. Quién sabe... quizá con fama de prostituta. Una de esas que llaman... *escort*, una acompañante remunerada, pero que llanamente es ser una puta. Los indios, para muchas cosas, se muestran muy puritanos, pero para otras, en privado, son muy pervertidos.

—No hables así —dijo apesadumbrado.

—Me va a volver loca esta hija. ¿Pero es que acaso todas esas actrices no se acuestan con el primero que les promete un papel para una película? Ese no es un mundo para nuestra Monica.

Él no dijo nada.

—Te lo advierto, el día menos previsto nos anuncia que está embarazada.

—No digas eso... —dijo ladeando la cabeza—. Ella es una buena chica.

—Te lo digo una vez más, Ravi —le dijo señalándole con el índice—. Te digo que no esperes. A mí ya no me hace caso. Habla tú con ella.

Cuando volvió Monica a casa, sobre las nueve de la noche, no dejó de hablar sobre lo interesantísimo que había sido el *casting* en el que había participado. Estaban buscando una actriz con el color de piel blanca para un papel muy importante en la siguiente película de un actor muy conocido. Su

padre, impasible, le pidió que se sentase junto a él en el salón.

—Hija mía, me puedo dar cuenta de lo difícil que es llegar a ser alguien en el mundo del cine aquí en Bombay. La competición debe de ser atroz, y los medios que deben de utilizar los jóvenes aspirantes para hacerse destacar de entre cientos o miles de promesas... a veces...

—Papá, háblame claro. Dime lo que te preocupa.

—Quiero decir... ¿sabes cómo protegerte en esa jungla humana?

—Papá... —fue lo único que contestó prolongando un largo silencio durante el cual ella miraba al suelo, y él a los cuadros que decoraban la pared.

—Quiero decir, hija mía —
continuó pasando el brazo sobre los
hombros de Monica, hablando en una
jerigonza parecida al inglés, mezclada
con su lengua materna, el *panyabí*—,
que no te fíes de ningún joven que te
vaya prometiendo cosas, que hay
muchos timadores por ahí...

—¡Papá! —exclamó moviéndose
hacia un lado, quitándose de encima el
brazo protector de su padre— Ya sabía
yo dónde me metía. No es ningún
secreto. Todo el mundo sabe que este
mundo de Bollywood está lleno de
mentirosos, timadores, personas que
dicen ser lo que verdaderamente no son.

—Hija, lo que quiero decir es que
no te creas las dulces promesas que te

haga un productor o actor o buscador de talentos, a la primera de cambio, que tengas cuidado. Lo que un hombre dice cuando se excita... Cuando un hombre dice cuando se excita... ¿sabes de qué te hablo?

Monica, un tanto molesta, se puso de pie.

—Es eso lo que piensa ella, ¿no es verdad? —dijo alterada señalando hacia la cocina.

—Tu madre está preocupada. Compréndelo. Últimamente te ha estado vigilando, mirándote de cerca. Quiero decir, tu comportamiento, la nueva ropa que llevas, fijándose en tus amigas que invitas aquí a casa a comer, la gente con la que sales...

—Papá —dijo riéndose sonoramente—. No lo he hecho con nadie.

Ravi se sintió inquieto, ofuscado, un sonrojo que no pudo ocultar le invadió el rostro.

—No quería decir... Bueno, bueno, hija, ven, dame un beso.

Monica se sentó en las rodillas de su padre, puso los brazos alrededor de su ancho cuello y le dio un sonoro beso en las mejillas. Sus ojos tenían la oscura mirada india que solo ella y él poseían en la familia.

—Así que tú también lo pensaste. No sólo mamá, ¿verdad? —murmuró riéndose.

—No hables de esa forma acerca

de tu madre —dijo sujetando sus delicados brazos.

Ambos se echaron a reír. Ravi nunca más cuestionaría a su hija sobre su sexualidad, ya fuera por amor, por temor a poder romper la relación afectuosa con su hija o, lo peor de todo, por sometimiento a la disciplina familiar ortodoxa en la que él se había criado.

30 JUHU TARA ROAD, BOMBAY

Durante la década de los noventa, la industria cinematográfica de Bombay estaba financiada completamente con dinero negro. Era de esperar que una persona como Salem, tarde o temprano, quisiera introducirse e ir más allá de sustraer dinero mediante la extorsión en el mercado inmobiliario.

Su primer objetivo sería el productor y director Subash Ghai, considerado por entonces el emperador

de las superproducciones. La película que estrenó oportunamente tras el arresto del actor Sanjay Dutt le reportó cuantiosos beneficios. Ganó tanto con aquella película que se podía permitir contratar a cualquier actor que quisiese para sus nuevas producciones. Salem sabía que era el momento perfecto para sacarle dinero y a la vez que sirviese como llamada de atención a todas las personas que financiaban películas en Bollywood.

A través de Riyaz, Salem contrató a cuatro jóvenes dispuestos a asustar a Subash. Pero la policía, por medio de un confidente, supo de aquel plan, y preparó una trampa y les arrestó a todos ellos. Uno de los jóvenes negó que

quisiesen atentar contra la vida del famoso productor y director, que tan solo querían asustarlo, darle el mensaje: «O pagas ahora o sufrirás consecuencias más tarde».

Queriendo extorsionarle por las buenas, a su manera, Salem decidió telefonar al productor e informarle de que quería los derechos para el extranjero de la última película que había producido recientemente, titulada *Pardes*. El orondo director le dijo que eso no podía ser porque ya había firmado el contrato con una empresa extranjera, que ya tenía los derechos. Salem entonces le pidió una copia de la película y así poder hacer copias piratas y venderlas en el mercado negro. A

duras penas lo permitió. Salem le dijo que era un gran seguidor de sus películas y el productor, queriendo mostrarse servicial y colaborador con el crimen organizado, se mostró repetitivamente muy alagado.

Como le resultó tan fácil con Subash pensó que así iba a ser con el resto de los grandes magnates de la industria cinematográfica. Decidió viajar a la India con pasaporte falso y un nombre ficticio de religión hindú, Abhisek Kapoor. A Rayiz le dijo que cuando se dirigiese a él le llamase Capitán, ya que, siendo musulmán aunque no practicante, contestar a alguien al ser llamado por un nombre hindú no le gustaba. Además, estaba la

cuestión de su seguridad en la India, donde aún estaba declarado en busca y captura. Por entonces, la policía de Bombay comenzó a pinchar teléfonos, ya que las grabaciones de conversaciones telefónicas eran suficiente prueba acusatoria contra un criminal. De este modo la industria de Bollywood pronto comenzó a recibir llamadas y recados de parte del Capitán.

Decidió presionar a un director llamado Rajiv Rai, que recientemente había cosechado numerosos éxitos comerciales. Rajiv resultó aún mucho más fácil de convencer y pagó diligentemente. Poco a poco el nombre del Capitán iba siendo conocido en los estudios de rodaje y en las oficinas de

los productores. Todos acababan pagando bajo amenazas de Rayiz y sus hombres. Si alguien presentaba la mínima duda tras un primer contacto de Rayiz, Salem, caracterizado como el Capitán, se presentaba dentro del tráiler del actor o en las oficinas del director o productor y amablemente le aconseja pagar. No tardaron mucho en ofrecerle fiestas, viajes por Asia, estancias en hoteles de lujo, y mujeres, muchas mujeres, desde conocidas estrellas de cine que acababan de estrenar una película, como de secundarias o incluso bailadoras y jóvenes promesas.

Se había levantado una brisa fresca

proveniente del mar, en las noticias anunciaban la proximidad del comienzo del monzón. El cielo presentaba ahora un color grisáceo. Cuando Salem se bajó del taxi en Juhu Tara Road y desde la acera de enfrente se dirigió a la entrada del hotel JW Marriott, las primeras gotas comenzaron a caer. Había quedado a cenar con una joven promesa que buscaba un papel importante en una superproducción. Todo lo que sabía de ella era su nombre, Monica Bedi, y que era joven, muy blanca de piel y muy atractiva. A ella le había comunicado su agente de representación que debía congeniar con «la persona que mueve los hilos en esta industria. Un tal Abhisek Kapoor», le había dicho.

Unos veinte coches de gama alta, entre los que se encontraba un Ferrari Testarossa, estaban aparcados en fila, y seguían llegando más. En los alrededores del edificio habían perfeccionado el arte de barrer y de apartar la mirada de todo lo que fuera inapropiado u ofensivo de cara a los huéspedes y clientes indios ricos y extranjeros. Los mendigos huían de la zona por temor a ser golpeados con palos por los guardas. El enorme esfuerzo requerido para que todo estuviera siempre impoluto únicamente se podía entender si uno visitaba el hotel Taj Mahal, el Mariott o algún que otro establecimiento de superlujo.

Haciendo gala de su impecable y

almidonado uniforme con ristras de medallas brillando en el pecho, el enorme portero *sij*, con su impresionante bigote, orgulloso y prepotente con sus mismos compatriotas, a veces salía del pórtico de entrada para abrir la puerta de algún coche. Uno podría llegar a la conclusión de que el sistema de castas en la sociedad india también funcionaba en la sociedad automovilística, y el portero ajustaba su saludo al linaje de los coches. Justo cuando Salem se aproximaba al pórtico, una mujer india vestida con ropa de diseñador bajó con delicadeza de un Mercedes. La siguió un hombre joven pulcramente acicalado y vestido con ropa deportiva cara. Poniendo morritos con sus labios

pintados de rojo carmesí, tal y como si estuviese a punto de eructar, dijo:

—*Thank you.*

Su compañero cobró vida tendiéndole la mano, ella la aceptó y ambos entraron como si pretendieran ser celebridades caminando por la alfombra roja de algún reputado festival internacional de cine. A continuación el portero vio a Salem y con mayor humildad, al saber que había llegado a pie, le saludó con un leve movimiento de cabeza.

Aquel hotel pertenecía a una categoría aparte. Era como una ciudad en miniatura, con pasillos de una amplitud que harían enrojecer a calles y avenidas.

En la entrada, con distinta función, otro portero de gigantescas proporciones, originario del Punyab, con turbante azul oscuro y vestido con capa roja, lo saludó con una leve inclinación, a la vez que se tocaba el pecho con la palma de la mano derecha. El conserje reconoció de inmediato a aquella figura anónima que desde hacía poco pagaba facturas de miles de rupias. Después de un efusivo saludo juntando las palmas de las manos y prolongada inclinación corporal, lo acompañó escaleras abajo hacia una mesa reservada. Allí tomó asiento, entre una columna de mármol y unas pinturas de Tanjavur, bajo la severa mirada de lord Mountbatten vestido de virrey de la

India, junto con su esposa cruzando el arco de la puerta de la India, en la vecina fotografía en blanco y negro de enormes proporciones.

—Estoy esperando a una amiga —dijo con una sonrisa de complicidad masculina—, asegúrate de que viene a esta mesa. No tardará mucho en llegar.

—Estaré pendiente en la puerta, señor Kapoor.

A los pocos minutos Salem, tras sus gafas falsas de montura gruesa, la vio acercarse mientras permanecía impávido, deslumbrado ante la blancura de su piel y la figura de su cuerpo. Llevaba un vestido de diseño sin mangas con estampado floral.

—Mi nombre es Abhisek Kapoor

—se presentó Salem con una sonrisa de anuncio.

—Encantada —dijo Monica, e improvisó una reverencia ridícula.

Sentada frente a él, erguida, con las manos sobre la mesa, las rodillas muy juntas, observó a Salem mientras este, pretendiendo no advertir aquel escrutinio, echaba una mirada distraída por el voluminoso menú: reloj de oro, manos venosas, atlético, pero no en exceso. Tendría muchísimo dinero, concluyó, pero no había mucho que la sorprendiera. Cuando ella se llevó a las manos el menú, le cayó sobre la frente un mechón errante de cabello, que devolvió a la cautividad con un suave movimiento antes de tomar un sorbo de

agua. Aquel fue el momento en el que él a su vez la sometió a inspección, pero a diferencia de ella, lo hizo de modo más furtivo: los codos pegados al cuerpo, de piel muy blanca, ¡marmórea!, como a los marajás durante la época los británicos les gustaban las mujeres. Con su presencia frente a él, Salem sentía una sensación embriagadora, superior a cualquier otra que hubiera sentido antes.

Las palabras de su padre le perseguían en aquel momento: «Monica, hija mía. Nunca te fíes de los hombres del cine, siempre presumen y se vanaglorian de sus contactos, con el simple objetivo de llevarse a la cama a una inocente e ingenua joven, para a la mañana siguiente tirarla por el

desagüe».

Monica se inclinó hacia su ancho bolso, descorrió la cremallera de un compartimento, y después otro algo más pequeño. Salem advirtió en rápido orden el interior: era una mujer bastante ordenada y con un gusto exquisito; un pequeño y bonito frasco de perfume de una marca que no pudo leer, ya que estaba en un idioma extranjero, un colorido pañuelo que supuso era de seda, un monedero de cuero, un paquete de pañuelos perfumados de papel y un pequeño estuche de maquillaje.

—¿Qué vamos a tomar para cenar? ¿Algo te llama la atención? —preguntó con una expresión inalterable y con unos ojos agrandados por las lentes.

—Creo que tomaré algo del menú italiano —sentenció muy segura de sí misma—. De primero, un *risotto ai funghi porcini*; de segundo, una *tagliata di manzo con la rucula*, y de postre creo que me inclinaré por el tiramisú.

—Qué bien suena lo que has dicho —dijo, y con repentino interés en él añadió—: Disculpa...

—No tienes por qué.

—Pero... ¿hablas italiano?

Monica sonrió, y aprovechando esta circunstancia se despertó en ella aún más la conciencia de su propia feminidad. Con cierto coqueteo, contestó:

—De una manera aceptable. Diría que lo hablo, leo y escribo

aceptablemente.

—¿Dónde lo aprendiste?

—En Palermo, lamento decir.

—¿En dónde?

—¿Cómo que dónde? Pues en la isla de Sicilia. Allí mi padre estuvo destinado tres años debido a un estudio de una planta desalinizadora que la empresa en la que trabajaba quería construir a orillas del Mediterráneo. — El rostro de Salem mostraba estupefacción; si le hubiesen dicho que señalase con el dedo en un mapa dónde se encuentra Italia, tal vez habría señalado Argentina o incluso Islandia. Y lo mismo si le hubiesen hecho señalar el Mediterráneo: habría puesto el dedo en el mar Negro o el Báltico. Notando su

aspecto de asombro, le preguntó—: ¿Es que no has visto la película *El padrino*? —preguntó boquiabierta.

—Pues... lamento decir que no. No, no me suena. —Salem se despojó de las gafas y frotó los cristales con el faldón del mantel con el propósito de intentar que pasara desapercibido su embarazoso estado.

Monica lo desafió con una mirada inexorable, preguntándose cómo era posible que no hubiera visto tan aclamada película. Aun así era consciente de que podía ser cierto; excepto alguna que otra reciente película taquillera de Hollywood, en cuestiones de lenguaje visual e historia cinematográfica los cineastas indios con

los que ella se había relacionado no tenían la más absoluta idea de películas exitosas de los años setenta y ochenta que habían marcado escuela y se consideraban obras maestras. Tras aquel momento de conexión, ella volvió a hurgar en su bolso y sacó lo que buscaba. Con una pequeña toallita húmeda se limpió el pintalabios, después la volvió a dejar en el interior del bolso, que puso finalmente bajo sus pies.

—Es por la comida, ¿sabes? — quiso decir a modo de excusa, tras notar que Salem se había quedado algo sorprendido.

—¡Oh! Sí, claro, claro —balbuceó sin comprender muy bien el sentido de

su acción, y se colocó de nuevo las gafas y sonrió.

En las mesas de al lado se instalaron unos turistas norteamericanos. Otras mesas estaban ocupadas por solitarios huéspedes del hotel, y otras por hombres de negocios indios y grupos de familia con sus ruidosos y maleducados niños corriendo de aquí para allá. En un lateral, junto a la barra, encaramados a unos altos taburetes, unos jóvenes indios bullangueros y ricos tomaban cerveza y conversaban en voz alta, marcando exageradamente la pronunciación de las palabras inglesas, como dando a entender que eran ellos personas con una educación privilegiada, no disponible a sus

compatriotas que se afanaban por servirles desde detrás de la barra con total servilismo, como si fuesen blancos colonizadores en la época del imperio británico.

Alzando el brazo Salem llamó la atención del camarero. Nada más acercarse a la mesa sacó rápidamente del bolsillo un bloc y un bolígrafo. Después de repetir Monica sus platos, con un acento italiano más marcado, cuando le llegó el turno a Salem, dijo:

—Y yo por el contrario dejaré que el camarero me recomiende la cena de hoy. —Monica asintió con una sonrisa, y Salem, dirigiéndose al camarero, le preguntó—: ¿Qué nos sugiere?

El hombre tragó saliva y recitando

como se hace cuando se canta la tabla de multiplicar, de su boca fueron saliendo los nombres de platos, como disparos, dando traspiés, hasta llegar a la palabra postre.

—Bueno, bien, pues toma nota — dijo Salem al camarero— Para simplificar las cosas al cocinero, tráeme lo mismo que a la señorita. —Y sin ni siquiera mirarle añadió—: Rápido, rápido.

Las palabras de su padre volvieron a hacer eco en ella: «La gente rica en la India tendrá muchísimo dinero, de acuerdo, pero tardará años en aprender lo que es el refinamiento, bueno, si es que tienen interés de verdad».

Ambos se miraron. Salem no sabía cómo iniciar una conversación tras haber descubierto que aquella mujer era más instruida que él. Monica no era como las mujeres con las que él se había relacionado, con las que compartía ordinarieces y chistes zafios.

—¿Sabes francés? —preguntó de sopetón Monica.

—¿Francés? Mmm... —contestó haciendo una mueca. Hizo memoria por si hubiera pronunciado algo incongruente que le hubiera hecho pensar a ella que había dicho una palabra en ese idioma—. No podrías sacarme una palabra en ese idioma ni a punta de pistola. —Sintió que debía suavizar el tono de su último comentario

y añadió, de forma menos atropellada —: Claro que conozco lo que significan algunos platos...

—Siempre he pensado que la India debió ser una colonia francesa y no británica durante tantos años. El inglés, tan formal y dándose las de inteligente... Es que no saben cocinar. Sándwiches y *fish and chips*. No tienen un solo plato fino, ni decente.

—Sí, ¿eh? —dijo Salem, y de pronto se decidió a cortar por lo sano, y hablando de lo que él conocía, declaró con falsa frivolidad—: Voy a producir el próximo taquillazo de la historia de Bollywood. No puedo hacer público el argumento, ya que el guion está protegido legalmente y registrado, pero

sí el comienzo.

—Sí, algo me ha comentado mi agente, que trabaja en los estudios Mehebood. Pero ¿de qué trata?

—La historia comienza aquí en Bombay. Es un día lluvioso, un autobús rojo de dos plantas cruza la avenida de Marine Drive. Al pasar por delante del portal de un edificio de estilo victoriano salpica el agua de un charco a un transeúnte enfundado en un impermeable de color negro. El desconocido irrumpe en el despacho del detective privado Aamir Khan y le cuenta una trepidante historia de misterio sobre un diamante perdido que transporta al espectador a la India británica. En la segunda mitad del metraje volvemos al tiempo

presente. Imperturbable, el detective le dice que acuda a la policía, pero el desconocido se levanta de la silla, y le suplica: «Tiene que aceptar usted el caso. El diamante vale millones de dólares y actualmente está en manos de rebeldes maoístas en el interior de Kerala. El líder de esa banda de locos quiere desestabilizar el Gobierno de la India, tomar el poder por la fuerza y crear una dictadura». Después deja un jugoso talón del Reserve Bank of India sobre la mesa, y comienza a contarle cómo el diamante fue pasando de manos de rajá en rajá, hasta que la viuda de un súbdito monarca decidió desprenderse de aquella valiosa joya que consideraba gafada, regalándosela, regalándosela...

—Salem miró al enorme cuadro en blanco y negro que colgaba en la pared a modo de decoración chic *vintage*—, al último virrey británico, Lord Mountbatten. A continuación, volvemos a tiempo presente, y el detective le dice «No. Este es un caso de los servicios secretos». Pero el desconocido le ruega «No se preocupe por los honorarios, le pagaremos lo que me pida. No me defraude usted, por favor».

Ya no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Esa historia te la has inventado, ¿verdad? —dijo impertérrita Monica.

Salem la miró detenidamente, y dijo, riendo:

—En estos momentos estoy algo

falto de inspiración, pero luego, si quieres, te cuento lo mejor. La acción.

—¿Cuándo?

—Digamos que cuando el ambiente sea más propicio.

—Más íntimo, querrás decir.

—En Bollywood nunca puedes decir quién puede ayudar a quién...

—No te comprendo, ¿qué quieres decir? —Se ajustó los finos tirantes del vestido que se acomodaba a sus pechos, y sonriendo añadió—: Es que no entiendo el corte filosófico de los hombres.

Salem la miró aún con mayor detención y, devolviendo la sonrisa, esta vez sin ningún disimulo, observó sus pechos, y siguió mirando hacia el cuello

y luego a los ojos.

—En este mundo del cine tan hostil, uno tiene que ser un soldado de primera. Todo el mundo tiene que luchar por sobrevivir. Hay que luchar hasta el final. Esta es la base del éxito.

—Y de la voluntad de Dios.

—Efectivamente, querida, ¿por qué, si no, me he encontrado contigo precisamente hoy?

Monica soltó una sonora carcajada.

—Aparte de una llamada de teléfono y una nota dentro de un ramo de flores enviado a través de mi agente— dijo, y los ojos le brillaron de alegría.

Monica quedó prendada de aquel hombre al que consideraba ingenioso y

que no ocultaba su verdadera intención de llevarla a la cama. Salem siguió hablando, soltando un sermón sobre el valor de la vida en Bombay y el mundo del cine. Mientras, en un rincón del restaurante el pianista del hotel, con un extraño peinado que pensaría que le quedaba moderno y vanguardista, tocaba canciones clásicas de amor que nadie escuchaba.

Monica miraba a Salem como si estuviera asustada, o como si no pudiese creer lo que a él le estaba sucediendo: él no podía recordar ninguna otra chica con esa mirada tan seductora. Previamente tenía reservada una suite. Deseó hacer el amor por primera vez con ella en aquel sitio elegante, con

distinción. No fue una noche de pasión, pero sí de ternura, la que pasaron. Monica percibía un profundo respeto, deseo y admiración por parte de un hombre que contempla el cuerpo de una mujer como quien contempla una irrepetible puesta de sol, o una fotografía en blanco y negro del último virrey de la India cogido del brazo de su adúltera mujer marchándose para siempre de la India. No hubo sudores, ni jadeos, ni convulsiones, sino una exquisita delicadeza en cada gesto y en cada palabra, puesto que Salem creía tener asumido desde el primer instante, que le estaba haciendo entrega de un presente sumamente valioso. Jamás había besado antes a una mujer de aquel

modo. Su mente se ofuscaba en volar de nuevo hacia su boca para perderse en su suavidad. Los labios se separaban para detenerse a tan solo un suspiro de distancia, casi rozándose, para inmediatamente de nuevo experimentar su sabor dulce y húmedo. Ella mantuvo los ojos clavados en los de él hasta el último momento, para luego apartarlos y cerrarlos paulatinamente. Monica no era como las demás mujeres con las que estaba acostumbrado a hacer el amor, que pretendían ser lo que no eran y bravuconeaban entre ellas. Pero Monica, con ese aire de elegancia de las extranjeras blancas, era un ser especial. Las otras chicas se secaban con una toalla nada más hacerlo y hablaban y

hablaban sin parar de cosas sin importancia, incongruentes y hasta vulgares. Monica le esperaba a él, aguantaba y le esperaba, con todo su cuerpo como mandando el mensaje de «Más. Quiero más».

Cuando acabaron de hacer el amor, le dijo:

—Me perteneces, ¿me oyes?

—Sí —contestó Monica en un suspiro, con las mejillas sonrojadas.

—No tienes que acostarte con ningún otro hombre excepto conmigo. Controlo Bollywood y tengo oídos en todos los estudios de rodajes.

—Te lo prometo.

Él le rodeó la cintura con los brazos, puso la cabeza entre sus senos, y

dejó que lo mimase. Ella le acariciaba el pelo suavemente. Antes que se quedase dormido, le dijo a ella cosas que nunca había dicho antes a ninguna otra mujer.

—Desde hace mucho tiempo he aprendido a no confiar en nadie, sobre todo a las mujeres. Ahora quiero aprender a confiar en ti —le dijo antes de quedarse profundamente dormido entre sus brazos.

A la mañana siguiente cuando Salem se despertó y se sentó en el borde de la cama intentó recordar lo sucedido: un conjunto de imágenes vagas en las que se fundían un tornado de besos y caricias y música disco que habían bailado hasta altas horas de la

madrugada en la discoteca del hotel. Sin embargo, el cuerpo desnudo de Monica junto a las sábanas desmadejadas al pie de la ancha cama de matrimonio no dejaba lugar a dudas. Sin su conocimiento, la enroló en la lucha que él mantenía con la vida. Monica y Salem acabaron unidos por un múltiple cordón umbilical: el afecto, el respeto, la admiración, el lujo, el dinero, el sexo y la mutua dependencia en cuanto a seguridad. Ambos eran conscientes de que sus vidas se habían elevado sobre el frágil cimiento de la sinrazón, y eso les hermanaba.

Para Monica él era un hombre en cierto modo atractivo, que le fascinaba. Salem se las había ingeniado para

levantar un grueso muro entre su vida familiar y su vida «profesional», hasta el extremo de que ni siquiera Monica consiguió nunca saber dónde residía habitualmente, o de dónde sacaba tanto dinero para sufragar todos sus caprichos.

A menudo, cada uno de ellos buscaba en el otro las respuestas que no había conseguido desvelar sobre sí mismo.

—La violencia es una droga y aún no se han inventado ni clínicas ni tratamientos que te libren de la adicción —le comentó un día a Monica para justificar el hecho de que siempre llevase consigo un revólver calibre treinta y ocho; arma preferida por

entonces incluso por los sicarios colombianos, ya que acostumbraban a disparar desde el interior del bolsillo sin que se enganchara en la tela—. Por eso yo llevo a todas partes este artilugio para sentirme más seguro, más protegido ante cualquier ataque, ya que tengo muchos enemigos.

Siguieron días muy hermosos entre ambos en los que no les unía una pasión desenfrenada, sino más bien una especie de cómplice camaradería que les hacía disfrutar de cuanto les rodeaba sin estar pensando continuamente en el sexo.

Monica Bedi comenzó a recibir ofertas para superproducciones en Bollywood. Pero no solo consiguió llegar al estrellato de manera tan rápida

únicamente por la perfección de su anatomía o su disposición a irse a la cama con quien considerara que era conveniente para su carrera, o con quien le apeteciera, sino sobre todo por su natural inteligencia. Le enseñó a Salem a comportarse en restaurantes de lujo, a mantener una conversación interesante en un inglés más o menos fluido, y a elegir muy bien elegantes y sofisticadas prendas de vestir. Por el contrario, Monica aprendió a ser rica, sin serlo, como amante de un hombre poderoso y excéntrico, pero en el fondo generoso y perspicaz, que le cubrió de joyas de los pies a la cabeza y de prendas de vestir exclusivas de firma.

31 RESIDENCIA DE LOS BEDI, BOMBAY

En la casa de la familia Bedi se vivía otra atmósfera. Ravi estaba cada vez más preocupado por su hija.

El día de la festividad nacional del *Diwali*, Monica no asistió a la cena familiar y llegó a casa de madrugada.

Su madre la estaba esperando.

—Esto no es un hotel —gritó a su hija nada más entrar en el apartamento—. ¿Te enteras?

—Volveré cuando lo crea

conveniente —le contestó con impertinencia.

Abhilasa se volvió hacia su esposo.

—¿Consientes que nuestra hija me hable así?

—Abhilasa... —fue lo único que pudo contestar, mientras hacía una mueca de desaprobación por aquel espectáculo y tratando de calmar a su esposa.

Ella sujetó a Monica por la muñeca y tirando con fuerza la puso frente al espejo del salón.

—¿Te has visto en el espejo últimamente?

—Pues claro, mamá, ¿qué insinúas? Solo he aumentado algo de

peso, eso es todo.

—¿Y tus ojos?

—A ver, ¿qué les pasa a mis ojos?

—No son los ojos de una joven de tu edad. ¿Ahora haces como *esas* estrellas de Bollywood, yendo de fiesta en fiesta, que viven con la idea de que, si se levantan tarde, enfermarán? Tienes unas ojeras no propias de...

—Es solo que he estado ensayando bailes —dijo Monica interrumpiéndola—. Además, hasta los ojos de tu santa Virgen María tendrían este aspecto si ella tuviera que abrirse camino en Bollywood.

Abhilasa le dio un bofetón que resonó en toda la estancia.

—Insolente —gritó—. Volverás a

empezar el máster de ingeniería en la universidad y dejarás el cine.

—Volveré a la universidad cuando quiera.

—Mientras vivas en esta casa, harás lo que yo considere correcto, no lo olvides, jovencita. Conmigo, nada de tonterías.

—¡Y tú no vuelvas a entrar en mi habitación a revolver mis cosas!

—Pero ¿no oyes lo que dice, Ravi? —Abhilasa respiraba con fuerza; miró a su esposo—: ¿Consientes que nuestra hija me hable así?

Abhilasa se aproximó, la sujetó por los brazos y empezó a zarandearla.

Monica consiguió desprenderse de ella y comenzó a gritar.

—¡No quiero seguir viviendo en esta casa! ¡No quiero continuar viviendo con vosotros! Ya soy lo bastante mayor como para independizarme y vivir mi propia vida. Gano mucho dinero y puedo mantenerme sola.

—Chsss —susurró Ravi, con aire triste y cansado—. Tu madre te quiere. Comprende que esté preocupada.

Monica ya había salido corriendo hacia su habitación y cerrado la puerta de un portazo.

El teléfono sonó. Los dos esperaron a que el otro descolgase.

Lo hizo Abhilasa.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó al desconocido interlocutor—. Hable más fuerte, que con esa música de fondo no

le oigo. No, mi hija ha salido a dar un paseo con su padre.

Monica, que había salido como un torrente de su habitación al oír mencionar su nombre, con un rápido movimiento le arrancó el teléfono de la mano, se arrodilló con el auricular apretado entre los senos, hablándole como si le hablase con todo el cuerpo.

—Espérame —suplicó—. Nos veremos más tarde.

Su madre trataba de quitarle el teléfono, pero Monica le daba la espalda cada vez que extendía el brazo, protegiendo el aparato con la espalda arqueada.

—No... No... No... —gritaba sin cesar Monica.

Ravi corrió hacia su hija.

—¡Basta, Monica! —gritó su padre, agarrándola por los brazos, zarandeándola con tanta fuerza que el auricular cayó al suelo.

Monica se puso de pie, dando tumbos.

—¡A la mierda! —gritó con todas sus fuerzas, hecha un mar de lágrimas.

Con una mano en la boca renqueó, inclinada, hacia el pasillo en dirección al cuarto de baño. Al cabo de un momento resonaron desde el interior profundas arcadas y gritos. Ravi corrió y llamó a la puerta con los nudillos.

—Déjame sola.

—Abre inmediatamente —dijo Ravi pegándose a la puerta y moviendo

infructuosamente el pomo.

—¡Vete, vete! —gritaba Monica desde el interior entre dientes—. A ti lo que te importa es el dinero. A ti te importa poco mi futuro.

En silencio, Abhilasa tiró de la manga de la camisa a Ravi de camino hacia el salón.

—No voy a consentir que esta chica acabe con nosotros, Ravi, de verdad —dijo con los ojos llenos de lágrimas a su marido—. Yo no puedo luchar más.

En el interior del baño las arcadas cesaron poco a poco y dieron paso a un chapoteo de agua. Se oyó el ruido de la cisterna del váter. Monica abrió la puerta y echó a correr escaleras arriba y

se encerró en su dormitorio con un sonoro golpetazo, tras lo cual se impuso en toda la casa un inquietante y profundo silencio.

Abhilasa se sentó en el sofá tapándose el rostro con las manos. Ravi se quedó de pie sin decidirse entre subir y hablar con su hija, o quedarse donde estaba o sentarse junto a su esposa. No sabía qué era mejor o peor.

—Me vuelvo a Oslo con Karam y que ella sea consecuente con sus acciones y decisiones —dijo después de un prolongado silencio— Ya está. Ella es mayor, está ganando mucho dinero en las películas y por lo visto tiene a un hombre que no nos quiere presentar ni decir quién es, pero que está dispuesto a

mantenerla. Esto acabará mal. Nosotros como padres somos culpables de esta situación. Se nos ha ido de las manos. Desde pequeña ha sido una niña consentida, y solo las malas experiencias podrán hacer que entienda. Ojalá sea más pronto que tarde. —Alzó la mirada y vio la cara de cansancio de su marido. Su aspecto resultaba penoso: tan grande físicamente y con un imponente turbante que lo hacía parecer aún más alto, pero en aquel momento le pareció un hombre envejecido. Atrás quedaba el tiempo, no tan lejano, en el que se habían conocido, cuando ella presumía del parecido físico que él tenía con el paisano actor indio de origen punyabí Kabir Bedi, que triunfaba en

Italia con la serie *Sandokan*—. Decidido. Mañana me voy a la agencia de viajes y compro de inmediato los billetes, y si tú decides quedarte aquí, en Bombay, es tu hija; ocúpate de ella.

32 TRAICIÓN. JOHANNESBURGO

Salem pagó un salario mensual a varios empleados de la industria de Bollywood para que le informasen de todo lo que sucediera: rivalidades entre técnicos, quién era quién, problemas personales de las estrellas, quién se acostaba con quién, cuáles eran las ganancias de cada uno... Su informador más importante era un productor llamado Bobby. Era un caso único en todo Bombay: podía entrar y salir de cualquier oficina a su

libre albedrío, sin cita previa. Salem le mandaba dinero para la producción de sus películas, y en ellas debían participar ciertos actores que él conocía, por los que tuviese alguna preferencia o de los cuales se hubiera encaprichado. Bobby entraba en las oficinas de sus representantes y conseguía la firma del actor comprometiéndose a determinadas fechas. Si algún actor o actriz, por cualquier motivo, incluso por problemas de calendario, se negaba a participar, recibía una llamada del Capitán, y asunto resuelto. Tras una advertencia educada, muchos actores incluso se ofrecían a trabajar gratuitamente durante una o dos semanas. Los productores, tras

ser extorsionados, sin más preámbulos, desde sus cuentas bancarias, unas en paraísos fiscales en el extranjero, otras en la India, efectuaban los pagos, parte en metálico y otro tanto mediante transferencias.

En unos meses toda persona influyente de Bollywood tenía en su lista de contactos el número de teléfono que Salem utilizaba en la India, y cuando volaban a localizaciones extranjeras, de camino hacían una parada en Dubái para visitarle en persona, en su casa. Sin embargo ninguno de ellos se llegaba a reunir con Salem. Actores, actrices, directores y productores se veían con alguien refinado, elegante, sofisticado, llamado Abhisek Kapoor, que se

presentaba como secretario personal de Abu Salem. Sobre este último corría el rumor de que era una persona vil, criada en zonas rurales, sin modales, sediento de sangre y cuya forma de hablar era similar a la de alguien proveniente de las calles más sucias y pendencieras de Bombay.

Construido sobre una isla artificial junto a la costa, en el hotel Burj Al Arab, frecuentemente descrito como «el único hotel de siete estrellas en el mundo», Salem se reunía allí con la gente de la industria del cine indio. Dependiendo de quién fuera lo hacía bien en el vestíbulo o en el restaurante Al Mahara. En una

lujosa habitación si se trataba de una actriz prominente. Sanjay Dutt, a quien le entregó personalmente el armamento en su casa, fue a visitarle cuando obtuvo permiso en los juzgados para rodar unas escenas de bailes, para una producción en el extranjero. Se reunieron en el restaurante ubicado bajo el mar, que ofrecía una vista subacuática a través de un cristal en forma de acuario. Mientras bebían whisky, Sanjay se explayó en sus disculpas y quiso que expresase su perdón al señor Abu Salem, que lo consideraba y respetaba como un hermano. Le confesó que en su día no supo de dónde provenían las armas, que no tenía la más remota idea de que fuese un cargamento destinado a cometer los

atentados terroristas. Que recibió tal presión por la policía que el nombre de Abu Salem se le «había deslizado» de los labios, y con lágrimas en los ojos, no solo le reiteró sus disculpas, sino que le pidió que conllevara el mensaje «a su hermano mayor», que estaba dispuesto a participar en producciones que él considerase oportunas. Salem no guardaba rencor porque él también fue engañado en su día. Pero en su interior se regocijaba de plenitud viéndole en aquel pésimo estado, con el rostro pálido y los ojos hundidos, pidiendo perdón y clemencia para poder seguir actuando en películas y no perder el fervor y la adoración infantil del público.

Salem era consciente de que el común denominador de toda persona relacionada con Bollywood era la mentira. Entonces ¿por qué él no iba a engañar si todos eran unos mentirosos? Todos, absolutamente todos, daban a la mentira apariencia de verdad. El actor Sanjay Dutt le hacía partícipe de la dieta que seguía para mantenerse en forma bajo la estricta supervisión de un profesional de la alimentación: espinacas y pechuga de pollo, todo lo contrario de la imagen externa de macho que daban en pantalla y los anuncios de promoción de cerveza extrafuerte y pollo frito. Mentían respecto a su edad, al decir que su juventud se debía al yoga y el ayurveda, cuando en realidad no

revelaban sus últimas operaciones estéticas y capilares; mentían respecto a la lectura de guiones, cuando en realidad no habían leído jamás ninguno, excepto diálogos escritos en hojas sueltas, y no tenían ningún contrato inminente; mentían respecto a su transformación muscular con un determinado entrenador profesional de actores de Hollywood y a que seguían una dieta natural, cuando en realidad veinte días antes del rodaje habían estado inyectándose esteroides e hinchándose a batidos de proteínas. Por ese motivo a Salem le fascinaba la idea de interpretar una doble identidad, porque los actores mentían diciendo que habían luchado, sufrido y padecido hasta conseguir el estrellato cuando en

realidad, tras más de una docena de fracasos, habían conseguido un éxito en taquilla gracias a sus contactos familiares en la industria, que habían estado continuamente invirtiendo dinero en *marketing* y financiando sus películas.

Pensaba que, sin ser un actor profesional, estaba actuando en Bollywood. Estaba tan contento que, durante sus reuniones con las personalidades de Bollywood del momento, pretendía simular estar recibiendo en ese instante llamadas a su teléfono inalámbrico e incluso llegaba a poner a un empleado en la otra línea para que sus gestos resultaran más realistas, y mantenía una conversación

con el ficticio Abu Salem durante minutos, dejando a sus invitados a la escucha de palabras sueltas o gestos faciales que él hacía mientras hablaba, y no menos temerosos.

Durante ese tiempo fue cuando inició su relación con Monica Bedi. En un principio siguió fingiendo ser Abhisek Kapoor, pero finalmente se presentó ante ella como Abu Salem y quiso sacar provecho de sus contactos utilizándola para obtener información sobre todo lo que sucedía en los camerinos, en los estudios y sobre las relaciones personales e íntimas de los directores, actores y productores.

Sin embargo, la forma tan amable y educada con la que se expresaba y

pronunciaba las palabras en hindi, como si fuese una eminencia o un erudito de la lengua hindi, fue yendo de boca en boca convirtiéndose en comidilla entre la gente. Un periodista del periódico *Indian Express*, después de pasar mucho tiempo detrás de confidentes de Bombay, por fin consiguió hablar con él por teléfono. El reportero le preguntó burlescamente si es que no tenía las agallas suficientes como para de verdad amenazar de muerte a un productor de Bollywood y sacarle dinero; y sarcásticamente le pronosticó un futuro prometedor como carterista en un mercado. No solo eso, sino que, entre risas y carcajadas, le cuestionó que realmente fuera un gánster y no un

timador de poca monta con pretensiones de serlo. Salem, le contestó que tendría noticias suyas en unos días.

A la semana siguiente, los hombres de Salem, encabezados por Riyaz, asesinaron al productor musical Gulshan Kumar, que se oponía desde hacía tiempo a pagar al crimen organizado. Antes fue avisado por teléfono por el propio Salem. Cuando le llamó para advertirle por última vez, Gulshan no tuvo ningún reparo en insultarle e injuriarle. Aquello le sentenció.

El asesinato del productor musical fue como lanzar un dardo al mismísimo corazón de la industria de Bollywood. Todos quedaron conmocionados. Directores, productores, actores y

técnicos se asustaron y se sintieron coaccionados más que nunca por el poder del Capitán. Si Salem había sido capaz de contactar con magnates de la industria como Subash Ghai y Rajiv Rai y había ordenado el asesinato de Gulshan Kumar, y actores y actrices no dejaban de rendirle pleitesía, significaba que nadie estaba a salvo y cualquiera podía convertirse en una víctima de su poder.

Había estado tres días sin ver a Monica. Viajaba continuamente de los Emiratos Árabes a la India y viceversa. En su oficina de Dubái, donde dirigía sus actividades de contrabando y realizaba llamadas telefónicas para chantajear y sobornar a las personas

influyentes y adineradas de la industria, cada vez que disponía de un momento de tranquilidad evocaba sus besos, sus miradas, su blanca piel, sus caricias. Llevaba tiempo planeándolo: en cuanto regresara a Bombay iría con ella al restaurante más lujoso de la ciudad.

—Vamos a cenar al Taj Mahal.

—Ya sabes que mañana tengo que trabajar.

—Todos tenemos que trabajar mañana —le contestó él.

—Hace demasiado calor y hay mucho tráfico. No quiero respirar polución.

—Sí —dijo con una mueca irónica—, yo tampoco quiero morir.

—Entonces... ¿qué sugieres?

—¡Máscaras antigás!

—Me refiero a cenar.

Salem se levantó y abrió la ventana, el ruido del tráfico penetró en el apartamento.

—Odio este lugar en verano. Es tan húmedo que uno no puede ni respirar, hay que cambiarse de ropa tres veces al día y continuamente estar duchándose.

—Eso es lo menos que se le puede pedir al lugar en que uno vive...

—Tan pronto como consiga el dinero suficiente nos marcharemos al extranjero. Voy a conseguir un lugar muy lejos de esta capa de suciedad.

—No hay tal lugar. Es un mito.

—De acuerdo, entonces —

sentenció Salem—. Les pediré que nos traigan la comida.

Pero antes de que pudiese alcanzar el aparador, el teléfono sonó. Cuando terminó de escuchar a su interlocutor y colgó el auricular, no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda. Sentía como si su conciencia estuviera preparando aquel momento para poder decirle: «Te lo venía advirtiéndote, Abu Salem, pero no has querido darte cuenta. Ahora tienes que huir. Pero no huir como antes, huir para siempre o pasar el resto de tu vida en la cárcel o sentenciado a muerte. No te queda otra opción».

Presionado por la imagen exterior debido a posibles inversiones extranjeras en el país, el Gobierno indio

necesitaba dar una respuesta firme y contundente contra el crimen organizado. En Bombay, la pobreza y la corrupción eran parte de una misma historia. Si las reformas económicas tenían que tener algún sentido debían de llegar a los más necesitados para mejorar su posición en la sociedad. Pero como, durante toda la década del 2000, el dinero pasaba por las manos de los ricos y los corruptos, no había ningún progreso en absoluto. A nadie le importaba que debido al desarrollo industrial y minero el agua en los pueblos de la periferia de Bombay y del interior estuviese contaminada de arsénico y flúor. Los ambiciosos políticos deseaban aumentar los ingresos del Gobierno y necesitaban a

alguien que tuviese un poder mediático para que sus pretendidas acciones a corto plazo tuviesen resonancia en los medios de comunicación y así llegase a los ciudadanos, obtuviesen votos, y desde el extranjero recibieran inversiones y contratos millonarios. Los funcionarios del Ministerio del Interior señalaron con el dedo a Abu Salem; la industria cinematográfica de Bollywood, también. Todos acabaron engañándole. Todos, incluidos los policías corruptos a los que había estado sobornando. Todos, incluso Riyaz.

Salem se sentía como una rata enjaulada a la espera de que un gato la devorara. En su fuero interno estaba íntimamente convencido de que nadie le

buscaba, pero aun así quería ponérselo difícil a quien lo intentara. De no habérselo impedido la ira, quizá igual habría derramado una lágrima. Solo la huida podía salvarle, lo sabía, y quedarse significaría la muerte o la cárcel. No disponía de tiempo para lamentos.

Le mortificaba tener que afrontar una encrucijada en la que, fuera cual fuera el país de destino final en el que obtener asilo, parecía estar abocado hacia el abismo.

—Nos vamos, Monica.

—¿Adónde? —preguntó ella contemplando atónita la transformación de Salem, de hombre prepotente y temible con sus adversarios a hombre

asustado y acorralado.

—Ya lo sabrás —contestó, y miró su reloj—. ¿Cuánto tiempo tardarás en hacer la maleta?

—Veinte minutos, pero ¿adónde vamos? ¿Quieres decírmelo?

—Todo a su debido tiempo. Por ahora solo tienes que esperarme abajo, en el aparcamiento, cuando termines. Yo mientras tengo que ocuparte de unos asuntos. Más tarde haces tus preguntas. Y ahora, date prisa. ¡Rápido!

Cuando el sol hizo su aparición sobre un rojo horizonte, ascendiendo con increíble rapidez a medida que el avión volaba a casi mil kilómetros por hora en dirección opuesta a Bombay, dejó de llorar. Había tenido tiempo de

llamar a su padre y le había informado de que muy pronto iría a verlos a Oslo, pero que no se preocupasen por ella si durante los siguientes días no recibían noticias por su parte, ya que se marchaba de viaje. No quiso decirle adónde, porque ni ella misma lo sabía. Pero Ravi, notando su nerviosismo al hablar, presintió que algo no iba bien.

Para Monica las amistades que dejaba en Filmcity de Bombay, tan absoluta carencia de ataduras laborales para rodajes de nuevas producciones, constituía el peor de los castigos, pero no estaba triste en absoluto por dejar Bollywood atrás, porque había descubierto que su decisión de seguir al lado del hombre junto al que deseaba

permanecer el resto de su vida era lo que en el fondo le hacía feliz, porque era lo que había elegido libremente. No había sido un exilio impuesto por una productora, ni por sus padres, ni tenía que marcharse a un país remoto a abortar a causa de un embarazo tras una noche de pasión con un actor, como era habitual que sucediese entre las jóvenes promesas de la industria. Ni habían impuesto su marcha las malas respuestas en taquilla de sus películas, como tampoco la mala reputación en el círculo del cine indio. Enseguida comprendió, sentada junto a Salem, que dormía profundamente, en aquel vuelo con destino a Johannesburgo, que su decisión se convertía en una rotunda e

indiscutible demostración de libertad.

Por tercer día consecutivo habían realizado un *tour* por la ciudad. Decidieron comprar comida india en un afamado restaurante, y se recluyeron en la *suite* de lujo del hotel Intercontinental Sandton que habían reservado para una semana.

—Dame un vaso de whisky, hay hielo ahí en el congelador, dentro del frigorífico —le solicitó Salem, y ella lo preparó tan solo vestida con una braguita; se sentía feliz de poder ocuparse de él.

Mientras Salem se tomaba la bebida sentado en el sofá frente al televisor, ella se dirigió al baño, llenó la bañera con agua caliente, y se metió

dentro. Pensaba que tan solo tendría que apartar temporalmente sus aspiraciones cinematográficas, porque, a fin de cuentas, se encontraba compartiendo su vida con la persona que dominaba esa industria. Podía escuchar al narrador del documental de animales salvajes en la selva ecuatoriana. Se sentía contenta, iba a estar con Salem fuese cual fuese su destino. Se sentía complacida mirándose las uñas de los pies. Se echó hacia atrás con el cabello flotando en el agua, cerró los ojos y disfrutó del placer que le causaba darse un baño en agua limpia, no como en Bombay, donde en épocas de lluvia sale arenilla de las tuberías, e incluso hay ocasiones en las que pueden salir del grifo hasta peces pequeños y

gusanos, debido a que durante el monzón los depósitos se dejan abiertos y en ellos se crían peces, se forma musgo e incluso aparecen flotando en el agua ratas muertas que se han acercado a beber.

33 RESIDENCIA DE LOS BEDI, OSLO

Una de las razones del aumento del número de inmigrantes en Oslo procedentes de la India fue la rápida adaptabilidad y la flexibilidad de esa comunidad, en especial la del norte del país, la *punyabí*. Pero también su capacidad de absorber y amalgamar la cultura y los aspectos sociales de Noruega. Sin embargo, el motivo principal por el que la comunidad *punyabí* se había integrado tan bien,

generación tras generación, en Noruega fue el respeto en los valores familiares. Por eso, cuando aquel mediodía, la señora Kaur, bajo un cielo apacible y un ligero viento que sacudía a los árboles, se disponía a regar sus plantas, en su pequeño pero muy bien cuidado jardín y vio a un coche con el distintivo policial aparcar frente a su casa y a dos personas bien trajeadas salir del vehículo, se alarmó. Inmediatamente fue al interior de la vivienda, cogió el teléfono móvil y, ante la pasividad de su marido, que leía tranquilamente el periódico punyabí, y de sus hijos y nietos, que ese fin de semana se habían reunido para comer en familia, llamó a sus amigas para comentarles en voz alta el suceso,

que indudablemente se debía a la situación en la que se encontraba la hija de los Bedi, noticia que había salido en los medios de comunicación.

—Qué desgraciada debe de sentirse. Qué momentos tan difíciles para Abhilasa —comentaba la señora Kaur al auricular pegada al cristal de la ventana para no perderse ningún suceso dramático que pudiese suceder en casa de los Bedi—. La hija, una perdida...

Los demás familiares no tardaron en mirar por la ventana, mientras los más pequeños jugaban sobre la moqueta ajenos a los cotilleos y comidillas de los adultos. Una de las hijas comentó cómo había sido posible que Monica, antaño compañera suya en el vecino

colegio público, hubiese acabado en Bollywood y ahora en busca y captura con un criminal. Su hermano se apresuró a decir que bien se lo merecía por buscar la fama a cualquier costa.

—Quién te ha visto y quién te ve, Ravi Bedi —dijo el patriarca de la familia tras levantarse del sofá y mirar también por la ventana—. El susto que el pobre hombre se va a llevar.

Por su parte, Ravi se encontraba leyendo el periódico mientras su esposa terminaba de preparar la comida. El timbre sonó. Ravi se levantó y escudriñó por la ventana, los rostros de los visitantes le miraron como cadáveres tumefactos. El más joven era moreno, con el cabello rasurado, y llevaba la

barba bien cuidada, a la moda; tenía aspecto de ser hijo de inmigrantes asiáticos. El más veterano, por el contrario, tenía rasgos autóctonos noruegos, era muy blanco de piel y rubio. Abrió la puerta y antes de que pudiese preguntar a qué se debía la visita se efectuaron las presentaciones en tono fúnebre. Solo entonces se dio cuenta de que todo se debía a algo relacionado con su hija.

—Hola —saludó.

—Esta es la casa de Monica Bedi, ¿no es así? —preguntó el de la barba.

—Disculpen, ¿puedo ayudarles en algo? —Sus palabras eran corteses, como quien habla a unos intrusos, esperando recibir una mala noticia de la

forma menos dolorosa posible.

—Es solo una cuestión rutinaria. Esperamos no haberle interrumpido a esta hora, pero si no le importa, quisiéramos saber dónde se encuentra su hija.

Ravi hizo una pausa de resignación antes de hablar; arrugando la frente y al ver al fondo el coche policial con el oficial de pie observándole desde la distancia, dijo como respuesta:

—¿Mi hija?

—Sí, su hija —replicó el más joven.

—Nada grave le ha pasado, espero —añadió Ravi con una mirada imperturbable.

—Su hija Monica está en paradero desconocido —espetó el veterano—. Y por lo que hemos podido saber se ha dado a la fuga con un criminal en busca y captura llamado Abu Salem.

—Válgame Dios.

Abhilasa, que hasta entonces se había limitado a escuchar desde el interior con cara de circunstancias intervino.

—¡Qué ocurrencia más absurda! —exclamó alzando ambos brazos al aire como si estuviese espantando moscas con su paño de cocina.

—Señora —dijo el más veterano—. No pretendemos armar ningún revuelo ni menos aún hacer acusaciones. Esto es solo una pesquisa. No venimos a

arrestar a nadie ni causar ningún daño. Estamos aquí para resolver problemas y buscar soluciones. Hemos recibido una notificación sobre la relación entre su hija Monica y un criminal. — Dirigiéndose a Ravi, anunciando con una sonrisa que se disponía a pasar al ataque, preguntó—: ¿Cuándo fue la última vez que vio usted a su hija?

—Mi hija no puede estar mezclada en ningún tipo de actividades ilegales — dijo Abhilasa dando un paso hacia delante, hablando con una voz monótona y resentida de víctima.

—Todo el mundo engaña, todo el mundo roba, todo el mundo se deja sobornar, pero también todo el mundo pretende continuar aparentando que es

sincero, honrado e insobornable — comentó el policía más joven.

—¿A qué ha venido aquí? ¿A insultarme? Que sepa que... —espetó Abhilasa con el dedo índice levantado.

El más veterano, con apremio, sacó de su bolsillo una serie de fotografías, y dijo interrumpiendo a Abhilasa y poniendo las fotografías frente al rostro de su marido:

—¿Es esta su hija, señor Ravi Bedi? Fueron tomadas por una cámara de seguridad en el aeropuerto de Bombay y posteriormente a su llegada en el aeropuerto de Johannesburgo.

—¿Dónde dice usted? —preguntó incrédula Abhilasa dando una rápida mirada a su marido.

—Su hija se marchó de la India con un evadido de la justicia.

—¿Pero quién es? ¿Con quién se ha ido? —volvió a preguntar Abhilasa.

—Con un notorio gánster llamado Abu Salem.

Ravi dio unos pasos hacia atrás y se dejó caer en el sofá con el codo apoyado sobre el reposabrazos. No daba crédito a lo que oía. Levantó la cabeza y miró a cada uno de ellos pensando si todo aquello sería una broma, con cámara oculta incluida. «No. No lo es», se dijo para sus adentros.

—Pues no esperen ninguno de ustedes que nosotros vayamos a hacer nada —le espetó Abhilasa.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Es

nuestra hija! —dijo Ravi abatido.

—¿Y a quién le pido ayuda? ¿A la Virgen? —le preguntó su esposa dando la espalda a los policías con las manos en jarras.

—Alabado sea el Señor —dijo con sorna Ravi—. Por eso he desconfiado siempre de la Iglesia católica, parece que vuestro Dios solo ayuda a quien se ayuda a sí mismo, como los cínicos de la religión hindú.

—Bueno, querido, ¿ahora resulta que ninguna religión es cínica? La tuya *sij* es la mejor, ¿verdad?

Los funcionarios se miraron mutuamente. «Quizá la falta de valores, según las costumbres y tradiciones de la India, haya perjudicado a la hija desde

pequeña, expuesta en exceso a la cultura libertina occidental, y que esta sea la causa de la fractura de la familia de los Bedi», pensó para sí el policía más joven.

Con recelo, llegándole las pobladas cejas hasta el nacimiento del turbante, en un gesto de preocupación, Ravi preguntó a los policías.

—¿Y nuestra hija está bien?

—Estamos convencidos de que Monica no está prendada de amor de este criminal por un «amor» como lo define el diccionario —dijo con su sonrisa de payaso el más veterano—, sino con el ficticio y dañino de las películas de esas que tanta fama le dan a Bombay. Ese es un amor pasajero y

tarde o temprano la llama se apagará. Su hija es de buena familia, ha tenido una privilegiada educación, ha cometido un error, de acuerdo, pero pronto se dará cuenta de que la convivencia con este hombre es perjudicial para su futuro y se planteará dejarle. Lo importante es que consiga su libertad. —Sacó de su bolsillo un par de tarjetas, y añadió—: Les pido que, si en un futuro próximo vienen aquí de visita o buscando refugio, se pongan en contacto de inmediato con nuestro departamento. Ese hombre puede ser muy peligroso.

34 INCIDENTE EN AKER BRYGGE, OSLO

Ravi era un hombre sin grandes ambiciones en la vida. Tenía una mujer devota y fiel, un inmejorable comportamiento en su empresa de telecomunicaciones en Oslo, y disfrutaba del golf con sus viejos amigos, deporte en el que se consideraba a sí mismo razonablemente bueno. Aquel día había decidido no ir a

trabajar. Después de echar una ojeada a los mercados en el cierre, y tras consultar varios correos que su secretario le había enviado con respecto a unas inversiones que se proponían realizar en la India, Ravi apagó su ordenador portátil y recorrió con la mirada la estancia. Dentro de muy poco cumpliría los sesenta, algo de lo que ya iba tomando conciencia. Su hijo iba bien en los estudios y en muy poco tiempo trabajaría junto a él en la empresa. «Pero ¿qué pasará con Monica?». Permaneció inmóvil sentado en la mesa del comedor, contemplando cómo se hacía el café. Hacía menos de una hora que la policía se había marchado. Tanto él como su mujer no habían dicho nada

de que Monica la noche anterior había llegado con un hombre y ambos estaban durmiendo en el ático. Estaban muy cansados cuando llegaron, y a ellos les pilló tan de sorpresa que llamasen al timbre a las diez de la noche que no se hicieron preguntas. Después de un abrazo y besos efusivos, sin mencionar el nombre de su acompañante, ella les dijo que por la mañana les contaría lo sucedido, pero que, por lo que más quisieran, no dijese a nadie que ellos dos estaban allí.

La mirada de Ravi se perdió sobre la superficie de madera maciza de la mesa. Tamborileaba con sus dedos al mismo tiempo que sonreía. Veía el pálido rostro de una adolescente

Monica. Le despertó de su ensimismamiento el ruido de la cafetera: el café ya estaba hirviendo en su interior.

—Quizá deberíamos informar a las autoridades —dijo Abhilasa entrando en la cocina dispuesta a preparar el desayuno para todos.

Ravi, escandalizado, clavó en ella una mirada de toro enfurecido.

—Ni hablar. Pero ¿qué dices? Si hubiese estrangulado a un productor de cine en Bombay y lo hubiese hecho desaparecer, con unos supuestos cómplices, en un barril lleno de ácido, posiblemente habría llamado a alguien. Pero ¿delatar a nuestra propia hija? No ha cometido crimen alguno. Lo único

que se le puede achacar es haberse enamorado perdidamente de un gánster y creerse que la vida es un mundo de acción y romance al estilo de las películas de Bollywood. Ha caído estrepitosamente en el engaño más antiguo del manual del mundo del cine. Pronto se dará cuenta ella misma de lo equivocada que está.

—Tú y tu hija —dijo sonriendo con altivez y moviendo la cabeza ligeramente de un lado a otro—. Menudo par. Menos mal que nuestro hijo Karam no es ni como tú, ni como Monica. Tú sigue pensando que nuestra inocente hija, veterana de innumerables amoríos fútiles, ha caído en una almibarada trampa. ¡Menudo argumento

para una película masala india! Te duele aceptarlo porque eres su padre. Enamorada de un gánster romántico camuflado... ¡Oh, dime algo nuevo que no suceda en el mundo de las jóvenes chicas ingenuas que se quieren abrir camino en el glamuroso mundo del cine, dispuestas a acostarse con quien sea!

—¡Basta, Abhilasa! —gritó Ravi—. Monica cometió una estupidez, de acuerdo. Pero los errores del pasado no pueden rectificarse, como tampoco explicarse. No vamos a dedicarnos a encontrar una explicación.

—Si tú no quieres dar ninguna información a la policía, es cosa tuya. Haz lo que gustes. Pero como esta situación se prolongue, tendremos que

tomar medidas como padres responsables.

La noche anterior, después de que Monica y Salem hicieran acto de presencia y se fueran a dormir, hundido en el sillón como un boxeador entre dos asaltos, un auténtico torbellino de sinrazón se apoderó de Ravi. Conocía de sobra quién era aquel hombre. Abu Salem había salido muchas veces en televisión, en los canales indios que veían y en los periódicos indios atrasados que vendían en las tiendas del barrio. Se levantó y contempló varios retratos familiares que había sobre la estantería del salón. Bellamente

enmarcadas, se trataba de fotografías que mostraban distintas épocas pasadas. Cerró los ojos un instante. Después abrió un armario empotrado y sacó una botella de whisky. Bebió un poco. Los restantes sorbos entibiaron su ánimo lo suficiente como para ensoñar un atisbo de esperanza. Se dejó caer de nuevo sobre el sofá. Pero al cabo de un instante volvió a levantarse y decidió salir a pasear por la ciudad.

No quiso coger el coche. Fue andando hasta la parada de autobús. Ya estaba anocheciendo. En la marquesina de la parada un anuncio en gran tamaño publicitaba una moderna universidad privada. Un grupo de jóvenes modelos, todos sonrientes, destacaban delante de

un edificio de arquitectura moderna. Cuando el autobús llegó y ocupó su asiento, desde el interior observó de nuevo la marquesina publicitaria del exterior. «Triunfé demasiado joven, ese ha sido mi problema. Quienes destacan en los estudios universitarios fracasan en la vida real. Cuántos de mi promoción de origen indio han acabado en el extranjero con sus vidas personales rotas: hijos descarriados, matrimonios rotos a causa de las amantes, despidos laborales por abusar del alcohol, y vete tú a saber qué cosas más. Solo quedamos en pie los supervivientes. Pero yo me he convertido en un náufrago. ¿Por qué no vuelvo a vivir en la India? ¿Quizá en el

fondo me gusta el desafío? No, vivir en la India para siempre es detestable. Todo son problemas diarios, trabas gubernamentales, el tráfico, la polución, la gente hipócrita ¡todo! He tenido suerte en la vida; cuando era niño recibí dinero en lugar de amor; y ahora lo que más añoro es amor, ser querido, y de lo que me desprendería sería del dinero».

Cuando descendió del autobús estuvo paseando sin rumbo fijo por la ciudad. Comenzó a pensar en el motivo que habría llevado a su hija a relacionarse con aquel gánster mencionado por la policía. Mientras seguía sumido en sus pensamientos, le vino a la cabeza la sensación que le causó su primera relación sexual, y

cómo quedó prendado en aquellos años de Abhilasa. Recordó las posturas que experimentaban y cómo ella un día le puso debajo de la almohada un libro ilustrado del arte amatorio hindú, el *Kamasutra*. Rememorando cómo hacían el amor en su juventud, no podía dejar de pensar en el acto sexual, y conscientemente, al introducirse en el barrio rojo, quería encontrarse por puro azar con algo que le devolviera a la realidad.

A diferencia de las noches de fin de semana, en las que el barrio solía estar lleno, aquella no era una noche animada. Había escaparates iluminados en la calle principal de aquel barrio rojo, y en su interior mujeres posando

para los transeúntes. Algunas de ellas, que no soportaban a los mirones y perversos pegados al cristal, salían y esperaban displicentes a los clientes en el quicio de la puerta.

Viendo su llamativo turbante *sij*, una prostituta asiática se le acercó insinuándose descaradamente. Ravi, muy ofuscado en medio de la acera, la rechazó con brusquedad con un ademán, aunque lo cierto es que ella le infundía temor. «Estas cosas hoy en día son demasiado abiertas. Ya nada es discreto». Pasó por una callejuela donde dos personas estaban teniendo sexo; el hombre con los pantalones bajados hasta las rodillas se movía como un perro en celo, y la mujer de espaldas a la pared

con la falda subida hasta la cintura, no dejaba de jadear mientras ladeaba la cabeza. «Hasta sexo en la calle, ¡qué barbaridad!». Con andares lentos viendo los letreros y nombres tan llamativos de los *sex shops* y los *night clubs*, decidió meterse en un cine donde durante toda la noche proyectaban películas pornográficas. Lo que le asombró no fue visionar por primera vez aquel tipo de imágenes tan explícitas en pantalla, o el largo tiempo que los hombres podían mantener su miembro erecto, sino lo jóvenes que eran y lo bien proporcionados que estaban los protagonistas, que resultaban hermosos. «Lo que no harán hoy en día por unos pocos euros las personas pobres de

dominio moral y ético. ¡Qué les habrán enseñado sus padres! Se comportan como animales en celo que no pueden controlar sus instintos, sus sentimientos...». Suspiró.

A la una de la madrugada caminaba de vuelta a casa divagando sobre cómo debía enfrentarse por la mañana con aquel gánster llamado Abu Salem. Le daba muchas vueltas a la cabeza y no llegaba a comprender cómo aquel hombre había influido tanto en su hija para que esta le siguiera y también estuviese declarada fugitiva por las autoridades. Los bares y restaurantes estaban cerrados o a punto de echar el cierre. Caminaba por la zona de Aker Brygge, a orillas del fiordo. La única

iluminación que había a esas horas de la madrugada era la de las farolas. Ensimismado en sus pensamientos quedó atraído por la escena de dos jóvenes besándose apasionadamente junto al inicio de una pasarela del paseo marítimo. El joven metió la mano bajo la camisa de la chica y comenzó a tocarle un pecho. En el momento en que comenzó a besar el cuello de la chica, ella notó la persistente mirada de Ravi, que se había parado a escasos metros.

—Nos está mirando un hombre.

El chico, sorprendido, se dio la vuelta. Al presentir que había cometido una imprudencia, instintivamente Ravi se intentó ocultar con rapidez detrás de un árbol.

—Es un pervertido musulmán —
musitó el joven a la chica, y llamando la
atención a sus amigos que estaban
tumbados en la hierba junto con sus
novias, gritó—. Eh, chicos, venid.
Vamos a dar una lección a este
pervertido inmigrante.

—¡No! ¡No! —exclamó Ravi
saliendo de detrás del árbol—. No soy
musulmán. Este es un turbante sij. Tengo
nacionalidad noruega.

Nadie le hizo caso. Lo cogieron
con rapidez en volandas, lo lanzaron por
encima de la pasarela y voló unos tres
metros en ángulo de caída. Al caer sintió
un latigazo de frío al entrar en contacto
con el agua. Los jóvenes salieron
corriendo del lugar. Ravi braceó para

llegar a la superficie. Todo estaba oscuro. Sus más de cien kilos y la altura desde donde le habían lanzado le habían hundido en la negrura profunda de aquellas aguas viscosas. Sintió terror y angustia hasta alcanzar la superficie. Consiguió asirse con las dos manos a una rendija adherida a la resbaladiza ladera de la pared. Contuvo la respiración. Buscó frenéticamente un lugar donde trepar. Una rata del tamaño de un gato pasó por entre las piedras del muro del canal. Agarrándose a las grietas del empedrado vio que había varias rendijas de hierro, a modo de escalera. Subió lentamente elevando todo el cuerpo, de peso aumentado por el agua que lo empapaba. Al llegar

arriba, se irguió, levantó la cabeza y alcanzó a tumbarse sobre el muro de la calzada. Se estiró más, y por fin cayó a salvo en el suelo.

Parecía no haber nadie. Sus atacantes se habían marchado. El turbante estaba medio suelto. Toda su ropa estaba empapada. Nada se oía, excepto el goteo del agua que le escurría de las mangas. Respiraba profundamente y olía a la acidez espesa de las aguas. Consiguió sentarse y se levantó apoyándose en la pasarela. Las ropas se le habían pegado al cuerpo. Intentó quitarse la cazadora, pero estaba tan adherida a su cuerpo que, por mucho que se moviese, no lo conseguiría. Un coche pasó por la carretera de enfrente y

desapareció calle abajo. Comenzó a dar pasos hacia delante. Lo primero que le vino a la cabeza fue un taxi. Debía coger un taxi para volver enseguida a casa, antes de pillar una pulmonía. Pero en aquel estado ningún conductor le recogería. Se dirigió hacia dos contenedores de basura. Una vez allí se desprendió del turbante y sintió como si le hubieran quitado diez kilos de encima. Su largo pelo mojado quedó expuesto al aire; tenía una prominente calva, pero el pelo a los lados, largo hasta los hombros y canoso desde las raíces, aunque teñido en parte, y su poblada barba, también teñida, le otorgaban una imagen de siniestro personaje sacado de una ópera. Se

agachó para coger un cartón, lo rompió y comenzó a secarse con fuerza. Logró quitarse la chaqueta. Después, se desabrochó el pantalón y lo escurrió como pudo. Con periódicos que encontró en el suelo, junto a los contenedores, comenzó a frotarse sus velludas piernas. Luego se quitó los calzoncillos. Un grupo de personas caminaban por la pasarela en dirección a él; no podría evitar ser visto. Con los dedos recompuso como pudo sus cabellos. Les oyó hablar *panyabí*, se agachó y vio que era un matrimonio de origen indio con sus hijos. Por un momento pensó en pedirles ayuda, pero antes de que pudiese levantar el brazo y pronunciar unas palabras en su dialecto

indio, el niño dijo:

—Mira, papá.

Todos abrieron la boca con reprimida sorpresa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la madre llevándose la mano a la boca.

—No lo miréis —les advirtió el hombre indicándoles que caminasen más deprisa para alejarse cuanto antes del lugar.

Ravi sintió una profunda pena de sí mismo. Las luces de un coche de la policía iluminaron los contenedores. Levantó las manos intentando llamar su atención. La visión poco nítida y su aspecto general produjeron hilaridad en los agentes que viajaban en el vehículo.

Después de ser esposado,

trasladado al departamento de tramitación de datos, de narrar los hechos y poner un parte policial en comisaría, Ravi se enfrentó a la estupefacción de Abhilasa y a algunas preguntas solícitas sobre su estado.

—Intentaron atracarme —dijo con soltura, vestido con ropa seca de un indigente que le habían facilitado—. Y no hice lo que la policía me ha dicho que debiera hacer en estos casos, tirar mi monedero al suelo y salir corriendo. En vez de eso, me enfrenté a ellos. Pero consiguieron golpearme y caí al agua.

35 RESIDENCIA DE LOS BEDI, OSLO

El olor a tortilla, curry y comida guisada invadió pronto toda la casa.

Cuando Monica salió de la habitación y se dispuso a bajar al comedor a desayunar, su hermano Karam la llamó.

—¿Tú crees que papá y mamá se tragan que solo es tu amigo?

—Anoche solo dije la verdad cuando se los presenté.

—La verdad ¡un cuerno! Una

mismísima mierda tu verdad. Ese que está durmiendo en el cuarto de los invitados no es más que Abu Salem. Todos lo sabemos, pero crees que somos tontos, ¿verdad? ¿En qué mundo vives? Dicen que drogas, alcohol y barbitúricos nunca deben mezclarse. Despierta antes de que acabes mal. Habéis salido en la India hasta en televisión.

—Bueno... bueno...

—Sí, bueno, bueno... Las mujeres tienen infinitamente más posibilidades de cambiar de apariencia que los hombres, así que antes de salir a la calle disfrázate, porque eres el hazmerreír de toda la comunidad india. Hasta los vecinos le niegan el saludo a mamá cuando va a comprar al supermercado.

—Basta ya, Karam. ¡Deja de hacerme daño!

Monica hizo un movimiento, lanzándole una pelota de fútbol, pero él fue más rápido. Cuando ella se abalanzó, recibió un empujón, cayó sobre la cama y tumbada bocabajo lloró como una niña que lo da todo por perdido.

Karam se sentó en el borde de la cama y le acarició el cabello.

—Soy una basura —dijo ella—. Soy un fracaso, Karam. No sirvo para nada.

—No digas eso —dijo él afectuosamente—. No es verdad.

—Sí, he defraudado a papá y mamá.

—No.

—No valgo nada, no valgo como mujer, soy una...

—Bueno, deja ya de hundirte. Nada está perdido. Ve abajo a desayunar, que te están esperando. Con el estómago lleno se piensa de otra forma y se es mucho más optimista.

—Eres un ángel, Karam.

Cuando Monica bajó a la cocina vio a su padre en el salón, sentado en el sofá junto al teléfono, frotándose la mejilla.

—¿Sabes que lo busca la policía?

—Sí.

—Lo busca hasta la Interpol... —añadió alarmado.

Abhilasa salió de la cocina con un

plato de tostadas.

—¿Estás embarazada? —preguntó su madre con más suavidad, pero con igual intensidad.

—Tú calla, Abhilasa, ¡por Dios! —le espetó Ravi—. ¡Ve a la cocina y calla! Siempre pensando en el sexo...

—Monica —dijo Abhilasa sin mostrar signos de haberle molestado aquel comentario—, aunque tenga que matarte a golpes, no vas a irte con él; ya hemos soportado bastante el daño que nos has hecho y que él te ha hecho.

—No me ha hecho ningún daño.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Ravi visiblemente enfadado—. Mira en lo que te ha convertido. Eres una prófuga de la justicia, cómplice de

sus crímenes. Ahora eres públicamente conocida en la India como «la chica del gánster», como una criminal, y no por tus cualidades artísticas que desde un principio apoyamos. Mira lo que te ha hecho ese hombre. Ha arruinado tu vida y tu carrera profesional.

—No va a colocar su sucio cuerpo sobre el tuyo nunca más —dijo su madre.

—Eso ya lo veremos, mamá.

Al presentir que se podría iniciar una disputa violenta, Ravi se levantó con rapidez, tomó del brazo a su hija y la llevó a la cocina.

—Primero, come. Luego habrá tiempo para seguir hablando.

Después de desayunar, Abhilasa,

con actitud conciliadora, como queriendo redimirse por su reciente actuación, se fue con su hija dar un paseo.

Salem salió de la habitación y caminó a través del corredor enmoquetado en dirección hacia las escaleras. La barandilla de madera era tan suave que su mano izquierda resbalaba por ella. Justo al pie de la escalera un enorme reloj de pared suizo emitía un sonoro tictac, remarcando el gusto aristocrático en la decoración de la vivienda.

Desde el salón Ravi lo vio bajar por las escaleras. Llevaba un pantalón vaquero ajustado con la camisa por dentro pulcramente planchada. Ravi

observó con detenimiento al joven, su rostro, su cabello, su pecho, identificándolo como si fuese un policía, y luego bajó la vista hacia el bulto en el que se unían las piernas. «Demasiado grande para un indio», pensó Ravi. «Con eso es con lo que ha prendado a mi hija». El patriarca pensó en el suyo, y en cómo parecía que hubiese estado demasiado tiempo metido en agua fría, con cubitos de hielo flotando a su alrededor; ni su paseo nocturno de la noche anterior pudo despertar la mínima excitación en él.

—¿Dónde está Monica?

—Mmm... —pretendió contestar con toda normalidad—. Creo que se fue con su madre a la iglesia.

—¿Y usted?

—Yo soy *punyabí*, soy *sij*, ¿o es que no se nota? —dijo riendo al mismo tiempo que hacía como si se ajustara el turbante—. Yo no voy a la iglesia, dejo esas cosas para mi mujer, que, aunque sigue nuestras tradiciones, siente simpatía por la fe católica.

—Mi nombre es...

—Sí, ya sé cómo se llama usted —dijo Ravi levantándose del sofá e indicándole la puerta de la cocina—. Venga, hablemos mientras desayuna.

Salem se sentó a la mesa.

—Por favor, empiece —dijo señalando los distintos platos dispuestos para desayunar: tostadas, huevos revueltos, unas gruesas salchichas,

salsas, zumo de naranja, miel y mantequilla—. Ahí, en esa cacerola, tiene huevos duros, y en la otra tiene *paranthas* con patatas.

Salem comió con ganas.

—Dígame, me gustaría saber qué ha visto usted en mi hija.

—La quiero —dijo Salem sin más preámbulos mientras engullía un trozo de *parantha*—. Por su inteligencia, su determinación, su carácter...

—¿No por su peligrosa disponibilidad?

—Yo me atrevería a decir que, sobre todo, por su fragilidad. No lo voy a negar, pero desde luego podrá deducir que ambos hemos compartido algunas cosas que no vienen al caso, he

financiado sus últimas películas y hemos vivido mucho tiempo juntos en Bombay, y eso son cientos de horas de buenos y malos momentos en los que acabas por conocer a fondo a una persona.

Se bebió un vaso de zumo de un solo trago y comenzó a untar de mantequilla una segunda *parantha*.

—¿Y qué ha visto en ella que no haya visto en las demás jóvenes de Bombay que pululan por Bollywood?

—Digamos que mis anteriores relaciones, quiero decir, mis anteriores experiencias, han sido consecuencias directas de no permitir que mi corazón saliese de su caja. Mi relación con su hija está llena de afecto, cariño y comprensión. No me subestime. Creo

saber cómo cuidar de ella.

Siguió engullendo la comida a placer.

—Mientras mi esposa sale los domingos a la iglesia, yo leo libros. Ahora mismo, por ejemplo, estaba leyendo *El Quijote*, del famoso escritor español Miguel de Cervantes.

—¿Mikel... Zervantas? —dijo al mismo tiempo que masticaba—. No. Nunca he oído hablar de esa persona.

—Se llama Miguel de Cer-van-tes —añadió pausadamente—. Es un escritor clásico. Español. No creo que a los jóvenes de hoy en día les guste mucho, pero según tengo entendido a los españoles les cae muy bien. Bueno, es natural, siendo los españoles un

pueblo... ¿cómo diría? —se dio cuenta de que Salem o no le hacía caso o se limitaba a ignorarlo haciéndose el despistado para hacerle quedar como un tonto, evadiendo así cualquier discusión acerca de su hija. Ravi se sintió terriblemente beligerante y decidió ir al grano—. Bueno, al caso. Que hoy estaba ojeando ese libro cuando pensé en usted.

—Ah, ¿sí? ¡No me diga!

—Sí, por lo visto el escritor español estudió mucho y con detenimiento la mente de los locos y desequilibrados para comprender de qué modo la sociedad en la que vivía entonces se echó a perder.

—No es mala idea. Ese escritor, Qui... no sé qué más, era un tipo listo.

—Quijote es el protagonista de la obra. Cervantes es el escritor.

—Ah, ¿no me diga?

Ravi no quería perder los nervios, pues algo le decía que tenía que seguir con el juego de comunicarse con él mediante metáforas sin pretender una confrontación verbal que pudiese dar lugar a una física en la que era consciente de que tenía todas las de perder.

—El escritor español dejó bien clara una cosa a través de sus personajes: en la vida hay una cuesta arriba y una cuesta abajo, y a menos que uno se proteja, se encontrará con que está abajo mucho antes de lo que se ha dado cuenta. Uno tiene que proteger lo

que es suyo, como si fuese un lobo con colmillos y zarpas. Si uno deja que se lo quiten, seguro que se lo quitarán.

—Ya sé por dónde quiere ir — dijo empujando lentamente el plato con los dedos, como alejándolo de sí y echando la espalda hacia atrás—. Pero según he visto en los documentales que ponen en la televisión, los jóvenes machos que viven en la periferia de la manada entran en ella de vez en cuando y se llevan a una.

—¿Que se llevan a una qué?

—A una loba.

Ravi vio en sus ojos los de un animal de la selva que está acorralado y sabe que tiene que matar para salvar su vida. Guardó silencio, se quedó

pensativo y preguntó:

—¿En qué cree?

—No sé qué quiere decir usted — contestó Salem encogiéndose de hombros.

—En un Dios. ¿En Alá, en Jesucristo, en Buda, en Hanuman...? En algo. No se ría.

Salem movió la cabeza riéndose entre dientes.

—Lo siento, pero no creo en nada más que en los resultados que uno se propone conseguir.

—Pues debo recordarle la frase que usted habrá oído muchas veces: el fin no justifica los medios.

—Lo siento —dijo sin sonreír—, pero lo que sí le puedo asegurar es que

no me gustan las conversaciones sobre el sentido de la vida, para eso me busco un *sadhu* o un sacerdote para consultarle o me compro en un aeropuerto un libro de ese Zerva... no sé qué más.

Ravi sabía que le estaba resultando irritable, pero no pudo contenerse.

—Hay algo en usted que no me gusta. Hay algo en usted que me advierte que debo desaprobar la relación que mantiene con mi hija.

Salem dejó lentamente la taza de café que estaba bebiendo a sorbos pausados. Estaba molesto.

—Usted es un hombre peligroso —continuó Ravi mirándole a los ojos—. Me da la impresión de que es un

fanático y que debe de ser verdad todo eso que dicen de usted en los periódicos. Usted no me da una imagen de seriedad, de madurez. No puedo dar mi consentimiento a la relación que tiene con mi hija, porque la está poniendo en peligro. Sí, no se ría de nuevo. Mi hija necesita a alguien que la apoye, que la respete, necesita un hombre que le dé seguridad, emocional sobre todo, no solo económica con caprichos materiales. Y a mí me está dando la sensación de que usted no puede ser el hombre que ella necesita en su vida. Usted ha traicionado a su familia, a su país. Actualmente, tiene usted en su vida un nuevo credo que no es más que el de la supervivencia. Le imagino luchando a

diario contra el estigma de la traición. Está sufriendo en su interior. Sí, usted sufre. Es como un personaje mitológico en lucha consigo mismo. Lucha contra la angustia casi física de poder vivir en tranquilidad, en paz. Pero no consigue alcanzarla, porque igual no quiere, porque eso sería destruir su propio orgullo. Sí, es eso. Usted es incapaz de apreciar las cosas simples de la vida, que al fin y al cabo son las más hermosas e importantes. La capacidad de ver la belleza, como respirar, dar un paseo, escuchar el sonido del mar, de la lluvia o del viento; la amistad sincera, el respeto a la persona que se ama. Ríase todo lo que quiera. Es una situación difícil en la que se encuentra, y en la que

mi hija se encuentra también por su culpa. Usted es un hombre en conflicto consigo mismo.

Los ojos oscuros de Salem se posaron en él y sonrió con picardía. Cuando habló, Ravi se asustó de la amenaza que había en su voz:

—Se lo diré solo una vez —dijo ásperamente, como un susurro—. No vuelva a hablarme jamás de ese modo o lo lamentará.

36 RESIDENCIA DE LOS BEDI, OSLO

Tres hombres tocaron al timbre. Se notaba un débil olor a antipolilla. Vestían sus mejores trajes burocráticos, zapatos negros que a simple vista daban la imagen de estar gastados y de no haber visto el betún desde hacía años.

Uno era un hombrecillo pomposo, gordo y de ánimo desagradable: era el que hablaba casi siempre; con ayuda de mucha agua había sometido temporalmente su rebelde mata de

cabello, ahora liso y peinado con la raya a un lado. El otro tenía aspecto de muchacho, aunque no tendría menos de cuarenta años; era de ademanes más suaves, pero sin ser untuoso. El tercer hombre, con aire de curiosidad, aun no dejando de observar todo el alrededor, se quedó callado todo el tiempo, limitándose a escuchar y hacer cuanto le ordenasen.

Al ser funcionarios de la embajada india en Oslo, Ravi tuvo con sus compatriotas la deferencia de ofrecerles asiento en el sofá del salón. Después de haber rechazado cortésmente a Abhilasa una taza de té y un vaso de agua, y después de las presentaciones preliminares, el funcionario que llevaba

la voz cantante dijo con aseveración, aunque algo cohibido porque sin duda era consciente de que Monica había estado ahí con Salem hacía escasos días:

—Su hija habla portugués.

—Habla español e italiano perfectamente, por lo que seguramente entienda el idioma, aunque no lo hable con fluidez.

—En realidad, ¿qué quiere decirnos? —preguntó de pronto Abhilasa, que no mostraba aspecto de sentirse cómoda frente a aquellos indios que fingían tanta formalidad y misterio.

—Es decir, que en cierto modo le gusta la filología. Tal vez le venga de herencia.

Abhilasa alzó los brazos con aspavientos, sin entender el sentido del comentario.

—Ella siempre ha sido muy aventajada en los estudios y los idiomas los aprende con mucha facilidad. — Ravi quiso adelantarse a su esposa en dar explicaciones—. Si le interesa saberlo, le informo de que mi hija ha estudiado en la Universidad de Oxford. Pero me imagino que será también por el hindi y punyabí, por la cantidad de alfabetos que tienen, por lo que una persona como ella tiene gran capacidad para absorber con mayor rapidez los idiomas extranjeros.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con nuestra hija? —preguntó Abhilasa, que

presentía que el oficial quería relegarla a un segundo plano, que no participase en la conversación y que se limitase a escuchar.

—Díganos, ¿cuándo fue la última vez que vio a su hija? —preguntó a Ravi ignorando la pregunta de Abhilasa. Por un momento se miró las manos gordinflonas, apretadas en el regazo, esperando una respuesta.

Ravi miró a Abhilasa buscando un apoyo. La sonrisa del oficial se ensanchó hasta los límites de su paciencia mientras les miraba.

—La verdad es que las fechas se me dan muy mal —dijo Ravi sonrojándose ligeramente.

—Excepto cuando retransmiten

por televisión campeonatos de golf — comentó Abhilasa mirándole de arriba abajo con una expresión de reproche para dirigirse después a los tres oficiales de la embajada—: Entonces sí que está pendiente de las fechas y horarios...

—Si quieren les puedo repetir otra vez la gravedad de la situación en la que se encuentra su hija —dijo el oficial de aspecto juvenil y con un resto final de cortesía y no menos de hipocresía.

—Lo que quiere decir mi colega es que sería muy amable por su parte decirnos de una vez cuándo fue la última vez que vio a su hija y si fue acompañada de Abu Salem —propuso el orondo funcionario con el tono de

quien propone un juego en familia.

Ravi comenzó a rascarse la barba, fingiendo hurgar en el recuerdo.

—La verdad es que hace ya tiempo —dijo.

—Eso no es verdad —intervino de nuevo el de aspecto más joven, lo que irritó una vez más a su veterano compañero que había iniciado las preguntas—. Aterrizaron en Lisboa anteayer, y ayer la Interpol nos informó de que viajaron hasta allí desde Oslo.

—Le ha venido algo a la memoria, ¿verdad? —dijo el oficial grueso en tono irónico y mirando alrededor con interés; intentó imaginar que estaba representando el papel de un actor en una serie policíaca de televisión sobre

crímenes sórdidos que tanto éxito cosechaban; como si quisiera encontrar por algún lado de la estancia una maleta o una prenda de los prófugos.

—¿Y qué si se quedaron a dormir aquí?

—¿Cómo que *y qué*? —preguntó de nuevo con sosiego; y añadió con algo parecido a la impaciencia—: A estas horas los están buscando en Lisboa. Son dos prófugos de la justicia y ustedes ya fueron oficialmente informados por las autoridades noruegas. Si tienen pruebas de que les han dado cobijo les harán a ambos cómplices de terrorismo.

—Esa insinuación está fuera de lugar —dijo Abhilasa airada—. A lo mejor estuvieron aquí para saludar, pero

sepa que aquí no somos tan proclives a juzgar a la gente.

—Como dice mi mujer, esa insinuación está fuera de lugar —repitió Ravi agriamente—. También yo podría decirle que acepta sobornos de empresarios indios que quieren hacer negocios en Noruega a cambio de facilitarles información privilegiada sobre ciertos contratos con el Gobierno noruego... o cómo reciben ustedes sobornos de empresarios noruegos para evadir aranceles e impuestos en suelo indio a cambio de viajes y comisiones.

El oficial indio hizo caso omiso de su comentario.

—Si me permite, volvamos al motivo que nos ha traído hasta aquí —

dijo juntando las manos en un fingido gesto de súplica. Temeroso de un comportamiento violento, respiró hondo. Cuando volvió a hablar lo hizo muy sosegadamente—. Comprendo que en este vecindario viven muchos inmigrantes de nuestro país y, como sabemos, las habladurías entre la comunidad india crean una mala imagen social. Entre compatriotas que somos no queremos armar revuelo en público realizando estas pesquisas.

—*¿Pesquisas, dice usted?* — preguntó Ravi algo malhumorado—. *¿A qué se refiere? Hábleme claro.*

—Hace un rato ustedes estaban investigando la supuesta desaparición de mi hija —intervino Abhilasa antes de

que el oficial respondiese a su marido —. Y, por cierto, ella ya es mayorcita para ir con quien quiera y ustedes no son nadie para juzgar...

—Pero, señora, el hombre con el que está viajando es un conocido criminal por los servicios de inteligencia y la policía...

—¡Y a mí que me importa mientras mi hija esté feliz! —exclamó Abhilasa —. Solo espero que ella se dé cuenta de su error y rectifique antes de que sea demasiado tarde. Pero lo que no me parece correcto es que comiencen a importunar a mi marido y hablarle en tono amenazador sobre su imagen entre la comunidad india. —Dando unos pasos hacia delante y con una voz más

propia de un gran general en la víspera de la batalla, espetó—: Ahora mismo se marchan de mi casa sin pisar mi jardín y cómo vuelvan ustedes a presentarse aquí sin orden judicial ni cita previa, llamo a la policía.

Los tres oficiales indios se levantaron al unísono.

—Nos vamos, señora —dijo el orondo oficial—. A la mínima novedad o si se entera usted por otra persona de algo que pueda sernos de ayuda para localizar a Abu Salem... o si su hija escribe algún correo electrónico o si se presenta aquí... telefonéenos. —El oficial era consciente de que había zigzagueado mucho. Había confiado en que se amedrentarían y hablarían mucho

acerca de la relación de Monica y Abu Salem. Había ido con ingenuidad y había perdido. Sin pensar que empeoraría la situación, siguió hablando —: Su hija ha viajado a Portugal junto con un criminal, un gánster llamado Abu Salem. Tenía debilidad por las guapas y, según parece, su hija sucumbió...

Ravi se giró con rapidez y de un rincón de la pared donde estaba situado el paragüero y su bolsa profesional de golf cogió un palo y blandiéndolo en el aire gritó:

—En mi casa nadie me insulta, pedazo de mierda.

El más joven y el tercer oficial ya habían salido por la puerta cuando el orondo vaciló, sacó una tarjeta del

bolsillo de su abrigo e, inclinándose, la dejó sobre el primer escalón de la entrada y se marchó con rapidez, ya que presentía que Ravi parecía dispuesto a descargar el palo contra ellos tres.

En el otro lado de la calle, tras una cortina, la señora Kaur cotilleaba desde el mismo momento en que los oficiales habían aparcado el vehículo. Vestida con su bata y con una malla que le sujetaba los rulos del pelo, se llevó la mano a la boca después de presenciar aquel último suceso.

QUINTA PARTE

[...] lánzate al recto cumplimiento
de la acción. ¡Levántate, invicto
guerrero, levántate!

BHAGAVAD GITA

37 LISBOA

Al llegar a Lisboa Salem pensó que su relación con la ley había acabado bien. Estaba convencido de que su barco, zarandeado por los vientos de un ciclón, regresaba de aquellos mares violentos al resguardo de un puerto seguro. Había hablado con Monica sobre la idea de buscar una residencia en algún lugar del Mediterráneo. Pero de momento estarían unos días en Portugal, hasta que las transferencias de sus cuentas en Dubái y una serie de transacciones desde paraísos fiscales se efectuasen en

bancos suizos.

En la capital portuguesa descubrieron la ciudad que nunca hubieran imaginado que fuera; atractiva, vibrante, elegante y, sobre todo, cosmopolita y abierta. Se hospedaron en un elegante y céntrico hotel, muy cerca de *avenida da Liberdade* y rodeado de tiendas de lujo, donde eran tratados como huéspedes distinguidos.

—Cuanto más sepas, más peligro correrás —dijo rozándole el cuello con un beso.

Sintió que a ella se le erizaba la piel. Monica se incorporó para corresponderle.

—Parece que a ti no te importa lo que vaya a sucederte, ¿no es así? —

murmuró con una respiración profunda y sincopada.

—Monica, nadie va a asesinarme. Ni tampoco lo deseo y... Me gustas.

Ella no aguantó más y buscó su boca; sus labios se encontraron.

—¿Me quieres ahora?

Él se echó a reír mientras le quitaba el albornoz y ella hacía lo mismo con el suyo. Salem la apretó contra él y la besó con ímpetu y delicadeza.

—Seguro que te quiero —contestó él.

Se dejaron caer sobre la cama sin deshacer el abrazo. Se deslizaron por el colchón. Las delgadas piernas de ella se enlazaban en su cintura y el sudor fresco

perlaba sus mejillas. Salem la besaba sin dejar de moverse, alternando el frenesí con la calma, el amor con el deseo. El cuerpo de Monica se incendiaba, se encabritaba, ambos cuerpos desnudos se convulsionaban cada vez más rápido hasta explotar el uno en el otro. Agotados, abrazados, se abandonaron hasta quedarse dormidos.

Durante toda aquella noche Salem se agitó y dio vueltas. Finalmente, cuando empezó a brillar la primera luz del día, Monica lo despertó.

Rescatado de su sueño, intentando atrapar los fugitivos retazos de lo que había estado soñando, se quedó apoyado en el cabezal de la cama. Monica le estrechó en silencio entre sus brazos,

poniendo su cabeza en el espacio entre su barbilla y su pecho.

Después de desayunar decidieron ir a visitar el centro histórico de Lisboa.

Monica decidió ponerse atractiva. Haciendo conjunto con unos pantalones vaqueros tipo capri, se puso una blusa escarolada que creaba una cierta aura de misterio alrededor de sus pechos, que eran excelentes, según consideraba ella mirándose al espejo y tocándose los. En los tobillos se ató unas pulseras que llevaba consigo desde que abandonó la India. Salem, siguiendo la indumentaria de un modelo que había visto en una revista de moda, llevaba elegantemente unos zapatos marrones de cuero tipo *sport*, pantalón vaquero con cinturón de

hebilla ancha, camiseta gris y chaqueta de cuero marrón.

Era domingo, muy temprano, y según el conserje, que les había reservado un coche de alquiler el día anterior y les había recomendado visitar primero la zona de Baixa Pombalina, era la mejor hora para moverse por la ciudad antes de ir al Monasterio de los Jerónimos, y junto al río Tajo, dirigirse al Parque de las Naciones.

Desde la recepción les informaron por teléfono de que el coche les esperaba en el aparcamiento.

Cuando abandonaron el ascensor del *lobby* atravesaron el recibidor procurando que nadie reparara en su presencia. Salem era consciente de que

cuando se estaba arriesgando a pasar gran parte del resto de su vida en la cárcel todas las precauciones eran insuficientes.

Ya en el exterior, Salem dio al portero el número de matrícula del coche de alquiler que tenía apuntado en un papel desde el día anterior y le dijo que lo dejara aparcado a la entrada con las llaves puestas, ya que no tardarían en volver. Decidió ir con Monica a una elegante cafetería situada justo enfrente, que abría sus puertas en ese instante y que dominaba la fachada del hotel.

Apenas había transcurrido diez minutos, y ambos daban sus primeros sorbos a un café *Galão* en vasos de cristal alto, cuando un coche grande de

color oscuro se detuvo en el bordillo para que descendieran cuatro hombres que parecían llevar tatuadas en la frente sus credenciales de policía y que con celeridad penetraron en el hotel.

A Salem le dolió haber sido descubierto, pero no le sorprendió. Llevaba ya suficiente tiempo en aquel mundillo como para aceptar que la traición es algo que está siempre a la orden del día. Era algo que parecía formar parte del juego. Y podía haber sido gente de la India que había dado parte de su paradero en Lisboa o algún conocido banquero con el que se había puesto recientemente en contacto por teléfono desde el hotel. Qué más daba en aquellos momentos tan cruciales en los

que lo único que debía preocuparle era huir cuanto antes. Con apremio cogió a Monica de la mano, cruzaron la calle, y sin que el portero se diese cuenta, arrancó el coche e inició la fuga por las calles de la ciudad.

38 LISBOA

En la sala de cuidados intensivos del hospital no había nadie aquella noche, excepto una persona que agonizaba bajo una tienda de oxígeno y otra a la que se le estaba suministrando glucosa desde un frasco suspendido de un gotero. Este último era Abu Salem, quien permanecía bajo constante vigilancia de los médicos debido a la insistencia de la policía y una orden judicial. Los únicos sonidos que Salem podía oír en aquella sala eran los de los contadores de los aparatos automáticos cerca del cabezal de su

cama, bajando y subiendo, y el goteo de los líquidos a presión. Monica Bedi, con heridas menores, estaba instalada en otra planta.

A los pocos días de haber sido dados de alta, ambos se encontraban en las dependencias policiales.

—Me siento muy contento de verles —dijo el comisario con una sonrisa tibia mientras realizaba una prolongada inspección visual de Monica, que llevaba puesto un collarín debido a un tirón en las cervicales: cara, pelo, pechos, piernas y de nuevo cara—. Tengo la responsabilidad de presentar las acusaciones contra miembros del crimen organizado, mafias en general, terroristas y personas que cometen

crímenes en esta ciudad, además de realizar los máximos esfuerzos para asegurarme de que se cumple la justicia.

Hubo un silencio mientras el portugués los contemplaba y esperaba que alguno de los dos respondiese algo. El comisario era un hombre de unos cuarenta y cinco años, pelo canoso y rizado y cuerpo rechoncho. Llevaba chaqueta, corbata vieja y camisa arrugada; daba la impresión de que acababa de levantarse, pero había estado coordinando la detención de los presuntos terroristas de origen indio.

—Muy bien, comenzaré a hablar primero con usted —dijo mirando a Monica; señalando a Salem, que tenía el brazo derecho en cabestrillo y una

prominente contusión en la frente, ordenó a los agentes—: Llévenselo fuera.

Monica y el comisario se quedaron solos en la habitación. Pasaron unos minutos de completo silencio hasta que ella, desafiante, sentenció mirándole fijamente:

—No os voy a decir una puta mierda.

El comisario inspiró muy despacio, llenándose de aire los pulmones. Estaba acostumbrado a los insultos y al trato maleducado; sabía cómo encajarlos. Sentándose en una silla frente a Monica, con voz pausada, replicó:

—Tenemos aquí leche, azúcar,

café de tamaño industrial y agua. También puedo ordenar toda la comida que se me antoje. Una persona en las circunstancias del hombre que le ha estado acompañando hasta Lisboa hubiera acabado en Bombay siendo un delincuente juvenil con todas las de la ley. Hubiera acabado allí entre rejas. Sin embargo, tiene una inmensa cantidad de dinero en metálico y bastantes fondos en su tarjeta de crédito. No solo esto, sino que se permite comprarle a usted unas joyas como las encontradas en su habitación del hotel, suntuosas, excesivamente caras, y además unos pasaportes falsos que han debido de costar una fortuna. Es decir, que el hombre que está ahí fuera tiene un perfil

que dista mucho del de un delincuente común. Disponemos de todo el tiempo del mundo. Quiero que me cuente todo sobre su relación con el hombre que le ha acompañado hasta Lisboa, por qué razón decidieron venir a esta ciudad y las actividades con las que está relacionado. Es decir, de dónde saca el dinero y cómo financia sus viajes en avión y paga las facturas de sus estancias en costosos hoteles de lujo. A qué se dedica, cuál es su profesión y todo eso. —En voz baja propuso suavemente—: Si no sabe por dónde empezar, le sugiero que comencemos desde el principio, por el cuándo, el porqué, el dónde, el cómo, el con quién. Somos muy pacientes, señorita.

Mientras Salem permanecía sentado en la sala de interrogatorios contigua en espera de su turno, sentía la más rara de las sensaciones, una que no podía describir de otra manera más que como si estuviera cayendo, cayendo en algún raro estado sensitivo. Aunque se mostraba temeroso de aquella sensación completamente nueva, y aun cuando creía que debía aferrarse a algo para frenar la caída, no deseaba hacerlo, no había nada a lo que deseara volver. Así que se dejaba caer. Que tomaran la decisión que consideraran, a él ya todo le daba igual.

Monica salió tranquila de su interrogatorio, pero cuando la condujeron escoltada por el pasillo y se

cruzó con Salem rodeado de policías, se hizo pedazos como un puzle que se deja caer al suelo. Rompió en sonoros sollozos.

—Vamos, señora —le dijo una mujer policía—. Siga caminando.

Después del interrogatorio a Salem, lo metieron en prisión. Al día siguiente lo llevaron frente al juez.

Cuando entró en la estancia llena de gente, entre ella funcionarios de la embajada de la India en Lisboa, no miró a nadie. Una vez de pie frente al juez, alzó la cabeza y lanzó una mirada despectiva a todo el mundo. Su tono de voz era mucho más grave de lo que los funcionarios indios bien trajeados y situados a su espalda podían imaginar.

—¿Domicilio actual?

—Ninguno.

—¿Casado?

—Sí.

—¿Edad?

—No lo sé.

—¿Educación?

—Ninguna.

—¿Sustento?

Salem no contestó.

—¿Profesión?

Siguió sin contestar.

El juez levantó la cabeza y le miró fijamente para volver a preguntarle:

—¿Medios de vida?

Salem se encogió de hombros.

—Pero, oiga, ¿me está usted escuchando? —preguntó pausadamente

el juez con su inglés de acento neutro, perfectamente entendible. Al no obtener respuesta miró a los oficiales indios de la embajada, que a su vez también se encogían de hombros impotentes y temerosos de aquel gánster prófugo. Volvió a mirar a Salem escrutándole detenidamente—. No entiendo por qué no dice nada. ¿No se le ocurre, por mínima ni absurda que sea, presentar una súplica por motivos humanitarios? —Se quitó las gafas; lo volvió a mirar más despacio y acabó diciendo con impaciencia al mismo tiempo que golpeaba su mesa con la palma de la mano, como si con aquella acción pretendiese despertar al acusado y devolverlo a la realidad—: Oiga, que yo

no conozco su rostro.

Ni él tampoco lo conocía. Salem no sabía qué expresión adoptar, se le había venido el mundo encima, no sabía qué actitud mostrar, ni cómo insuflarse de ánimo alguno. Cerró los ojos por un momento y esbozó una sonrisa espectral. Se encontraba abatido, agotado, cansado. Quiso creer que Monica seguiría albergando hacia él los mismos sentimientos que a él le mortificaban, pero era engañarse a sí mismo. Su consciencia le decía que ella habría dicho a las autoridades portuguesas todo cuanto pudiese en su contra por salir cuanto antes de la cárcel. Ella, al igual que su poder e influencia, se le había escapado entre los dedos.

Mientras el tiempo pasaba en prisión, se iban diluyendo en su memoria aquella sonrisa que le cautivaba, los suspiros que le desarmaban, su piel, su cuerpo. Hasta entonces estaba convencido, en su fuero interno, de que estaba enamorado de ella, que la amaba, porque con su presencia creía que le convertía en un hombre mejor.

En cambio, durante los primeros días, a ella le daba miedo pensar durante mucho tiempo en él, ya que confiaba en que involuntariamente su mente se iría olvidando de cómo era realmente. Intentó hacer un juego consigo misma: solo pensar en Salem durante breves momentos. Las palabras

de las monjas habían comenzado a infiltrarse en su mente, sobre todo las de la hermana Margarita: «¿En qué inhóspito lugar de nuestra mente se oculta ese sádico virus de la autodestrucción, que de improvviso hace acto de presencia reclamando sus indiscutibles derechos? ¿Por qué querría nadie hacerlo? ¿Por qué el drogadicto recurre una y otra vez a la aguja que le está consumiendo hasta la muerte? ¿Por qué una joven y atractiva actriz como tú, con un prometedor futuro por delante, destroza su profesión a causa de una estúpida aventura pasajera? ¿Por qué el jugador disfruta frente a una máquina tragaperras sufriendo al ver cómo lo pierde todo sin solución posible? ¿Por

qué ese deportista o actor destruye su imagen pública ante sus seguidores y fans tras dejarse llevar por la bragueta con prostitutas, un comentario inapropiado en redes sociales o comportándose deshonestamente en los medios de comunicación? ¿Por qué el alcohólico compra botellas baratas de alcohol sabiendo que se está destruyendo trago tras trago?». Un tumulto de nuevos pensamientos acabó por invadirla.

Tras su envío a prisión, los servicios especiales de inteligencia quisieron recabar más información detallada sobre las actividades criminales de Salem. Pero aquellos interrogadores nunca se habían

encontrado con nadie como Monica. Cuando sentada en su silla de madera, durante aquel primer día, le dijeron que no se creían que ella pudiese desconocer ciertos detalles criminales y amistades de Salem con personas asociadas al terrorismo los cubrió de injurias y apostasías, desafiando a un excelente par de policías. A pesar de ello siguieron insistiendo, usando su bien entrenada calma, una mala arma en aquellas circunstancias. Conforme pasó el tiempo Monica fue cambiando de actitud y carácter. Cuando le dieron permiso para poder entablar conversación con él, aunque estuvieran vigilados y un grueso cristal les separase, se sentía excelsa. Sin

embargo, con el trascurso del tiempo rechazó asistir a las visitas. Se despertó en ella la vocación en el cristianismo, una nueva fe, una esperanza. La imaginación que en un principio creyó controlar manteniendo la imagen de Salem en su mente le hizo cambiar de rumbo. Ya no se acordaba de cómo era, ni de cosas sin importancia que él había dicho o hecho. A todo ello se sumaba que no había ningún amigo en común, ni una fotografía, ningún objeto ni nada que le hiciera recordarle. El futuro no era especialmente prometedor. El sistema judicial portugués la acusaba como una criminal. El Gobierno indio la quería extraditar para juzgarla y que se pudiese en una cárcel de mujeres, y

finalmente la presencia de su padre con ánimos y esperanza hicieron mella en ella.

La historia en común de Monica Bedi y Abu Salem acabó en Lisboa, como suelen acabar estas historias, sin demasiados reproches ni acritudes, puesto que en el fondo ambos habían obtenido lo que pretendían: Salem, disfrutar de la compañía de una estrella de Bollywood; y Monica, una cierta seguridad económica y una gran experiencia que le resultaría muy útil en el futuro.

La austeridad carcelaria comenzó a complacerla, ya que, junto con las enseñanzas de las monjas y lo que leía en la Biblia, le daba algo que ansiaba y

hasta entonces desconocía, el consuelo del sacrificio. En su primer juicio ya tuvo clara su postura al situarse al margen de Salem. Ante el juez, dijo:

—Cuando el tiempo, que es el único juez fiable, ha dado ya su veredicto, reconozco que en el fondo de mi alma estaba deseando que alguien nos buscara, puesto que ello me daría a conocer que de algún modo significaba algo para alguien. Ya estoy realmente cansada de irme de un país a otro de la mano del gánster Abu Salem, sacada furtivamente como una puta de un hotel.

39 COMIENZA EL VIAJE

Cuando Manuel se despertó, tembló al recordar los desgarrones de sueños, más intensos e inquietantes que otras veces: cosas que pasaron y que ya no eran, pero que en su sueño siempre estaban ahí. Un psicólogo le recomendó que dejara el pasado atrás o no habría futuro para él, y que lo único importante en su vida era formar parte de ese futuro. Fue a terapia durante unos días e intentó en vano leer algún que otro libro de autoayuda e

incluso tomar medicamentos. Pero cuando dormía no podía evitar esforzarse en recordar momentos y experiencias pasadas; sus sueños seguían siendo tan reales y tan extremadamente emocionales que sus noches acabaron alimentándose del pasado.

Era hora de irse con el indio.

Una pegajosa niebla envolvía el lúgubre patio de la cárcel, y tras las ventanas del piso superior con arco metálico de la fría oficina del secretario de prisión, Monica observaba, con el permiso de este, a Abu Salem caminando junto a Manuel. En ese preciso instante el sol en

el horizonte lanzó a través de la fina niebla rayos a ras del frío suelo, proyectando paralelamente a ambos hombres unas sombras larguísimas. Era consciente de que quizá sería la última vez que lo vería. Su espalda, iluminada por una luz dorada, siempre atlética y juvenil, se alejó adentrándose por el camino hacía el bloque de hormigón que daba acceso a la salida.

—Es este documento, señora, el que debe firmar —dijo a su espalda el oficial portugués con un tono impaciente—. Nos reuniremos con su padre este mediodía, y una vez que él lo haya aprobado, llamaré a los oficiales de la embajada de su país para que sin más demora agilicen su extradición.

Cuando el vehículo salió de la prisión, Salem se giró y miró por última vez el edificio carcelario. Si hubiese tenido alguna hija, pensó, se habría sentido igual al abandonarla en su primer día de internado. Pero con el paso del tiempo Monica Bedi se fue convirtiendo en algo tan remoto y anónimo como los viandantes que pasaban por la acera de camino al trabajo. «Seguro que sabrá cuidar de sí misma». Conforme el coche avanzaba por la carretera, lúgubres franjas de nubarrones azulados ensuciaban el cielo rosa de la ciudad.

Cuando salieron de Lisboa y se encontraban camino de la frontera con España, observando cómo el paisaje se

preparaba para el invierno, Salem se dio cuenta sin gran sensación de descubrimiento de que Monica ya pertenecía al pasado; comprendió que ya jamás necesitaría su protección.

Manuel entendió lo que pasaba por la mente del indio. Recordó las propias palabras de Cristóbal: «Nunca te fíes de una mujer hermosa, más aun queriendo mantener conversación contigo en un bar y bebiendo alcohol. No descuides tu vaso y no te la llesves a tu habitación. Su seducción te llevará a la muerte». Ahora, sentado al volante, pensaba para sus adentros: «Este estúpido indio ha hecho una cosa que en inteligencia nunca se espera que se haga: buscarse una amante, contarle demasiado sobre tus

actividades y acabar buscando consuelo entre las sábanas como un perro en celo. Una equivocación». Aquella observación, que le pareció graciosa, le animó a tomar violentamente una curva con excesiva velocidad, adentrándose en la autopista y pisando el acelerador. Para evitar la localización geográfica de su itinerario desactivó la función GPS del vehículo.

40 MADRID

Patricia entró en el despacho y se quedó mirando por el amplio ventanal mientras Cristóbal terminaba de hablar por teléfono con alguien del Ministerio del Interior, a quien estaba informando sobre las actividades ilegales que estaban empleando los simpatizantes de un grupo político en la oposición; le advertía de una posible manifestación espontánea con el fin de bloquear el tráfico de las grandes arterias de Madrid, como la Castellana, Serrano y Velázquez, entre otras. Cuando colgó el

auricular, Patricia se giró, dio unos pasos hacia delante y se apresuró a decir:

—Ya dejaron Portugal. Si este asunto saliera a la luz pública nuestro prestigio profesional se iría al garete. Se supone que estamos en una democracia, Cristóbal, no lo olvides.

—Efectivamente, pero de la suposición a la realidad hay un enorme y largo trecho —dijo reclinándose en su asiento—. Para los servicios de inteligencia de España la democracia no es más que algo superfluo que se le exige al resto del mundo, pero según los intereses... es algo de lo que se puede prescindir.

—¿Qué pretendes a estas alturas?

Es que no comprendo la importancia que tiene esta misión. La policía francesa encontró el cuerpo de Koldo. Han llegado a la conclusión de que ha sido un ajuste de cuentas por el crimen organizado de Marsella ya que, por lo visto, anteriormente Koldo no había pagado determinado cargamento que le habían entregado. Los franceses nos han pedido información sobre la víctima y el joven tiene un historial bastante turbio que despejaría cualquier duda de sus conclusiones oficiales. Pero el informe del anatómico forense es verdaderamente escalofriante. — Cristóbal puso cara de enfado, aunque procuró disimularlo. Dándose cuenta del gesto, Patricia se puso seria de golpe—.

Mira, cuando un hombre no puede defenderse, cuando te suplica que no le hagas daño, como este joven que ni iba armado ni suponía peligro físico alguno, hay que estar bastante mal de la cabeza para ensañarse con él. Por mucho odio que tenga Manuel dentro, hay que estar bastante enfermo, pero bastante enfermo, para hacer lo que él hizo con Koldo. Que ahora Manuel, trastornado psicológicamente según nuestros informes, cometa un crimen en las calles de Barcelona ordenado desde este despacho, me parece algo inaudito. Encima con ese gánster indio cogido del brazo por toda la ciudad. Vamos a ver, Manuel va a estallar, no duerme bien desde hace ya mucho tiempo, es

introvertido, tosco, violento y agresivo y ha forzado un aislamiento absoluto con sus veteranos compañeros, a los que no habla ni con los cuales se reúne desde hace años. Tal vez si hubiera encontrado una mujer o una compañía femenina que le ayudara a atenuar la pendiente de su existencia, podríamos hablar razonablemente de una persona normal, con problemas normales. Sin embargo, ese hombre es una bomba de relojería con el cronómetro en marcha. Es como Robert de Niro en la película *Taxi Driver*, metido en el papel del protagonista, que la única forma que concibe para intervenir en el mundo en el que vive y que no comprende es mediante la violencia. En esta

administración no podemos permitirnos la idea de seguir conteniendo más tiempo a un potro desbocado. Que no le hayas dado la baja hasta ahora solo me lleva a pensar que las razones son mucho más graves de lo que me puedo imaginar. La importancia que tenga Manuel para ser liquidado de esta manera, después de matar a su vez a Iskander, me da mucho de que pensar. Supongo que hay alguien por encima de ti que te ha ordenado esta misión y esperas su alabanza.

—No es cuestión de alabanza — replicó Cristóbal con gesto muy tenso—, en absoluto.

—Que sepas que hay personas en ese edificio, empleados de esta

administración, que están sufriendo toda clase de presiones por el solo hecho de que se les pueda pasar por la cabeza la idea de hacer o decir algo, que no sea del total agrado de una «administración» que en la actualidad utiliza para fines ilegales los sofisticados sistemas de control, espionaje e información.

—Eso suena muy fuerte, y además es ir demasiado lejos —miró pensativo a Patricia por un momento y luego dijo —: Es decir, que tú conoces los nombres de esos empleados porque controlas sus teléfonos y sus ordenadores personales.

—Para eso estoy a tu servicio, solo me tienes que pedir que te mande el informe confidencial interno, pero

quiero que sepas que tenemos a más de uno capaz de filtrar información secreta a ciertos periodistas de investigación. Y si el perfil de Manuel, o el de Iskander, sale publicado en los medios, al diablo con esta misión. Estoy convencida de que te darán una jubilación exprés de carácter inmediato.

—Y tú querrás ocupar mi puesto, ¿verdad? —dijo Cristóbal mientras jugueteaba con la muy cara estilográfica que solía utilizar para glosar documentos originales con un código cifrado. Los dos guardaron silencio. Cristóbal era consciente de que desde hacía un año Patricia se estaba dirigiendo indirectamente a ciertas personas del gobierno para ser

nombrada su sustituta cuando el tiempo lo requiriese. Patricia no dijo nada, lo que significaba que lo admitía. En su interior se dijo a sí mismo: «Eres una zorra, pero me gustas porque sé cómo manejarte». Cuando volvió a hablar lo hizo con tono pausado, como dando a entender que no le importaba en absoluto el modo de proceder de ella a sus espaldas—. Me gustaría pensar que estás de acuerdo con mi decisión de eliminar a Manuel.

—Digamos que jugamos al mismo juego, pero con camisas diferentes.

—Pues va siendo hora de que te la cambies. Un perro vive tanto como sus dientes y a Manuel ya no le queda ni uno. Hace unos años hubiera podido

tomar otro camino. Le hubiéramos apartado del servicio de una manera distinta. Ahora ya es tarde.

—Yo nunca actuaré de manera que perjudique a esta administración. Yo soy honesta contigo sobre mis opiniones. Estas son meras opiniones personales que en nada influyen en mi actuación. Yo trabajo según tu proceder, ya lo sabes. Pero estoy viendo en ti que el engaño se está convirtiendo en una rutina, como ahora mismo con este caso. Todo estohuele a mierda. Esto es la hostia de complicado. Y si pretendes que no me dé cuenta es que me subestimas. Me gustaría recordarte que en Estados Unidos la inmigración ha sido intensa a lo largo de los siglos, pero ha

funcionado, porque quienes llegaban al país aceptaban una serie de elementos esenciales, empezando por la Constitución. Durante todo este tiempo he estado de acuerdo contigo sobre gentuza como los radicales islámicos, hemos bordeado e incluso incumplido la ley para proteger nuestros valores de libertad, nuestra Constitución. Pero ahora, con Manuel, me estás dando a entender que es ante todo una cuestión de defensa propia. Y a tu edad, en tu posición, estás expuesto a evidentes peligros psicológicos. No solo esto, en el peor de los casos podemos acabar en los tribunales. ¿Qué pretendes? ¿Qué me siga haciendo la tonta?

—Todo quedará en agua de

borrajas, te lo aseguro —repuso impertérrito.

—Cosa que desde el 11-M sucede a menudo, ¿verdad?

—En un futuro, la persona que me sustituya cometerá los mismos errores y adoptará las mismas actitudes, porque la historia se repite. Lo que hacemos no es muy distinto a lo que otras agencias y gobiernos hacen desde tiempos inmemoriales. Nuestros amigos los norteamericanos provocaron la explosión de su propio acorazado Maine en La Habana con el propósito de apoderarse de lo que quedaba del maltrecho imperio español. Más tarde, para involucrarse en la Primera Guerra Mundial, repitieron este mismo

comportamiento hundiendo el Lusitania. Y más tarde, pese que conocían con antelación que el ataque iba a ocurrir, permitieron que los japoneses bombardearan Pearl Harbor. Pero más recientemente, haciendo caso omiso a las advertencias de Berlusconi de que meterse en Libia era una equivocación, la Francia de Sarkozy y la Alemania de Merkel pegaron una patada a ese avispero matando a Gadafi, que era quien controlaba a ese montón de tribus y los mantenía a raya. Berlusconi les decía que era mejor tener a ese tirano controlando la zona... ¡pues no! Para mantener contenta a la opinión pública y desviar problemas nacionales que les perjudicaban políticamente, decidieron

que lo tenían que bombardear y lo mandaron asesinar en pocos días. ¿Y qué han conseguido los norteamericanos haciendo oídos sordos de todo este popurrí? Pues una fructífera venta de armas al terrorismo. ¿Y esto que ha conllevado? Pues ha hecho global el terror islamista, que ya lo tenemos en la mismísima puerta de nuestra casa. ¿De dónde te crees que surgieron los islamistas y hasta Bin Laden? Coño, Patricia, que esto no es un partido de fútbol, donde alguien gana en la ida y luego se sienta a esperar el resultado del encuentro de vuelta. ¡El nervio de la guerra es el dinero! Y no hablemos de la dictadura de Saddam Hussein, espantosa, y no lo es menos la de los

ayatolás iraníes. Sin embargo, lo más indignante, es que peor que ambas es el régimen de Arabia Saudí del que solo se cuentan bondades, porque sigue siendo un fiel lacayo de proyectos de control de materias primas de dudosa moralidad, como mínimo. En otras palabras, no es que las dictaduras sean malas y la democracia buena, a pesar de que es así, sino que las dictaduras son buenas o malas según se pliegan a ciertos planes. —Conforme escuchaba el carnaval de sus atropellados argumentos, Patricia le observaba con incredulidad, como si estuviera escuchando a otra persona; se apartó el pelo de la cara y se mordisqueó el labio inferior. «Está mal de la cabeza, aparentemente da una

imagen de pulcritud, elegancia y de autoridad que tiene todo bajo control, pero este hombre está trastornado, absolutamente obsesionado». Antes de que ella de nuevo pudiera exponer con frialdad su punto de vista, Cristóbal continuó—: En la primera película de *Regreso al futuro*, Doc moría asesinado por terroristas islamistas libios, a los que les había robado una caja de plutonio; ¡y estamos hablando de mediados de los años ochenta, Patricia! Hoy en día los grandes platós de Hollywood están en Marruecos, o se van a Dubái para rodar una entrega de la saga de *Misión imposible* o de *Fast and Furious*. Y qué decir de los grandes equipos de fútbol españoles, que

reciben millones y millones por patrocinios bien de Qatar o de los Emiratos...—Durante unos segundos quedó en silencio, como si hubiera concluido su alegato, pero al poco alzó unos ojos enfebrecidos para musitar como si le costara un enorme esfuerzo lo que iba a decir a continuación. Patricia alzó la cabeza y por unos instantes puso su mirada en el techo, como si allí reposara la moraleja de toda aquella diatriba—. La historia la hacen los hombres, y los hombres se repiten una y otra vez —prosiguió diciendo Cristóbal buscando sus mejores argumentos para tratar de recapitular—. Pues ¿qué te crees que es el mastodóntico destape de Wikileaks? Estamos al tanto del interés

de Washington por el estado psicológico de Cristina Kirchner, de que consideran a Putin como un «macho alfa», de las orgías de Berlusconi con jóvenes con cuerpos de escándalo y un largo etcétera. Desde luego es innegable que también se ha expuesto al público un imponente tsunami de informaciones críticas sobre Marruecos, Irán o Venezuela, amén de sobre cómo se las gasta Estados Unidos. Pero solo se ha revelado una diminuta parte de las filtraciones. El resto es un material que constituiría el sueño de todo periodista y de los espías, y que permanece a salvo porque las transcripciones, y Estados Unidos lo tiene todo grabado y transcrito, siguen inéditas. El Gobierno

norteamericano debió encriptar, blindar y proteger sus secretos para ponerlos a salvo del exterior, incluido *hackers* indeseados, pero olvidó que dentro tiene a traidores y a cientos de miles de funcionarios *Bradleys Manning*. Hoy el problema es el Estado Islámico y toda esa escoria de islamistas radicales. Siempre se ha dado el caso de que una determinada región prende de pronto la chispa que provoca el fuego. Hoy está en Libia, en Siria, pero mañana puede estar en el centro de Europa o aquí mismo, en España. Y yo me encuentro con el deber de contribuir a que esto no suceda. —Lanzó lo que parecía ser un suspiro—. Por tanto, mi deber es eliminar a Iskander aunque esto tenga

que traer malas consecuencias para Manuel, porque en el trabajo de inteligencia solo existe una ley moral, que es la que se justifica por los resultados. Las aguas negras se calmarán y las cloacas del Estado dejarán de emanar hedores. Espero haberme explicado y que te haya quedado bien claro.

—Pero eso no quiere decir que no vayan a seguir tan sucias como siempre. Y no, no me ha quedado bien claro porque no consigo comprender las razones por las que alguien es capaz de colocar una bomba que destruya a seres inocentes, ni entenderé tampoco qué pensarán de sí mismos cuando comprueben que han dejado sin piernas

a una niña que ya no podrá conocer lo que es el amor o tener hijos.

—Te estás extralimitando, Patricia. Entiende de una vez que tú estás aquí bajo mis órdenes y debes guardarme el debido respeto. Te lo advierto... —dijo entre dientes con tono muy enfadado—. La vida está llena de anomalías.

—Sí, vaya anomalías... Es algo que aún se escapa a mi capacidad de comprensión, pese a que me consta que quienes colocan *intelectualmente* esas bombas continúan convencidos de que les asiste la razón.

—Patricia —el timbre de su voz sonaba siniestramente conciliador—, siempre me has gustado como mujer.

Eres dulce, apasionada y encantadora, pero hay momentos, como ahora mismo, en que tengo ganas de prescindir para siempre de ti, y sabes que con una simple llamada mía estarías fulminada de esta administración y tendrías que ir a buscar trabajo en el sector privado.

—Pues por mí, Cristóbal —dijo en tono de profundo hastío y con mirada neutra—, no esperes verme mañana.

Antes de que abriese la puerta del despacho, Cristóbal se levantó con rapidez y señalándola con el índice, dijo:

—Un momento, Patricia. Vamos a dejar las cosas claras. Manuel sabe que está eliminado. No tiene salida. Es un hecho. Lo sabe como quien debe vivir

con cáncer de estómago. Él no es lo que fue. Se ha convertido en un asesino, y tras su última misión no podemos dejarlo por ahí a sueldo del gobierno. Está tan perdido que no existen modos ni medios para que se recupere, y él lo sabe. Que no te quepa duda de que él sabe que lo vamos a poner a dormir. ¡Entiéndelo! Y que te entre esto muy bien en tu cabecita, sabes que para el tipo de hombre que es actualmente Manuel no existe la palabra retiro o jubilación, ni vacaciones. Conceder a Manuel una jubilación anticipada es como dejar... no sé... un moscardón en un cristal. Se convertiría en un hombre amargado y frustrado con aspecto fantasmal por ahí suelto. Imagínate tener

a un antiguo empleado nuestro en esas circunstancias deambulando solo por los parques de Madrid como un vagabundo, acampando aquí y allá. Sería la idea más estúpida. Se convertiría en algo así como la cámara de seguridad de un museo, que graba durante años sin ver un solo robo. Lo que él debe de seguir siendo es como el avispon que pica. Necesita que le den cuerda para seguir en movimiento. Desde luego soy consciente de que su motivación se mueve porque aún alberga un terrible dolor del pasado. No lucha por superar aquella experiencia personal, sino que obedece incondicionalmente a sus instintos de violencia. Anímicamente, no está bien, de acuerdo, eso lo admito.

Pero si por las buenas prescindimos de él, cogerá un arma y se liará a tiros por las calles como un criminal. Él ya no es la persona que fue. No existe un puente sobre el abismo entre el antes y el ahora. Entiéndelo de una puñetera vez.

—*Ponerlo a dormir*, menudo eufemismo, qué bien suena. —Antes de girarse y salir por la puerta, sentenció —: No, no lo entiendo.

41 EN RUTA A BARCELONA

En vez de coger la ruta más cómoda por carretera, Badajoz-Mérida-Madrid-Zaragoza-Barcelona, Manuel había decidido seguir otra alternativa hacia el norte, en dirección Valladolid, tomar luego un desvío en Logroño, llegar a Zaragoza y de allí directos a Barcelona. En total, casi 1400 kilómetros que pretendía cubrir en menos de quince horas.

Salem se había pasado todo el

tiempo dormido.

Manuel bajó la ventanilla, alzó la barbilla y sintió el aire fresco, cerró de nuevo y encendió un cigarrillo.

—¡Eh! Levanta, hombre —le dijo dándole un leve golpe en el hombro—. Tenemos que repostar y comer algo.

—Por mi está bien —declaró.

Decidió parar en el próximo restaurante de carretera. Pocos minutos después vio la señalización que indicaba un área de descanso, con los distintivos dibujos de gasolinera y restaurante, y tras poner el intermitente tomó el desvío. Tras dejar la carretera general y penetrar en la comarcal, cruzaron un pueblo compuesto por no más de diez casas de ladrillo, un enorme

campo de fútbol de tierra, una iglesia antiquísima, un cuartel de la Guardia Civil de hormigón y acero y, al fondo, la anunciada gasolinera con el restaurante. Después de llenar el depósito, aparcó el coche en el aparcamiento frente al restaurante. Allí no había más que cuatro camiones y otros tantos coches.

Una vez dentro, Manuel, sin preguntar siquiera a Salem, pidió dos cafés con leche y dos bocadillos de tortilla de patatas, de media barra de pan de pueblo. El indio, mientras tanto, con las manos en los bolsillos, observaba atónito las enormes cabezas de toros y los numerosos jamones que colgaban de las paredes, la decoración taurina tan exquisita y acogedora, con

azulejos pintados, botijos artesanales y carteles *vintage* que anunciaban corridas en las más afamadas plazas de toros de España. Manuel pagó en metálico, dejó propina, cogió la bandeja, y haciendo un gesto con la cabeza, le indicó que le siguiese. Se sentaron bajo de un arco de medio punta con ladrillos vista, junto a la ventana y comenzaron a comer con placer y en silencio.

Dos hombres fornidos con ropas holgadas entraron y se sentaron en la barra a tomar un café, haciéndose pasar por lo que no eran.

Manuel dio una leve palmada sobre la mesa, y haciendo con la cabeza el mismo gesto de antes, indicó a Salem

que era hora de continuar el trayecto.

Antes de entrar en el coche, Manuel encendió un cigarrillo, le dio un par de caladas y lo tiró.

—Qué asco, joder —espetó en voz alta—. Qué asco me da ya el tabaco.

Se sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, metió dentro el encendedor y con mucha fuerza lo lanzó más allá del aparcamiento.

Por encima del paisaje llano y poco sugerente, el cielo presentaba un color completamente negro. Aquel mediodía anunciaba tormenta. El Audi A4 de color azul relucía como el cristal. Manuel encendió la radio. Música clásica, *techno*, después un *rap* y luego una canción inglesa de los años noventa.

El júbilo experimentado brevemente se desvaneció con el murmullo de la carretera mojada. Manuel decidió apagar la radio y dar un poco de conversación.

—Así que eres el gánster más buscado de la India, ¿eh? —proclamó con grandilocuencia y en voz alta ante el parabrisas. Salem le miró y sonrió ante la ocurrencia; el español siguió el juego —. Ah, nada me complace más en la vida que servir de chófer al gran temible gánster Abu Salem, gran erudito del crimen con sus idas y venidas, y tratar cuestiones religiosas tan profundas con él mientras nos dirigimos a la gran ciudad de Barcelona.

Después de un prolongado

silencio, en el que solo se oía el ruido de la lluvia sobre el vehículo, Salem dijo:

—Todas las religiones tienen devotos que se apartan del buen camino por su radicalismo.

—Sí, de acuerdo, acepto la indirecta, pero el islam desde luego no es una excepción —afirmó Manuel—. Un ejemplo actual es el Estado Islámico, ¿no? Por cierto, en la India no hay tanto radicalismo, y eso que hay millones de musulmanes.

—Cuando los británicos se fueron de allí en 1947 y la India se declaró independiente, el país quedó dividido debido a la creación de Pakistán. Entonces muchos musulmanes tuvieron

la oportunidad de emigrar, pero decidieron quedarse en su tierra natal.

—¿Por qué?

—Diablos, cómo que por qué.

Porque consideraron que la India era su tierra, no ese nuevo país radicalizado llamado Pakistán. Mis antepasados quisieron ser indios, como millones de musulmanes, que son ejemplos del concepto de patriotismo. Para los millones de habitantes de religión musulmana, la India es el lugar más hermoso para vivir.

—Desde luego, para los radicales musulmanes sus conflictos son de carácter político. Mira ahora lo que sucede en Gran Bretaña, en algunos casos en las mezquitas hay más

radicalismo que en Pakistán.

—Todo es muy complejo. Por ejemplo, en la India existen cuatro escuelas islámicas diferentes: *malikí*, *hanafí*, *wahabí* y *shafi'i*. Ninguno de ellas aceptaría un código de conducta o seguimiento común, simplemente porque cada una de ellas quiere estar satisfecha con sus propias creencias.

—Pueden cambiar los musulmanes, pero no el islam. Si hubiese un acuerdo sobre un código civil común todo sería distinto.

—Efectivamente, pero aun así, muchos como yo no creemos en la idea del islam contra todos.

—Esa pandilla de hijos de puta creen que la única forma pura del islam

es la de hace siglos, el de las leyes arcaicas durante la época de Mahoma y sus seguidores.

—Eso sucede aún en la India. Después de la independencia, esa falta de un código civil común contribuyó a que la poligamia fuese permitida y que en pueblos del interior fuesen hombres viejos con barbas los jueces sobre asuntos privados. Pienso que en la actualidad la mayor amenaza a la que se enfrentan los musulmanes es bastante práctica, y se llama pobreza. Cada vez más en la India los musulmanes quieren para sus hijos una educación secular y moderna. Absolutamente nada que ver con lo que nos predicán los locos esos del Estado Islámico.

—Que demuestran su hipocresía en su interés en destruir la modernidad, precisamente con herramientas modernas: explosivos plásticos, aviones, internet, televisión...

—Pero no se te olvide que todas las religiones están sujetas al uso indebido de personas fanáticas.

—Bueno, vamos a ver. Habría que diferenciar a fanáticos como Iskander, que solo pretenden hacer el mal, y a fanáticos como nosotros, que pretendemos evitarlo cueste lo que cueste, sin ninguna motivación religiosa, aun siendo tú musulmán y yo nacido cristiano católico.

—Mmm... Sí, estoy de acuerdo contigo.

En cuestión de minutos, una lluvia persistente caía sobre el coche, de modo que Manuel tuvo que aumentar la velocidad de los limpiaparabrisas; en el carril contrario, los faros de los coches arremetían contra él.

—En el *Ramayana* leí que el héroe Rama...

—¿Qué es el *Ramaya*...? —le interrumpió Manuel entrecerrando los ojos para poder ver la carretera.

—El *Ramayana* es un libro mitológico indio.

—Ya. ¿Y qué pasa?

—Pues que Rama, debido al monzón, tuvo que aplazar el viaje para rescatar a su mujer, Sita, que había sido raptada.

—¿Y qué tiene que ver con la que está cayendo aquí fuera?

—Que me ha recordado que en la India la naturaleza domina físicamente al hombre, al mostrarle la inutilidad de la acción. Tan solo hay dos actitudes extremas. Te puedes identificar con la sustancia universal en un acto de adhesión total o rendirte con la extinción absoluta de la personalidad. Es decir, el resultado es la renuncia a la acción.

—Pues aquí, no, amigo mío.

—Ya, ya me doy cuenta de que contigo no hay posibilidad de dar marcha atrás. Pero no era esa mi intención. Era solo un comentario que me ha venido a la cabeza al recordar el monzón en mi país.

—Esto no es la India. Con la tecnología de este coche podemos pasar por tifones, monzones y todo lo que nos pueda caer encima. Pero no me lo niegues, esto es mucho mejor que estar quieto como una lechuga imaginando juegos y diversiones que dieran vida a la monótona rutina de la cárcel, que tarde o temprano podían haber acabado destruyendo tu balance psicológico y adoptar actitudes infantiles y regresivas. ¿Qué dirían entonces tus fans del temible Abu Salem?

—Desde luego, nada como una metáfora para intimidar a un tipo duro como tú. Visto desde esa perspectiva, tienes razón.

Manuel encendió la radio y

comenzó a sonar el tema musical de
Elvis Presley *A Fool Such As I*.

Now and then there's a fool such as I
Pardon me, if I'm sentimental
When we say goodbye

—Para liderazgo y motivación
déjate de mitologías, que ya tenemos la
ayuda del Rey del Rock —añadió con
una sonrisa mientras tamborileaba con
los dedos sobre el volante al tiempo que
tarareaba la canción.

Don't be angry with me should I cry
When you're gone, yet I'll dream
A little dream as years go by
Now and then there's a fool such as I [...]

Miró por el retrovisor. Algo le llamó de nuevo la atención a Manuel. Comenzó a sentirse intranquilo. Sabía que era un síntoma propio de dejar repentinamente el tabaco, de separarse del cigarrillo y no tenerlo como amigo. Había tirado el paquete con el encendedor, y estaba determinado a no volver a fumar porque deseaba tener ese efecto de ansiedad. Puso el intermitente a la izquierda y volvió a mirar por el retrovisor. La entrada para la autopista hacia Barcelona se acercaba y aún los tenía detrás: dos hombres en un Mercedes trucado. «Alguien está vigilando desde la distancia mi operación».

En el coche de atrás, el hombre

sentado en el asiento del copiloto estaba conectado vía satélite con el centro de inteligencia de Madrid.

42 MADRID

Después de examinarse críticamente los tendones del cuello frente al espejo del baño, se untó el rostro de crema suavizante y entró al dormitorio. Isabel no lograba decidirse acerca de qué ropa se pondría. Se dio cuenta, tras muchos años de matrimonio, que aún no sabía qué había en ella que agradase a su esposo. Ahora, en aquella etapa madura de convivencia, cuando ya no eran jóvenes, no sabía qué camino tomar para atraer a su esposo: flirtear, coquetear, razonar. Ciertamente, habría algo para

llamarle la atención como antaño: ¿insistir?, ¿suplicar?, ¿rogar? Pero ¿había algo de ella que le agradaba? Mirándose en el espejo del tocador, decidió continuar haciéndose la desvalida. De todas maneras, Cristóbal nunca había mostrado mucho interés por ella; siempre se había dicho a sí misma que no era un hombre demasiado interesado en el sexo. Las caras fruslerías que guardaba en el aparador de su habitación se las había ido regalando durante los años de matrimonio con el propósito de llenar vacíos de la relación conyugal que no era posible colmar.

—Te noto algo desvaído, ¿estás crispado por algo? —preguntó a

Cristóbal en la entrada de la casa mientras esperaban al chófer.

—No, no —musitó arqueando las cejas y observando el cielo nublado—. Vaya día que hace. Dicen que lloverá.

—Mucho ánimo no muestras. ¿Te has tomado la pastilla de la tensión?

—Sí.

—¿No habrás bebido a estas horas?

—Mujer, ha sido solo un whisky.

—Cristóbal, por Dios, pareces un crío. Es decir, que no te has tomado la pastilla.

—No.

—O sea, que me mientes.

—Sí.

—¿Te preocupa algo, cariño? Es

que pareces tenso.

—Claro que no. Todo va bien.

Ya sentados en el coche, salieron de las inmediaciones de la residencia y entraron en la carretera general. Poco después se adentraron en el tráfico urbano madrileño.

—Pasados los sesenta a lo único que hay que aspirar es a estar bien de salud —dijo ella mirando con curiosidad a su marido.

—Sí, así es, y despiertos.

—Los Rodríguez quieren llevarnos el próximo fin de semana a comer a Segovia, pasar allí el resto del día y el domingo en Toledo. Me ha dicho nuestro hijo que vendrá. Vendrás también tú, ¿verdad?

—Sí. Puede ser un plan interesante.

—Creo que a Carlos le gusta la hija de los Rodríguez. ¿Tú que piensas? ¿No te fijaste la última vez cómo la miraba?

—No te podría decir que sí. La verdad es que ni me fijé. Pero ya va siendo hora de que espabile, para la edad que tiene ya nos tendría que haber hecho abuelos.

—No digas eso —murmuró Isabel riendo—, que aún quedan unos años por delante. Además, no somos tan mayores. Por lo menos para ciertas cosas.

El chófer fue disminuyendo la velocidad hasta que detuvo el vehículo. Delante había una larga cola que

formaba un tráfico inusual en aquella zona de Madrid.

—Pero ¿qué es lo que sucede? — se preguntó Isabel, para luego contestarse a sí misma—. Quizá algún accidente.

Cristóbal miró su teléfono móvil y de inmediato supo la razón. Vehículos antidisturbios estaban bloqueando la calle. La policía había estado atareada todo el día clausurando puestos y tiendas ilegales que habían montado algunos grupos de manifestantes, quienes se habían negado a desalojar las calles a pesar de que los propietarios de los comercios vecinos hubieran logrado una orden judicial.

Pasaron un grupo de jóvenes

gritando eslóganes anticapitalistas e insultos contra políticos nacionales. Algunos de ellos aireaban pancartas con símbolos y palabras como «revolución», «Viva el pueblo» y «Sí Podemos».

—Esos jóvenes —dijo Isabel mirando por la ventana— son sucios, ignorantes, comunistas, la izquierda más extremista, mentirosos, enfermos. Están drogados muchos de ellos. No cesan de hacer ruido con sus silbatos y pitos... Ya me lo dijo mi peluquera, que en su barrio causan muchos problemas. No dejan de gritar que quieren sabotear edificios públicos y ocupar apartamentos vacíos puestos en alquiler. Quieren hacer la revolución.

—Son los que dicen ser los

auténticos defensores del feminismo. Pero, por otro lado, no tienen problema a la hora de defender la discriminación hacia la mujer cuando se hace en nombre del islam —añadió Cristóbal con voz plañidera en tono de sarcasmo observando cómo un grupo de personas tiraba botellas a la policía y echaban a correr cruzando la mediana de la calle—. Ellos eligen el juego y nosotros lo jugamos. —Vio a lo lejos cómo unos policías antidisturbios los alcanzaban, los golpeaban inmovilizándolos en el suelo y los detenían—. ¿Y por qué deberíamos tomarnos menos en serio de lo que ellos se toman?

La policía consiguió levantar los piquetes de los manifestantes y el tráfico

volvió a fluir por las calles del centro de Madrid. Los antidisturbios se mostraron especialmente duros con los cabecillas de aquellas alteraciones callejeras. Aquel día, los servicios de inteligencia de Cristóbal, que se habían infiltrado en aquel grupo de extremistas, habían descubierto cómo en las sedes de un partido político que se hacía denominar como la alternativa para gobernar el país, con la intención de desestabilizar el gobierno y crear un ambiente de caos social e inseguridad ciudadana, estaban suministrando a aquellos jóvenes y no tan jóvenes activistas de la llamada revolución espontánea, ayuda, aliento, cobijo, pancartas, bocadillos, botellas de agua e

incluso tiendas de campaña y cartones de grandes dimensiones como para construir un improvisado cobijo en cuyo interior podían pernoctar hasta cuatro personas.

—Señor... —musitó el chófer de forma casi inaudible.

—¿Sí?

—A las 15:00 —prorrumpió entre dientes mientras tosía levemente.

Cristóbal frunció el entrecejo e instintivamente giró la cabeza y miró a través del cristal. Un grupo de jóvenes corrían delante de policías antidisturbios, que apenas se atrevían a contenerles con pelotas de goma. El pantalón corto de uno de ellos le llamó significativamente la atención, y no pudo

creer lo que veía: a su hijo Carlos y a su lado al jardinero Serafín. Se quedó mirándolos sorprendido y, seguidamente, puso cara de pasmado. Ambos estaban entre aquella horda de jóvenes que hacía poco habían participado en cortar el tráfico.

El chófer maniobró para adelantar a un vehículo que circulaba muy despacio. Cristóbal giró la cabeza, y no pudo evitar girar también la cadera, levantar una pierna y doblar una rodilla sobre el asiento para mirar hacia atrás, a través de la luna trasera. Alcanzó a ver con estupor cómo su hijo levantaba la mano al aire, gritando a la policía a una distancia de escasos metros, mientras se sujetaba con arrojo sus partes íntimas y,

vulgarmente, alzando la cadera, movía con frenesí la mano arriba y abajo, al mismo tiempo que se tronchaba de risa con las personas que le rodeaban.

—Quédate tranquilo, querido — comentó Isabel con parsimonia y mirada al frente—. Estoy segura de que la policía les dará su merecido. Ya verás cómo la próxima vez se lo piensan antes de cometer delitos de desórdenes públicos.

Con un estado de incredulidad e impaciencia, vio cómo Carlos se reía junto con aquel grupo de personas, greñudas, con capuchas, que no eran sino anarquistas, antisistema y alborotadores con pintas de todo tipo, alejándose a toda velocidad antes de ser

alcanzados por los antidisturbios.

Volvió a tomar asiento y se tocó la frente. Mientras se adentraban en la carretera de circunvalación, Cristóbal se quedó un rato tratando de digerirlo todo.

—Recuérdame que mañana tengo que hablar con Serafín —murmuró al chófer, inclinándose hacia él y hundiéndole los dedos sobre el hombro derecho, como dándole una señal que solo ambos entendían.

—Sí, señor —dijo sin apartar los ojos de la carretera, como si no hubiese escuchado nada—. Me encargaré de ello.

—¿Otra vez los gatos? —preguntó Isabel con gesto de incredulidad.

—Sí —contestó Cristóbal. Su

nerviosismo aumentó por momentos e intentó controlar su estado—. Tengo que hablarle una vez más sobre esos gatos callejeros, proletarios... Últimamente utilizan conductas innatas de caza, y eso se ve reflejado en los arañazos en la tapicería de nuestra terraza. —Hizo un chasquido con la boca—. Es hora ya de tomar medidas.

Había sido engañado por su propio hijo, el tonto, el infantil, el gracioso. Había sido capaz de caer en la trampa más tonta del mundo. Engañado en su propia casa, delante de sus narices. Evidentemente, el hacerse el tonto ante él había sido un engaño para darle una falsa sensación de seguridad, un truco. Su hijo no era sino un

espejismo; había estado representando una farsa. «El muy cabrón», se dijo a sí mismo. Había sido engañado por un novato y no se había dado cuenta. «Pero ¿cuánto sabe mi hijo sobre mis actividades? Tal vez, absolutamente nada, solo conoce mi puesto de responsabilidad como funcionario. La razón por la que me ha estado evitando todo este tiempo ha sido simplemente para hacer de las suyas con su grupo de amigos».

—Creo que a Carlos le conviene un internado en Inglaterra —sentenció con el dedo índice, con entera resolución.

Ella lo miró, sin comprender lo que estaba diciendo. Cristóbal a su vez

la miró a ella, asintiendo después de una larga pausa como si ya estuviese tomada tal decisión, y añadió:

—Sí, eso es lo que vamos a hacer con él antes de que acabe desbocado. La juventud hoy en día tiene que ser emprendedora, para ello debe de ser aplicada y el que más estudie más oportunidades va a tener en el futuro. Inglaterra no es la mejor decisión, pero tampoco la peor, es simplemente diferente.

43 EL SEÑOR X

Cada cierto tiempo se celebraba una cacería y más tarde una comida en una finca a las afueras de Madrid. Aquel terreno formó parte de una propiedad mucho mayor que los reyes de España, a partir del siglo XVI, utilizaban para la caza del oso, entre otros animales, aprovechando que el clima era más benigno que en otras zonas de Madrid en las que pasaban largas temporadas. Los invitados no pasaban del centenar, y entre ellos se encontraban altos cargos de Hacienda, políticos españoles y

portugueses, un antiguo directivo de medios de comunicación dueño de muchas acciones en una empresa editorial, miembros de la realeza europea, una mujer absurdamente joven pero de mucha belleza que era directora de una cadena de comunicación, amantes de la caza, gente influyente en la banca, numerosas azafatas contratadas de una agencia internacional de *escorts* —pero que en realidad no eran más que prostitutas de lujo—, importantes accionistas de cadenas hoteleras y medios de comunicación, ejecutivos de las más lucrativas corporaciones internacionales, algún productor de cine, etcétera. La mayoría de los invitados creían pertenecer a un elitista grupo e

iban a la caza del jabalí o del conejo o del venado o de la perdiz y el faisán o de muflones y ciervos, según la época del año. Allí, entre los invitados, se despedazaba la fama de muchos mientras se degustaban unos exquisitos aperitivos acompañados con el mejor vino del país; o se inflamaban de elogios entre ellos mientras unos marchaban de cacería y otros simplemente disfrutaban de paseos por el campo o se sentaban en las terrazas en confortables asientos para tomar aperitivos y murmuraban mientras aparentaban contemplar el vasto paisaje.

Muy pocos a lo largo del día conseguían reunirse con el organizador de aquel evento. Para algunos era un

desconocido lleno de misterio que pasaba desapercibido durante todo el día. Mediante sus selectos empleados — algunos traídos del extranjero por una reconocida empresa de *catering*—, hacía uso de estas reuniones para conocer a los recién llegados a la escena política, sopesarlos, y para formar nuevas alianzas, estrategias y reforzar además las antiguas, tomar decisiones sobre el destino de ciertas personas, entidades o empresas o corporaciones, para medir los progresos hacia arriba, o hacia abajo, de enemigos y amigos. Sus empleados se encargaban de ejecutar sus decisiones. Los que habían llegado para disfrutar de la caza, vestidos deportivamente, solían

apostarse en lugares previamente preparados, sentados en especies de tribunas, donde después de soltar a los perros no se les exigiese mayor esfuerzo que empuñar un arma y apretar el gatillo. Al final, todos y cada uno de ellos conseguían abatir alguna pieza. En función del tamaño del animal se lo colgaban al cinto, o lo colocaban en fila en una explanada de cemento designada para tal fin; la cuestión era ofrecer a los invitados un escaparate de triunfos con que satisfacerlos.

Cristóbal acudía a la finca dos veces al año, pero no como placer, sino como un deber. Tenía que personarse ante el señor X y darle a conocer información confidencial. Aquel hombre

se iba haciendo cada vez más gordo, cada vez tenía peor humor y cada vez era más viejo, pero ni se retiraba ni moría.

Los escoltas y guardaespaldas privados de cada invitado se quedaban esperando en el aparcamiento, mientras que en el interior los escogidos miembros de seguridad, vestidos con gabardinas grises y trajes de color azul marino, se paseaban de un lado a otro. Varios llevaban gorras puestas al estilo rural. En la entrada y en los muros de alrededor, las cámaras de vigilancia cambiaban con frecuencia de punto de vista.

—La justicia es el orden que los poderosos imponen a los menos

poderosos, gente de la calle, desfavorecidos y demás. —Se pasó una esquina de la servilleta por los labios para limpiarse la grasa de la carne—. Ya sé que no quieres desprenderte de un buen chico, pero por el bien de nuestros intereses ese tipo de persona, con todo el conocimiento adquirido que posee, que tenga un arma y las convicciones necesarias para usarla, es un peligro. Tu hombre es prescindible, como lo son los soldados que mandamos a las guerras altruistas que autoriza las Naciones Unidas para, según ellos, erradicar el hambre y la tiranía. Venga hombre, no me pongas esa cara —dijo echándose a reír y dándole una palmada en el hombro.

Aquel gesto puso en alerta a Cristóbal. Detectó una advertencia. Percibió en aquella risa algo inquietante, el anuncio de una futura rivalidad; él quizá pudiera convertirse en un objetivo, como ahora anunciaba que lo era su hasta entonces pupilo, Manuel.

—Supongo que como muchos de los crímenes producidos en nuestro país son producidos por algún tipo de idealismo, ¿no es así? —preguntó Cristóbal con excesiva mordacidad.

El señor X paró de comer y con la servilleta blanca de algodón se limpió la boca mientras echaba un vistazo alrededor. Puso su mano sobre el hombro de Cristóbal y la mantuvo unos

segundos antes de hablar.

—¿Tan inteligente es ese hombre? Quiero decir que, según he podido averiguar, es un buen hombre, y nada político ni de ideologías, ¿no es así? — preguntó la que en apariencia era la viva imagen de un apacible comensal exponiendo sus observaciones sobre el estado del universo.

—¿He mencionado inteligente? — contestó Cristóbal haciendo una mueca —. Respecto a lo que es ahora ha perdido mucho de sus facultades, pero antes, no hace mucho, si hubiera tenido que responder a esa pregunta hubiera dicho que si se mete a ese hombre en una jaula llena de tigres saldrá tan tranquilo, y tendrán que enviar una

ambulancia para los tigres.

—Bueno... bueno. Quiero que lo arregles todo —dijo volviendo a coger los cubiertos para cortar un trozo de filete asado. En su rostro curtido, con una expresión benévola, su voz desprendía una misteriosa felicidad, de desenfado—. Hay hombres como ese Manuel, que, derribados de una posición moral, vuelven a escalar la misma posición, la reocupan desafiantes, aún más decididos, y aún más convencidos de que luchan contra algo malo. Los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid dieron inicio a un cambio de rumbo irreversible, en cuyo desarrollo han ido encajando los sucesivos acontecimientos políticos de la reciente

historia de España, gracias a que fue la pieza esencial de un puzle previamente diseñado por nosotros. Tengo a mucha gente que se vio beneficiada de nuestra acción secreta, utilizando a un puñado de marroquíes y a ese turco, hombre tuyo. No se puede venir todo abajo por culpa de uno de los nuestros. El trabajo que hiciste en el apartamento de Leganés fue muy comedido, sí señor. No quiero que pierdas ese tacto que tienes para hacer las cosas.

El trabajo al que se refería era la explosión en un apartamento del barrio madrileño de Leganés. Los verdaderos ejecutores ideológicos querían encontrar a unos culpables para satisfacer a la opinión pública tras el atentado

terrorista del 11-M. Cristóbal mandó allí a tres de sus hombres, llegaron en coches alquilados por empresas distintas y se alojaron en apartamentos distintos pagando el alquiler por adelantado de seis meses, aunque tan solo se hospedaron dos semanas. Se reunieron en un local en cuya entrada se podía leer «Peluquería Maribel» y debajo, en medio del cristal del escaparate, un «Se Alquila» en letras prominentes. La peluquería no existía, era una tapadera. Todos los muebles del interior habían sido trasladados por los experimentados hombres de Cristóbal. A veces en algún punto de España, según sus operaciones encubiertas, remodelaban un local vacío, firmando un

contrato al propietario por un año o cierto tiempo y pagándole por anticipado, lo decoraban según les convenía como un restaurante, un bar, una oficina de importación-exportación e incluso una asamblea de Testigos de Jehová. Después, con su empresa de mudanzas fantasma, lo recogían absolutamente todo, hasta las bombillas, y limpiaban hasta el más pequeño detalle; así evitaban que uno de sus agentes dejase huellas en muebles o incluso en algún documento, factura o papel insignificante.

En aquella peluquería Maribel citaron a tres hombres y los sometieron a un riguroso interrogatorio.

—¿Qué queréis decir cuando

habláis de muertes simbólicas? — preguntó uno.

—¡Como que qué queremos decir! ¿No has leído en las noticias o visto en televisión esos locos monjes budistas que se queman a sí mismos frente a embajadas de China?

—Es una forma de hacer que la muerte signifique algo —añadió otro.

—Ya lo entiendo.

—Además, tendréis que colocar un par de ejemplares del Corán en el apartamento para que se sepa que eran islamistas devotos que decidieron inmolarsé.

Aquellos hombres colocaron unas bolsas llenas de explosivos en aquel apartamento donde vivían un grupo de

inmigrantes musulmanes. La policía recibió un aviso de que allí estaba alojada una célula terrorista relacionada con el atentado de Madrid el 11 de marzo. Antes de que penetrasen en él miembros del cuerpo especial de policía, los inmigrantes decidieron inmolarsse, según los medios de comunicación. Pero los hombres contratados por el entonces equipo de Cristóbal colocaron en el apartamento siete cadáveres de inmigrantes ilegales. Para evitar su identificación a algunos les amputaron las manos, a otros les quemaron las yemas de los dedos, y detonaron la explosión en el interior de la vivienda. La versión oficial fue que siete terroristas que habían puesto las

bombas en los trenes el día 11 de marzo murieron inmolados antes de que la policía los detuviese. Además, para convencer a la opinión pública, se mostró una carta de despedida que uno de los terroristas había escrito a sus familiares de Marruecos.

—Ahora escucha y atiende, Cristóbal —le recomendó el señor X en un susurro de confidencialidad. Se reclinó cómodamente en su silla rústica, como todo el mobiliario de la estancia, y con los codos sobre el respaldo juntó las yemas de los dedos y con una apariencia pastoral dijo—: El Turco, como bien sabes, no solo ha estado viajando al extranjero últimamente para visitar a dudosos amigos y familiares,

sino que a través de sus hombres ha estado realizando estas últimas semanas transferencias desde el banco Halkbank a compañías en Turquía y en China. Con ese dinero ha estado comprando oro y lo ha estado mandando a Irán, vía Dubái. Pero no solo eso, sino que ha donado millones de dinero negro a una organización caritativa a nombre de la esposa de Erdogan, el presidente de Turquía, nada menos. Lo hubiésemos dejado estar, pero en sus actividades, según mis amigos de la CIA, están involucrados ciertos políticos estadounidenses con ansias de enriquecerse. Reporteros del *New York Times* están investigando al antiguo alcalde de Nueva York, ese millonario

que fue nombrado persona del año por la revista *Times* tras el 11-S, además de caballero comendador de honor de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II. Ya sabes cómo se inician los problemas de este tipo, una persona insignificante se inmiscuye debido a algo que le llama la atención, comienza a unir A, B y C, una serie de sucesos conectados entre sí por las leyes de causa y efecto, uno detrás de otro, una pista tras otra, paso por paso, eslabón por eslabón, y la singular cadena se va haciendo cada vez más larga, hasta que por fin aparece España y nosotros. Ya hay mucha mierda orbitando alrededor de este hijo de puta. —Alzó las cejas, abrió las manos y añadió—: Quiero que

elimines a este forúnculo que nos ha salido, pero quiero que se haga ya de una vez, antes de que todo esto nos salpique. —Con una mano sujetó la otra abierta y observó la palma con el ceño fruncido, como si en ella se ocultara algún tipo de misterio—. Quizá tu hombre ha caído corrompido porque ha permitido que las inhibiciones humanas ordinarias, especialmente las de una naturaleza moral, interfieran con su eficiencia. En fin, Cristóbal, ya sabes cuáles son las normas. —Se recostó en el asiento, lo miró fijamente a los ojos, exhaló un suspiro y mantuvo un gesto impasible—. Nosotros somos quienes creamos la historia de este país, quienes movemos los hilos. Somos quienes

proporcionamos la información que nos concierne. Somos los deformadores de la verdad a nuestra conveniencia. Porque en la historia de nuestra organización la ley no es para proteger la vida, sino para atropellarla. Tal cual hacen nuestros amigos de la CIA, autorizando el asesinato, la tortura y el secuestro de Estado. Un país como es Estados Unidos no resulta inmune a personas prescindibles como Manuel que pueden poner en peligro la patria, utilizando cualquier medio que esté a su alcance. Yo estoy al servicio de unas normas como estas.

—Su mujer murió en aquellos atentados. Se casaron justo unos días antes. Yo estuve en la boda. Ella era

muy guapa y una excelente persona. Aquella mañana ella iba a trabajar cuando se produjo una explosión en el vagón en el que viajaba. Desde entonces, él se volvió bastante violento en sus misiones, bastante solitario, extraño. Como si quisiese buscar la forma de redimirse de la culpa de que ella hubiese muerto porque él no pudiese prever la explosión. Tengo un informe elaborado por mi despacho que confirma con detalles el trastorno en sus facultades. Yo creo que está buscando el modo de salir de la situación en la que se encuentra, como si esperase que algo suceda para poder descansar para siempre de todo lo que le aflige en su interior.

—Ya... una lástima. ¿Y dónde se encuentra Manuel ahora?

Cristóbal miró ceñudo su teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Está entrando en este momento en Cataluña... junto con ese indio... —hablaba como las cuerdas de un piano mal afinado—. Ese gánster llamado Abu Salem... el que detuvieron en Portugal... Van a dar caza a Iskander, *el Turco*.

El señor X se levantó con lentitud, extendió su mano, y Cristóbal le dio la suya para que la asiese.

44 MUSEO DEL PRADO, MADRID

Isabel había congeniado con otras señoras tomando vino y champán y degustando la exquisitez de la comida, propia de la dispensación de una casa real hacia un primer ministro extranjero.

Una vez en el coche de regreso, hizo algo que no había hecho en mucho tiempo: se deslizó hacia él, tiró de su cabeza y lo besó en los labios.

—Te quiero, Cristóbal —dijo.

—¿Desde cuándo te ha venido esa

necesidad repentina?

—No me he mostrado muy cercana a ti últimamente, y lo lamento.

—Lo que pasa es que estas preocupada por el hijo que tenemos, que no aprende y ya tiene una edad como para estar espabilado. Creo que lo hemos mimado demasiado.

—De todas maneras, te quiero, Cristóbal, y quiero que lo sepas.

—No como antes.

—Nadie quiere a nadie como antes. Te observaba mientras hablabas y te despedías de aquellos hombres que parecían alemanes y... debo confesarte que no eres peor que los demás... —dijo Isabel echándose a reír.

—Creo que he recibido mejores

cumplidos.

—Bueno, eso es la madurez. —
Pasó la mano sobre su nueva corbata de seda y la acarició lentamente con mimo. Su tono de voz cambió repentinamente —. Lo que quiero decir, Cristóbal, es que eres mejor que los demás, que tienes un buen corazón. —Alzó la mirada hacia sus ojos—. No hay mucha gente con esas cualidades, ¿lo sabías? Quiero que sepas que siempre estaré contigo, siempre, en cualquier momento, para cualquier cosa que necesites.

Él notó que a su mujer le iban a saltar las lágrimas; puso sus brazos alrededor de ella y la besó en la mejilla. Creía pensar que era el momento idóneo de encontrar la armonía en su

matrimonio y limar asperezas.

Pensó para sí mismo: «Tu problema, Cristóbal, es que aún crees que, si eres un buen chico, serás recompensado. Cuando eres buen chico, te comen. En este mundo de los servicios de inteligencia hay que ser jodidamente mala persona para sobrevivir». Y recordó las últimas palabras del señor X en el momento de despedirse: «Me resulta obvio que ese Manuel tiene una relación ambivalente contigo, en parte resentimiento por haber seguido tus órdenes de muchos asesinatos, pero en parte una especie de genuino afecto que es recíproco. Siento que esta situación no se pueda resolver hablando tú con él y haciéndole entrar

en razón. Si esperamos más tiempo, quizá seas tú el próximo que mate. Ese hombre ya nos resulta prescindible. Él es un tipo desesperado y guiado por una idea fija en este mundo, y tiene conocimiento de algo acerca de nuestra organización que le está removiendo la conciencia. Recuerda, Cristóbal, no existimos para ganarnos la aprobación de nadie. Existimos para proteger la seguridad de este país. Somos las fuerzas que controlan el sistema».

Había un lugar muy estimado para Cristóbal, abierto al público, y para él sin embargo reservado, al que se retiraba cuando sentía una sensación de agobio por las exigencias y preocupaciones continuas, por la

opresión de la vida. Cuando el coche entró en la ciudad de Madrid y circulaba por la Puerta de Alcalá, se despidió de Isabel, y le dijo al chófer que parara junto la acera. Tras reanudar el conductor el trayecto hacia la residencia internándose entre la circulación, Cristóbal esperó unos minutos y paró el primer taxi.

—Al Museo del Prado —ordenó.

No era ningún amante del arte, y menos aún de estar en lugares públicos, que evitaba como la peste. Todo fue tras los atentados el 11 de marzo de 2004, cuando las explosiones sucedieron en los vagones. Estaba sentado en su despacho, resistiéndose a encender su televisor privado y ojear las noticias de

última hora. Había intentado mantener su mente ocupada y estar distraído yendo a la cafetería, pero sin duda no conseguía dominar su nerviosismo y para pasar desapercibido se recluyó en su despacho. Entonces fue cuando Iskander le llamó a un número privado. Dejó que sonara varias veces aquel teléfono con tarjeta prepago imposible de rastrear, específico para aquella misión. Sabía que aquel móvil tardaba varios segundos en encauzar una llamada telefónica. Durante un instante quiso pensar que por intervención divina algo habría ido mal, que se habría desbarajustado todo y que aún tenía tiempo para retroceder. Tenía toda la fuerza y capacidad para borrar el mínimo indicio de lo que se habían

propuesto. Habría sido un día normal. Pero no fue así.

Cristóbal acabó respondiendo.

—Dime.

Con voz expresiva, y desde un locutorio próximo a la Puerta del Sol, le informó de que todo había sucedido según lo planeado. Entonces él dio luz verde a su equipo operativo para llevar a cabo la segunda fase de aquel plan: envíos de mensajes a los medios de comunicación y a la sociedad para concienciar a los españoles de que el atentado había sido perpetrado por islamistas en respuesta a la política exterior del Gobierno. Después, según ya estaba predeterminado, analizado y decidido, habría una tercera, cuarta y

quinta y última fase de la operación. Durante aquel día de marzo, viendo las imágenes en el televisor de su despacho, sintió espanto, necesitaba ir a algún sitio, tomar aire. Así pues, mientras la policía y los agentes secretos sondeaban pozos secos y seguían pistas falsas, como si se tratara todo de una yincana, y teóricos conspiranoicos de toda índole en radio, televisión y redes sociales comenzaban a hablar de rocambolescas historias sobre las razones y los autores, él salió del edificio y le dijo a su chófer que lo llevara a cualquier sitio. En el centro de Madrid le dijo que parase en la acera. Por un momento pensó en ir al Real Jardín Botánico y quedarse en un algún rincón apartado, solo. Pero estaba

muy lejos. Fue a pie por varias calles hasta que decidió coger el primer taxi que pasaba y pidió al conductor que lo llevase a un lugar reservado, a cualquiera. La radio daba la noticia del atentado y a continuación un famoso locutor de una emisora nacional dijo el argumento exactamente como Cristóbal y su equipo habían programado. El conductor no dejaba de soltar obscenidades ante tal bárbaro atentado terrorista, detuvo el coche y le indicó a Cristóbal un edificio enorme. Era el Museo del Prado. Cristóbal compró una entrada como un ciudadano más, caminó de prisa por los pasillos y en uno de ellos, sin más moradores que figuras en cuadros antiguos de siglos pasados, se

sentó en el banco central y se quedó relajado, con la mirada perdida en las pinturas que tenía enfrente. Sintió una paz interior que no había podido encontrar antes. ¿Sería el silencio en la sala? ¿La temperatura ambiente perfectamente controlada? ¿El aire limpio que se respiraba? ¿O sería la belleza de la pintura del Greco? Quedó fascinado, asombrado por aquel modo con que el pintor había sometido las emociones a un código expresivo. Allí se quedó una hora, hasta que la multitud de mensajes en su teléfono móvil le despertó de su embotamiento, llamó a su chófer y se dispuso a continuar controlando el proceso de la operación terrorista.

Desde entonces, buscando consuelo cuando se sentía en estado de desesperanza pasajera o cuando sentía que se encontraba con necesidad de meditar, Cristóbal había ido allí tal vez casi doscientas veces.

Conocedor desde entonces del Museo del Prado, aquel día se dirigió a la planta baja del bloque sur del edificio, donde se estaba mostrando al público una exposición temporal sobre las pinturas negras, estampas y litografías del siglo XIX del pintor Francisco de Goya.

Ante él tenía la serie de pinturas denominadas los *Caprichos*, ilustraciones del pintor que se refieren al engaño y los vicios encubiertos, a la

ciega vanidad y la lascivia, donde deja ver su protesta contra los abusos del poder: la Inquisición, la prepotencia de las clases dirigentes, la explotación del pueblo y las injusticias de la ley. Todas las figuras estaban tan solas como él, cada una buscando el consuelo de ser admiradas por algún visitante piadoso. Cada figura expresaba algo. Cristóbal interpretó que el pintor quiso transmitir al mundo compasión ante el sufrimiento humano. Era «esto» lo que él buscaba, y lo había encontrado, según él: una aclaración, un sentido, un grito de expresión importante y asombroso acerca de la naturaleza humana. «Tantos amaneceres compartidos en misiones imposibles —pensó—, tantas

discusiones, aprendizajes, viajes al extranjero, tanta vida derrochada en un hombre... Lo quise como a un hijo».

45 HOTEL CASA CARBONELL, BARCELONA

Al entrar en Barcelona las sospechas que estaba teniendo Manuel desde que dejaron atrás Madrid se hicieron ciertas. Aun así, él era perro viejo para permitirse alguna preocupación por aquella vigilancia. Conocía los trucos, las debilidades, las acciones que suele adoptar un grupo que sigue a otro: no significaba nada ser vigilado. Sin

embargo, tuvo la certeza de que había algo que no iba bien. Cuando él era quien tenía el poder de vigilar a los demás, y por encima de él no había más que el poder de Cristóbal, ¿quién había dado la orden de que a él lo vigilaran? Jamás le había ocurrido.

—Estoy aquí, cabrones —siseó mirando por el espejo retrovisor; Salem le miró y entendió lo que sucedía—. Dadme la oportunidad de partiros la cara. Venid a buscarme, si tenéis agallas.

Para evadirlos decidió dejar el coche en una zona reservada del aparcamiento de El Corte Inglés, en *plaça* de Catalunya, y salir de allí andando por una entrada lateral del

edificio destinada a los empleados de los grandes almacenes.

Estuvieron caminando en silencio por las calles atestadas de un inmenso gentío, en especial de turistas extranjeros. Salem caminaba despreocupado detrás de Manuel, obligándolo a retrasarse, porque se detenía con frecuencia a observar los escaparates de las tiendas y la arquitectura de los edificios. Continuaron cruzando los barrios centrales y después se adentraron en la periferia urbana de Barcelona.

El hotel Casa Carbonell tuvo en otro tiempo finura y clientes con más clase, pero los años lo habían convertido en un rincón patético para la

última soledad de la noche. El portal y calles colindantes estaban llenos de travestis, prostitutas, chulos, inmigrantes africanos y asiáticos clandestinos; un lugar bullicioso donde se veía desfilar llena de vida toda la cloaca urbana de Barcelona resuelta de optimismo. El edificio estaba circundado de vallas publicitarias con estridentes anuncios de café y de unos grandes supermercados. En los muros, los grafitis ofrecían grandes y coloridas palabras casi ininteligibles, y obscenidades. En la acera de enfrente había un *sex shop*, y justo al lado, una tienda de ropa de segunda mano. Corría un leve viento frío y hacía humedad.

Cuando se acercaron, una figura de

mujer de aspecto deprimente hizo amago de acercarse a Manuel tambaleándose, pero acto seguido se dejó caer de espaldas a la pared.

—No estoy borracha —aclaró al tiempo que le guiñaba un ojo acurrucada en la penumbra del portal sucio, antes de ponerse de nuevo erguida y perderse calle abajo.

Al entrar en el hotel Manuel tocó un timbre sobre el mostrador.

—¡Manuel! —anunció el sonriente recepcionista Juan Campuzano nada más verle; llevaba un albornoz sucio de cuadros y un cigarrillo entre los labios. Era un hombre gordo y calvo—. ¿Cómo va el oficio? ¿Buscas a un ser querido en Barcelona? —y se rio con una

impresionante ronquera.

—Hablar gasta la lengua y no me gustaría recordártelo —le contestó. El hombre adoptó una gravedad de entierro. Manuel, echando una mirada al pequeño vestíbulo y observando la cámara de seguridad, se giró y mirándole fijamente, le dijo—: Una habitación con dos camas.

Después de echar un rápido vistazo al registro, anunció:

—Bien, pues la de costumbre.

La habitación estaba en la primera planta; había dos camas individuales que por su aspecto parecían de tamaño juvenil debido a su estrechez y su largura. El poco mobiliario que había era de madera oscura, llena de arañazos.

Sobre la mesita de noche no había teléfono, sino un mando a distancia viejo y grueso. Había un televisor antiguo, pequeño, pesado y ancho, que a primera vista resultaría sorprendente que pudiera emitir una sola imagen nítida. Las sábanas eran de colores oscuros, al igual que la moqueta, que no podía decirse que estuviese limpia. En general, la estancia estaba sucia y era pequeña. Las bombillas, de pocos vatios, daban una iluminación débil y paliducha.

—Nada ha cambiado —se dijo a sí mismo Manuel.

Salem se acercó a la ventana y miró por ella. Daba a un patio interior del edificio, desde donde se escuchaba

el ruido del agua corriendo por las cañerías, gritos de personas y el sonido de alguien practicando con un saxofón.

Mientras Manuel bajaba a recepción, Salem se deleitó con una larga ducha que se había prometido y de paso se lavó el pelo. Salía poca agua y con poca fuerza. La pastilla de jabón era muy pequeña y el botecito de champú era de los más baratos. Además daba la impresión de que lo hubieran rellenado de agua. Su estado de semiagotamiento estaba dando paso a un afán de acción.

Juan Campuzano estaba trabajando con su inventario. Ayudado por una regla de plástico de cincuenta centímetros trazaba unas líneas verticales y horizontales; dijo a Manuel nada más

verlo descender las escaleras:

—El oficio va muy mal, muy mal. Cada dos por tres tengo una visita de la policía pidiendo el listado de clientes en mi registro y haciendo una redada en una habitación. ¿Dónde está ya el prestigio de este hotel? Con tanto inmigrante que llega aquí promocionado por el ayuntamiento para ganar votos, este barrio se ha echado a perder. La delincuencia es mayor, y antes no veías ni un musulmán, pero ahora te los encuentras cada día con mujeres paseando con sus velos y burkas. ¡Ojo, que se no se te ocurra rozarlas sin querer, al cruzarte con ellas en la calzada! El otro día iban dos mujeres bien gordas hablando entre ellas, y con

un gesto de la mano, como si estuviera espantando moscas, me dijo una de ellas que me apartase a un lado para darles más espacio y que pudiesen pasar las dos juntas sin rozarme. Es que ya todas las cosas buenas desaparecen. Hasta ser español hoy en día es duro, Manuel. — Puso los brazos sobre el mostrador como para comunicarse mejor y añadió con cierto énfasis—: Es duro, muy duro. Los tiempos cambian. Mira a esas mujeres ahí fuera —dijo señalando a la calle—. ¿Has visto el aspecto que tienen? Antes había finura. Tú conociste aquellos tiempos, Manuel.

—¡Qué te voy a decir! Incluso las pistolas eran más elegantes antes. Ahora llevan unos armatostes que parecen

herramientas de tornero fresador. Entre mi gremio había buena presencia y buen saber.

—Coño, Manuel, que te conozco desde hace años. Que lo he visto. Hoy la gente se hace vegetariana, budista, feminista y se monta un país independiente en su barrio por no considerarse igual que los demás. Y aquí, a aguantar a esos independentistas para no considerar la propia vida como una auténtica mierda. Antes hacías la corte, dabas un poco de conversación y te la devolvían con una mínima educación. Había un cierto nivel cultural, es lo que quiero decir. Hoy ya no hay tiempo de nada. La gente tiene prisa. Con sus móviles —empezó a

hacer gestos cómicos manejando un teléfono móvil y se echó a reír con su ronquera entrecortada. Manuel le secundó levemente—. Hasta follan ahí, en la calle. Ya no tiene pudor la gente. Antes tenía aquí conmigo un palo de escoba y tenía que dar en el techo para que dejaran de castigar el colchón — dijo riéndose de nuevo—, que más de una vez tuve que cambiar el somier en alguna habitación porque hasta dos putas se lo montaron con un cliente y lo rompieron. Antes se le hablaba a la mujer y con un poco de arte liguero tenías la cosa medio hecha. Hoy en día hay que enseñarle en seguida otra cosa. —Manuel ya no mostraba interés alguno por las confidencias de Juan; se acercó

al mostrador, tamborileó los dedos de modo impaciente y, antes de pronunciar una palabra, el hombre supo lo que le iba a decir—. Vale, vale. No hace falta que me digas que no apunte nada en el registro.

—Toma, aquí tienes para pagar la habitación y lo que sobre te lo quedas como propina para que mantengas la boca cerrada —le espetó poniendo unos cuantos billetes de cien euros sobre la madera rayada del mostrador. Aquella cantidad era con la que podía pagar una habitación de un hotel de cuatro estrellas durante una semana, pero para pasar desapercibido en la ciudad y admitir unos clientes anónimos tenía un precio. Señalando a la pequeña cámara de

seguridad situada en lo alto de un rincón de la pared, añadió Manuel—: Y será mejor que borres las imágenes.

Las noticias que anunciaban por el televisor colgado de la pared le llamaron la atención. Apoyado junto al mostrador de la recepción se quedó absorto por las escenas trágicas de un atentado ocurrido en Siria. Las noticias internacionales hablaban de unos ciento veinte muertos en un mercado. Juan cambió el canal por uno que retransmitía un partido del Fútbol Club Barcelona contra el Atlético de Madrid.

—No lo cambies, joder —dijo entre dientes a la vez que daba una violenta palmada sobre la madera del mostrador—. Pon el canal que estaba

antes.

El hombre cogió de inmediato el mando de distancia y puso el canal anterior sin comprender el inusitado interés de aquella noticia, hizo una mueca y se dispuso a continuar con su trabajo trazando líneas sobre su inventario.

Cuando volvió a entrar en la habitación, se encontró a Salem mirando un mapa turístico lleno de fotos e información sobre la ciudad.

—¿Por qué estamos en este sucio hotel? Vamos a liquidar sin más contemplaciones a ese Iskander.

Manuel entró al cuarto de baño.

—La sinrazón puede llegar a convertirse en un argumento tan válido

como cualquier otro si aceptas de antemano que una parte de tu cerebro no funciona como debería funcionar —le contestó lavándose la cara con fruición. La toalla era tan delgada que, si hiciese fuerza, podría partirla en dos.

—Estoy de acuerdo. En otros tiempos yo hubiera sido menos cauteloso. Te confieso que me gusta cómo diriges esta operación —dijo Salem sonriendo y señalándole con el índice—. Incluso los cerebros de los mayores genios se desestabilizan a menudo por culpa de inesperadas ráfagas de locura, extrañas desviaciones sexuales o absurdas manías impropias de sus privilegiadas mentes.

—Debemos dar gracias a Dios

porque así sea —añadió Manuel peinándose con las yemas de los dedos—. Si todos los cerebros se comportaran con la perfección de un reloj, no seríamos más que una colonia de abejas en la que cada individuo reacciona igual que lo vienen haciendo sus antepasados desde millones de años atrás, e igual que lo harían sus descendientes durante un millón de años más.

—Por suerte, cada cerebro humano es único, y cada uno de ellos evoluciona de manera distinta.

—Hala, dejemos nuestra conversación filosófica para otro momento y vayamos a comer un bocadillo —sentenció Manuel

poniéndose la chaqueta.

Bajaron las escaleras. Desde los pequeños altavoces colocados en la pared sonaba un tema musical de Manolo Tena. Justo antes de que saliesen, Juan les llamó la atención levantando el brazo.

—Un momento. ¿Adónde vais?

Manuel se paró en seco y se aproximó al mostrador.

—Al centro del infierno ¿A ti qué te importa?

—Tan solo quería darte un consejo —respondió en tono conciliador.

—Dímelo, y yo te doy otro.

—He oído cosas.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes...

—No, no sé...

Juan se inclinó hacia un lado y alzando el cuello en dirección a Salem, añadió:

—Sobre ti y ese indio que te acompaña.

—¿Cómo sabes que es indio y no moro o argelino?

—Manuel... Como si no me conocieras... que ya tengo el culo pelado de historias... —En voz baja, inclinándose sobre el mostrador, murmuró—: Me temo que las cosas no te van a salir como confías en que salgan. Te estarán esperando.

—Ya —dijo dándose la vuelta.

—¿Y mi consejo? —inquirió en voz alta a su espalda.

—Este hotel siempre me ha dado asco —le respondió girándose, señalándole con el índice—. Planchas las sábanas usadas para ahorrarte lavarlas. Eso es una guarrada, eres un cerdo.

—Pues eso no es un consejo, más bien es un insulto —dijo levantando los hombros y alzando las palmas de la mano—. Ya tengo el buzón de sugerencias lleno de comentarios de clientes insatisfechos.

Manuel dio unos pasos hacia él. Temeroso, Juan se echó lentamente hacia atrás.

—Mira —dijo como en un murmullo—, después de este trabajo que el indio y yo tenemos que hacer, se

presentarán aquí. Tu nombre está incluido en cierto fichero. Mi consejo es que cierres este negocio mejor hoy que mañana, y te marches a pasar el resto de tu vida en tu apartamento de Estepona y disfrutes de tus partidas de mus en la piscina comunitaria con tus viejos amigos jubilados. Hoy me has estado ocultando, y no ha sido la primera vez que lo has hecho.

—A un precio...

—Sí, claro, siempre te he pagado demasiado bien para cerrarte la boca. Pero esta vez van a descubrir esta madriguera que hasta ahora ha estado bien a salvo.

—Deberías indemnizarme. Al menos me lo merezco, ¿no?

—Este antro de mierda es solo una tapadera, y tu principal negocio es la prostitución y la piratería de películas porno con ese engendro de mercancía que hay ahí fuera en la acera. Con todo el dinero negro que tienes te da para abrir un puticlub en Málaga. —Antes de marcharse, sentenció—: Lárgate de aquí cuanto antes.

Juan era un tipo astuto y precavido, o eso creía él. Su intención era vender información a un confidente de la policía y obtener una cuantiosa retribución. Manuel estaba acabado, como le habían dicho, era un árbol caído y quiso sacar provecho. Tras encontrarse solo, mientras sonreía para sí mismo, dijo en voz alta mostrando sus

incompletos y amarillentos dientes: «Te vas a enterar tú de quién es el cerdo. Hijo de puta». Cogió su teléfono móvil y marcó un número. Al día siguiente por la mañana, una prostituta excesivamente maquillada llamada Erika, al entrar con un cliente en una zona de penumbra de un portal adyacente al hotel, tropezó con un cuerpo. Se confirmó la muerte por arma blanca. Se había hecho un trabajo profesional: tras penetrar en la vena yugular y la arteria carótida a lo largo de la tráquea, habían rasgado los músculos y cortado tendones, provocando un infarto cerebral. Juan murió tirado en el suelo asfixiado, desangrado. Una muerte rápida. En el informe policial se archivó el suceso

argumentando «fallecimiento a causa de una reyerta entre el proxeneta Juan Campuzano y mafiosos de Europa del Este por motivos sobre el control del negocio de la prostitución».

46 RESTAURANTE MARIMORENA, BARCELONA

Caminando calle abajo, Manuel notó cómo el indio miraba a una prostituta gorda y pelirroja que parecía extranjera.

—Oye, chico —gritó la mujer hacia Salem—. Sí, tú, moreno. Has venido hoy caliente, ¿eh? Me deshaces, chico. Me matas —levantándose la camiseta, mostró sus enormes pechos blancos—. Mira, moreno, mira...

Manuel la miró sin entender una palabra de lo que decía la mujer en español, pero sonrió e hizo una mueca cargada de ironía hacia su voluminosidad.

—Oye, tú, Salem —dijo Manuel sonriendo—. Si quieres echar un polvo yo te presto el dinero. Ya ves lo que hay por aquí. Pero para un mal apaño vale...

—No gran cosa, la verdad —dijo Salem regodeándose con la insinuación—. Pero gracias por el detalle. La verdad es que no tengo ganas ahora.

Manuel le observó de arriba abajo no sin cierta teatralidad.

—Claro, claro. Un hombre no es una máquina. Más adelante, ¿verdad? Las mujeres no se acaban.

Al ver que pasaban de largo, la prostituta gritó:

—A tu tumba llevaré flores, maricón.

—Flores del barrio, mi niña —le gritó a ella a su vez una mujer.

—Cállate, coño. Era un decir —contestó la otra—. Siempre en medio con mis clientes. Además, ¿dónde coño hay una floristería en este barrio?

Después de recorrer unas cuantas manzanas, más abajo entraron en un restaurante donde hacían espectáculos de cabaret y, en especial, folclóricos españoles llamado Marimorena. Estaba lleno de gente, sobre todo de turistas extranjeros. Manuel era asiduo al lugar, ya que le gustaba estar en medio de la

algarabía y el alboroto de la música y de los sonidos de los dispares idiomas que abundaban en el ambiente. El servicio era muy rápido, y el menú, sencillo y barato.

Tan pronto como se sentaron, una camarera se aproximó y le dio el menú. Antes de que Salem pudiese abrirlo, Manuel ya se lo había arrebatado y devuelto a la mujer:

—Dos bocadillos de calamares y dos cervezas.

—Muy bien —contestó de inmediato—. ¿Con mayonesa y patatas bravas o fritas?

—Sin mayonesa y con bravas, gracias.

—Gracias a vosotros —dijo ella

con una voz y sonrisa seductora, tocándose el labio inferior con la punta del bolígrafo.

—Por cierto, aquí mi amigo es extranjero y me preguntaba qué puede hacer una mujer como tú después del trabajo.

—¿No me digas? —dijo ella sonriendo a Salem, quien se limitó a sonreír de oreja a oreja, sin entender de qué hablaban en español—. Pues tengo mucho que hacer.

—*Good or bad?* —preguntó Manuel en inglés con un acento forzado juntando los labios.

—Bueno, bueno, ¡cómo estamos hoy! Pues según se mire —le contestó riendo antes de marcharse entre las

mesas.

—¡Ajaaayyyaaa...! —gimieron desde el escenario con fuerza los gitanos sentados en sillas de madera con los respaldos trenzados de cuerdas.

Muy pronto otros gitanos comenzaron a acompañar a los cantaores con un leve palmeo que pretendía seguir el ritmo de la música, al tiempo que erguían el cuerpo estirando el cuello y ladeando apenas la cabeza con el aire del entendido que, con los ojos levemente entrecerrados, se estaba «impregnando» de la esencia de un cante y un baile que llegaba flotando a lo más profundo de sus raíces. Algunos turistas japoneses en las mesas vecinas comenzaron a dar palmas.

—Aborrezco el flamenco —dijo Manuel.

—¿Y por qué estamos aquí?

—Porque es el lugar donde durante un rato podemos comer algo tranquilos, y donde estoy esperando a una persona que nos dará alguna información para encontrar a ese Iskander.

—En la India tenemos algo parecido —dijo sin apartar la mirada del escenario—. Lo bailan en el estado de Rajastán una comunidad de nómadas llamados *kalbelias*.

—En realidad, aborrezco todo tipo de música.

—Ah, ¿sí? Pues a mí me encanta la música.

—Sí, ya lo suponía.

—¿Y eso?

—Según tuve ocasión en leer en un ejemplar atrasado del *National Geographic* mientras esperaba en la consulta de mi dentista, está comprobado que los pueblos primitivos, y a la mayoría de las bestias, les encanta la música.

—Vaya, ¿cómo debo interpretar ese comentario? Curioso que estemos en este lugar de cierta ciudad y país, muy lejos del mío, supuestamente primitivo. Escucha cómo cantan tus compatriotas.

Manuel sonrió para sí, aunque no lo aparentase; disfrutaba presionando al indio.

—La verdad es que no sentía

simpatía por ti, pero ahora puedo decirte que estoy empezando a apreciarte.

—¿Y qué te hace cambiar de opinión?

—Que dices las cosas a la cara, y eso me gusta.

Salem se encogió de hombros.

—Sí, bueno...

Los comensales vecinos volvieron a su palmeo, más animado que antes, y los «olés» subieron de tono.

Un hombre con una copa en la mano se sentó junto a Manuel sin previo aviso.

—¡Pero si es el mismísimo Manuel! —bramó Omar, su confidente en Barcelona y dueño del local, un hombre de unos cuarenta años, enjuto,

con la cabeza poblada de pelo negro como el tizón, peinado hacia atrás; sobre su barbilla cuadrada una sonrisa permanecía inmóvil mientras tomaba sorbos de su vodka con Red Bull. Pensando en aquella presencia, en apariencia imprevista, dijo con disimulo —: ¿Dónde te hospedas?

Manuel se puso en guardia de inmediato.

—Más vale que no intentes joderme.

—Vale, vale, que yo no te voy a hacer nada, hombre. Vamos a ver... — Echó una fugaz mirada a Salem—. ¿Qué estás buscando?

—A un musulmán llamado Iskander, apodado el Turco, para que

aquí mi amigo, que se acaba de escapar de Lisboa, y detuvimos cruzando la frontera, consiga un pasaporte y viaje fuera de la Unión Europea, quizá a Arabia Saudí o Pakistán. —Manuel se inclinó ligeramente por encima de la mesa, para que sus palabras tuvieran más énfasis conspirador—. No cabe decir, Omar, que la presencia de este indio prófugo representa una situación muy embarazosa para los servicios de inteligencia españoles, por lo que cuanto menos tiempo esté este hombre en España, mejor, y según mi información, es Iskander la persona idónea para esconderlo y enviarlo al extranjero.

Omar volvió a mirar de reojo a Salem, gesto que no pasó desapercibido

para Manuel y que le dio a entender que igual estaba haciéndose el tonto y su forma de actuar era parte de un juego sucio. Pero, por otra parte, a pesar de sus tretas y artimañas propias de un avaro confidente por ganarse un dinero extra, Omar siempre había actuado correctamente con él, fuese sobre mafias dedicadas al trato de blancas o de secuestros, terrorismo, drogas o criminales, siempre había sido una fuente medianamente fiable desde hacía veinte años. Pero en el cerebro de Manuel empezó a tejerse la vieja lógica de otros tiempos no muy lejanos, la lógica que servía para unir causas y efectos.

—Pues si quieres que te dé un

consejo, aquí pierdes el tiempo.

—Es lo que me sobra esta noche, Omar.

En la mesa vecina un grupo de entusiastas chillaban algo que pretendía ser alegre o armonioso.

—Este que te acompaña no será el conocido gánster indio en busca y captura por la Interpol, ¿no?

Salem lo miró, y aun sin comprender el idioma en el que hablaban, entendió que se refería a él.

—Eso no te importa.

El griterío de la gente, junto con la música que sonaba como estridente ruido sin orden, era ensordecedor.

—Sí que me importa, Manuel — dijo hablando fuerte para hacerse oír—,

porque tus problemas a veces salpican de mierda a otros, y a mí no me gustaría ensuciarme. Primero me dices que es simplemente un indio prófugo, pero resulta que la Interpol lo busca por toda Europa, y en verdad es un tipo muy peligroso.

—No me digas que ahora andas presumiendo de reputación. No hace mucho organizabas montajes de detenciones a falsos islamistas, supuestamente a punto de atentar, aquí, en Barcelona, para la Policía Nacional ¿Y qué te pagaban? Entre otras cosas hacían la vista gorda a tus otras actividades en este local.

—Mira, Manuel, te daré un consejo: mantente lejos de Iskander, es

un hombre con muchos contactos. Muchos negocios dependen de él. Hay intereses para querer mantenerlo libre y correteando aquí por Barcelona, intereses entre políticos catalanes. Más de uno desayunó este verano durante sus vacaciones en un hotel de cinco estrellas con vistas a la Acrópolis. Por nuestra amistad, Manuel, te aconsejo que des marcha atrás, que no sigas con lo que te propones. Mi consejo para deshacerte de este indio es que lo lleves a Gibraltar y allí contrates una lancha para Marruecos.

—Dime dónde puedo encontrarlo.

Omar guardó silencio, se terminó la bebida de un solo trago, miró alrededor y dijo:

—Te lo advertí, Manuel. Pero tú no me quieres hacer caso. No es fácil acercarse a él. Necesitas a alguien que te introduzca en su círculo. Puedes intentarlo yendo esta noche a la discoteca Paradise.

—¿Todavía sigue abierto ese antro? Creía que lo habían cerrado.

—El pasado asoma de nuevo su fea cabeza, ¿eh? Pues no, cambiaron al gerente. Ahora lo llevan unos chinos que no tienen mucha idea de nada, pero la dirección la han delegado en un inglés.

—Omar se levantó, puso la mano sobre el hombro de Manuel y antes de irse le murmuró al oído—: No vuelvas a contactar conmigo. Mustafá te estará esperando en la estación de Sants, frente

al quiosco Cap de Blau. Él te acompañará al Paradise. Y, por favor, no vengas más a este lugar.

En el escenario, los tacones repiquetearon con más fuerza, amplias faldas multicolores giraron mostrando la tersura de jóvenes muslos y las guitarras españolas sonaron con más fuerza.

Llegaron los bocadillos y las cervezas. Salem levantó la rebanada superior y no pudo identificar qué era el contenido. Cogió un aro de calamar rebozado y se lo metió en la boca.

De repente, ante la sorpresa de todos los presentes, un hombre de pelo largo saltó al centro del semicírculo y al instante comenzó a taconear sin ningún tipo de acompañamiento musical ni

ritmo.

—¡Qué arte! ¡Qué arte! —gritaron en la mesa vecina.

—Guau, menudo espectáculo —se atrevió a decir Salem estupefacto, ante algo que nunca había visto.

Todo el mundo guardó silencio y excepto Manuel, que solo estaba preocupado por su bocadillo, todos dirigían su atención hacia el frente. La mente de Manuel se mantenía muy lejos de allí, aguardando el momento en que se iniciase la acción. Aquel repiqueteo de los zapatos del bailar sobre la madera era cuanto llenaba una sala en la que podría creerse que hasta el último japonés recién llegado de Tokio y cercanías había decidido mantener un

religioso silencio, como si aquel continuo machacón se hubiese convertido en verbo divino.

—Venga, ya tengo bastante. Vámonos —le dijo Manuel levantándose—. Nuestra cita es en la calle paralela.

47 DISCOTECA PARADISE, BARCELONA

Por la noche, en los alrededores de la estación de tren rondaban todo el santo día las más diversas personas, mientras que los inocentes ilegales recién llegados corrían el riesgo de ser interrogados por la policía. Desde inmigrantes a vagabundos, como árabes, africanos, asiáticos, chulos, vendedores de droga, gente sin empleo, hasta grupos

que no deberían estar en suelo español, pero que en el mejor de los casos eran tolerados por el ayuntamiento de Barcelona debido a una intencionada política regional en pos de la multiculturalidad para agradar a ciertos sectores de la sociedad y así ganar simpatías y votos. A aquella hora los más experimentados ya habían huido de la estación como la peste.

Frente al quiosco Cap de Blau Mustafá se sintió observado. Era un joven muy alto y llevaba al cuello una *kefiya* negra y blanca. Miró alrededor y solo vio el mismo paisaje que veía desde veinte minutos antes: gente yendo de aquí para allá. Pero al darse la vuelta se encontró frente a frente con Manuel y

Salem. Fijó la mirada en el español y luego en el indio. Después posó la mirada en Manuel, y sin pestañear dio un paso hacia delante acercándose a su rostro.

—No me alegro de volver a verte.

—Cuestiones del destino —le dijo Manuel alzando los hombros y con un tono que no disimulaba ironía—. Tu cara, desde luego, no me resulta muy agradable.

—Tú siempre nos traes problemas. La última vez que te vi, al día siguiente mi primo Abdul Alim fue encontrado aplastado por un contenedor en la terminal de Grimaldi del puerto.

—Vaya, qué descuidados son esos estibadores manejando sus grúas con

cargas tan pesadas.

—No me lo digas, cuestiones del destino ¿verdad?

Sin esperar respuesta alguna, echó a andar seguido por Manuel y Salem.

Cuando llegaron a la discoteca, una larga cola de gente estaba formada frente a la puerta principal salvaguardada por tres fornidos porteros trajeados. Una atractiva mujer, bien arreglada con minifalda, dejaba pasar a ciertas personas cada vez que recibía la orden desde el diminuto aparato que tenía puesto en su oído. Unas cámaras de seguridad miraban desde lo más alto todo lo que acontecía en el exterior. Era un edificio enorme, cuya fachada parecía diseñada siguiendo un estilo

modernista a imitación del arte de Gaudí.

Mustafá hizo una señal a la joven y esta a su vez a uno de los porteros, que abrió de inmediato la cinta. Otro tipo alto y robusto les abrió diligentemente la puerta. Manuel y Salem le siguieron al interior de la sala de fiestas, donde un retumbar de sonidos les hicieron estremecerse en un primer momento. La canción que el *disc-jockey* mezclaba era una versión de *Dancing Lasha Tumbai*. La gente saltaba, movía el pelo en giros violentos de cabeza, brazos en el aire, risas, carcajadas y gritos, repitiendo la pegadiza letra que sonaba al límite del volumen. Realizando contorsiones eróticas, chicas semidesnudas bailaban

alrededor de postes sobre unos atrios en medio de la gran sala con techo alto. Una joven agarró a Salem de los brazos y tiró de él hacia ella, y sus amigas, un grupo de chicas alemanas, le rodearon gritando al unísono la letra de la canción:

[...] Sieben, sieben, ai lju-lju
Sieben, sieben, ein, zwei
Sieben, sieben, ai lju-lju
Nur ein, zwei, drei
Tanzen. [...]

Salem, sin pensárselo dos veces, empezó a bailar al estilo indio con los brazos al aire y realizando movimientos con las piernas, que no solo sorprendió a las jóvenes, sino que les hizo

desternillarse de la risa.

[...] I want to see – aha...

I want to see – aha...

I want to see – aha...

I want to see

I love you [...]

Una de ellas sacó su teléfono móvil y comenzó a grabarle entre las continuas risas y alegría de sus compañeras.

—Dile a tu amigo que deje de hacer el payaso y que venga rápido — dijo Mustafá a Manuel.

Manuel cogió a Salem con fuerza un codo, como si dirigiera a un ciego, y lo sacó del círculo. Las jóvenes pusieron caras mojigatas de pena,

mientras Salem hacía una inclinación cómica y les mandaba besos en el aire ante la carcajada general.

—He estado en fiestas —gritó Salem al oído de Manuel con avidez, abriéndose paso entre aquel mar de gente—. Pero ninguna se parecía a esto.

Guiados por Mustafá, fueron serpenteando entre la gente y subieron por una escalera. Allí arriba un malhumorado hombre de seguridad se aproximó abriendo los brazos.

—¿Me permite? —masculló.

Mustafá alzó los brazos. Solapas, axilas, hombros, espalda, cadera, bolsillos, entepierna y pantorrilla. Acto seguido, Manuel y Salem fueron víctimas de aquel severo escrutinio.

Tras dejarles paso entraron a un reservado en la primera planta. Parecía una minidiscoteca dentro de la discoteca principal; una sala cerrada con las paredes de cristal transparente que amortiguaba el sonido exterior de la planta principal de abajo. Se respiraba un aire erótico y a la vez limpio. Daba la impresión de que habían limpiado los suelos hacía escasos minutos. Había un ambiente perfumado y la gente, aun con trajes o ropa desaliñados, vestía con pulcritud y decoro. Los camareros se movían lentamente entre ellos. A un lado, reclinados en los reservados de felpa, había un grupo de hombres a los que Mustafá dirigió sus pasos. Manuel, precavido, prudentemente hizo un gesto

con la mano a Salem para que se detuviese y esperase. Sobre anchos pilares truncados, chicas desnudas con tan solo un tanga bailaban y se giraban con indiferencia al ritmo de la estridente música *techno*.

Mustafá se inclinó sobre el hombro de un hombre y le musitó algo. Después se levantó de su asiento y junto con Mustafá se aproximó a Manuel y Salem. Era un hombre muy atlético, de unos cuarenta años, mirada firme e inexpresiva, con anillos de oro en los dedos y un Rolex de oro en la muñeca. Tenía los hombros anchos, y a Salem le llamaron la atención sus poderosos músculos en el cuello. Manuel supo inmediatamente que no era un perfil

como el de un hombre de la talla de Iskander.

Salem dio un paso hacia delante con recelo, con los brazos en alto para el abrazo árabe; había dudado hasta el último momento sobre si debía llevar a cabo el saludo.

—¿Es usted Iskander? —preguntó.

—Me llamo Jamal, hermano.

El hombre le abrazó dando unas leves palmadas en la espalda, al tiempo que sobre sus hombros miraba a Manuel y a otra figura que aparecía desde la izquierda; un hombre que dispensó a Manuel una sonrisa espontánea y amplia; el pelo negro rizado lo tenía recogido en una coleta, su aspecto en general era desliñado. Como la mayoría de las

personas greñudas y descuidadas, estaba más acostumbrado a ser mirado que a mirar, y he ahí la razón por la que Manuel se fijó en él; además, advirtió que su rostro estaba muy moreno por el sol, por lo que habría estado en países extranjeros. Sus andares y movimiento corporal eran el distintivo de un criminal dentro de un lugar cargado de gente: en pocos segundos supo que era un profesional entrenado. Sintió que no había tiempo que perder. Era una trampa, pensó. Antes de que nadie lo advirtiese, Manuel se adelantó alzando la pierna y golpeándole con fuerza en los genitales, y en el momento en el que se dobló como una reverencia, le quitó una pistola automática de la pechera y le

dio con la rodilla en pleno rostro hasta caer al suelo. Alzó el arma justo cuando Salem se daba la vuelta y se agachaba, y con tres certeros disparos le metió una bala en la cara al hombre que se hacía llamar Jamal, a Mustafá en el pecho, perforándole el corazón, y a un tercer hombre que hizo amago de sacar un arma del costado.

Comenzaron los gritos. Las bailarinas se habían esfumado detrás de los sofás, mientras que la gente había desaparecido bajo las mesas. En el exterior seguía la fuerte música, pero los sonidos de los disparos no pasaron desapercibidos para el fornido y gigante guardaespaldas de la entrada, que inmediatamente pidió ayuda a través de

su diminuto transmisor. Justo cuando entró, Manuel se abalanzó contra él propinándole repetidos golpes sobre el rostro con la culata del arma hasta caer desplomado inconsciente sobre el suelo, entonces le torció violentamente la cabeza hacia la izquierda, seccionando su médula espinal.

Salem miró por los cristales hacia abajo y vio cómo un grupo de guardias de seguridad iban en dirección a la escalera.

—Son muchos los que vienen. Tenemos que irnos por detrás, por allí —gritó a Manuel señalando el lugar por donde las bailarinas se estaban marchando y eran seguidas por demás personas.

Manuel se acercó al cristal y vio abajo a las numerosas personas de seguridad acercándose entre el mar de gente ajenas al incidente. Levantó el arma, y colocando el puño derecho sobre la palma de la mano izquierda, apuntó al ventanal y efectuó un disparo. Todo el cristal se rompió en pequeños trozos, como un puzle. Abajo comenzó a gritar la gente y a desplazarse por la pista de inmediato, como una masa que arrastró hacia atrás a los guardias de seguridad. Con rapidez, Manuel se acercó y disparó certeramente al cristal donde el DJ estaba situado. Ya, entonces, la algarabía del público fue general.

—Vámonos de aquí, ¡ya! —gritó

Manuel a Salem.

Una vez en la planta principal se mezclaron entre la gente. Era una auténtica estampida. Un portero les reconoció y agarró a Salem con fuerza de la chaqueta, pero este se giró con rapidez, le propinó un puñetazo en el estómago y acto seguido, con el codo, le dio un golpe en el rostro. Manuel agarró a Salem del brazo justo cuando iba a ser empujado hacia otra dirección. Debido a la masa del fervoroso público, fueron despedidos hacia delante. Miradas de pánico, lloros, gritos, jadeos, un enjambre de personas empujándose unas a las otras.

Tras salir de la avalancha de gente, y una vez en la calle, se dirigieron

de inmediato al restaurante Marimorena.

El local estaba prácticamente vacío en comparación al aspecto que presentaba antes. El espectáculo había acabado y el público extranjero se había marchado.

Omar estaba sentado en la barra leyendo mensajes en su teléfono móvil, y tan pronto los vio entrar, se cayó del taburete.

Manuel fue derecho hacia él, como un galgo enfilando a un conejo. Antes de que pudiese salir corriendo, Manuel lo agarró del cuello y le golpeó el rostro sobre la barra. Un hombre desde detrás del mostrador llamó a dos personas.

—¡Joaquín! ¡Carlos!

Manuel agarró una botella, y se la

estrelló en la cabeza al barman, que cayó al suelo como un saco. Salem se adelantó a los dos hombres y lanzó un gancho al rostro del más corpulento, que le hizo doblarse hacia atrás sobre su compañero. Los dos cayeron ruidosamente al suelo, uno de ellos semiinconsciente; el otro se levantó con rapidez, pero Salem le atizó un puñetazo en plena mandíbula que le hizo tambalearse hacia atrás hasta que cayó sobre una mesa, como un pelele, y luego al suelo.

—Me has engañado, bastardo, hijo de puta —espetó con fiereza Manuel a Omar, tumbado en el suelo a los pies de la barra, con la nariz rota y la camisa manchada de sangre.

—Lo siento, Manuel —dijo con un tono que imploraba piedad—. Perdóname, yo solo he recibido órdenes, déjame explicarte.

—¿Y qué pensaste, imbécil, que iban a invitarme a bailar? —Manuel comenzó a hacer movimientos estafalarios con la cintura; después se puso erguido apuntándole con la pistola—. Me vas a decir ahora mismo dónde está Iskander o te vuelo la cabeza.

—Por Dios, Manuel, no dispires. ¡Escúchame! —gritó—. Vete a la mezquita que hay en la calle Montserrat, cerca de la plaza de Tánger. Allí pregunta al imán, él lo debe de conocer muy bien, incluso ha enviado a jóvenes a luchar junto al Estado Islámico, recluta

lobos solitarios y esconde armas. Ese imán es un tipo muy raro, llegó aquí con una mujer holandesa y con sus hijos, ha estado intentando pasar desapercibido, pero ese tipo huele mal. A Iskander jamás lo he visto, y cuando lo he intentado siempre me he encontrado con ese hombre. Siempre he tenido sospechas de él. Incluso la policía lo ha estado vigilando. Mis contactos no han podido sacar nada acerca de él, no recibe visitas de chicas ni de chicos. No se le conoce ninguna adicción con la que se le pueda chantajear. No conocen sus amistades. Da la impresión de que ese imán no sale del edificio de la mezquita. Sin duda te llevará hasta Iskander.

—Y tú, Omar, me vas a decir que

no le has ayudado ¿verdad?

—Yo... Déjame explicarte, joder —gritó Omar desesperado—. Sí, le he dado información y ayudas, pero a un precio, y siempre mediante terceros. Yo lo vi en una ocasión, pero nunca he hablado con él. La última información que me ha llegado de mis contactos es que quiere comprar un campo de fútbol en las afueras de Barcelona, para convertirlo en un macrocentro para difundir el islam.

—Y tú, imbécil, le has proporcionado soporte con información...

—Yo no soy como ellos, yo soy un musulmán bueno, Manuel.

—Tú eres un confidente de la

policía desde que pisé el suelo de Barcelona por primera vez, ¿y me vas a negar que no has dado información privilegiada a esos hijos de puta para hacer lo que les dé la gana en mi país? Tú, moro de mierda. No tendrías este local si la policía no te lo permitiese, y ellos no lo harían si no lo mandasen los servicios de inteligencia. Pero no, tú quieres más. No te conformas con esto, rata de mierda. Si te preguntan por los nombres de los agentes de policía que trabajan de paisano en las calles de Barcelona, no lo dudarías en hacérselos saber a cambio de una buena oferta. ¿Con qué te han pagado, con cocaína?

—Oye, Manuel. Escúchame, por favor —dijo en un tono que imploraba

tiempo—. Hace un mes, los ayudantes del imán me pidieron ayuda para obtener licencias del ayuntamiento. Me dijeron que querían abrir un canal de televisión y que habían recibido financiación del jeque saudí Abdul Azis al-Fawzan, que por lo visto quiere expandir su imperio en Barcelona y alrededores, pero querían operar legalmente en Barcelona y por eso me pidieron que les echara una mano para facilitarles, ya sabes... papeles en regla, etcétera. Ya me conoces. Pregúntaselo a tu jefe, Cristóbal, que tiene ojos y oídos en todas partes.

—¿Él sabía que me vería contigo?

—Pues... ¿qué pregunta es esa?

Joder, Manuel. A mí no me hagas pagar

nada, ¿eh? Supongo que sigues trabajando para él ¿no? Mira, déjame que te explique, no dispares, joder. Un contacto de la Policía Nacional me dijo que vendrías, y que te mantuviera vigilado una vez que el indio que te acompaña matase a Iskander.

—¿Y después?

—Después Mustafá debía matarte con los hombres que te estaban esperando en el Paradise.

—Pues ni Mustafá ni Jamal y sus hombres están vivos.

—Pero ¿qué ha pasado? Ha habido un mal entendido. Era Jamal quien debía llevarte ante Iskander. No lo entiendo, o él ha tenido miedo o te has precipitado, Manuel.

—Lo que ha debido de pasar es que Iskander sabía que veníamos y Jamal tenía órdenes de liquidarnos. ¿Cómo lo sabía? No tengo la menor idea, pero sí que nuestra policía está podrida y alguien le vendió la información por unos cuantos miles de euros.

—Pues entonces no he sido yo, ¿ves? A mí no me hagas nada, Manuel.

—Todos sois iguales. Todo ser humano tiene derecho a defender sus ideas, como el jeque ese de Arabia Saudí, el imán, Iskander, Cristóbal o incluso tú, pero cuando se une a otros para intentar imponerlas por la fuerza se convierte en un fascista, y los fascistas carecen de derechos.

—Manuel, escúchame —dijo precipitadamente—. Quiero que sepas que siento lo de tu mujer. Fue Cristóbal quien contactó a Iskander para que este colaborase con él en organizar los atentados del 11-M. Él sabe en todo momento dónde estás, y después de esto, ya no va a esperar más tiempo para darte caza.

Manuel se quedó lívido. Una serie de imágenes de los vagones completamente destrozados pasaron por su mente.

—Cristóbal ha ido muy lejos manejando las cloacas del Estado. Pensó que como quien escala los Pirineos aspira escalar los Andes, y quien coronó los Andes sueña con

conquistar el Himalaya. Ahora le entiendo, ha necesitado una droga más dura, como el drogadicto al que la cocaína ya no le hace efecto y decide pasarse a la heroína. —Alzó el arma, y antes de disparar dijo—: Adiós, Omar.

48 EL ASESINATO DE ISKANDER, *EL* *TURCO*

Al salir del local escucharon el sonido de las ambulancias mezclado con las sirenas de la policía que acudían a las inmediaciones de la discoteca Paradise. Conforme caminaban por la calle, un apresurado grupo de jóvenes corría asustado por la acera de enfrente. Al doblar la calle un coche policial pasó a toda velocidad con su estridente sonido

de sirena.

Pasaron por delante de una tienda de alimentación donde la prominente palabra *halal* era un estallido de rojos y verdes. Había un hombre mayor con traje árabe haciendo oscilar sus cuentas de oración. En la acera de enfrente había otra tienda, únicamente de fruta, en cuyo interior había gente reunida, y dos restaurantes *kebabs* de comida para llevar, en cuya entrada un joven fumaba un cigarrillo de liar exageradamente grueso y de aspecto repugnante.

Llegaron a las inmediaciones de la mezquita. En la acera se cruzaron con filas de hombres en traje marrón y mujeres con *hiyab* que llevaban de la mano a niños ojerosos, varios de ellos

con la camiseta del Fútbol Club Barcelona.

—¿Qué hace toda esta gente a estas horas? —preguntó Salem asombrado.

—Inmigrantes que acaban de llegar o que quizá se hayan desplazado de lugar en la ciudad y se mueven de madrugada para evitar a la policía local. Vienen aquí a recoger alimentos, ropa o vete tú a saber.

Había gente entrando y saliendo de una puerta pequeña adyacente al edificio.

—Entra tú, y pregunta en tu idioma por el imán al primer musulmán que veas —le ordenó Manuel.

—Aquí no entienden el hindi.

—No en hindi, prueba con el urdu. Hazte pasar por pakistaní, pero cuando te encuentres con el imán preséntate como Abu Salem.

—¿Y tú que vas a hacer?

—Yo me voy a Madrid —dijo de pronto, pero al escuchar la respuesta, Salem se quedó meditabundo. Al ver su reacción, Manuel sintió que debía darle una explicación—: Mira, Salem. No hay alternativa. Lo que he aprendido durante mis años en el servicio de inteligencia es que, es axiomático en la técnica de espionaje que cuando dos personas trabajan juntas en un caso, en un momento determinado deben separarse, cada una con su destino, siendo responsables de sus resultados debido a

sus habilidades y a la precaución. Nosotros somos como dos partes fundamentales de una cadena muy fuerte, dos eslabones. Debemos romper esta cadena, yendo cada uno a por un objetivo diferente. Temían que hicieran conmigo un doble juego y lo han hecho. Tengo que ir a enfrentarme con ellos. — Y mirando hacia un lugar perdido en la calle, añadió—: Aunque sea una acción quijotesca.

—¿Y qué es eso?

—*El Quijote* es una novela cuyo protagonista es un loco que ve unos molinos y cree que son gigantes. Evidentemente, cuando va a atacarlos, las aspas de los molinos le tiran al suelo.

—Me suena el título... —musitó Salem—, pero la verdad es que no lo he leído, lamento decir.

—Contigo pensaron que habrían encontrado una mina de oro. ¿Y lo han conseguido? Espero que sí, pero no por el bien de ellos, sino por el de las personas inocentes que morirán si ese hijo de puta de Iskander no muere. Tienes una oportunidad de redimirte. Hazlo. Cárgate a ese grandísimo hijo de perra y métete en la embajada india para poder salir de aquí y volver a tu país.

—¿Y qué te hace suponer que lo encontraré?

—A través de ese imán de ahí dentro lo encontrarás. —De su bolsillo sacó un puñado de billetes doblados de

cien y quinientos euros—. Toma, aquí tienes más que suficiente para sobrevivir. Te recomiendo que no vayas a tu embajada de Madrid. Vete a la estación de tren y te vas a París. Allí te será más fácil llegar a la embajada de la India. En cuestión de minutos la policía verá las imágenes de las cámaras de seguridad en la discoteca, tardarán un tiempo en dar el aviso a los servicios de inteligencia y en ponernos en busca y captura a los dos.

—Supongo que en la India me tocará pasar una larga temporada a la sombra.

—Pues creo que ya va siendo hora de que sientes la cabeza. En prisión tendrás tiempo para meditar —dijo

sonriendo.

—Lo sé —admitió—. Creo que empiezo a estar demasiado viejo para andar corriendo por toda Europa como un fugitivo.

—¿Cuáles son tus planes? ¿Qué vas a hacer?

—Cuando me absuelvan de las acusaciones que penden sobre mí...

—¿Y qué te hace pensar que los jueces en la India dictarán sentencia a tu favor? —preguntó interrumpiéndole.

—Algún soborno o amenaza habrá, si lo consigo.

—Sí, si lo consigues, amigo.

—Pues si lo consigo me gustaría irme a Suiza. En los últimos años reuní algún dinero que tengo por ahí guardado,

y con el tiempo, más adelante, ya veremos, igual me busco un trabajo.

—¿Y qué sabes hacer? ¿Tienes algo en mente? Aparte de la extorsión y demás...

—Pues no lo sé.

—¿Y eso qué tal se remunera?

—Que yo sepa, mal.

—Me lo suponía.

—Igual abro un concesionario de coches de lujo con un taller de reparación anexo.

—Eso sí que es una buena idea, aunque quizá en la industria del cine tendrías mejor demanda como gánster. Que yo sepa, esos papeles se te dan muy bien.

—Ja, ja. Ni siquiera necesitaré

actuar, ¿verdad? —comentó Salem riendo.

—Aunque ahora con tantas superproducciones de superhéroes y de fantasía, el público está algo distanciado de tu género.

—En la India hubo un tiempo en el que el cine, al igual que la literatura, reflejaba las necesidades de la gente, la vida, los problemas. Hoy está todo embrutecido.

—Por desgracia hoy en día la gente acepta más la estúpida fantasía carente de sentido y lógica, que la más dolorosa realidad —Manuel se adelantó y le dio un fuerte abrazo—. Buena suerte, amigo. Esta es la última vez que nos vemos.

Sin esperar comentario alguno, comenzó a caminar calle abajo.

—En la India pensamos que nunca puede decirse una cosa así —dijo en voz alta Salem a su espalda.

—Yo sí puedo decirla —le contestó gritando por encima del hombro.

Salem quedó de pie en medio de la acera viendo desaparecer a aquel hombre de fuerte carácter, hasta que se perdió de vista al doblar la esquina. Por un momento pensó que si Manuel hubiese nacido en la India, y dedicado a otra profesión como la del cine, hubiese sido coronado como una superestrella de Bollywood. Aspiró hondo, alzó los hombros, soltó un sonoro resoplido, y

entonces, cruzó la calle y se adentró en la mezquita.

Una vez en el interior, Salem se situó entre la penumbra en aquella gran sala desprovista de bancos, con muchas columnas, en cuyos lados había adornos religiosos muy baratos y de muy baja calidad. Después de preguntar por el imán a un hombre que en ese momento se disponía a salir, este le señaló una figura en el interior. Se aproximó a una figura que leía un libro bajo un prominente, y fuera de lugar, doble arco de herradura.

El imán era un hombre inmenso, con una gran barriga y una enorme papada.

—*Assalamu alaikum wa*

rahmatullahi wa barakatuh —le saludó Salem con respeto.

—*Wa alaykum as-salaam* —le respondió ceremoniosamente.

—Me llamo Abu Salem y estoy buscando a Iskander el Turco.

El imán lanzó una ojeada a su alrededor y tuvo la extraña sensación de que todos sus músculos se tensaban. Era un hombre inmenso, con una gran barriga y una barba algodonosa de un musulmán acérrimo. Tenía la mirada comprensiva y suave. Pero en cuestión de segundos parecía haberse transformado, como si de pronto se hubiese convertido en un animal acorralado y dispuesto a buscar una salida a toda costa. Se acercó a Salem y le estrechó las manos con las

suyas. Sus dedos eran finos y pulidos.

—Bienvenido, señor —dijo con fuerte acento extranjero y una sonrisa de oreja a oreja mientras ponía la mano derecha sobre el corazón—. Venga usted conmigo a mi despacho, donde podremos hablar más tranquilamente.

Caminaron escasos metros por el interior. Salem se percató de que el hombre que iba delante de él tenía unos andares extrañamente cortos, como si analizase cada paso que daba. Entraron por una estrecha puerta situada en un lateral y cuya existencia podría pasar desapercibida.

El hombre encendió la luz, se sentó en una silla e invitó a Salem a que se sentara también. En las paredes había

litografías de cúpulas doradas y minaretes. En una de ellas dominaba una amplia fotografía aérea de La Meca. La luz produjo en Salem la sensación de que aquel hombre intentaba parecer paternal y chispeante, además de permitirle ver sus cejas y su barba, descuidada y muy poblada, y una frente que parecía corresponder a alguien retentivo. Su cara tenía una tonalidad aceitunada, extraña y sin expresión; tenía una apariencia extraña, en la que el hirsuto pelo negro podría volverse blanco con el paso del tiempo, pero cuyo rostro no cambiaría a lo largo de los años. Sentado frente a aquel hombre, notaba que había algo en él muy ortodoxo que le llamó la atención. Era la

ortodoxia de la confianza en uno mismo, de la prepotencia, de creerse superior a los demás, de la fuerza. Vestía un holgado y poco elegante pantalón vaquero y una chaqueta deportiva con capucha, con el logo de Nike estampado a la altura del pecho, y calzaba zapatillas sin cordones. Un hombre, al parecer, sin ambiciones personales, pero como dedujo Salem, inexorable en su intención de querer hacer daño a los demás. Ese hombre no era lo que aparentaba ser.

De repente, dos hombres entraron en la estancia y se quedaron de pie, apoyados en la pared. Llevaban pantalones y chaquetas arrugadas y camisas blancas con el cuello

abrochado. Salem pensó que algo andaba mal y sus dudas se confirmaron: aquel hombre sentado no era simplemente un imán. Era algo más.

El imán notó la distraída mirada de Salem hacia sus guardaespaldas.

—Hermano, permanecer ajeno a la historia es permanecer ajeno al lobo que está ante nuestra puerta. Uno debe tomar sus debidas precauciones.

—Una buena filosofía.

—No. La filosofía es para infieles, laicos e impíos, no para mí, una autoridad religiosa en Barcelona.

Uno de los hombres se aproximó y le tendió un papel.

El imán sacó unas gafas de lectura, con el cristal pequeño y horizontal, y se

mantuvo en silencio mientras lo examinaba. Después lo dobló y lo guardó en bolsillo de la chaqueta, se quitó las gafas, se frotó el mentón y dijo:

—Bueno, discúlpeme, ¿qué es lo que quiere de mí? —preguntó con exceso de cortesía.

Salem notó que al imán se le endurecía la mirada y que se formaban arrugas bajo sus ojos. Y en aquel instante tuvo la certeza de que no era un simple imán propagando el extremismo del islam, ni un captador de jóvenes descarriados en la vida, ni siquiera un hombre corriente a mitad de camino entre el terrorista internacional sin ideología concreta y el vulgar delincuente. Estaba muy seguro de sí

mismo cuando le dijo:

—Usted es Iskander, al que llaman el Turco. Habla un dialecto árabe pretendidamente cerrado con el que no puede engañarme, porque he conocido en Turquía a mucha gente que lo pronuncia como usted.

—¿Quieres saber quién soy? En primer lugar, soy un hombre de paz. Pero, ojo, esto no significa que esté al margen de nuestra gran lucha. Quiero darte las gracias por haber acudido a mí. He oído hablar de ti y de tu arresto en Lisboa. Aprecio a los hermanos como tú, que han sufrido torturas en nombre del Profeta, que han sido encarcelados e insultados, pero no se han venido abajo. —Esperando una reacción, observó a

Salem atentamente, con detenimiento y curiosidad para calibrar el impacto de sus palabras. Pero Salem, después de escuchar, se limitó a inclinar la cabeza en sentido de aprobación—. Enhorabuena, señor Salem. Sí, yo soy Iskander. Desde luego, qué asco me da la India. Viajé allí en 2002, y todo lo que recuerdo es que todo el país parecía un lavabo público apestoso y tenía un montón de perros sarnosos tendidos a la sombra. —Iskander echó una mirada hacia uno de los hombres y este sacó una pistola de entre sus vestimentas y se la tendió—. Alá nos ordena que extendamos su fe hasta el último rincón de Europa y que castigemos con la muerte a quienes se nieguen a aceptarlo

como el verdadero Dios —dijo con firmeza sosteniendo en su regazo la pistola, tras quitar el seguro.

Un hombre abrió la puerta súbitamente, y al darse cuenta de que había una reunión en el interior, la cerró. Iskander miró en esa dirección y Salem decidió actuar con rapidez. Saltó sobre él, le sujetó la mano y apretó el gatillo, sonando el sonido seco del disparo. Los dos hombres se abalanzaron, pero Salem rodó por el suelo con el arma en la mano, volvió a disparar sobre el costado de uno de ellos y efectuó otro disparo que alcanzó la cabeza del otro. Salem se levantó. Uno de los hombres gemía de dolor en el suelo y el otro yacía muerto. El desconocido que había

hecho amago de entrar volvió a abrir la puerta tras el sonido de los disparos, y antes de que pudiese abalanzarse sobre Salem, este le disparó en pleno rostro, lo que hizo que su espalda chocara contra la pared y que cayera después al suelo. Iskander, mientras se estremecía de dolor en su asiento, intentó sacar el móvil y accionarlo, pero se le cayó de las manos. Quiso levantarse, pero el dolor en el estómago era intenso. La comprensión de lo inevitable que empezaba a abrirse paso en su mente, era casi tan perturbadora como el miedo. Iskander levantó la cabeza y miró fijamente a Salem.

—Llama a una ambulancia, ¡ya!
¡Desgraciado! —dijo con voz apagada.

Salem, con una impasible y fría mirada, se aproximó a él y le apuntó en la frente a escasa distancia.

Más tarde, un patólogo forense afirmaría en su detallado informe que un proyectil había entrado en la región abdominal inferior, bajo la línea formada por el vello púbico; había sido un disparo a quemarropa, a pocos centímetros, y un segundo proyectil le había perforado el cráneo.

49 ESTACIÓN DE SANTS, BARCELONA

Salem estuvo caminando por la ciudad hasta el amanecer, cuando decidió entrar en la estación de ferrocarril. Pidió un café y un bocadillo de tortilla de patatas en un concurrido bar. Desde el interior podía ver los andenes que comenzaban a estar llenos de gente. En el televisor comentaban el partido entre el Fútbol Club Barcelona y el Atlético de Madrid de la noche anterior, repitiendo las jugadas más llamativas y mostrando una

y otra vez los goles. Un joven sentado junto a un grupo de mochileros, al observar su aspecto asiático, le preguntó su origen y Salem, sin más explicaciones, le dijo que era de Bombay. Entonces el joven viajero español comenzó a hablarle intermitentemente sobre cómo la cristiandad era la mayor maldición que jamás hubiera caído sobre el espíritu humano, que había apartado a la gente de la razón para llevarles a la revelación, y había ahogado el espíritu de la humanidad en una marea de moralidad judaica, además de haber destruido durante la invasión británica a las escuelas de sexo en los templos del amor, y cómo solo había perdurado

hasta el día de hoy Khajuraho, y así se metió en otro tema.

Después de comprar el billete de tren hasta París, se dio un paseo por los alrededores. Compró ropa nueva y se aseó en los baños públicos de la estación. Faltaban cuatro horas para que saliese el tren. Se sentó en un banco pretendiendo leer un periódico que alguien se había dejado. A escasos metros un joven interpretaba al violonchelo la suite n.º 1 de Bach. Unas risas le llamaron la atención. Se quedó mirando a un payaso que hacía reír con sus cómicos histrionismos a un grupo de niños. Supo entonces lo que había dejado en la India y sintió que la piel se le erizaba. Supo lo que tendría que

volver a encontrar una vez que regresase. No era ese amor a Monica lo importante de lo que dejó atrás y tendría que reemplazar. No era ni siquiera el amor por una mujer: era preocuparse por las cosas sencillas. «Es eso», se dijo a sí mismo. Inmediatamente supo en lo que creía, y no era una religión, sino la fe en la vida corriente. Ahora se daba cuenta, viendo reír a esos niños y a esos padres cómplices de su felicidad, sosteniéndoles la mano. Hasta entonces había estado ciego ante lo sencillo.

50 HOTEL PALACE, MADRID

Nada más abrirse el ascensor, Patricia cruzó con el paso ligero el vestíbulo del hotel Palace. Había sido una noche de amor impetuoso, como era ya habitual con Cristóbal.

El día anterior había mantenido una conversación con un periodista de investigación de un periódico de tirada nacional, con el propósito de revelar el caso de Iskander y su relación con el atentado terrorista de Madrid del 11 de

marzo de 2004. Los dos habían sido compañeros de estudios en Inglaterra, habían realizado un máster de posgrado en Ciencias Políticas y habían mantenido una breve pero intensa relación. Patricia sabía de antemano que el astuto periodista acabaría preguntándole sobre la implicación de los servicios secretos españoles, y ella estaba decidida a responderle. Le había citado a las 7 de la mañana en una cafetería frente al hotel. Dentro de su bolso, le dijo, llevaría copia del fichero de las operaciones encubiertas de Manuel como pruebas. Ella mantuvo la conversación desde un teléfono móvil de marca Motorola, diseñado exclusivamente por una firma israelí que

impedía el rastreo de localización y la vulnerabilidad ante ataques maliciosos, como evitar que otras personas o el operador del servicio móvil vigilaran el uso del dispositivo, y en general ser *hackeado* como hubiera sido posible desde otro *smartphone* de uso corriente.

—Tu jefe es conocido en el círculo en el que me muevo como un hombre que anda por los pasillos de los ministerios presumiendo, como un pavo, con sus modales de amo —dijo él.

—Tú espérame mañana por la mañana en la cafetería, y deja a un lado la figura personal de Cristóbal, pues lo mejor que se puede hacer con los inútiles es mantenerlos entretenidos, y yo me encargaré de hacerlo antes de

traerte copia de los documentos y la grabación.

Patricia no estaba interesada en su cháchara sobre lo que pudiesen opinar los periodistas, bastante ella ya lo sabía, incluso antes de haberle citado, pues ya se había encargado de investigar al periodista lo suficiente como para saber que la exclusiva información que le iba a dar la emplearía para hacerla pública en el periódico en el que trabajaba.

—Mañana por la mañana te contaré todo más despacio —dijo ella—. Además, tengo la grabación entera de nuestra última conversación al respecto. Lo más significativo es cómo dice que todo aparato criminal necesita su legitimación porque precisa, según

palabras textuales, dignificar el delito que va a cometer. Esto lo dice la persona que dirige los servicios de inteligencia de España.

—Pásame esa grabación desde tu móvil. No esperes a mañana.

—No me da tiempo de comprimirlo y enviártelo. Si me ve manejando el móvil, sospechará. Mañana te lo doy y lo descargas.

—La que le va a caer encima... — advirtió.

—No, porque intentarán taparlo — repuso Patricia—. Él es un viejo zorro, y los viejos zorros saben cómo salirse con la suya. Aunque salga todo a la luz, esperaran a que escampe el mal tiempo, y entonces seguirán correteando a sus

anchas. Ten por seguro que las cloacas del Estado español necesitan a hombres como él. No solo por la seguridad de los ciudadanos, de la gente corriente y moliente como tú y yo, sino por muchos intereses encubiertos. La participación en los atentados del 11-M es solo la punta del iceberg. Según dicen, el buen ajedrecista solo demuestra que sabe jugar bien al ajedrez. A estas alturas Cristóbal no tiene que demostrar nada a nadie porque sabe jugar muy bien su juego. Este hombre es un peligro para España y debe ser apartado de su puesto inmediatamente.

—Pues los actos tienen consecuencias y algunas pueden ser funestas. El peligro de las cloacas del

Estado es la impunidad en los delitos y la venta de información a terceros. ¿Estás segura del papel de ese turco Iskander y los servicios de inteligencia con el atentado del 11-M?

—Te lo dije, y si no lo estuviese no estaría ahora mismo hablando contigo sobre el tema —contestó suavemente—. ¿Qué te imaginas que es el trabajo en el servicio de inteligencia? Sopesan el bien y el mal al servicio de unos perversos políticos y sus intereses.

Aquella mañana temprano, en el mismo momento en que Patricia salía por la puerta del hotel, Cristóbal, enfundado en un suave albornoz de algodón egipcio,

miraba hacia abajo por el amplio ventanal. La noche anterior la había convencido para cenar con él y pasar la noche juntos, a modo de despedida y deferencia, después de tantos años trabajando en su departamento.

Durante la cena había tenido una larga conversación con ella, y él era consciente de que Patricia la grababa a través de una aplicación de su teléfono móvil. De este modo, no se privó de compartir con total sinceridad sus puntos de vista.

—El terrorismo no se acabará porque es impulsado por naciones occidentales, supuestamente llamadas democráticas, proveyendo armas y ayuda financiera directa e indirecta a

través de su más siniestro aliado, Arabia Saudí. Además, cuando la guerra finalice, ¿quiénes serán los que proveerán créditos para la reconstrucción de los países destruidos? Esto es como la ley del karma, la de causa-efecto. Porque no es una lucha contra el terrorismo, es una lucha por el control de la energía. Por ejemplo, para uno de nuestros principales aliados, la primera potencia del mundo, Estados Unidos, estar en una situación de estado de guerra le ofrece la posibilidad de apoderarse de recursos fácilmente y un beneficio económico gigante, por ser el principal productor de armas a nivel mundial.

En aquel momento, al otro lado de

la calle y desde la cafetería, el periodista divisó a Patricia, que esperaba a que la luz peatonal se volviera de rojo a verde. Tan pronto como el semáforo cambió y Patricia siguió su camino sobre el paso de cebra con aire decisivo, el periodista se puso de pie y la saludó levantando un brazo. Ella le devolvió el saludo con premura. Se movía con agilidad y energía, aunque su mirada era recelosa de la gente que caminaba de aquí para allá por la calle a aquella hora, además de sentirse precavida. Un paso detrás de otro, y presintió una inmediata sensación de temor, de tensión. Justo en ese momento, cuando Patricia a mitad de la calle, alzaba por segunda vez la palma de la

mano, más que como saludo como una premonición de peligro y llamada de atención, una furgoneta, que más tarde testigos presenciales declararían que era de una compañía internacional de mensajería, la golpeó brutalmente antes de perderse de vista a alta velocidad.

A los pocos segundos, una ambulancia del SAMUR-Protección Civil ululando con sus llamativas luces y con sus distintivos colores, amarillo y rojo, frenó en seco e inmediatamente dos sanitarios bajaron una camilla, pusieron en ella a la víctima y la metieron dentro del vehículo. Antes de que algún viandante de los muchos que se aproximaban desde la acera pudiera observar de cerca qué estaba pasando,

la furgoneta con la estridente sirena en marcha había arrancado y un coche de la Policía Nacional, con sus luces lanzando destellos azules, hacía acto de presencia.

En una planta superior del edificio que la víctima había dejado hacía escasos minutos, Cristóbal cerraba de golpe las cortinas blancas.

La instrucción de cada miembro de su personal, los ascensos, los ceses, los nombramientos de sus oficiales: cada hombre era vigilado en todas las fases y aspectos de su carrera. Nadie, absolutamente nadie, estaba libre de vigilancia. Por ello era muy improbable que la completa y poderosísima máquina de control que encabezaba Cristóbal

estuviese alguna vez descontrolada.

Los agentes amablemente dispersaron a los ciudadanos, a la vez que respondían a los curiosos argumentando que había sido un desafortunado atropello a una señora que cruzó el paso de peatones corriendo, sin mirar. Entre la gente, el periodista no salía de su asombro, quedó con el rostro lívido, al tiempo que veía llegar al lugar de los hechos un vehículo de mantenimiento de la limpieza y borrarán los rastros de sangre y de neumáticos en el asfalto. Más tarde, la autopsia determinó la muerte por atropello, y se dictaminó oficialmente que fue debido a la negligencia e imprudencia de la víctima al cruzar la calle con el

semáforo en verde. Entre sus pertenencias solo había un *smartphone* y un bolso con algún papel sin importancia, un folleto de un gimnasio cercano a su vivienda, alguna factura de una frutería, artículos femeninos de tocador, y nada más que no estuviera fuera de lo común.

A los pocos días el periodista recibió una oferta muy tentadora, debido a la retribución económica mensual, bonos y extras, procedente de la edición española de una prestigiosa revista de viajes norteamericana, para ocupar una vacante como reportero en la división de Latinoamérica. Antes de marcharse de España había intentado, en vano, publicar un artículo haciendo mención a

los comentarios que Patricia le había hecho saber. Su editor lo rechazó de inmediato alegando que eran locos argumentos sin fundamento: «No muerdas más de lo que puedas masticar», le dijo entonces. Aconsejado sobre su futuro en la carrera periodística, desistió de su intento y se resignó.

Antes de que cumplierse un mes, en Caracas, una calurosa mañana, estaba sentado en la parte de atrás de un taxi alquilado por la empresa cuando el conductor paró frente a un semáforo en rojo. Un hombre sentado en una motocicleta se aproximó junto a la puerta del pasajero, sacó un revólver y lo abatió a tiros.

51 ESTACIÓN DE ATOCHA, MADRID

Acababa de llegar a la estación de Atocha en el primer tren de alta velocidad de la mañana. Se había pasado todo el viaje durmiendo. Cuando salió del vagón, se quedó varios minutos de pie en medio del andén de aquella estación enorme con varias vías y sus respectivos andenes. Miró a lo lejos, donde las vías se alejaban serpenteando. Su memoria se retrotrajo al pasado y le acometió de nuevo la nostalgia. Cerró

los ojos y quiso recordar el olor que desprendían las ropas de su mujer, que había conseguido conservar hasta entonces. Hasta el límite de exasperarlo, su rostro iba y venía por su mente, bello, elegante, tan fiel como el olor a perfume pegado a su ropa. Abrió los ojos. «Todo comenzó aquí y todo terminará», se dijo a sí mismo antes de darse la vuelta y cruzar la plataforma en dirección a las escaleras mecánicas que ascendían a la plata principal.

Mientras caminaba en aquella dirección tenía una sensación extraña, porque de ella se desprendía que desde que perdió a Elena no acaba de encontrar motivación ni lugar para seguir viviendo. Comenzó a notar una

sensación de pesadez y hundimiento; sabía que no tenía salvación posible por todo lo que había hecho durante los años pasados sin pensar. Había llegado a un punto sin retorno. Era muy consciente de lo que sentía, en dónde se hallaba su salvación. Lo único que tenía claro y que se transformó en idea fija, es que tenía que encontrar la forma de evadirse de su actual situación, en la que había estado padeciendo desde que ella se fue de su vida. Tenía miedo de olvidarla. No esperaba otra cosa que morir en una lucha malograda. Antes de ser desplazado hacia arriba por el último escalón mecánico, se había transformado en una persona diferente, en un segundo, saliendo de la sombra

hacia el mundo de los vivos.

Se situó quieto tras una columna, observando con atención las idas y venidas de cuantos caminaban, deambulaban e iban con prisas dentro de la moderna y espectacular estación de tren. En lugares públicos como aquel, a primera vista todo el mundo es sospechoso porque está lleno de gente solitaria merodeando a todas horas. No se sabe quién puede estar vigilándote. Su mirada se fue deteniendo primero en un barrendero con impoluto uniforme de una empresa privada de limpieza, que empujaba sin mucho ánimo un carro. Aquel hombre era todo músculo, cintura estrecha, pecho ancho, hombros cuadrados. No era lo que aparentaba ser.

Luego miró hacia la izquierda y observó a un sospechoso vendedor ambulante de lotería; tenía la espalda muy recta y ancha, como la de un nadador profesional. Y en tercer lugar identificó a un grupo de pasajeros que pretendían estar mirando los horarios y números de andén de los trenes en una pantalla gigante: todas aquellas personas ofrecían la curiosa particularidad de portar auriculares en los oídos, y además, el lenguaje corporal de todos ellos les delataba por la sencilla razón de que no se movían con naturalidad sino como malos actores en un *casting* para una película. Alzó la mirada y, tanto al lado de las escaleras mecánicas como en distintas tiendas de comida

rápida, había agentes de paisano intentando pasar desapercibidos. Alzó más la cabeza y descubrió un posible tirador, que ocultaba su rostro bajo una gorra, en una ventana justo al lado de una pancarta publicitaria. Cerca de la segunda escalera mecánica vio a un tipo grande y musculoso que caminaba de un lado a otro como si se supiera que allí era donde tenía que estar, vigilante ante la posibilidad de identificar a Manuel de un momento a otro. Manuel sonrió con sorna y no pudo evitar decirse a sí mismo: «Pero qué pandilla de imbéciles, novatos». Recorrió con la vista, una vez más, a los peculiares personajes que continuaban fingiendo concentrarse en sus labores mientras

mantenían la mirada fija en las distintas puertas de la estación, o caminaban como si estuvieran atareados y fueran a algún sitio. Al fin decidió caminar por el interior.

Desde la planta superior, ataviado con una gorra blanca con el logotipo del Real Madrid, Cristóbal se encontraba junto a un hombre que dirigía la operación. Desde el lugar en el que estaban situados podían divisar todos los puntos principales del interior de la estación. Recordaba a Manuel como un hombre alto y muy bien parecido, de los que obligan a volverse a las mujeres cuando pasan a su lado. Sin embargo, en aquellos momentos, observándole a través de unos pequeños, pero potentes

binoculares, parecía excesivamente cansado, encorvado, con la ropa sucia y arrugada, más cambiado que nunca. Ninguna de las mujeres y chicas jóvenes con las que se cruzó al caminar en dirección a las escaleras mecánicas le prestaron una mirada y ni tan siquiera un momento de atención. «Es un hombre cambiado, acabado, prescindible. Ha cavado su propia tumba», pensaba hacia sus adentros, reafirmandose a sí mismo que la acción que iban a realizar era la correcta. Se giró y dijo a su hombre:

—Que lo cojan vivo en cuanto vaya a subir a la segunda planta. Pero si consigue evadir el arresto, que le disparen antes de salir de la estación.

El hombre comunicó la orden

desde su minúsculo aparato.

Manuel vio aproximarse a un joven con una mochila que pretendía ser lo que no era, un viajero; sus zapatos y movimiento corporal le delataban. Justo cuando este le iba a agarrar del brazo, Manuel se giró, le golpeó brutalmente con el codo detrás de una oreja y cayó al suelo. Siguió su camino hacia las escaleras. Ascendió con rapidez los escalones mecánicos. Una vez que llegó a la primera planta comenzó a caminar en dirección a las siguientes escaleras mecánicas. Vio a un hombre dirigirse hacia él de frente, Manuel dio unos pasos hacia delante con rapidez, levantó la pierna derecha golpeándole la espinilla y acto seguido una patada en la

entrepierna le dejó de rodillas y soltando gritos guturales. Lo dejó de aquel modo y siguió adelante. En la planta de arriba el hombre que monitoreaba la operación echó una mirada a Cristóbal esperando su orden de disparar, pero este negó con la cabeza. Alguien por detrás agarró del brazo a Manuel con mucha fuerza, pero él se giró hacia un lado, le descargó un puñetazo en los riñones y acto seguido le golpeó con el canto de la mano en el cuello. Aquel estado de ira le proporcionó más fuerzas, y cuando se echó sobre él un hombre vestido con el mono de empleado del servicio de la limpieza le machacó la boca con un derechazo y un izquierdazo. Por la

izquierda apareció corriendo un hombre de algo más de metro noventa. Manuel se apresuró y le dio un golpe con el puño cerrado en el plexo solar, dejándole sin aire. El desconocido se dobló, cayó de rodillas y Manuel le lanzó un derechazo. Al realizar el último movimiento no pudo percatarse de que otro gigante de más de un metro noventa se abalanzaba sobre él; otro llegó rápidamente y le golpeó en la cabeza con algo sólido. Manuel soltó un gruñido y quedó inmovilizado. Sintió que le esposaban y lo levantaban en volandas entre dos personas. Todo fue tan rápido que el incidente pasó desapercibido, excepto para un joven que lo había conseguido grabar con su

teléfono móvil, que fue requisado de inmediato por agentes de la policía encubierta.

Frente a la estación, un hombre abrió la puerta corrediza de una furgoneta azul clara en cuyos lados anunciaban un hotel de cuatro estrellas y dejaron a Manuel tirado sobre la superficie; en el interior estaban Cristóbal y un hombre con aspecto musculoso. Tras cerrar con apremio, los agentes se quedaron vigilando en el exterior.

—No es nada personal, Manuel, y tú lo sabes —dijo Cristóbal con encomiable sinceridad—. Es posible que me remuerda la conciencia durante un par de días. Pero si no lo hago, me

pasaré el resto del tiempo esperando recibir yo una bala en la nuca por parte de cualquier «compañero» al que podría creer en un principio inocente o ingenuo. —Con las manos esposadas en la espalda, Manuel consiguió apoyarse en un lateral. Cristóbal lo observó de cerca y una cálida y confortable sensación de cariño le llegó hasta la garganta. Era un cariño que salía del tiempo que se fue, de las sombras de las calles que ya no recordaba nadie, harto de soledades, de muertes, hacia el hijo que deseó, «pero menos sensiblerías, ¡qué demonios!, vamos a lo que importa»—. En fin, uno hace las cosas con la mejor intención, ¿no es así? Eso mismo me decía mi propio jefe de los policías del

franquismo cuando detenían a jóvenes comunistas, anarquistas y demás: que la intención era lo que valía. Esos jóvenes universitarios que en verdad no habían hecho nada en las manifestaciones, pero ¿y lo que habían pensado hacer?

—Me acuerdo de que me diste una palmada en el hombro y me dijiste que en este país una persona se ve obligada a guardar secretos que es mejor que no sepa siquiera su propio hijo. Ahora me doy cuenta de que recurres a tu falsa sonrisa de traidor, cínica y falsa. Eres un hijo de puta, Cristóbal. —Había en Manuel una espantosa calma. Arrastraba la voz a causa del cansancio. Su rostro estaba blanco y duro como una piedra. Tenía la cabeza ladeada hacia un lado,

en actitud de estar escuchando un sonido lejano. Transmitía tranquilidad, no de resignación, pero sí de dominio de sí mismo, lo que estaba irritando aún más a Cristóbal y le incitaba a acabar con él cuanto antes—. Durante muchos años creí en lo que hacíamos. «Algunas veces cometemos errores», me decía a mí mismo. «Como todas las personas, cometemos errores. No hay problema. Estamos en el bando correcto. Estamos en el bando de los buenos», intentaba convencerme a mí mismo. Así pues, comenzamos a matar a mucha gente, ¿verdad? Unos cuantos, pocos, a decir verdad, eran buenos, pero fueron víctimas de nuestras equivocaciones. Otros eran unos simples miserables,

ratas, cucarachas que deberían haber muerto quince veces al menos. Pero, ¿cuál es el precio que nos cobramos? ¿Cuántas personas matamos injustamente o hemos torturado sin razón? Pero aun así tenemos razón, porque además estamos apoyados por nuestros superiores, los de ahí arriba que no se ven, anónimos tejedores de planes políticos. Las mismas personas que te han mandado matarme, ¿no es así? Todo no es más que un círculo que se cierra sobre sí mismo.

—¿Y cuánta gente ha matado Dios? ¿Quién es quién para juzgar? — Su voz adquirió un timbre más agudo—. A nosotros nadie nos juzgará, nosotros ordenamos y sentenciamos por el bien

de nuestros intereses, que son los de nuestra nación.

—Ya, como el 11-M, ¿verdad? —
inquirió como un murmullo; era un hombre consumido por el cansancio.

Cristóbal no quería escuchar nada más. Hizo una señal al agente y este se abalanzó sobre Manuel, le cogió por el cuello y lo alzó en vilo hasta dejarlo casi clavado en el lateral del vehículo, observándole con la consideración desapasionada de un verdugo que toma la medida a su víctima para la guillotina. Manuel no opuso resistencia, lo ignoró y se quedó mirando fijamente a Cristóbal, sin apartar sus ojos un ápice de él, que tenía la cara arrugada y los ojos llenos de lágrimas. Cristóbal alzó un aparato,

en apariencia inocente, cuya forma se asemejaba a la de una pistola de las de colocar etiquetas en prendas de vestir, pero con la diferencia de que en la punta no había aguja sino un tapón del tamaño de una campana de acero de un fonendoscopio. Antes de apretarlo con fuerza junto al pecho de Manuel, este dijo entre dientes: «Elena». Tras accionarlo se produjo una descarga, un leve sonido, y su corazón dejó súbitamente de funcionar: le había producido un fulminante paro cardíaco.

EPÍLOGO

Monica Bedi volvió a Bombay para confirmar de nuevo que aún se consideraba admirada, que aún era atractiva. Pero las circunstancias habían cambiado. Aquellos de la industria del cine, e incluso a los que antes consideraba como amigos y que le habían rogado en otros tiempos que se quedara y no huyese de la India con Salem, le dieron la espalda a causa de sus conexiones pasadas con el temido gánster. Puede que hasta la hubieran metido en la cárcel alegando cualquier

historia ficticia de extorsión hacia algún actor o productor de Bollywood. Consiguió nueva fama en la televisión participando en el programa *Big Boss*, versión india de *Gran Hermano*. Pero entonces, a diferencia de antes, había algo ansioso en los movimientos de su cuerpo. Después de un día intenso de rodaje, en su espacioso camerino frente a la cálida luz del espejo de maquillaje, se revelaba en su rostro un débil endurecimiento de las comisuras de la boca y una que otra arruga extra alrededor de los ojos; además, si se acercaba al espejo, la luz reflejaba varias canas entre su hermoso y liso cabello. Pero su semblante se tornó indiferente porque, según pensaba,

mientras los hombres siguiesen agrupándose a su alrededor no debía causarle ansiedad su proceso natural de envejecimiento. Mientras durase.

Salem, rodeado de policías, entró en el vagón y se sentó en la litera. Frente a él, los policías con sus fusiles se mantenían atentos. Pasó un rato y se escuchó el pitido del tren. El revisor cerró la puerta y el tren se puso en marcha traqueteando. Salem oía el gemido de los motores a medida que el tren cogía velocidad, alejándose así de Bombay. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Intentó imaginarse cómo se vería desde arriba, como en las vistas aéreas

que se ven en las películas: una enorme serpiente de casi mil metros, treinta vagones, deslizándose hacia el sureste de la India a través de la oscuridad, antes de amanecer en dirección a la prisión de Pune. Se inclinó, abrió los ojos y vio a una joven sentada a escasos metros observándole. De repente, ella le sonrió. Fue una sonrisa intensa y llena de conocimiento. A Salem le dio la impresión de que había visto antes a aquella joven, pero no supo ubicarla en su mente. Le devolvió la sonrisa. Aquella sonrisa le llegó hasta lo más hondo, le dolía no saber ubicarla en un lugar y un tiempo. «¿Quién será?». La sonrisa de la joven le decía que sabía perfectamente quién era él. Le habría

visto en los periódicos o en los medios de comunicación tras ser arrestado. «No, no es eso. Hay algo más en esta joven».

—¿Nos conocemos? —preguntó Salem. Los policías se miraron unos a otros, miraron a la joven y a Salem. El oficial superior hizo un gesto a los otros como que no pasaba nada.

—Sí —contestó la joven—. Me llamo Sanaya. Hace años coincidimos en un mismo vagón. Yo viajaba con mi madre e íbamos con destino a Nashik, a ver a unos familiares. Mi madre era muy amiga de tu madre, Jannatunissa. Yo soy de tu mismo pueblo, de Sarai Mir.

Salem no se acordaba, pero en su interior sabía que decía la verdad,

porque tenía un sentimiento de atracción hacia ella, intenso.

—¿Y tu madre? —preguntó educadamente como respeto hacia una persona mayor.

—Murió de cáncer.

—Lo siento.

—Gracias —dijo sonriendo una vez más. Le mostró su prominente foto de perfil en un periódico—. Eres noticia en todos los periódicos.

—Es algo que viene dado por sí mismo; que nace y crece a su alrededor como un inexplicable don o como una mala hierba, porque ese era su destino y así estaba escrito desde antes incluso de nacer —dijo con tono irónico mientras sacudía la cabeza y entornaba la mirada

hacia ella—. Los seres humanos se convierten en leyenda, y admito que lo soy contra mi propia voluntad.

Sanaya sabía que algunas personas manifiestan una actitud hostil hacia otras, no porque tengan algo en contra de los otros, sino porque tienen problemas. Y esto es lo que dedujo que debió pasar la primera vez que se vieron. Pero en Salem no había maldad. A la joven le dio la impresión de ser un hombre simpático y alegre.

—¿Adónde te llevan? ¿A la cárcel de Pune?

—Sí, eso es lo que me han dicho mis abogados. Pero solo por unos días. De Arthur Road Jail en Bombay a Pune y de allí a la cárcel de Tihar en Delhi.

Este es mi itinerario.

—¿Y después?

—Te voy a contar una cosa —le contestó en tono alegre—. Cuando yo era niño, en el colegio nos hicieron memorizar un poema de Tagore, pero por entonces era tan pequeño que no me di cuenta de su significado. Así pues, respondiendo a tu pregunta, te contestaré: «En todos los países tengo una morada, sin embargo, me he pasado la vida buscándola».

Sanaya sonrió, acentuando aún más sus ojos vivaces y risueños. Había podido percibir en Salem un secreto y vivo placer que, uniéndolo a la compasión que le despertaba, le llevaba insensiblemente a estar enamorada.

Por su parte, la sonrisa de la joven fue un regalo que Salem valoraría toda su vida. A los pocos meses, los medios de comunicación anunciaban que el temido gánster Abu Salem contraía matrimonio dentro de la prisión de máxima seguridad con una joven de su pueblo. En los periódicos comentaban que se habían conocido en el tren durante su traslado de prisión. Aquella joven había terminado sus estudios de Derecho, y empleada en un bufete de abogados, se encargó desde entonces de litigar las condenas que pendían, en el hasta entonces gánster más temido de Bombay.

ACLARACIONES DEL AUTOR

Este libro se trata de una ficción novelada, así que me he valido, como medio de inmersión en la reciente historia dramática de España y de la India, de los recursos propios de un novelista. Aun manejando en lo posible hechos verídicos, me he reservado en todo momento el derecho de apelar a la fantasía, en la invención de personajes, circunstancias, diálogos y acontecimientos. Vaya por delante la

aclaración de que no se trata de redactar las circunstancias de un suceso dramático en una ciudad, ya sea Barcelona, Madrid, Lisboa o Bombay. Todas ellas representan en la narración la indispensable localización en el espacio. Exceptuando el espeluznante, siniestro y brutal atentado terrorista perpetrado en Madrid el 11 de marzo de 2004, además de la detención de Abu Salem y Monica Bedi en Lisboa y algunos hechos novelados de los personajes reales, otros sucesos descritos no se produjeron forzosamente en la realidad en esos lugares. Lo mismo cabe decir respecto a los partidos políticos mencionados, las organizaciones religiosas, las fuerzas de

seguridad, los servicios de inteligencia o los funcionarios al servicio del Estado, entre otros elementos que surjan o se describan en la narración. Nadie debería darse personalmente por aludido, ni en la India ni en España ni en Portugal.

Conocí personalmente a Sanjay Dutt durante una breve estancia en el JW Marriott Mumbai de Juhu Tara Road. Su fama como superestrella de Bollywood brilló nada más bajarse de un impoluto y último modelo Mercedes. A pesar del bochornoso calor que arreciaba sobre Bombay —como si él no fuera parte de aquel mundo en el que vive el resto de los mortales—, llevaba botas de *cowboy*, pantalón vaquero ajustado,

cinturón con una hebilla de metal muy prominente y una gruesa chaqueta vaquera con un enorme bordado de un águila en la espalda. Los empleados del hotel, como chóferes y porteros, desde el aparcamiento y la rampa de acceso al edificio, no tardaron en gritar desde la lejanía con respeto, admiración y públicas muestras de ánimo: «¡Sanju baba zindabad! ¡Sanju baba zindabad!». El actor fue arrestado bajo la Ley de Prevención de Actividades Terroristas en 1993, tras la entrega del cargamento por parte de Abu Salem en su lujosa residencia. Aunque se derogaron los cargos de terrorismo, fue declarado culpable de posesión ilegal de armas. A pesar de pagar fianzas y puesto

temporalmente en libertad condicional, Sanjay fue incapaz de actuar durante los siguientes cuatro años. Abu Salem, al llegar a Bombay siendo un don nadie, caminando por las calles como un anónimo transeúnte, admiraba la figura del multimillonario actor publicitada en los gigantes carteles que colgaban en las calles anunciando su última superproducción de Bollywood. El futuro gánster nunca pudo imaginar que años después ambos se cruzarían por los pasillos de unos juzgados y el temeroso actor, al no poder evitar el encontronazo, bajase la mirada a su paso. Tiempo después Sanjay actuó en muchas películas, que también produjo, aprovechando sus esporádicos permisos

penitenciarios; la mayoría fueron estrepitosos fracasos. Consecuentemente fue acusado de nuevo por la corte suprema, enjuiciado y otra vez encarcelado. Después de cumplir su condena con buena conducta y comportamiento, se le concedió la libertad condicional y, finalmente, fue puesto en libertad el 25 de febrero de 2016. Su padre, el veterano actor Sunil Dutt, fue nombrado en 2004, por el Gobierno de Sonia Gandhi, ministro de Asuntos de la Juventud y de los Deportes; cargo que ocupó hasta su fallecimiento al año siguiente.

Los hechos ocurridos entre las jornadas del 11 y el 14 de marzo de 2004 suponen uno de los hitos más

importantes, y a la vez tristes, de la historia de España, acontecimientos que desde el primer momento estuvieron impregnados de incógnitas. Vaya por delante esta aclaración indispensable: lo sucedido el 11 de marzo, una de las mayores masacres terroristas de Europa, ha sido respetado lo máximo posible. Mi más profundo respeto a las víctimas, familiares y amigos. Pero aunque este libro se trate, como ha quedado dicho, de una novela y no de un ensayo político o histórico, al autor lo que le ha importado en la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes, es que fuesen cobrando cuerpo y alma.

Hay que mencionar que la

educación de los jóvenes es esencial para el compromiso de lo que el terrorismo significa para las futuras generaciones, e incluir el rechazo a esta lacra. En este sentido, un estudio reciente sobre los derechos de las víctimas de ETA elaborado por la defensora del pueblo, Soledad Becerril, denuncia una situación grave: la falta de historia que, a su entender, existe en la enseñanza española sobre lo que es ETA y sus consecuencias. El informe apunta que existe una «ausencia total de algún ejercicio de reflexión sobre las consecuencias sociales, políticas y personales de los atentados, secuestros o amenazas». Independientemente de cuál fuera la autoría de un atentado

terrorista, islamista o no, como destaca dicho informe: «Un planteamiento antropológico que explicara el carácter intrínsecamente perverso del terrorismo ayudaría mucho, a que las futuras generaciones de españoles conocieran realmente lo que significa, y lo que supone convivir con él, dentro de un régimen de libertades».

Durante el proceso de escritura de esta novela se sucedieron significativos y trágicos acontecimientos, como vaticinios fortuitos de mi mundo imaginario, donde operan y habitan mis personajes: ojalá existieran únicamente en estas páginas. Algunos de estos eventos se detallan a continuación.

Marbella ha sido, desde su

nacimiento como destino turístico de lujo, un centro de atracción permanente para los magnates, los millonarios y las casas reales de los países árabes. Muchos de ellos se han hecho ricos con dinero obtenido de manera ilegal y de dudosa procedencia. También ha sido el lugar donde se han financiado acciones terroristas a través de delitos comunes como robos en viviendas, falsificación de documentos y tarjetas de crédito o contrabando de vehículos. Allí, el millonario Adnan Khashoggi, traficante de armas saudí, era un visitante ilustre del sur de España. Khashoggi falleció el 6 de junio de 2017 en Londres a los 81 años. Considerado el hombre más rico del mundo en la década de los ochenta

del siglo pasado, era tan poderoso que se relacionaba con reyes, príncipes y financieros de todo el mundo. Hay quien afirma que cuando a principios de esa década los hermanos bin Laden comenzaron a tomar protagonismo en la noche marbellí y acudían a salas de fiesta frecuentadas por árabes, Osama bin Laden pasó por su casa. Fue intermediario entre Estados Unidos y la Liga Árabe. Se dice que a Richard Nixon un día le dejó un maletín lleno de dólares en nombre de la aristocracia saudí. Era tío de Dodi Al-Fayed, pareja de Lady Di, con quien murió en accidente de coche en París. No solo por su residencia de Marbella pasó todo el *establishment* internacional, sino

también por su yate, (el más grande del mundo en esos momentos, anclado en Puerto Banús; se utilizó para una película de James Bond, y los paparazzi de la época inmortalizaron en su cubierta los cuerpos más *cool* del momento, como el de Liz Taylor), que ha vuelto a estar de actualidad, ya que lo adquirió Donald Trump. Para Adnan Khashoggi, siempre entre la espada y la pared, todo cambió cuando sus problemas con la justicia (acusado de blanqueamiento de dinero y tráfico de armas) le obligaron a abandonar Marbella.

Mientras, el apellido al Assad y la guerra se perpetúan en Damasco con apoyo de países como Ecuador,

Venezuela, Cuba, Rusia, China, Bolivia y Corea del Norte. Rifaat al Assad, tío de Bashar al Assad, hasta ahora presidente de Siria, es conocido en Marbella como «el amo de Puerto Banús», pero también como «el Carnicero de Hama», por su violencia en la represión de la oposición local, antes de su exilio de Siria en la década de los ochenta. Durante la escritura de esta novela se realizó una operación contra el blanqueo de capitales en suelo español, llamada Operación Scar (por el hermano villano del Rey León en la popular película de Disney). La investigación judicial abierta en España permitió localizar 503 propiedades de Rifaat al Assad y sus familiares, entre

plazas de garajes, viviendas vacacionales, apartamentos en un hotel de lujo, fincas rústicas, etcétera. El patrimonio total inmobiliario localizado en España alcanza los 691 millones de euros.

Mientras los Estados Unidos y el resto del mundo se adaptaban a la presidencia de Donald Trump, y Turquía se centraba en perpetuar como dictador a su presidente, Recep Tayyip Erdogan, este acordó una reunión inusual con algunos visitantes estadounidenses. Entre ellos se encontraba el antiguo alcalde de Nueva York, Rudolph W. Giuliani, y, un prominente abogado, Michael B. Mukasey, que sirvió en la administración durante la era de George

W. Bush. El motivo de aquella reunión inusual y secreta era llegar a un acuerdo entre ambos países, utilizando como moneda de cambio nada menos que a un millonario comerciante de oro de doble nacionalidad, turca e iraní, llamado Reza Zarrab (una personalidad muy conocida en Turquía, en parte por su matrimonio con la estrella del pop turco y famosa presentadora de televisión, Ebru Gundes), que se encontraba detenido en una cárcel de Manhattan acusado de conspirar para violar las sanciones de Estados Unidos contra Irán, utilizando una red de empresas para realizar transferencias de dinero con bancos estadounidenses, omitiendo mencionar a Irán.

En un informe difundido por el Centro Nacional de Inteligencia (CNI) muestran su alarma sobre las mezquitas en la comunidad autónoma de Cataluña, haciendo constar que «se difunde una interpretación religiosa contraria a la integración en la sociedad española, fomentando la separación y el odio hacia los colectivos no musulmanes». Los servicios de inteligencia españoles subrayan que son mezquitas en manos de los salafistas, grupo islámico que más teme el Ministerio del Interior; ya que es un movimiento político-religioso sunita que reivindica el retorno a los orígenes del islam como base para extender la ideología de Arabia Saudí y Qatar. Pero el poderío económico de sello islámico

también ha penetrado en el deporte. Si uno de los grandes patrocinadores de la liga española es Turkish Airlines, el principal sponsor del FC Barcelona es Qatar Airways (mientras que el del Real Madrid es Fly Emirates, la competencia de la compañía aérea catari). De este modo las inyecciones económicas procedentes de países de mayoría musulmana también se destinan a la construcción de mezquitas. Contrasta la tolerancia de las autoridades españolas ante la invasión económica musulmana, con la de otros países que han sido capaces de plantarse, como Austria, que prohíbe cualquier financiación de las comunidades religiosas y de los imanes que no sea a través de sus fieles. En un

reciente informe el Departamento de Estado de los Estados Unidos considera a Cataluña como el núcleo más peligroso del islamismo en toda Europa. Allí, en Barcelona, gracias a la colaboración con la policía belga, en una operación contra el terrorismo yihadista la policía detuvo a numerosas personas vinculadas con los autores del atentado del metro y el aeropuerto de Bruselas, sucedido el 22 de marzo 2016, donde, de cuarenta nacionalidades distintas, murieron 32 civiles y tres terroristas, y otras 300 personas resultaron heridas. Además de «pertenencia clara» al Estado Islámico, los detenidos fueron acusados de los delitos de vinculación al crimen

organizado, tráfico de drogas, robo con violencia, tenencia de armas y blanqueo de capitales.

AGRADECIMIENTOS

Para la elaboración de esta novela he echado mano, como siempre, de una hemeroteca, innumerables páginas web y una serie de libros, revistas y artículos en la prensa escrita de otros autores indios y españoles. Pero sin duda el mayor valor añadido han sido las entrevistas con personas que conocieron y trataron a personajes descritos en la novela. He de expresar especialmente mi gratitud a autores consultados como Luis del Pino, cuyas abrumadoras pruebas publicadas de que los culpables

ideológicos del atentado perpetrado en Madrid el 11-M no fueron islamistas permitieron demostrar que la versión oficial sobre lo sucedido hacía aguas por todas partes. Transcribo literalmente su escrito sobre el episodio de Leganés mencionado en la novela:

El episodio de Leganés se utilizó para terminar de convencernos a todos de que el 11-M había sido un atentado islamista. Tras ver el estallido del piso en directo en todos los telediarios, ¿a quién le quedaban dudas de que allí había muerto algún musulmán que algo tenía que ver con los cuatro trenes reventados? Y, sin embargo, con el correr del tiempo, fue quedando claro que Leganés fue una chapucera

operación de inteligencia, lo que el argot técnico denomina «un cierre de expediente», donde se dejaron demasiados flecos sin cubrir.

Gracias a Sol Taylor y a Romeo Ebooks, que leyeron a contrarreloj el manuscrito, por enviarme sus comentarios y observaciones. Mi gratitud a Alberto Vázquez-Figueroa, autor de *La sultana roja*, ambientado en el mundo terrorista de ETA y de los GAL, con quien tuve el placer de reunirme en Madrid y de quien obtuve una valiosa información respecto a los crímenes de estado durante la época socialista en España. Gracias a las investigaciones publicadas por periódicos como *El Mundo* y *Libertad*

Digital. En algunos casos aislados, frases o datos históricos, sobre todo con respecto a los GAL o el atentado del 11-M, han sido transcritos literalmente. Confío en la comprensión de los autores consultados.

Sobre Abu Salem y Monica Bedi he consultado cientos de artículos, reportajes y suplementos, como en *Outlook*, *India Today* y otras tantas publicaciones de tirada nacional y regional. En la India también he consultado el trabajo publicado por el reportero de sucesos criminales S. Hussain Zaidi en el *Indian Express*, *Mumbai Mirror*, *Mid-Day* y *Asian Age*, entre otros; también es autor del ensayo *My name is Abu Salem*. Gracias al

veterano y famoso abogado, exministro de justicia y miembro del Parlamento Ram Jethmalani, que ha estado metido en sonados y variopintos casos criminales a lo largo de la más reciente historia de la India, a quien tuve el placer de conocer personalmente en Nueva Delhi, y que despertó mi interés por el mundo criminal y del hampa de la India.

Gracias por el tiempo que has dedicado a leer este libro. Si has disfrutado de él, te estaría muy agradecido si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo libros, tu apoyo es muy importante, así como tus opiniones para mejorar día a día en mi camino literario.

[Deja tu opinión en Amazon
pinchando aquí](#)

SOBRE EL AUTOR



Braganza es autor de la novela histórica Amrita: La apasionante historia de la

Frida Kahlo de India (Suma de Letras-México), La princesa Noor (Ediciones B-México); thriller ambientado en la segunda guerra mundial con prólogo del célebre periodista y escritor, Dr. César Vidal, y de las novelas; Nadia sin miedo y Niño, tigre y soldado, Matar a Dawood y Ganga bruta. Acreedor de premios internacionales por su faceta de guionista, productor y director cinematográfico, ha viajado por diferentes países y trabajado en diversos campos. Ha vivido en la India durante muchos años.

Puedes encontrarme en:

Facebook: [@alfredodebraganza](#)

Twitter: [@braganzabooks](#)

Página de autor de Amazon:

[Alfredo De Braganza](#)

Página web del autor:

<http://alfredodebraganza.com/>

Correo:

<http://alfredodebraganza.com/contact>

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

[Niño, tigre y soldado](#)

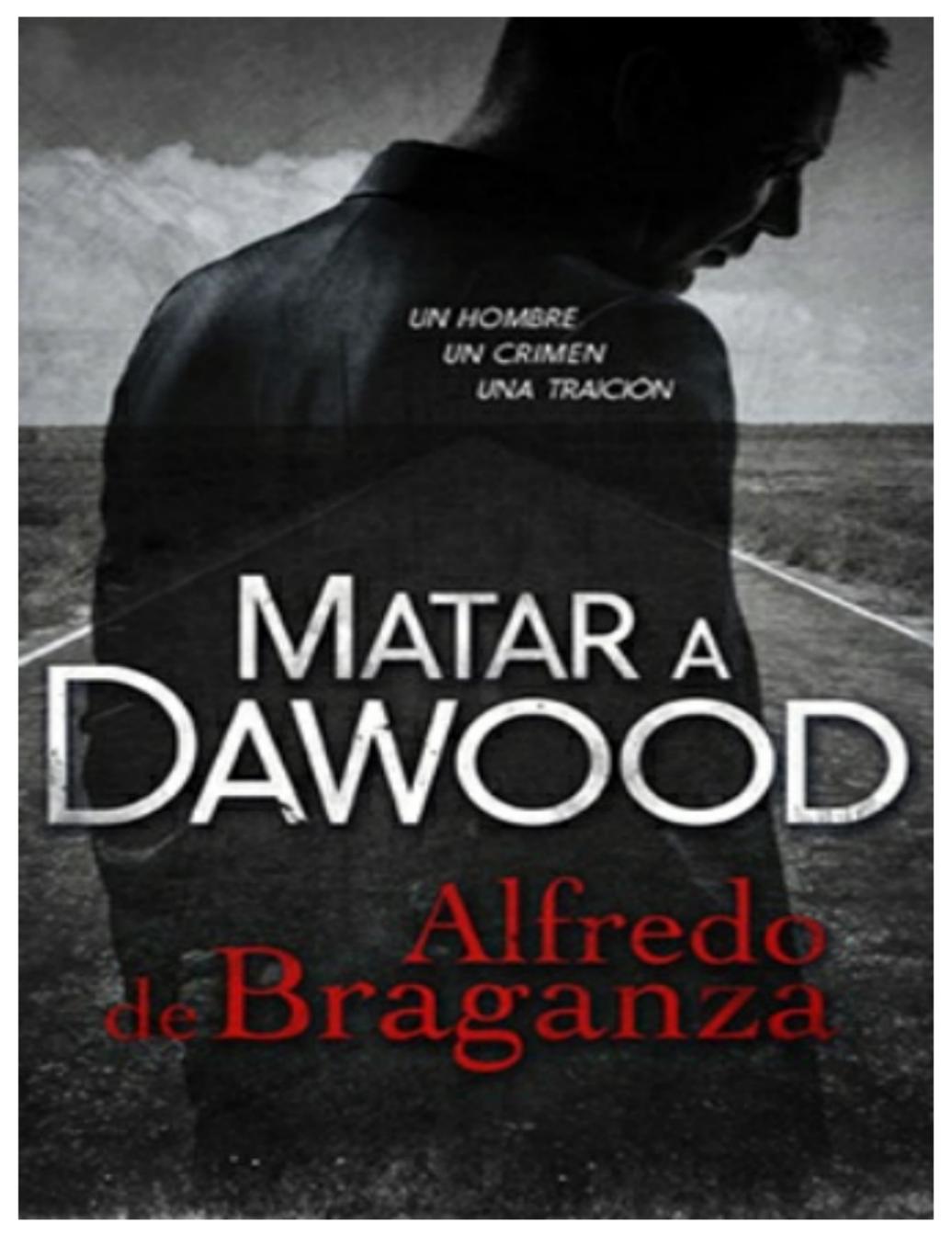
ALFREDO DE BRAGANZA



**NIÑO
TIGRE y
SOLDADO**



Matar a Dawood: La historia del terrorista más buscado en el mundo



UN HOMBRE
UN CRIMEN
UNA TRAICIÓN

MATAR A DAWOOD

Alfredo
de Braganza

Nadia sin miedo: La mujer que conquistó Bollywood

*“Una historia fascinante durante
la India británica, bellamente narrada,
sobre la reina original de Bollywood.”*

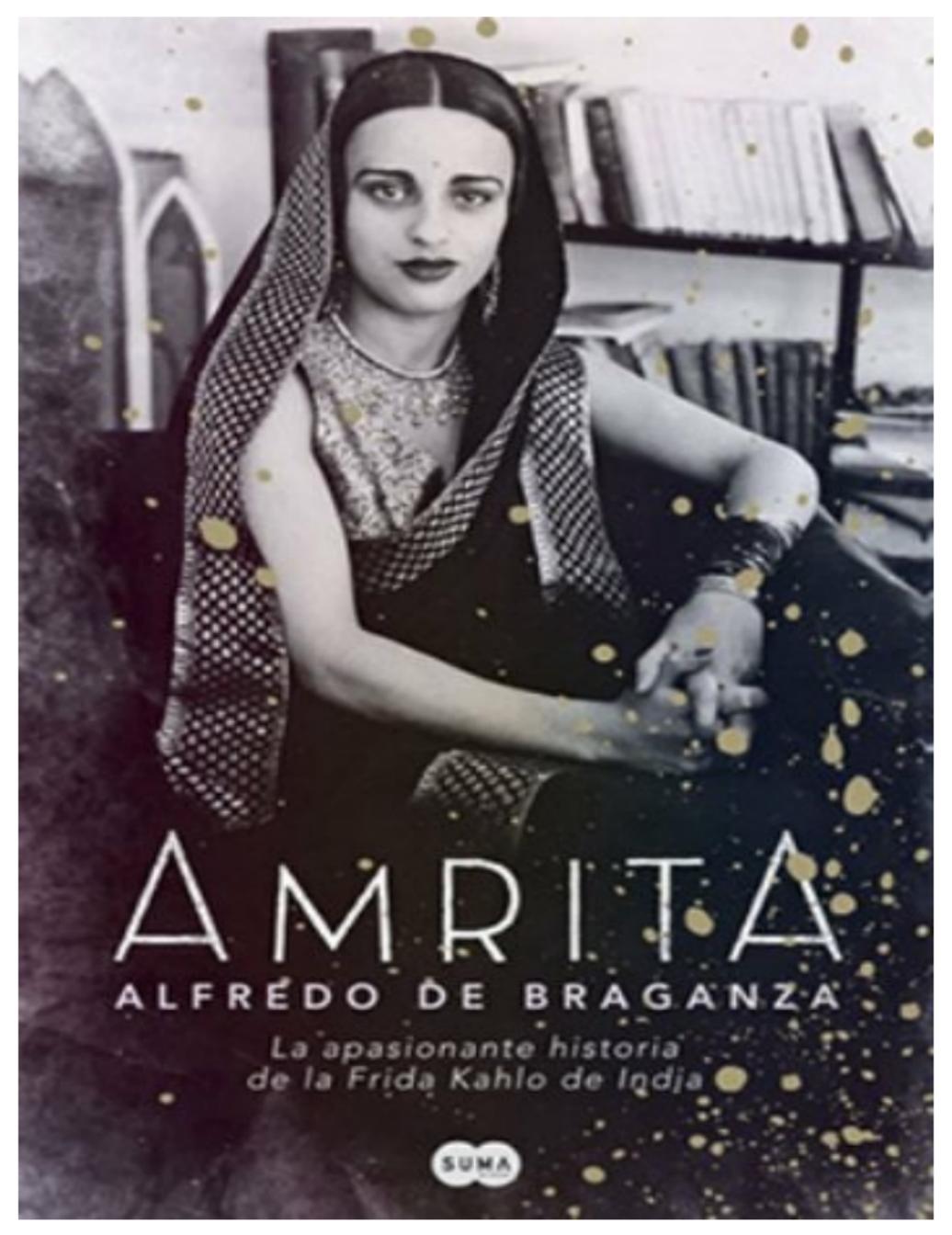
—THE HINDU

Nadia *sin* Miedo



ALFREDO DE BRAGANZA

Amrita



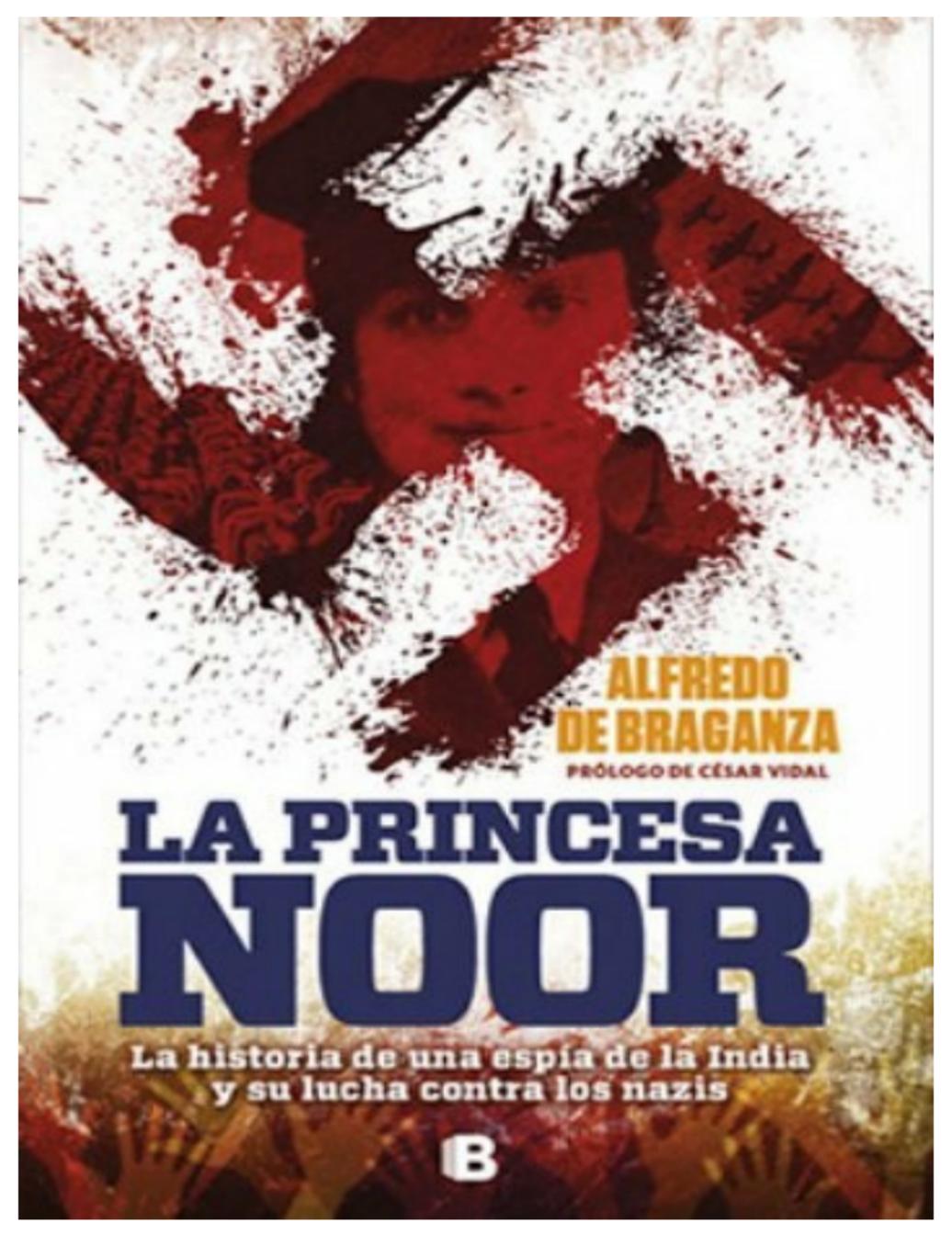
AMRITA

ALFREDO DE BRAGANZA

*La apasionante historia
de la Frida Kahlo de India*

SUMA

LA PRINCESA NOOR



**ALFREDO
DE BRAGANZA**

PRÓLOGO DE CÉSAR VIDAL

LA PRINCESA NOOR

La historia de una espía de la India
y su lucha contra los nazis

B